

ANA CARPIO RAMÍREZ

AÚN

El la avisó de que no podía querer de otra forma...

LATE S,

Y ella había aceptado.

TRAMHS



GROUP EDITION
WORLD

©2018 ANA CARPIO

©2018 de la presente edición en castellano para todo el mundo: Ediciones Coral Romántica(Group Edition World)

Dirección: www.groupeditionworld.com

Primera Edición. Octubre de 2018

Diseño portada: Angel Blue

Maquetación: EDICIONES CORAL

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro-incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet- y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes

AÚN L A T E S . T R A  S

SINOPSIS

avis vive su silenciosa existencia escondido en aquel viejo y cerrado hotel que heredó de su padre, protegiéndose entre aquellas paredes de cualquier sentimiento que pueda causarle dolor.

Hollie huye de su tormentosa realidad, buscando fuera de aquellas paredes comenzar a vivir.

Cuando ella irrumpe en aquel hotel, alejado de todos, donde apenas el sol resplandece, donde las olas se rompen en las piedras y donde hay tanto silencio que no se escuchan los latidos del corazón, lo último que podría haber imaginado es lo que eso supondría para el nuevo rumbo de su vida.

Ella busca salvarse, y en el camino tendrá que intentar salvarle a él también.

¿Quién iba a imaginar que aquella chica iba a conseguir hacer vibrar un corazón que llevaba tiempo sin hacerlo?

Para Lydia

Prólogo

26 de Marzo de 2016

La decisión ya estaba tomada. Me había costado meses y meses de meditación encontrar el plan perfecto o, que al menos, lo pareciera. El asunto era fácil: solo debía esperar a que el abuelo me pidiera que a las siete y media tuviera la cena preparada para él y Tío Shepard y matarlo.

No, es broma.

El plan comenzaba con dos sencillos pasos:

1) Esperar que el abuelo me dijera que debía tener la cena preparada a las siete y media.

2) Que él se fuera con sus amigos al bar y me dejara sola en casa como todos los días pasaba.

Entonces, ¿por qué estaba tan nerviosa? Ese día no sería la excepción; el abuelo saldría en tres minutos exactos de la casa y me dejaría campo abierto para mi plan.

Mi comportamiento inevitablemente era sospechoso. No dejaba de morderme las uñas mientras que mi pierna izquierda no paraba de moverse. El abuelo lo había notado mientras buscaba en el cajón sus medicinas. ¿Por qué se las tomaba antes de ir al bar a emborracharse? Yo tampoco lo entendía. Pensaba seriamente que el abuelo comenzaba a ser drogodependiente.

—Hollie, para las siete y media debes tener la comida preparada para mí y tu tío —habló.

Escuchar su hosca voz me hizo dar un brinco y levantarme del sofá de forma extraña. El abuelo enarcó su casi inexistente ceja y asentí con una sonrisa.

—¡Vale! —grité con demasiado júbilo.

El abuelo se escamó aún más y no daba indicios de querer moverse; entonces decidí que para terminar esa conversación la que debía desaparecer del salón era yo.

—¡Eh, nena, nena! —exclamó rápidamente para llamar mi atención.

Giré sobre mis talones con lentitud como cuando un niño pequeño es pillado tras realizar una travesura y le miré con la misma sonrisa de antes. ¿Por qué sonreía? ¿Si nunca lo hacía! Apenas había comenzado el plan y ya estaba echándolo a perder.

—¿Sí, abuelo?

No contestó nada, solo se dedicó a mirarme con suspicacia varios interminables segundos. ¿Qué me miraba tanto? ¿A caso tenía tatuado en la frente que iba a escaparme?

Tragué saliva y respeté el silencio. Estaba claro que si hablaba no iba a mejorarlo por lo que decidí, solamente, comportarme de la manera más normal posible. Afortunadamente tras varios segundos de minuciosa observación, el abuelo se colocó su boina y se marchó sin decir nada más.

Corrí hasta la ventana y lo vigilé. Tenía que asegurarme de que se iba a marchar. No sé si fue porque hice ruido o por mi anterior comportamiento anormal, pero él se giró una última vez. Frunció el ceño un poco confuso y retomó su camino.

—¡Adiós, abuelo!

Corrí escaleras arriba y comencé a gritar con exultación. Obviamente eso también entraba en el plan:

3) Celebrarlo (máximo cinco minutos).

Salté encima de la cama y me tiré en plancha hasta ella. No podía aguantar la emoción del momento.

¡Iba a irme, al fin!

Aquel día sería uno para recordar, pues aquel día comenzaba mi vida de verdad. Lejos de ellos, fuera de esa casa, relegando a ese infierno en el que había estado malviviendo esos años. Todo iba a acabar ese mismo día y yo no podía contener la agitación que eso me provocaba.

Tras ceñirme estrictamente a los cinco minutos que me había permitido para celebrarlo, lo primero que hice fue cambiarme de ropa. La sudadera azul

y los pantalones vaqueros holgados que elegí no fueron al azar, sino por la sencilla razón de que nunca los había usado. Si tío Shepard o el abuelo me buscaban, nunca sabrían decir con qué ropa iba vestida. Inteligente, ¿verdad? Pues eso no era lo único. El siguiente paso era lo que más me aterraba pero una de las cosas más importantes a su vez. No muy convencida entré al aseo y me miré al espejo. Comencé a acariciar mi cabello castaño, era sedoso y largo. Mi abuela siempre me había regañado por tenerlo por casi la cintura, decía que eso no era estético debido a mi estatura, pero a mí siempre me había dado igual. Uno de los pocos recuerdos que tenía de mi madre era a ella peinándomelo y ese siempre había sido el motivo por el que nunca había sido capaz de cortarlo...

Hasta ese momento.

Necesité varios minutos para hacerme una gran trenza. Había visto en los tutoriales de *YouTube* que así era más sencillo hacerlo, aunque no me cabía la duda de que iba a hacerme un estropicio. Cuando la terminé, se me saltaron las lágrimas. Era una decisión difícil pero lo más complicado ya estaba hecho, que había sido la valentía para llevarlo a cabo. Agarré el cabello y con los dedos temblorosos, guie las tijeras hasta él e hice un corte certero y preciso. El cabello que continuaba conmigo se destrenzó por completo y se abrió, dejándome ver que apenas llegaba a mis hombros. Por el contrario, lo demás yacía pulcramente trenzado y entre mis dedos.

Ahí fue cuando comencé a llorar un poco más. Simplemente me ceñía al plan, y éste me había otorgado poder hacerlo por varios minutos.

Cortar mi pelo era algo más que eso para mí. Cortarlo significaba el comienzo de algo que esperaba que fuera mucho mejor de lo que vivía en ese momento. Cortar mi cabello era dejar con él toda mi tristeza, todos los abusos, todos los golpes y todas las pérdidas. Representaba el fin de una etapa oscura y el comienzo de una más esperanzadora.

Cuando me miré más detenidamente al espejo vi que tampoco me quedaba tan mal. La abuela tenía razón. Me veía incluso más alta, aunque mi metro con sesenta y dos no diera para mucho. De repente me volví a sentir feliz, y entendí en ese momento que la decisión que había tomado no me iba a dar una vida más fácil, pero sí más próspera.

Los siguientes pasos fueron coger estrictamente lo necesario y no sentir

arrepentimiento. Me costó más lo primero que lo segundo. Lo que abarcaba el término *estrictamente necesario* no era para nada el móvil, toda la ropa o demás banales cosas. Consideré que lo más importante eran los recuerdos – aparte de cosas de primera necesidad–, como el alijo de anillos que tenía ya que eran regalos de mi abuela o el cepillo con el que de pequeña mi madre me cepillaba.

Los dos últimos pasos eran los más fáciles, y con los que más ansias esperaba. Admitiré que el penúltimo era omisible, pero para mí era satisfactorio y era lo que contaba. Se trataba de una pequeña venganza.

Bajé las escaleras trotando junto a mi maleta y fui a la cochera. Ahí estaban los dos instrumentos que necesitaba para efectuar los dos últimos pasos: uno de ellos, el *Opel KARL* color mostaza del abuelo que utilizaría para fugarme y el segundo un kilo de excremento de caballo que Aylen me había proporcionado de los caballos de su padre, ¿para qué? Pues para que el abuelo y tío Shepard no se quedaran sin cenar aquella noche.

Tras realizar mi pequeña revancha, subí al coche. Era la última oportunidad de pensarme las cosas bien. ¿Era correcto huir? ¿Qué iba a ser de mí? Realmente el indeciso destino que me ofrecía el escaparme de allí era más tentador que la seguridad que me podía proporcionar mantenerme en aquel lugar.

Y sin más arranqué, empolvando con las ruedas traseras lo que hasta ese momento había sido toda mi vida... o, al menos, mi mísera existencia.

Capítulo 1

Hollie

27 de Marzo de 2016

El día que decides cambiar tu vida es una de las pocas cosas que siempre recordarás con total nitidez. Esa sensación de hormigueo en el estómago, esa sonrisa indiscreta y esa ilusión efervescente que sentía sentada en el asiento piloto del coche nunca se me olvidarán.

Llevaba casi un día de viaje. Solo había parado un par de horas en la oscuridad de una gasolinera para dormir. No tenía un destino pensado, por lo que mi indecisión era la que conducía por mí.

Ese día había amanecido lloviendo. Resoplé mientras recostaba mi cabeza sobre el volante y sin querer pité. Todos detrás comenzaron a hacer lo mismo, incluso el conductor de adelante sacó su cabeza por la ventanilla y me gritaba furioso algo que no lograba descifrar. Seguramente trataba de explicarme *amablemente* que el atasco no era algo que él hubiera creado.

Bajé la ventanilla con delicadeza sacando mi mano izquierda al exterior y le enseñé mi dedo corazón decorado con los tres anillos que portaba. Tras hacerle un *acto de paz* al conductor que me precedía con el brazo mojado por la torrencial lluvia, lo metí de nuevo y me sacudí con aspereza. Volví a subir la ventanilla del coche, pero, quedando aún un tercio para que terminara de cerrarse, se atascó.

«Genial, ahora comenzarán a llover golosinas» pensé.

Puse mi total insistencia en cerrarla pero todo esfuerzo resultó inútil. Entonces recordé ese dicho que mi abuela repetía tanto:

«Si ofreces mierda a los de tu alrededor, probablemente tú recibas lo

mismo de peor manera»

Sí, yo había pensado muchas veces que la palabra favorita de mi abuela Florence era *mierda*.

En ese momento el frío se coló en el coche y ni la calefacción combatía contra él. Me maldije interiormente, culpándome de no haber cogido el v40 *Cross Country* de tío Shepard. Pero claro, mi plan era muy exhaustivo; estaba claro que yo, tanto para él como para el abuelo, era más bien *un grano en el culo* y mi huida además de alegría y satisfacción, no les habría proporcionado nada –a excepción de mi *regalito* de despedida–. Pero en cambio, si yo me hubiera llevado el gran v40, mi tío hubiera enloquecido y seguramente ya tendría a la policía tras de mí por robo. Por eso decidí coger el *Opel KARL* color *mierda* del abuelo –parecía haber heredado de mi abuela además de la alergia al moho, ese extraño gusto por aquella palabra–, que, además de no ser usado desde hacía mucho tiempo, faltaba muy poco para que tuviera que ser conducido como en los *Picapiedra*.

Realmente, que se rompiera la ventanilla era lo mejor que me podría haber pasado.

Parecía que el atasco se había deshecho y los coches por fin comenzaron a circular con lentitud. Hacía frío, en ese momento más, y sentí como los huesos comenzaban a entumecerse. ¿Cuántas horas llevaba ahí metida? Parecía que llevaba años en ese coche cuando seguramente solo habrían pasado unas cuantas horas desde mi última parada.

En un desvío decidí extraviarme y acabar con ese maltrato en forma de atasco que llevaba sufriendo unas cuantas horas. Ir sin rumbo resultaba ser una de mis ventajas. Conduje un rato largo más, la noche volvía a caer y yo no quería volver a dormir en el coche. Lo incómodo que resultaba el interior no era nada en comparación al frío y la humedad que habría esa noche.

Bordeando la costa, entré en un pueblo pequeño de gran pendiente ascendente que rodeaba un largo y ancho río. Circulé con cuidado por la desgastada calzada mientras observaba las bonitas fachadas de las casas que me rodeaban. Avancé un poco más hasta que llegué a la pintoresca plaza donde aún había gente caminando aprovechando los últimos minutos del sol y sonreí. Aquel lugar me inspiraba calidez. Tras rebasarla continué deambulando con el coche por el interior del pueblo. Era realmente atractivo

y llamativo. Al estar todo el pueblo algo inclinado hacía que el coche tirara a con mucho esfuerzo y con lentitud.

A lo lejos observé un puente que atravesaba el río y me dirigí allí. Tras pasarlo, descubrí que ya me encontraba a las afueras del pueblo. No había nada que me sirviera de provecho. No podía simplemente entrar en una casa y pedir asilo. Me lo negarían pensando que estaba loca.

Desilusionada, continué entre los densos árboles que rodeaban las lejanías del pueblo. Sin embargo no continué por demasiado tiempo ya que, como si de un oasis en mitad del desierto se tratara, vi un hotel a unos cuantos kilómetros. Conduje con esperanza hasta llegar y, cuando lo hice, tras bajarme, me sorprendió mucho más lo que vi. Era un hotel algo descuidado – incluso parecía que estaba abandonado –, pero me serviría para pasar la noche si es que realmente no lo estaba.

El césped que rodeaba el lugar mantenía un buen color y estaba libre de musgo, al contrario de cómo se encontraba el suelo unos cuantos metros atrás. Había una circular y amplia fuente y pese a estar apagada y un poco descuidada, no parecía abandonada –o no quería que lo pareciera–. Volví a mirar el edificio y de solo observarlo me sentía pequeña. Parecía ser casi tan grande como una montaña; deslumbrante y espeluznante a la vez. Casi al centro estaba la gran entrada con un portón inmenso aparentemente imposible de derribar y, sobre ella, un cartel que me hizo sonreír: *Hotel Redmond*.

Las vistas eran asombrosas, la parte opuesta a la que me encontraba daba a un gran acantilado donde se veía a la perfección cómo las gotas incesantes de la lluvia morían en el inmenso mar. Cuando desperté de la ensoñación ya me encontraba empapada, por lo que, con la máxima prisa que pude, corrí hasta el gran portón del hotel. Seguro que hacía unos años ese sitio había sido asilo de muchos magnates de vacaciones que intentaban evadirse por un tiempo del ajetreo de la ciudad. Más o menos como yo; solo que yo no tenía donde caerme muerta.

La puerta, una vez que me coloqué próxima a ella, me sorprendió. Me sacaba infinitas cabezas. Por ahí podría haber pasado el mismísimo *Robert Wadlow* de puntillas.

Su color era blanco, aunque ahora rozaba lo marrón. La rocé con la yema de mis dedos y su tacto era rugoso, algo que no parecía a simple vista, y

entonces, la golpeé. La primera vez fue con actitud calmada pero las siguientes fueron más desesperadas. Que estaba empapada era un hecho, pero sentía hasta cómo mi ropa interior se adhería a mi piel y era incómodo. Realmente incómodo.

Nadie abrió. Ni si quiera se escuchaban pisadas, cosa que me puso muy nerviosa. Había llegado hasta allí para nada, solo para mojarme más. Giré sobre mis talones y examiné atentamente el panorama; una lluvia intensa y abundante sobre mí, un coche color *mierda* con la ventanilla estropeada y mi cuerpo como una gelatina por el frío que hacía. El viento descolocaba mi cabello y se pegaba en mi rostro. Lloré. Mientras colocaba uno de los principales mechones de los lados de mi recién cortada melena tras mis orejas, comencé a llorar. Había depositado mis pocas esperanzas de dormir tranquila por una noche en ese hotel y todas se habían esfumado, dejándome aun peor de lo que ya me encontraba.

—Santa mierda. ¡Pero qué desgraciada soy...! —grité descolocándome finalmente todo el cabello.

Mordí mi labio inferior con desesperación y cuando me dispuse a caminar de nuevo al coche con enfado, una voz me hizo detenerme.

—¿Disculpe?

Esa dicción tan afable y dulce me hizo volver la vista y cuando vi a la portadora, una mujer de avanzada edad pero con muy buen porte, vistiendo una clase de uniforme de color azul marino, el primer impulso que sentí fue correr a ella y abrazarla. Desprendía un agradable olor —aunque, portando un hedor a humedad, ¿qué olor no me hubiera resultado agradable?— y su cabello era gloriosamente suave y fino. La mujer, al principio sorprendida, terminó por ceder segundos después y también me atrapó en sus brazos con algo de rigidez. Golpeó mi espalda con cierta empatía y cuando la efusividad del momento se relajó, me aparté de ella para mirarla a la cara, aunque seguí sosteniendo sus brazos.

—¡Usted es como la virgen para mí en este momento...! —Suspiré con entusiasmo.

La mujer mostró un rostro neutro, formando una fina línea con sus labios de color carmín. Tenía el cabello rubio —aunque tintado—, sus ojos, afables, eran de color marrón. Unas cuantas arrugas adornaban su rostro pero por el

maquillaje bien aplicado apenas se apreciaban en su totalidad.

—Claro... —contestó ella asintiendo levemente con la cabeza, algo perdida en el asunto.

Yo sonreí e hice un ademán restándole importancia a lo que acababa de decirle.

—Vengo de un viaje largo y mi coche se ha roto y necesito pasar la noche en algún sitio —dije con la mayor rapidez que caracterizaban mis nervios. Eso, y el continuo uso de los nexos en mis oraciones.

—¡Ah! ¡Oh...! Sí..., niña..., yo... entiendo esto, pero... aquí no se puede quedar —Sus palabras me helaron —más si cabía— y me separé de ella hundiendo las cejas—. Este hotel está cerrado. Cerrado desde hace mucho tiempo y... y es privado. No sé si lo entiende. Se nota que usted no es de aquí, y me encantaría ayudarla, pero de verdad que no puedo.

—Pero... solo... solo será una noche —mendigué con un estúpido puchero—. Yo... no tengo donde más ir...

Las lágrimas afluyeron por mis ojos —aunque no sabía si la mujer se había dado cuenta— y entonces sollocé un poco para incrementar la pena en ella. La mujer resopló y miró a sus costados, afligida.

Mi momento de actriz estaba surgiendo efecto. Aunque, bueno, realmente yo estaba afectada. No tenía donde pasar la noche y esa mujer me estaba diciendo que no sería ahí donde lo conseguiría. Y me ofendía. ¿A caso no tenía buen porte como para que sus finísimas sábanas rozaran mi cuerpo? ¡Seguro que estaban repletas de polvo!

Fruncí el ceño en busca de más lágrimas. Al menos que se notara el esfuerzo que hacía por llorar. La señora negó repetidas veces con la cabeza.

—¡No, no llore! No me haga esto más difícil —pidió afectada—. No soy la dueña del hotel, aunque eso es evidente. No puedo hacer nada por usted, ¿señorita...?

—Ho... Hope —añadí con pena—. Soy Hope... ¿Samuels? y tengo diecinueve años...

Mi titubeo la desconcertó levemente. No podía dar mi verdadero nombre y arriesgarme a ser encontrada por un error tan de principiantes —aunque yo lo era, intentaba ser lo más profesional posible—. Sin embargo la pena que le

puse a mis palabras surcó efecto pues su rostro se ablandó —aún más— y se sorprendió. Su rostro formó una gran interrogación imaginaria y yo me limité a asentir con pena.

—¿Y qué haces aquí solita, Hope? ¿Te has perdido?

Su repentino cambio de tono de voz lejos de hacerme estremecer me hizo gracia. Pero no lo exterioricé. ¿Por qué me hablaba como si tuviera diez añitos y me hubiera encontrado llorando en mitad de un mercadillo gritando «¿dónde está mi mamá?»?

—No, no me he perdido... —respondí intentando mantener el tono casi audible de voz que había sostenido antes—. Solo que no tengo donde pasar la noche, yo... yo ya se lo he dicho...

—¿Estás huyendo de tus padres?

«Mis padres están muertos, vieja metida» pensé.

—No —contesté con seriedad. Intentaba hacerle saber que no me gustaba el rumbo que se estaba atreviendo a tomar en la conversación.

—¿Huyes de la policía?

—Huyo de la lluvia... —contesté señalándome, haciéndole evidente cuán empapada me encontraba—. Estoy cansada de conducir, el coche está roto, tengo frío y... ¡oh... no sé qué hacer...! —Terminé la frase tapando mi cara con las manos y sollozando, un acto terriblemente bien interpretado y con un merecidísimo *Óscar*.

—Oh, niña, no...

—¡Oh, Dios...! ¡No voy a encontrar ningún sitio...! —bramé con gimoteos mirando al oscuro cielo y encerré mi rostro de nuevo entre mis manos.

Segundos después noté unos leves golpecitos en mi hombro llenos de afecto y de palabras como:

—Hope, no llores. Me rompe el corazón verte así, niña, venga, pasa. Veremos qué podemos hacer.

—Gracias, gracias, gracias, gracias —Comencé a repetir con ilusión—. Gracias, gracias, ¡gracias...!

—Para, para ya, niña —pidió ella con una risilla nerviosa—. Vamos adentro.

—Mis cosas —Señalé mi espalda.

Ella se limitó a cogerme de la muñeca y a tirar de mí para entrar.

—De eso se encargará James. ¡James! —exclamó la mujer, y por fin, se deshizo de mi agarre y avanzó unos cuantos pasos a él con rapidez.

Yo me quedé mirándolos con cautela desde la distancia. Ella murmuraba, aunque no la entendía. Cuanto más avanzaba en el testimonio, más se alargaba la cara del hombre y cuando ella se calló, él negó repetidas veces con la cabeza con vituperio.

—¡Sabes que no está permitido! —bramó él gesticulando con sus brazos—. No, no, y ¡no!

Por un momento, tras pronunciar esas palabras que me hacían convencerme mentalmente que definitivamente no podría quedarme allí, él me miró.

«Hollie, es hora volver a actuar.»

Le sostuve la mirada y coloqué los mechones de pelo tras mi oreja con pena. Él comenzó a bracear con nerviosismo.

—No me mires con esos ojos de cachorro..., no —masculló acercándose a mí, señalándome con el dedo índice—. Con Ellen quizá te sirvan pero conmigo no...

—Vale..., vale —murmuré y miré a las espaldas de ese tal James, en dirección a Ellen—. Yo no quiero causar ninguna molestia... —añadí abrazándome a mí misma.

Noté que James se estremeció.

—Estás empapada... —musitó con aflicción.

Yo me abracé con más ímpetu y asentí tenuemente.

—Nada, solo he llorado demasiado... —contesté con un ademán para restarle importancia.

Él se quedó rígido. Ellen también. Con razón la abuela me decía que a veces mi sarcasmo estaba fuera de contexto. ¡Ya me veía en la calle por bocazas!

Pero instantes después, James giró su rostro para ver a Ellen. Y, cuando se volvió a girar a mí, sonreía. Una tira de dientes blancos relucientes que

destacaban mucho por su tez sumamente oscura.

—Solo esta noche —pronunció señalándome con uno de sus grandes dedos y Ellen sonrió ampliamente—. Solo esta y demasiado estamos haciendo por ti —agregó deshaciéndose de su chaqueta del mismo color que el traje de Ellen y lo pasó por mis hombros.

—¡Muchas gracias! —exclamé con verdadera emoción y le abracé. Al igual que Ellen, James me tomó con sorpresa, pero luego me correspondió; hasta acarició mi cabello y lo colocó.

—Está bien, está bien... —dijo él y nos separamos.

—¿Has comido algo? —preguntó Ellen apareciendo detrás del hombro de James. Yo me limité a negar con la cabeza—. Bien, hora de cenar —añadió agarrándome del brazo y dirigiéndome unos pasos adelante, torciendo a la izquierda, donde se encontraba una gran puerta que daba a una especie de restaurante. No sabía precisar si me resultó grande o pequeño; sus dimensiones eran adecuadas para las magnitudes del lugar. Pero, una duda asaltó mi mente: ¿verdaderamente estaba cerrado?

Desde luego, era espacioso. Y además era evidente la pulcritud del sitio. No cabía duda de que ese lugar había sido majestuoso en el pasado, aunque en el presente se mostraba levemente deteriorado. Tenía en la pared frontal un gran ventanal, pero no podía verse a través de él pues estaba cubierto de persianas estropeadas, lo que le daba un aspecto más lúgubre al interior. Estaba segura que desde ahí se veía el mar.

El estado de la barra también contribuía en ese aspecto tan sombrío; estaba descuidada, pero estaba muy limpia. El suelo era de material claro pero con detalles oscuros; la pared era también color crema.

Nos acercamos al mostrador y Ellen llamó a alguien con un nombre especialmente raro, por lo que la primera vez que lo oí no lo entendí bien. Segundos bastaron para que la señora —al parecer el nombre era de mujer— apareciera por una puerta dentro de la barra y se situara frente a nosotras, con una expresión de pasmo que no me sorprendió a mí en absoluto pues había sido el rictus que todos habían tomado al verme allí.

¿Cuánto tiempo llevaban sin ver un rostro que no fuera el de ellos mismos?

—Sengougahara, ¿tienes algo preparado para cenar? —preguntó Ellen.

La señora de color me miraba de arriba abajo —al menos lo que la barra le permitía— y sobre todo se fijó más en mí cuando James apareció y se dio cuenta de que la chaqueta que llevaba, era de él.

—¿Quién es ella? —cuestionó ceñuda, arrugando su nariz.

Yo fruncí una sonrisa de cordialidad y Ellen me miró, con un extraño afecto que me hizo sentir bastante cómoda.

—Solo quiere pasar la noche. Está cansada de un largo viaje y su coche está roto. ¿Hay algo para cenar? —repitió.

—Puedo preparar algo rápido —dijo la señora de nombre irrepetible.

Ella hizo una seña intentando que pasara desapercibida para mí indicándole a Ellen que quería hablar con ella. A solas. Yo lo entendí a la perfección y me alejé con cortesía.

—Solo va a ser esta noche... —comentó Ellen en voz baja pero audible. El sitio debía tener eco.

—¿Y el señor...?

—No va a enterarse. Si todo está bien, vendrá dentro de dos días. Ella, entonces, se habrá ido.

—¿No que tiene el coche roto?

—Yo se lo arreglo, cariño —intervino James agarrándola de los hombros con cariño. Entonces entendí que ambos estaban casados, o, al menos, se amaban—. Mañana a primera hora repararé su coche.

Yo me rasqué la nuca porque sabía que ahí había una pequeña confusión. Sí, yo había dicho que mi coche estaba roto, pero no roto para no poder conducir. Simplemente estaba rota la ventanilla. Pero, si eso me valía para poder dormir calentita, el coche estaba muy roto, ¡rotísimo! Era una mentira piadosa, ¿no? La abuela decía que si no hacían daño a nadie, no estaba tan mal mentir.

Capítulo 2

Hollie

La comida había estado tan deliciosa y sabrosa que me había debatido entre dos cosas: comérmelo deprisa por el ansia o comer lento para que me durara más.

Terminé de comer el *Fish & Chips* que me había preparado la cocinera del hotel antes de ser capaz de pronunciar a la perfección el nombre de ésta. Realmente, ¡era imposible de articular! Y nos habíamos dado por satisfechas cuando decidimos que la llamaría *Sengua*. No se asemejaba mucho a su nombre real, pero algo es algo.

Mientras tanto Ellen se estaba encargando de acomodar la habitación en la que me permitirían quedarme esa noche. Decidí entonces que aquel día sería el mejor día de mi vida a partir de aquel momento: me había podido duchar con agua caliente, olía bien, mi cabello estaba cepillado y había podido cambiarme de ropa sin darme en los codos. ¿Qué más podía pedir? Ese día dormiría en una gran cama mullida y estaba cenando un delicioso platillo.

Miré al gran ventanal que cubría una parte del restaurante. Estaba segura de que daba al acantilado que yo antes había apreciado, y por eso decidí levantarme de la silla y acercarme hasta ella para abrirla un poco y contemplar la fascinante imagen que debía tener.

—¡Niña, niña! ¿Dónde vas? ¿Qué haces? —preguntó Sengua.

Me giré a ella y descubrí que su rostro desprendía cierta molestia.

—Ehm... uhm...

—Si ibas a abrir la persiana, desde ya te digo que está prohibido —dijo tajantemente.

Algo incómoda por la repentina situación llena de tensión, deshice mis pasos y volví a sentarme sin decir nada más. Pero como mi mente no podía estar ni un segundo en blanco, decidí imaginarme la escena yo misma. Entonces vinieron a mi mente recuerdos preciosos, pero también algo dolorosos. La nostalgia se apoderó de mí y dejé de imaginar.

No recordaba la última vez que había visto el mar —lo había hecho cuando mis padres aún vivían— pero sí tenía muy presente en mí todas las fotografías en las que yo salía de pequeña muy feliz junto a ellos. ¿Qué hubiera sido de

mi vida si mis padres no hubieran muerto en aquel accidente? Desde pequeña solía preguntárselo al cielo, a los árboles, a toda la naturaleza que me rodeaba. ¿Qué hubiera sido si...? Muchas veces, cuando tío Shepard había llegado muy borracho a casa y me había pegado con su cinturón de cuero en la espalda porque simplemente le había echado más sal de la cuenta a la comida, preguntaba por qué la vida ni si quiera había dejado vivo a uno de ellos. En ese momento, y con una edad muy temprana, descubrí que la vida no es justa. Que el karma existe, pero solo cuando le interesa. Que si quieres una buena vida, tienes que buscarla por ti mismo. Que si quieres ser feliz, solo tú mismo puedes conseguir serlo. Que el mayor amor que tendrás será el amor que sientas por ti mismo. Que la vida solamente es un rato agradable si tú lo deseas. Y fue entonces cuando descubrí que si quería vivir, tenía que marcharme. Nadie iría por mí y nadie me sacaría de aquel infierno, solamente yo.

Y evidentemente fue lo que hice.

Mi abuela siempre me había dicho que para saber si tienes la vida que quieres vivir, cada noche, antes de acostarte, debes preguntarte cuántas veces repetirías lo que llevabas vivido hasta ese momento.

Y el día en el que llegué a ese hotel, supe que lo repetiría eternamente.

La abuela hubiera estado tan feliz... Ambas sabíamos la respuesta que cada noche dábamos a esa pregunta.

La abuela..., aún se me formaba un nudo en la garganta cuando hablaba de ella o, simplemente, la recordaba. Su muerte había marcado un culminante antes y después en mi vida. La de mis padres también, pero era demasiado pequeña para notarlo. Fue totalmente distinto con ella. Ella me había criado, me había amado, había sido padre, madre, abuelo, *mascota*... había sido todo en mi vida. Y cuando se murió, me dejó con dos personas que no eran absolutamente nada, es más, creo que los caladios que había plantado con la abuela de pequeña –y que seguían vivos, de hecho, los llevaba conmigo– me habían dado más cariño que ellos dos juntos.

El abuelo era el prototipo perfecto de machista extremo que pensaba que las mujeres son como la cerveza; están bien para pasar un buen rato pero luego dan dolor de cabeza. Tío Shepard era un hombre que no aguantaba verse por más de un minuto al espejo –ni él se aguantaba, lógicamente– y

había seguido los mismos pasos, convirtiéndose en una persona aún más cruel. Con la abuela eran así, pero ella sabía manejarlos mejor. Más bien, tenía buen manejo con la zapatilla para estampársela en la cara cuando decían cosas como:

«Las mujeres desean secretamente abandonar el trabajo y convertirse en amas de casa»

«Las mujeres no pueden conducir»

«Eres muy inteligente para ser una mujer»

«Aprende a cocinar o no engancharás a ningún hombre»

Sí, todo muy desagradable.

—¿Hope?

Pues, bien, todo eso —y algo más que no deseaba recordar— había sido mi combustible para dar ese gran paso. Había soñado mucho con ese momento, la abuela había muerto hacía casi dos años y entonces todo había sido insoportable. Cuando terminé la secundaria y cumplí la mayoría de edad — hacía ya unos meses— comencé a trabajar en una cafetería para ahorrar y poder estudiar para cumplir mi sueño, pero aquel dinero finalmente lo invertí en ultimar los detalles para marcharme.

Tío Shepard y el abuelo seguramente no me buscarían.

—¿Hope...?

Sería una tremenda desgracia que lo hicieran, ya que ellos me habían repetido incansablemente que yo solo era una carga más. Pero me era imposible no tener el pensamiento de que ellos me echaran de menos, que las personas con las que había convivido toda mi vida se preocuparan un poco por mí. Eran sentimientos contradictorios, pero no dejaban de ser algo normal para mí.

—¡Hope! ¿Estás sorda?

Me sobresalté cuando vi a Ellen frente a mí, con el ceño fruncido y los brazos apoyados en la cadera. Cuando le presté atención, ella sonrió y destensó su rostro.

Hope era yo. Se me había olvidado.

—Ya pensaba que teníamos otra sorda en el hotel —añadió tomando

asiento frente a mí—. ¿Quieres comer más?

—No, gracias.

—Este hotel es un buen sitio para pensar. Hay tanto silencio que no queda de otra que escucharte a ti misma.

—Sí, supongo... —suspiré, y decidí dejar a un lado los recuerdos—. ¿De verdad este hotel está cerrado?

—Sí —respondió con repentina sequedad—. Y no quiero ser maleducada, es más, me has caído muy bien. Me recuerdas... me recuerdas a una vida de hace muchos años que extraño mucho. Pero la decisión de que puedas quedarte aquí hasta estabilizar tu vida no es mía. Ni de James, ni Sengougahara, ¿lo entiendes? Simplemente no puedes quedarte.

—¿Por el dueño?

—Exactamente, por el dueño. Si tan solo supiera que estás aquí... si tan solo supiera que has pisado aquí, nos mataría a todos —Pude notar como se angustió solo de pensarlo, incluso se removió con incomodidad en la silla.

—En la Antigua Grecia los dioses lo hubieran castigado, ¿sabes? Era un deber ser hospitalario —respondí con un mohín para relajar el ambiente.

Ella se rio, y un par de arrugas se formaron a los alrededores de sus ojos color café y sentí cierta melancolía. A pesar de que no se parecía nada a mi abuela —esa mujer era mucho más elegante a pesar de que llevara un uniforme—, los gestos y su forma tan entrañable de comportarse conmigo me conmovían.

—No creo que le importara en absoluto —masculló. Solo de escucharse, emitió una pequeña carcajada que consiguió contagiarme.

Después, el silencio nos envolvió por varios segundos y ella suspiró.

—Mañana me marcharé —dije para romper el silencio—. No quiero causar problemas.

Ella asintió ligeramente con la cabeza y me apesadumbró un poco el hecho de que al día siguiente tuviera que marcharme de allí. El sitio era agradable, algo silencioso, pero yo podría cambiarlo. Además, allí nunca me encontrarían si quisieran hacerlo. Ellos eran cariñosos, incluso esa mujer de nombre impronunciable. Y Ellen... Ellen era muy maternal. Y me agradaba. Pero simplemente eran un paso de tantos en busca de una vida mejor. Y

probablemente, nunca volvería a verlos.

* * *

Me removí, cansada, en la cama. En sí estaba cómoda, pero sentía un gran malestar y un frío agotador, a pesar de que Ellen se había encargado de ponerme muchísimas mantas en la cama. Suspiraba, me movía, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, me colocaba boca arriba, boca abajo, de un costado, del otro, pero era imposible conciliar el sueño. La cabeza me golpeaba con fuerza, provocándome un desagradable dolor. Parecía que me había poseído un demonio. Tiritaba con vehemencia y mis ojos apenas podían mantenerse abiertos por más de cinco segundos seguidos. Con esfuerzo conseguí abrirlos y todo comenzó a darme vueltas. Afuera, frente a mí, estaba el gran ventanal que daba a una terraza a vistas del acantilado —el cual me había costado descubrir por el nivel de oxidación de las persianas—. El panorama era desagradable y mi visión estaba nublada.

Sentí el frío calarse por mis huesos y comencé a temblar más. La cabeza seguía doliéndome e iba a explotar. Cerré los ojos e intenté sacar de algún lado la fuerza para levantarme, y cuando me apoyé a tientas en la orilla de la cama, me enrollé en una de las tantas colchas que tenía sobre mí y comencé a caminar con miedo. No conocía el sitio exactamente y el mareo no me dejaba recordar donde estaban los obstáculos. Me choqué miles de veces hasta que conseguí agarrar la perilla de la puerta; necesitaba ir a la cocina y buscar el botiquín, aguardando la esperanza de que fuera en la cocina donde guardaran el botiquín.

El cansancio se apoderó de mis pies y no entendía como aún conseguía mantenerme en pie. No recordaba ni si quiera donde estaba el paso de la luz y tuve que caminar a ciegas. La luna no parecía estar de mi parte para alumbrar por las ventanas el camino. Cuando me dispuse a bajar las escaleras —por suerte Ellen me había asignado una habitación de la primera planta—, una luz se prendió y al verme apoyada en la escalera, James corrió a mí y me agarró de la muñeca para que no me cayera.

—Hope, ¿estás bien? —preguntó preocupado.

Su voz parecía sacada de un audio de mala calidad y apenas lo escuché con claridad. Ni si quiera le veía bien. Mis pies se enredaron y James me sujetó con más fuerza.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ellen a orillas de la escalera—. ¿James?

—Creo que Hope se va a desmayar —contestó él con indecisión y decidió cogerme, cosa que agradecí. La cabeza seguía golpeándome y apreté mis sienes con mis dedos con fuerza.

Ellen subió lo más rápido que pudo y se encontró con nosotros. Posó sus labios húmedos —no dilucidaba bien si estaban libres de carmín rojo— y sus ojos parecieron salirse de sus órbitas.

—¡Oh, dios! Tiene una fiebre del demonio.

—Sí... —balbuceé—. Creo que me ha poseído un demonio...

—¡Llévala a la cama! ¡Ya! Voy a coger las medicinas —añadió.

—Ellen, por dios cálmate que vas a caerte por las escaleras —pidió James sosteniéndome aún en sus brazos.

Desde mi posición su rostro no era simétrico; su nariz parecía ligeramente torcida a la izquierda. Pero, ¿qué importaba en ese momento? ¡Me estaba muriendo!

—Cariño, no te duermas —dijo Ellen bajando las escaleras—. ¡Mantenla despierta, James!

Y con esas palabras, Ellen desapareció de mi campo de visión y James anduvo lentamente hacia mi habitación. Todos mis sentidos estaban anulados y lo único que sentí en ese momento, fue cierta diversión. ¡En el lío que los había metido! El dueño del hotel los iba a matar si se enterara de que alguien estaba allí, ¡no quería ni imaginarme cómo actuaría si descubriera que alguien había muerto en una de sus habitaciones!

* * *

Travis

28 de Marzo de 2016

Los zapatos me apretaban mucho y era irritante.

Charles conducía con lentitud y me hacía sospechar que pretendía que yo llegara tarde a algún sitio. Él solo alegaba que la lluvia era traicionera y no quería arriesgar nuestras vidas. ¿En serio pretendía que le creyera?

—A ver, hombre..., aprieta, que ya estamos casi —le alenté moviendo los dedos de mis pies, notando un cosquilleo que me hizo formular un mohín de

incomodidad.

—Señor, como usted dice, ya casi estamos. Tarde o temprano, pero el caso es llegar —contestó él mirando por el retrovisor para verme.

Formulé una desgarrada mueca y levanté el dedo pulgar.

—Estupidez recibida, Charles.

Agradecía que ese viaje sin sentido hubiera acabado antes de lo previsto. Ese viaje a Bristol me había resultado más que aburrido, anodino. Solo una pérdida de tiempo que parecía ser que el único que tenía la capacidad de apreciarlo era yo.

—A ver, ¿cuánto queda? —pregunté.

—Minutos, señor. Ya vamos a entrar al pueblo. Hubiera sido preferible haber agarrado un tren, o no sé.

—¿Qué quieres decir con eso? Demasiado que confío en tus escasas dotes de conducción para esto.

Charles optó por el silencio y lo agradecí. Como bien me había dicho, minutos después el gran cartel del Hotel Redmond me hizo suspirar. Por fin estaba en casa. Tenía ganas de meterme en la habitación y aprovechar que el cupo de gente vista al mes estaba cumplido. Podría hibernar sin que Ellen me dijera su típico *asocial* cuando me veía de un mejor humor.

Charles aparcó pero algo que me extrañó me llevó a hacerle un ademán para que se acercara más. Más, más y... más. Un coche horriblemente feo estaba aparcado en el territorio del hotel. ¿Aquel día estaba todo dispuesto a estar en mi contra?

—¿Qué cojones...? —cuestioné—. ¿Sabes algo, Charles?

—Sé lo mismo que usted, señor. No olvide que acabo de llegar al mismo tiempo.

—A ver, sí, ajá, claro —mascullé—. Aparca, aparca. ¡Aparca ya!

A Charles le costó unos segundos reaccionar ante mi orden pero finalmente, aparcó. Bajé del coche y aprovechando que el tiempo había dado una pequeña tregua, abrí el maletero y saqué de ahí mis maletas.

—Puedo hacerlo yo, no se moleste —habló Charles una vez a mi lado.

Negué con la cabeza cargando ya ambas maletas. Con lo torpe que él era,

seguro que mis maletas acababan en un charco.

Me acerqué al coche y me sorprendió que no fuera ninguno de los míos ni de ninguna persona del hotel, a no ser que alguno de ellos se hubiera comprado otro vehículo. Pero, ¿por qué no notificármelo para ahorrarme este mal momento? Todo era raro y me crispaba.

Caminé con pasos largos y en cuestión de segundos estaba postrado frente a la puerta. Toqué dos veces seguidas y otra vez un poco más fuerte cuando pasaron un intervalo de cinco segundos para que supieran que ya había llegado.

De lo que tardaron, Charles ya me había alcanzado y estaba esperando a mi lado. Miró de reojo un par de veces el coche que había, con la misma duda que me asaltaba a mí.

¿De quién cojones era ese coche?

Los pasos desde adentro se hicieron presentes y segundos después, Hara me abrió la puerta. Me resultó extraño que no fuera Ellen, pero lo dejé pasar.

—Se... señor —titubeó con sorpresa mientras se hacía un paso y nos dejaba entrar a Charles y a mí.

Una vez ingresé, giré sobre mis talones y la miré de arriba abajo. Ella temblaba.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

Hara negó con la cabeza repetidas veces mientras erguía su espalda y colocaba sobre ella sus brazos, simulando una apariencia más segura.

—¿Qué va a ocurrir, cielo? —preguntó Ellen bajando con una sonrisa las escaleras.

Su actitud me relajó un poco, aunque solo un poco, ya que, cuando eché de nuevo mi vista a Hara, tenía cara de dilema.

—¿Me podéis explicar de quién es el coche que hay ahí afuera? —Dejé las maletas con fuerza en el suelo e intercalé la vista para abarcar a todos.

—De James, señor —contestó Hara y Ellen llegó hasta nosotros—. James se enamoró de ese coche, estaba tirado de precio y lo trajo. Espero que no le moleste...

Achiné los ojos y ella intentó guardar la compostura. Miré entonces a

Ellen, que, con tranquilidad, asintió con obviedad. Volví a mirar a Hara.

—A ver, el coche es una gran mierda —comenté haciendo un mohín y ella se rio, soltando una gran bocanada de aire al hacerlo—. Mañana lo quiero fuera de ahí, no quiero que la gente piense que el hotel está abierto. Lo que me faltaba después del viaje, ver a gentuza por aquí.

—¿Qué tal el viaje, Travis? —intervino Ellen sonriendo mientras hacía el esfuerzo de coger las maletas. Se las retiré de las manos y me dirigí hacia el ascensor para subir a mi habitación y acomodarme.

—Estás demasiado risueña hoy —dije tocando el botón del ascensor varias veces para que acudiera. Eché la vista atrás y la vi tiesa—. A ver, dime qué ocurre... Venga, dímelo. No voy a enfadarme, bueno al menos voy a intentar no enfadarme.

—¿Qué va a ocurrir? —Ella gesticulaba mucho y no me inspiraba confianza.

—¡Pero qué alegría, qué alegría! —exclamó James incorporándose en la recepción. Venía de la cocina.

Bufé y volví a tocar el botón del ascensor. Una, dos, tres veces. Me estaban agobiando. Y los malditos zapatos también. ¿Por qué cojones tanta alegría?

—¿Qué haces tan pronto aquí? —añadió sonriendo, colocándose entre Ellen y Hara.

Sus posiciones parecían agresivas. Ellos acechándome con esas sonrisas estampadas en las caras. Toqué de nuevo el botón del ascensor. Una, dos, tres veces.

—James, haz el favor de dejar de sonreír y quitar el coche de la entrada —pedí y decidí agacharme para deshacerme de los zapatos. Cuando lo conseguí, fue una liberación. Ellen se acercó y me los quitó de las manos.

—Te dije que eran muy duros, cielo —comentó observándolos.

—James, el coche... —repetí haciendo largas pausas entre las palabras—. Ya, ahora. Quítalo. Me molesta.

—Pero señor, mi coche está estacionado correc... —dijo pero Hara le pisó el pie. Al menos mi percepción fue que lo pisó.

—El coche que compraste el otro día, el marroncito. El señor ha dicho lo

mismo que yo, por muy poco que te haya costado, te han estafado —intervino Hara.

Estaban raros. Bueno, ellos eran raros de costumbre, pero ese día estaban especialmente más raros. Y el ascensor no venía en mi ayuda.

El silencio reinó en el momento y lo agradecí. Ellos se intercambiaron miradas cómplices y supe que algo no iba bien. Es más, algo iba asquerosamente mal.

—Qué habéis hecho, a ver... —dije tras tomar una desesperada bocanada de aire—. Bueno, es igual. Hablaremos después. Quiero tomar una ducha y como este maldito aparato no baja, iré por las escaleras.

—¡No, no! —voceó Ellen cuando me dirigí a subirlas—. Mira, ¡mira! Ya se abre.

Giré sobre mis talones y era cierto. El ascensor estaba abierto. Si no fuera porque es un objeto inanimado, pensaría que me estaba tomando el pelo también.

Deshice el camino recorrido e ingresé en el ascensor. Ellen fue a hacer lo mismo pero la detuve con la palma de mi mano.

—Voy a ducharme —avisé—. Os doy media hora para deshacer el desastre que hayáis hecho. Y, si tiene algo que ver con ese coche, juro que como mire por la ventana y siga estando, lo tiro por el acantilado.

Los tres, frente a mí, asintieron rápidamente. Yo enarqué una sonrisa cínica y toqué la última planta. El ascensor se cerró y suspiré.

Aquel día no podía soportar ver una cara ajena más.

Capítulo 3

Travis

Leía el periódico y con frecuencia desviaba la vista para observar con disimulo a la gente que pasaba por mí alrededor. Parecían despistados, como si quisieran hacer algo pero mi presencia les impidiera hacerlo.

Acerqué la taza de café a mis labios y bebí un poco de ese líquido. Lo dejé sobre la mesa y volví a mirarlos; esa vez Ellen estaba apoyada en la barra mirándome, de manera verdaderamente indiscreta. Hara hacía que barría pero ya lo había hecho tres veces en ese mismo rincón. Aquel día la más normal parecía ser Sarah –la limpiadora sorda–, que limpiaba el recibidor como siempre.

Suspiré buscando la tranquilidad, aunque de primeras ya sabía que era inútil. Me sacaban de mis casillas, eso era un hecho, pero en ese instante, aún más.

James entró a la cocina –donde estábamos– y mostró con lo que pretendía ser disimulo una pequeña bolsa blanca opaca a Ellen. Cuando ella se percató de eso, le hizo un ademán para que la escondiera.

Para que la escondiera de mí.

Tosí con disgusto y me levanté. Ellos se quedaron parados. Lo agradecí.

Me coloqué frente a James y alargué el brazo para que me mostrara esa bolsa.

—A ver, dame lo que escondes, hombre. Creo que hoy estoy siendo demasiado paciente para la bienvenida que me habéis ofrecido. ¿Qué mierda habéis hecho en mi ausencia?

—No es nada, mira, no es nada —balbuceó él mostrándome la bolsa por microsegundos y la volvió a meter entre su chaqueta.

Bufé e insistí en que me la diera. Por fin lo hizo. Una vez en mi posesión, la abrí y hurgué en ella: había pastillas, dos cajas de pastillas para ser exactos y algunos sobres. Levanté la mirada y de pronto supe lo que estaba sucediendo.

Miré a mis espaldas y observé la taza de café.

Me habían echado algo.

—¡Maldita sea! ¿Qué me habéis echado? —bramé tirando las pastillas al suelo—. ¡Me cago en la puta, joder!

Me encaminé con rabia hacia la taza de café y la tiré al suelo. Todos me miraban temblorosos desde sus sitios. No se habían movido, ni si quiera habían pestañeado.

—¿Qué mierda le habéis echado? —añadí braceando con violencia.

Estaba enfadado y ofendido. Traicionado. Otra vez. Pero, ¿qué esperaba?

¡Todos eran unos traidores!

—¡Travis, por favor, cálmate! ¡No es lo que te imaginas! —pidió sollozando Ellen.

La fulminé con la mirada y extendí uno de mis brazos para tirar todo lo que había sobre la mesa al suelo. Ellen se acercó a mí y me agarró el brazo, aunque no conseguía impedir su movilidad. Yo me intentaba zafar pero ella más se amarraba.

—¡Travis esas pastillas no son para ti! —sollozó esa vez Hara.

—¡No quiero veros! ¡No quiero ver a nadie en lo que queda de día, joder! ¡Maldita sea! ¡Meteos las pastillas por el culo! —vociferé y cuando al fin me deshice del agarre de Ellen, ésta cayó al suelo y yo me encaminé a la puerta de la cocina—. ¡Mañana os quiero a todos en la puta calle! ¿Me habéis oído? ¡En la puta calle!

Dejé atrás los lloriqueos fingidos de Ellen, no me conmovían en absoluto porque ella se había portado tan mal, había menospreciado tanto mi confianza, que ella merecía estar en el suelo. Así, llorando. Ella se lo merecía.

Era yo el que no me merecía esas malas jugadas que ellos intentaban

hacerme.

Entonces lo recordé; el maldito coche. Más les valía que ese coche no siguiera donde lo había visto, porque lo quemaba con mis propias manos. Joder que si era capaz de hacerlo.

Corrí como pude –me dolían los pies aún, joder– y salí del hotel. Entonces vi el coche ahí, en el mismo sitio. Intenté destensar mis brazos en busca de relajación pero, para ser francos, no sirvió de nada. La lluvia ya había humedecido mi ropa y mi cabello. El pelo se me había adherido a la frente y me resultaba molesto. Enfoqué mi rabia en ese aparato; tenía que enfocar la rabia en él si no quería enfocarla en alguien y luego, arrepentirme. Aunque lo hubiera hecho con razón, y mucha.

Deshice mis pasos y cogí el pico que estaba apoyado en una esquina del hotel. Volví a donde se encontraba el coche y cuando alcé mi brazo dispuesto a clavarlo en el capó, una voz me detuvo por segundos:

—¡Deténgase, señor! ¡De verdad, usted está equivocado! —exclamó James a mi espalda.

Se tomó el atrevimiento incluso de agarrarme del hombro. Giré mi rostro y vinculé ferozmente mi mirada en la suya, intimidándolo. Él cesó su agarre y entonces clavé el pico en el capó. Luego en el cristal delantero, después en los de los costados y terminé por clavarlo en el sitio que me apetecía, sin fijarme cual era. Era liberador. Sentía descanso y desfogue.

Yo se lo había avisado.

* * *

Hollie

—Toma..., niña..., toma —dijo Ellen ofreciéndome dos pastillas y un sobre junto a un vaso de agua.

Me incorporé mientras aceptaba lo que me daba y la miré detenidamente: ella parecía preocupada y triste. Sus ojos estaban rojos, aunque no había ningún indicio más de que podía haber estado llorando.

—¿Qué te pasa? —pregunté cuando ya había tragado todo el medicamento.

Ella me retiró el vaso de agua de las manos y las suyas temblaban. Tanto que pensé que iba a tirar lo que restaba de líquido en el vaso sobre mí.

—¿A mí? Nada..., nada. ¿Tú cómo te encuentras? —cuestionó ella levantándose y dejando el vaso sobre la mesa que se encontraba frente a la cama.

Yo me incorporé mejor y le ofrecí una tenue sonrisa.

—Mejor, mucho mejor. Lo que sea que me disteis ayer me ha hecho mejorar —comenté y ella asintió con cierto desinterés. Parecía estar en otra cosa—. ¿En serio que estás bien? ¿Ha pasado algo? ¿Os he creado un problema? ¿Él... él está aquí? He escuchado ruidos antes. ¿Es eso? Puedo interceder por vosotros.

—No, no..., no.

—Puedo hacerlo. Quizá si le cuento mi situación... quizá él también lo entiende...

—¡Que no! —bramó ella y provocó que pegara un brinco.

Me quedé quieta, sentada aún en la cama aunque con mis pies ya enfundados en las zapatillas.

—¿Puedes decirme, por favor, qué es lo que está pasando? —pregunté algo más calmada—. ¿Un ladrón? ¿Nos están robando? ¡Sé taekwondo! Bueno, algo. Un poquito. He visto programas sobre eso. ¡Sé aprender rápido!

—¡Me podéis dejar vivir jodidamente tranquilo? ¿¡Tanto pido!? ¿¡En serio?!

Esos gritos masculinos venían de fuera. Estaban colmados de rabia y me hicieron girar la cabeza para escuchar mejor. No era una voz conocida, al menos no para mí.

La teoría de que el dueño del hotel ya había llegado tomó el pleno sentido. Sentí ganas de levantarme y hablar con él pero como si Ellen me hubiera leído los pensamientos, fue más rápida que yo y salió de la habitación corriendo, cerrando la puerta a su paso. Una vez sola en la habitación pegué mi oreja a la puerta e intenté escuchar más, aunque fue imposible. Se oían murmullos pero parecía que eran a propósito para no ser escuchados. Me debatí sobre salir o no salir, de nuevo. Por una parte, les debía a ellos interceder a su favor; me habían hospedado a pesar de tenerlo terminantemente prohibido, y, además, me habían cuidado esa tan mala noche que había pasado y lo que llevábamos de día. Pero por otra parte ellos

me habían repetido hasta la saciedad y más que pasara lo que pasara, si él estaba por ahí fuera, no debía salir. Por su bien y por el mío propio. Yo me preguntaba, ¿tan déspota era ese dueño? Y si lo era, ¿por qué aguantaban? ¿Por qué trabajaban en un hotel que no era tan hotel? Porque ese hotel como tenía entendido llevaba bastante tiempo cerrado, ellos ya no estaban ahí trabajando para lo que un día se ofrecieron, ellos ya trabajaban para una persona únicamente y ésta resultaba ser un jodido capullo.

El ascensor sonó y entonces tuve el impulso de salir. Al menos para saber qué estaba ocurriendo. Y si lo que estaba ocurriendo era que el señor había llegado, les volvería a repetir que yo intercedería por ellos. Es más, me marcharía por ellos. Agarraría mis maletas y me iría en mi coche, tal como había llegado.

Abrí la puerta con cuidado y estaba todo despejado. Al menos la primera planta, que era donde yo me encontraba. Dejé la puerta cerrada a mi paso y anduve sin hacer ruido hacia las escaleras. Cuando estuve al filo vi a James y a su mujer hablando. Ella estaba afectada. Él también, aunque parecía exteriorizarlo algo menos. Él la sujetaba de los brazos para calmarla y ella parecía al borde de un ataque de nervios.

—¿Y ahora la pobre, qué va a hacer? —cuestionó entre lloriqueos ella.

Él chasqueó su lengua y pasó su mano tras la nuca de su mujer para dirigirla a su hombro y abrazarla.

—No debimos permitir que se quedara —musitó él, aunque el eco, supongo, hizo que se hiciera audible para mí. Aunque solo fuera un poco—. No por ella, ella es maravillosa. Pero ahora le hemos causado un problema más.

—¿A quién os referís? —preguntó un hombre que acababa de salir de la cocina y se había incorporado en el recibidor.

Desde mi punto de visión era bastante alto y su cabello parecía ser largo ya que, pese a estar amarrado en un coiletero, unos mechones rebeldes le caían por ambos costados de su rostro y llegaban hasta algo más de su barbilla. Su cabello parecía pelirrojo y daba la sensación de estar plagado de pecas. Iba comiendo una especie de donut con crema rosa que me abrió el apetito, pero no era momento de pedir comida.

James y su mujer comenzaron a hablar con él dándome la espalda.

Segundos después, cuando el hombre de cabello largo se percató de mi presencia, comenzó a señalarme con la cabeza y la pareja giró sobre sus talones para verme.

—¡Entra a la habitación! —ordenó James con un tono áspero.

Yo, muy *obediente*, opté por bajar las escaleras corriendo y me reuní junto a ellos. Fue el momento en el que confirmé la altura de ese hombre; era demasiado alto.

—¿Esto qué es, un *minion*? ¿Tanto misterio para esto? —cuestionó él.

Achiné mis ojos y solté un bufido, aunque preferí dejarlo pasar y centrarme en James y Sengua.

—¿Ha llegado? ¿Ha llegado él? De verdad, puedo hablar con él, hacerle saber que esto es mi culpa si es que está molesto por haber incumplido sus órdenes...

El bigardo soltó una carcajada llena de malicia.

—Ajá, molesto es poco —añadió con desdén mientras seguía masticando el donut.

—Yo voy a marcharme ya —dije entonces. Si yo era el problema, yo me marcharía. En demasiados líos les había metido entonces—. Yo cojo mis cosas y ya encontraré otro sitio. Mientras dormiré en el coche, como... como he estado haciendo estos días atrás. Cuando consiga algo más de dinero os lo voy a recompensar.

—¿Coche? —cuestionó tras mini atragantarse con el donut. James y Sengua lo miraron y negaron levemente con la cabeza. Él arrugó su frente y prosiguió—. ¿El mismo coche que Travis se ha encargado de hacer *picadillo*?

—¿¡Qué?!

James negó con la cabeza, pero la certeza de las palabras de ese hombre y el nerviosismo que había infundado en ambos me hicieron pensar lo peor. Entonces corrí hacia la puerta, a pesar de que eso provocó que me mareara levemente y me tambaleara. Abrí con ímpetu las puertas y descubrí el panorama: mi coche destrozado, hecho *picadillo* como perfectamente había dicho anteriormente él. Tapé mi boca cuando salió de mi garganta un gritito histérico. Entonces, comencé a reírme. A reírme con verdadera agitación.

—Esto es broma, ¿no? Decidme que esto es una puta broma —pedí

nerviosa. Los miré a los tres, que optaron por el silencio. Un silencio otorgador—. Joder, joder... ¡joder! ¿Qué se supone que voy a hacer ahora? ¡Sabíais que apenas tengo dinero, y ahora tampoco coche! ¿Cómo esperáis que me marche de aquí? ¡¡Volando!?

—Niña nosotros no hemos querido esto —lloriqueó Sengua con aflicción.

La miré por segundos y me eché a llorar. Tapé mi rostro y solté ronquidos de desolación. ¿Qué se supone que haría? ¿Prostituirme para poder irme de ese asqueroso hotel?

—Puedes prostituirte —opinó el hombre de cabello largo con desaire y me dieron tantas ganas de matarlo. Fue casi milagroso que ni si quiera lo intentara.

—Vamos a solucionarlo, pero ahora tienes que irte a la habitación. Todo empeorará aún más si se entera de que tú estás aquí —dijo James.

Tras dudar finalmente le hice caso. Al fin y al cabo, todo lo tenía perdido. Solo tenía que esperar a un poco de misericordia por parte de ellos.

* * *

Apenas quedaba rastro de la uña de mis pulgares. De la histeria había acabado con ellas y solo faltaba que comenzara con la piel. Me consumían los nervios y la espera de que alguien viniera a la habitación y me explicara, aunque fuera solo un poco, la situación.

Caminaba por la habitación, paseando en círculos por ella. El dolor de cabeza, el mareo, parecían haber desaparecido. Eso ya no importaba. Lo que importaba era que me había metido en un hotel —con gente majísima, sí— pero con un dueño que había destrozado mi coche así porque sí. Era lo único que me permitía marcharme —como él quería, o como era debido porque él no quería visita allí—. Me imaginaba al típico viejo gruñón amargado que no quería vivir más porque su mujerzuela le había dejado por alguien más joven y rico que él.

Eran alrededor de las doce de la noche. Llevaba horas y horas esperando cuando la puerta fue tocada. Dos veces, dos lentas veces, y corrí a ella para abrirla. Ahí estaban todos: Ellen, James, Sengua, y ese tío.

—¿Estás mejor? —preguntó ésta primera a la vez que todos entraban a la habitación y cerraban la puerta. Asentí con delicadeza mientras mordía mi

labio inferior, y ella cogió mis manos con afecto—. Lo siento Hope, yo solo quise ayudarte y parece que te hemos perjudicado aún más.

—Es que... es que simplemente no sé qué voy a hacer ahora —murmuré apartándome de ella y continuando con el paseo sin sentido por la habitación. El chico *puedes–prostituirte* se sentó en el sillón y enarcó una ceja mirando mi especie de desfile—. ¿Me lo podéis explicar? No puedo irme andando. ¿Es lógico, no? ¿O pensáis echarme y que me busque la maldita vida?

—Podríamos, porque no eres problema nuestro.

—¡Charles, no intervengas! —exclamó James algo exasperado—. Hope, sigue en pie lo de arreglarte el coche.

«Como si ahora solo tuviera que arreglar la ventanilla» pensé.

—Me llevará unos cuantos días, pero con la ayuda de Charles podemos hacerlo más rápido —añadió.

Charles frunció el ceño.

—¿Estás insinuando que...?

—Sí, Sengougahara. No podemos dejarla ir sin rumbo, sin dinero, y sin vehículo. Más cuando esto último es culpa nuestra. ¿Estáis de acuerdo?

Todos se miraron entre sí y yo me quedé casi sin aliento. Estaban haciendo una especie de referéndum delante de mí y era incómodo, más cuando todos estaban debatiéndose interiormente si dejarme desvalida en la calle o ayudarme.

Se tomaron muchos minutos, cosa que hizo acrecentar mis nervios. Opté por volver a ingresar el pulgar en la boca y a mordisquear las uñas de nuevo.

—Vale —Rompió el silencio su mujer.

James esbozó una sonrisa mirándola. Ella estaba nerviosa y para nada segura de lo que acababa de decir, pero tenía moral, cosa que parecía no tener ese tipejo a quien nombraban señor.

—Por mí, también. Pero cuando todo esto se descubra, porque se descubrirá, ¿eh? Travis no es ningún gilipollas, todos los sabemos, quiero que dejéis bien claro que cuando yo participé en esto a sus espaldas el bizcocho ya estaba cocinado —dijo Charles irguiéndose en el sillón y señalando a todos con uno de sus lánguidos dedos, incluso a mí.

—¿Y tú, Ellen? ¿Tú qué opinas? —preguntó James.

Ellen estaba seria. También era perceptible su tristeza. Ella me miró formando de nuevo una fina línea con sus labios, pero que en ese momento no estaban pintados. Yo me puse más nerviosa, por lo que continué mordiéndome las uñas.

—No te muerdas las uñas, no es saludable, cariño —Cuando terminó de formular la frase un ápice de aflicción se notó en su rostro.

Fijó su vista en Sengua, que se estremeció. Yo obedecí y la miré, expectante de su respuesta. Los demás estaban de igual manera.

—Está bien... —añadió tras suspirar y una sonrisa afloró de mis labios.

Entrelacé mis dedos con esperanza.

Desbordaba emoción.

Me ayudarían.

Ellos me iban a ayudar.

—Pero debes seguir unas reglas, Hope —agregó de nuevo ella—. Ya te has dado cuenta de que el señor no es una persona fácil...

Capítulo 4

Hollie

Mi estadía en aquel hotel dependía de tres sencillas normas irrompibles. La primera ordenaba que no podía cambiar nada de lugar, y cuando decían nada, querían decir nada de nada —ni si quiera abrir esas odiosas persianas—. La segunda constataba que no podía hacer ruido, y cuando decían no hacer

ruido, querían decir que no podía tirarme ni una simple flatulencia fuera de la habitación. Y la tercera, y la más importante: no podía ser vista bajo ningún concepto por el señor/capullo Travis Redmond.

El tal Travis era un maleducado y malhumorado. ¡Estaba claro! No necesitaba ni si quiera verlo para calarlo. Había roto mi coche en cuestión de segundos. ¡Era una bestia! Yo ya le odiaba, y esas reglas también me hacían un favor a mí. El tiempo que tuviera que estar por allí, no tendría que verle.

—Está bien, está bien —pronunció Ellen levantándose de la silla y colocándose el uniforme—. Es hora de disolver esta junta. Travis puede mosquearse aún más.

—Él siempre vive mosqueado.

—Sí, Charles, pero no está bien que tenga razón. Somos sus empleados —dijo ella—. Hope, mañana traeré tu desayuno y también las pastillas, aunque estás mejor, no podemos permitir que empeores. El asunto del coche ya lo organizaremos mejor entre nosotros.

Todos asentimos y cuando se dispusieron a marcharse una duda asaltó mi cabeza, la cual tuve que verbalizar:

—¿No podré salir nunca de aquí?

—Poco a poco, cariño. Él no suele bajar mucho, pero debemos tener cuidado. Ten mucho cuidado.

Y tras las palabras de Ellen nadie más habló. Ellos desaparecieron de la habitación y escuché cómo se alejaban. Una vez sola me tiré a la cama. Y suspiré.

¿Eso era un hotel o una cárcel?

* * *

5 de Abril de 2016

Los días pasaron lentamente. El aburrimiento me consumía, nada me animaba. Ni si quiera podía intentar navegar por la red. ¿Por qué? ¡No había red! Nunca habría pensado que el momento más divertido del día para mí iba a ser ver a Sengua cocinar.

—Me aburro —dije.

Ella, dándome la espalda, seguía a lo suyo. Bufé y repetí:

—Sengua, me aburro. Cuéntame algo interesante. ¿Qué diferencia hay entre el estragón y el perejil?

Ajena a mí, ella seguía cocinando. La observé por unos segundos y me percaté de sus diminutos movimientos de cadera. Me bajé de la mesa y me posicioné a su lado.

—Sengua.

—¡Santo dios! —exclamó tras dar un brinco. Comencé a reírme mientras ella se deshacía de los cascos que llevaba puestos—. ¿Qué quieres, Hope?

—¿Estabas bailando?

La oscura tez de Sengua se convirtió en segundos en marfil.

—¿Yo? ¿Bailando? Estoy escuchando la radio, niña.

—Ajá... —dije y volví a sentarme en la mesa—. Me aburro, Sengua. Me aburro mucho. ¡Oh, dios! Cómo me aburro. ¿Sabes que he estado casi toda la mañana viendo cómo procreaban dos moscas?

—¿Hay moscas? ¿Dónde? A Travis le desagrada muchísimo que entren moscas al hotel.

—Entre su misma especie se repudian —murmuré.

—¿Has dicho algo?

—¡Ese no es el caso! —Bufé y volví a levantarme—. Siento como mi juventud se está quedando entre las paredes mohosas consumidas por el tiempo del hotel...

—Pero no están mohosas...

—¡Sengua, por favor! Deja que agonice entre metáforas.

Era lo cierto, no lo estaban. ¡Lo que me hubiera faltado! Morir de alergia en aquel lugar.

Sengua explotó a reír y esbocé una leve sonrisa. Deambulé por la cocina y comencé a toquetear todas las cosas que no había visto en la vida.

—¡Ay, Hope! —gruñó quitándome un frasco de entre mis manos—. ¿No sabes estarte quieta?

—Es que me aburro.

—¡Ay! —resopló y me entregó sus cascos con un una especie de *mp3* —¿se

seguían utilizando?—.

—No, gracias. No me interesa escuchar la radio.

—Tiene música —contestó—. No sé si será de tu gusto pero quizá te sirve para entretenerte.

Mi rostro debió iluminarse cuando cogí el artefacto entre mis manos. Sengua sonrió al ver mi ilusión y la abracé con fuerza.

—¡Gracias, gracias! ¡Al fin una esperanza de no morir consumida en este lugar!

—Anda nena, déjame ya —rio—. Vete a la habitación a escuchar música.

* * *

15 de Abril de 2016

Pronto terminé aburriéndome de nuevo. La música me había entretenido unos días, pero era una persona muy activa y necesitaba moverme. Me gustaba investigar todos los sitios —más ese hotel, que tanta curiosidad inspiraba en mí—. También, todo lo que pensaba hacer para entretenerme era extremadamente ruidoso. A veces me colocaba los cascos para escuchar alguna canción y sumirme en mis pensamientos —los únicos que siempre me acompañaban—, ya que, en muy pocas ocasiones el personal del hotel podían estar conmigo, era una sospecha altamente peligrosa ya que al parecer Travis los tenía vigilados muy de cerca. Milagrosamente aún no parecía haberse enterado de nada.

Resultaba ser malhumorado pero ciertamente tonto.

Ese día era insoportablemente insoportable —de nuevo—. Debían ser las cuatro de la tarde, todo estaba en calma, no llovía fuera, pero sí estaba nublado y todo indicaba que se acercaba una tormenta.

¿Y si...?

No, no podía salir. Tenía que quedarme ahí. Encerrada. Sola. Aburrida...

Sin darme cuenta ya me encontraba de pie con las manos sobre la manija de la puerta. Me puse a dar pequeños saltitos nerviosa, disputándome interiormente si lo que quería hacer estaba bien. Bueno, era obvio, lo tenía prohibido, no estaba bien. Pero tampoco era humano dejarme ahí dentro aburrida. Yo solo me aburría... y también me picaba la curiosidad. Un cóctel molotov altamente peligroso. Así que abrí la puerta, y, la serenidad del sitio

me dio más confianza para indagar.

«La curiosidad mató al gato» pensé.

«Sí, pero murió sabiendo» reí con malicia.

Cerré la puerta a mi paso y comencé a andar. Con lentitud y lo más pasiva que podía, sin hacer ruido. Me coloqué en la escalera, dispuesta a bajar, pero ya que estaba fuera, ¿por qué no indagar sitios que aún no había conocido...?

Tenía entendido que Travis no iba por las escaleras, por lo que empecé a subir a través de ellas. Si él bajara lo haría por el ascensor, por lo que la zona de peligro se reducía solo a su planta, y, como sabía, era la última, por lo que una planta sin registrar no me iba a importar. Subí excitada, aunque pretendiendo hacer el menor ruido posible. Me animé, ver algo distinto a las cuatro paredes que me rodeaban era algo que me hacía feliz. Las plantas eran enormes y preciosas. Se notaba que en su momento hubo movimiento, ese hotel en algún momento estuvo abierto y como bien al principio supe yo, había sido un hotel de alto *standing*.

Todas las persianas estaban cerradas —¡novedad!—, haciendo de los pasillos un sitio más siniestro, pero no me importaba y me asomaba. Cuanto más subía, más precioso se veía el paisaje a través de los pequeños huecos que se podían apreciar. Sentí estrepitosamente las ganas de salir al balcón y respirar aire fresco desde ahí.

Y lo hice.

El olor a humedad inundó mis fosas nasales pero me gustó. El aire golpeándome el cabello me relajaba tanto, el paisaje... era como estar en un sueño. Me sentí por un momento como una modelo o alguien importante que posaba en un sitio tan precioso como ése. Entonces comencé a fantasear y a hacer distintas poses —ridículas— como si alguien estuviera tomándome fotografías. Hasta era yo quien chasqueaba con la lengua como si alguien lo estuviera haciendo. Apoyaba el brazo en la barandilla y coloqué mi rostro sobre la palma de mi mano con pose distraída. Después, guiñaba el ojo a una farola que había ahí, como si fuera algún *pretendiente* que se estaba fijando en mí.

Me lo estaba pasando verdaderamente bien.

—¡Oh, basta, basta la sesión por hoy! —exclamé con voz fina.

Tras escucharme, estallé a carcajadas. Ese hotel sacaba la locura que llevaba dentro.

Cuando me di cuenta de la tontería que había estado haciendo y que si alguien me hubiera visto pensaría que tenía que ir directa a un manicomio, me puse algo nerviosa, pero de igual manera de buen humor. ¿Qué tal si ese Travis me había visto...? Reí de pensarlo. Apreté mis manos en la barandilla, apoyé los pies con fuerza también e impulsé mi cuerpo hacia atrás, moviendo la cabeza con ímpetu.

—¡Tú rompiste mi coche y yo mancillo tu hotel! —añadí y volví a estallar en carcajadas.

Segundos después recapacité. Me regañé mentalmente por dejarme llevar por esos instintos y comportarme de forma tan impulsiva, podía meter en líos a Ellen y los demás solo por una tontería. Entré de nuevo y por tonta, quería hacerme volver a la habitación como un pequeño castigo.

Pero, ¿a quién iba a engañar? No lo iba a hacer.

Seguí subiendo escaleras hasta que llegué a la última planta habilitada para *uso común*. Tal como me habían dicho, la verdadera última planta era la casa del dueño del hotel. Ahí no subiría ni loca; podía ser un poco impulsiva, pero tampoco llegaba a tal punto de desconsideración.

Al contrario de las demás plantas, solo tenía una gran y bonita puerta. La madera estaba tallada con elegantes dibujos y me acerqué hasta ella, para admirarlos mejor. Rocé el relieve y sin poner demasiada presión, la puerta cedió, provocando un leve chirrido que me alertó.

Me mantuve unos minutos quieta, temerosa, esperando cualquier reacción ante ese inoportuno ruido. Sin embargo, nadie parecía haberlo oído. Menos mal. Aunque me lo tenía que haber esperado; era casi la última planta. Y era un gran hotel. Nadie tenía el oído tan afilado.

Fui valiente, o, puede que demasiado chismosa, pero me decidí por entrar. Abrí con cuidado un poco más la puerta para poder acceder al lugar y cerré a mi paso.

Todo estaba oscuro. Apenas podía dilucidar algún que otro mueble, lo que me dificultaba andar por allí sin crear algún ruido molesto. Avancé con meticulosidad, palpando cualquier obstáculo a mí alrededor. El lugar tenía un

leve olor característico; olía a papel. A libros.

Me comenzó a hormigear la barriga. Cuanto más indagaba a oscuras el lugar, más ganas tenía de que todo se iluminara. El deseo no me dejó pensar con lógica y entonces, cuando llegué hasta un ventanal, subí con esfuerzo la persiana y abrí las cortinas.

Todo se iluminó.

Mi corazón dejó de bombear por un segundo, contraído por la emoción de lo que estaba viendo.

Era una biblioteca.

No, no solo era una biblioteca. Era una biblioteca enorme. ¡La madre de todas las bibliotecas!

El lugar estaba algo polvoriento, y me provocó un leve picor en la nariz que intenté contener que no se transformara en un sonoro estornudo.

El suelo era brillante, de color marrón caramelo. La sala mantenía una estructura circular, dejando en medio del lugar varias mesas. Había dos pisos, aunque el de arriba solo estaba formado por un gran mueble repleto de libros que rodeaba toda la pared del lugar, junto un leve pasillo y una barandilla.

En las bibliotecas del piso de abajo los libros estaban algo desordenados, pero no dejaba de ser un sitio acogedor. Paseé por allí, rozando con la yema de mis dedos los distintos muebles y provocando que el polvo formara pequeñas nubes en la habitación.

Subí con cuidado las escaleras que conectaba un piso con el otro y comencé a husmear entre los libros. Había de todo tipo de géneros, pero eran clásicos especialmente. Había muchísimas tragedias, incluso griegas y latinas. Indagué unos cuantos libros por dentro y se me planteó una duda.

¿Pasaría algo si cogía prestado uno de ellos?

Me serviría para entretenerme y no hacer lo que en ese momento me encontraba haciendo: rompiendo las reglas. Estaba segura de que nadie iría por allí, y menos, nadie se pondría a rastrear que estuvieran todos los libros. ¡Había muchos!

Opté por escoger una antología griega, me serviría para estar entretenida un buen rato.

Subí un poco mi jersey para esconder el libro con la cinturilla del pantalón

y entonces, el mismo ruido que yo había provocado al abrir la puerta, se volvió a producir.

Fue áspero, atronador, con vigor.

Alguien estaba abriendo la puerta y, al contrario de mí... ese alguien no tenía miedo de ser descubierto.

Capítulo 5

Travis

—Si pintara una enorme y jodida *mierda* ahí, en el centro, seguro que quedaría mejor —bufé dando pinceladas al aire.

Volví a mirar lo que llevaba pintado, lo observé con detenimiento pero no entendía bien lo que estaba mal. Lo que yo veía mal. Poco me faltó para tirarme del pelo. Pero joder, tampoco estaba loco ni era tan impulsivo como para hacer algo tan extraño. Entonces tiré el pincel contra el cuadro y todo lo que llevaba desapareció entre la nueva mancha de pintura de color gris.

Rendido, me tiré al sofá. Fijé mi vista en un punto del techo e intenté relajarme. Estiré mis brazos de modo que éstos rozaron el suelo con la yema de mis dedos. Un escalofrío recorrió mi cuerpo —pues el suelo estaba frío— y me incorporé.

Me puse de pie y cogí el cuadro, tirándolo al suelo. Debía ir directo a la basura.

Salí del estudio e ingresé en el salón. Comencé a pasear por ahí, ese día no era para estarse quieto, pero tampoco tenía demasiadas ganas de pintar. Además, la última exposición había sido unos días atrás en Bristol y no tendría que tener nuevas pinturas hasta dentro de un tiempo. Me encaminé, pues, al pequeño bar de la esquina del salón y me serví una copa. Quizá lo que necesitaba era eso, despejar un poco mi mente. La verdad que esos días tan a la defensiva por culpa de Ellen y los demás me habían traído con los nervios de punta.

Bebí el líquido de la copa y saboreé el dulzor del vino que dejaba por mi

boca. Estaba extremadamente delicioso, por lo que bebí otro trago más. Me di la enhorabuena a mí mismo por esa compra que realicé cuando lo obtuve. Cuando ese recuerdo inundó mis pensamientos me fue imposible no acordarme del contexto en el que lo compré: Alizze y yo habíamos viajado a Italia en una exposición de nuestros cuadros y en una de esas cenas románticas de mierda, me decanté por comprarlo. Demasiado barato para lo delicioso que resultaba.

Clavé mi vista en el contenido rojizo de la copa. Lo meneé con delicadeza, sintiendo mis recuerdos remojados en él. Los recuerdos de Alizze, los felices que habíamos sido juntos. Y, al pensarlo, solo me salió de los labios maldecirla.

La puerta fue tocada varias veces y resoplé, seguramente sería Ellen en una de esas visitas exprés de las que estaba harto de decirle que no me gustaba, que dejara de hacerlo. Pero ella siempre me complacía un par de días y después volvía a la misma manía.

Caminé hacia la puerta y, efectivamente, era ella, enfrascada con una humilde sonrisa que formaban sus labios color carmín. La dejé pasar y ella iba con unas sábanas perfectamente dobladas sobre los brazos.

—Cielo, ¿a esta hora bebiendo vino?

—¿Lo preguntas por algo en especial?

—En absoluto —respondió introduciéndose más en la habitación—. Vengo para cambiar las sábanas, ¿puedo?

—Ya estás dentro —gruñí blanqueando los ojos. Ella sonrió jocosamente y yo volví a blanquearlos.

Ellen desapareció y yo me senté en el sillón, apreciando la gran nube grisácea que había y la que estaba a punto de reventar en forma de lluvia.

Escuchar el constante repiqueteo de los tacones de Ellen sobre el suelo me comenzó a irritar. Era un sonidito desagradable que perturbó mi forzosa calma y decidí agarrar el cuadro que antes había pintado y bajar para tirarlo.

Sin decirle nada salí de mi casa y pulsé el botón del ascensor. Esperé varios segundos, pero no respondía. Estaba averiándose.

Me cansé de esperar y decidí bajar las escaleras.

Cuando llegué a la planta escuché un exiguo ruido, pero supuse que debía

ser Ellen y sus tacones. Me dispuse a continuar bajando las escaleras, pero entonces aquel zumbido se hizo más presente y cercano. Giré mi cabeza con extrañeza. Parecía venir de la biblioteca.

¿Acaso había ratas?

Con tan solo imaginarme sus ojos rojos; sus largos bigotes y sus chillidos agonizantes me dio un escalofrío. No entraría ahí por nada del mundo. Las personas me gustaban poco; pero las ratas menos.

Tendría que avisar a James.

Bajé un par de escalones y escuché otro ruido. Me quedé quieto por un momento, esperando que volviera a suceder, y segundos después se volvió a producir el mismo ruido que antes: parecía un estornudo.

¿Acaso las ratas estornudaban?

Dejé el cuadro a un lado y corrí hasta la puerta de la biblioteca. Mi pulso comenzaba a acelerarse y la nuca me dolía. Contuve el aliento por unos segundos y escuché otro estornudo.

Fue cuando me decidí a abrir la puerta con rapidez y descubrí lo que estaba sucediendo.

Pensaba que las ratas me gustaban menos que las personas; pero me equivocaba. Cuando vi a una chica totalmente desconocida en mi biblioteca, me di cuenta de mi error.

Era una chica de baja estatura, con el cabello corto, de un color castaño. Frunciendo el ceño y con paso dubitativo avancé varios pasos.

Tragué saliva y ella de pronto se giró, tronándome los oídos con un asustado gritito.

Sus pupilas se dilataron entre la inmensidad de su color azul. Ambos nos quedamos en silencio por varios segundos hasta que uno de los dos gritó, que finalmente pareció que había sido yo.

—Ey... ho... hola.

El corazón me golpeaba el pecho con fuerza. ¿Qué hacía aquella intrusa en mi hotel? ¿Y por qué se paseaba alegremente por mi biblioteca?

Tenía una sonrisa forzada, producto del nerviosismo que parecía sentir. Podía afirmar que ninguno de los dos sabíamos de la existencia del otro.

Comencé a hiperventilar. Estaba entrando en un ataque de pánico.

—Señor... —añadió titubeando, aunque antes de que prosiguiera, corrí al ascensor.

Sin volver la vista atrás le di al botón frenéticamente para desaparecer de ahí. Tenía que ir; tenía que hacerlo. No podía subir las escaleras que restaban hasta mi casa. Me desmayaría antes.

Y el ascensor se abrió.

Alguien me debía una explicación, y debía ser una muy buena.

Cuando llegué a mi casa me topé con Ellen, que salía tras terminar lo que estuviera haciendo ahí. Al ver mi rostro de pánico, palideció.

—¿Travis...?

—¿Quién es ella? Quiero saberlo. Ahora. ¡Ahora!

—Vale —tartamudeó ella—. Puedo explicártelo, Travis.

Los nervios la desbordaban, y parecía que ella era incapaz de al menos, disimularlo. Sabía que eso me irritaba mucho y aún seguía sin saber controlarlo.

Despeiné mi cabello y respiré un par de veces. Era una especie de ritual para llamar a la calma. No solía funcionar, pero intentarlo no estaba de más. Nunca estaba de más.

—¡La estoy esperando!

—Pues... pasa... pasa que... —balbuceó sin mirarme a los ojos.

Me hice el paso para entrar en mi casa y choqué mi hombro contra el suyo, dejándole claro mi estado de humor.

Su mirada en mi persona me agobiaba. Me era imposible estar un segundo más vigilado por lo que tiré la lámpara al suelo para que ese movimiento llamara su atención.

Ellen jadeó por ese movimiento.

—¡A ver, habla!

Ella retrocedió por un momento aunque luego se agachó y comenzó a recoger todos los pedazos de cerámica.

—Ella necesitaba ayuda... y yo se la di —murmuró Ellen con las manos

temblorosas. Teniendo solo unos cuantos pedazos en la mano, se levantó y añadió—: solo yo. Los demás no estaban de acuerdo. Si alguien tiene la culpa, soy yo.

—¡Lo sabíais todos! ¡Estabais confabulando en mi contra! ¡Todos conocéis las normas!

—¡Sí! ¡Pero hay normas que no las sigue el corazón, Travis! —gritó de forma parecida a mí y dejó los trozos que tenía entre las manos en la mesa. Se acercó a mí con pasos desesperados, y de la misma manera, agarró mis manos con el pulso agitado—. Perdóname, por favor, no quise hablarte así...

—Ellen... —siseé algo tenso, pero ella no cesó su agarre—. ¡Ellen, maldita sea!

Ella me soltó de repente las manos y lo agradecí. Me horripilaba el contacto físico. Y el mental. Bueno, odiaba todo contacto con el resto de la humanidad que no fuera yo y mi reflejo en el espejo.

—Es mi culpa —sollozó—. Es toda mi culpa.

—El coche era de ella, ¿no? —pregunté y ella asintió, sin mirarme.

Apenas tenía saliva en la boca. Ellos me habían engañado, y esa vez, lo habían hecho descaradamente. Y no con cualquier tontería, no, ¡ellos habían metido a una intrusa al hotel! Sin pensar si quiera si era una ladrona, una asesina... ¿Y si quería robar mis cuadros? ¡Sepa dios qué era! Lo que yo al menos tenía claro —y ellos al parecer, no— era que esa chica no escondía nada bueno.

Yo les daba techo, trabajo, comida, dinero, protección... a cambio de una maldita cosa. De una sola maldita cosa: lealtad. Y ellos, como ratas, me habían traicionado.

—Las pastillas no eran para ti, ella estaba realmente enferma...

—¡Basta! —grité—. No quiero saber nada más que tenga que ver con ella. Quiero que recoja lo que sepa dios habéis permitido que meta en mi hotel y se vaya. ¿Me has oído? ¡Que se vaya! ¡Y limpiad todo lo que haya tocado! ¡Joder! ¡Qué asco!

—Ella no tiene donde ir...

—¡Pues que le jodan, Ellen! ¡No es mi maldito problema! Vete con ella si lo que quieres es ayudarla.

Ellen cruzó una intensa mirada conmigo. Sus ojos estaban rojos, opacados por las lágrimas, su rostro mostraba más nostalgia de lo normal. Segundos tardó en cambiar de postura, ella sacudió sus mejillas y rascó su nariz. Después, con nuevas lágrimas en sus ojos, asintió débilmente.

—Todo será como mande, señor —musitó y giró sobre sus talones para irse.

—¡Ellen!

Al escucharme, se giró esperanzada.

—¿Sí?

—Que alguien recoja esto.

Como si tuviera el corazón desecho, Ellen asintió nuevamente y se marchó. Dejó la puerta abierta, cosa que me exasperó bastante y, aunque tuve los deseos de salir y gritarle que las cosas no eran así, opté por cerrarla yo. Aunque con un gran portazo.

¿Acaso yo me merecía que me hicieran eso? ¿Tanto pedía a cambio de todo lo que le daba?

Pero no merecía la pena pensarlo más. Solo serviría para irritarme y eso no era lo que me apetecía en absoluto. Demasiado lo estaba ya.

* * *

Hollie

Las lágrimas se resbalaban por mis escocidas mejillas y se estampaban contra la colcha que cubría la cama. Aspiré por mi nariz mientras no me tomaba la molestia de cesar el llanto, estaba triste y no tenía por qué ocultarlo. ¿O es que acaso eso también le molestaría a ese desgraciado?

Por cada prenda que metía en la maleta, una maldición más emanaba de mi garganta con la pretensión de que se quedara flotando en el aura de ese hotel y molestara a ese malnacido.

Pero, sin duda, la más culpable de todo era yo.

¿Quién me había mandado a mí a huir sola del sitio donde vivía? Y lo llamaba así porque no podía llamarlo casa, ni mucho menos hogar. Había sido demasiado ilusa pensando que con esa edad tenía oportunidad de vivir una nueva vida donde no todo fuera machismo tras machismo y abuso tras

abuso. Por un momento, en serio, lo creí real. Pero más culpable era al pensar que ese hotel sí podía ser mi hogar. Lloriqué y cubrí mi rostro entre mis manos. Entonces, escuché unos pasos a mi espalda y antes de que me quisiera dar cuenta, unos brazos envolvían mi cuerpo.

Se trataba de Ellen.

—Lo siento, he sido una tremenda estúpida. Me avisasteis, joder, me dijisteis que no podía salir... y aun así lo hice. Tengo lo que me merezco —mascullé con el mentón apoyado en el hombro de Ellen.

Ella parecía que me mecía y me acariciaba delicadamente el cabello. Yo me acomodé mejor en su cuello.

—Lo siento... si de mí dependiera la decisión...

—No tienes por qué disculparte.

Nuestro abrazo cesó, pero el contacto físico no. Ellen tenía mi cabeza embadurnada de lágrimas —incluso tenía el cabello pegado a las sienes— atrapada entre sus manos.

—He intentado hablar con él...

—¿Y...? —pregunté con una pizca de ilusión.

Como una vez me dijo alguien, la esperanza no es lo último que se pierde. Más bien, la esperanza nunca se pierde. La esperanza se trata de algo crucial, algo que nunca se separa de nosotros por muy pésimas que sean nuestras condiciones. Siempre, y aunque todo parezca estar perdido, la esperanza siempre nos acompaña.

—Él... oh, Hope. Nunca entenderías. Puede que ahora le odies —respondió y yo asentí con la cabeza impulsivamente—. Sí, es lógico que lo odies y posiblemente le odies siempre porque... nunca volverás a verlo...

—Ni a vosotros... —murmuré con el labio inferior comenzándome a temblar.

No quería llorar más, estaba haciendo todo más difícil y no era lo que buscaba. Quería pasar ese mal trago de forma rápida e intentar olvidarlo rápido. Aunque... en ese momento, parecía difícil.

—Hope... —musitó con las lágrimas comenzando a agolparse en sus pequeños ojos—, él no es malo. Él... él es una bella persona. Pero hay que conocerle... tiene que dejar que lo conozcas. Pero que él permita eso... es

casi imposible. Llevo mucho tiempo con él, todos lo llevamos y aun así nunca terminaremos de conocerle. Es alguien complicado. Eres demasiado joven para entender ciertas cosas.

—Hope —habló James, ingresando a la habitación. Mi primer impulso fue abrazarle a él también, y llorar. Él me transmitió el mismo afecto que Ellen, y me dolió. Esas eran las primeras muestras de cariño que recibía desde hacía casi dos años, desde la muerte de mi abuela—. Ya tenemos que irnos.

—Sí.

—No te vamos a olvidar, pequeña. Siempre serás nuestra pequeña —susurró Ellen envuelta en llanto.

Asentí delicadamente y cogí un par de maletas. James se encargó de las demás.

Rocé con la palma de mi mano la cama donde había dormido esas semanas atrás, a modo de despedida. Ellen optó por quedarse allí, creo que le era demasiado doloroso verme partir en un día tan frío y lluvioso como el de aquel día. Incluso era peor que el día en el que llegué.

James y yo bajamos las escaleras con extraño silencio. Yo casi nunca acostumbraba a estar callada, y menos con personas que recibían gustosas mis conversaciones o, más bien, monólogos. Mis cosas les divertía a ellos y que ellos me escucharan, me divertían a mí pero por desgracia eso a partir de ese día iba a acabar, e iba a volver a aparecer los interminables días donde solo me quedaba hablar con mi reflejo de un espejo. Si encontraba algún espejo, claro.

En la recepción estaban los demás; Sengua, Charles, y Sarah —la encargada de la limpieza del hotel, estaba casi completamente sorda y solo estaba allí por las mañanas—. Ellas estaban llorando, y, aunque Charles no, no mostraba ese rostro guasón que siempre tenía y tampoco tenía esa risilla nerviosa que usaba para jactarse de cualquier situación.

—Cariño... —murmuró Sengua y me atrapó entre sus brazos. Dejé las maletas sobre el piso y lo recibí gustosa, aunque, de nuevo, comencé a llorar—. Quiero que sepas que eres una buena muchacha, y serás una gran mujer. Todo irá a mejor.

—Gracias...

—Basta ya, Sengougahara, conseguirás que nos pongamos peor —dijo James provocando la ruptura del abrazo de Sengua y yo. Ella sacó un pañuelo de su uniforme y sonó su nariz.

Miré a Sarah y ella también me abrazó, aunque de forma más breve. La había visto muy pocas veces, pero las suficientes para ver que se trataba de una buena mujer, un poco sorda, pero una buena mujer. Sus ojos pequeños de color azul se encontraban opacados por una fina línea de agua, a ella también le daba pena que me marchara pero más que nada porque conocía la situación en la que me encontraba.

Era el turno de Charles, pero aunque estaba afectado, no me dio ningún indicio de materializar la despedida.

—Ahora sí que tendrás que prostituirte —dijo, algo acongojado. Entendí que quería hacerme sonreír; aquella era su particular despedida—. ¿Vamos?

Miré a James, después a Sarah y finalmente a Sengua. Mordí mi labio inferior para que dejara de temblar e intentar controlar mis emociones y no llorar más. Por un momento pensé en dejar de mentir y decirles mi verdadero nombre, pero pensé que estaba de más. Simplemente asentí con pesar.

—Puedo ayudar.

—No te preocupes, vamos.

Los tres nos condujimos a la puerta y cuando iba a abrirla para marcharme, unos gritos enloquecidos aparecieron, y, después, la figura de Ellen bajando las escaleras a toda prisa hasta llegar donde estábamos todos.

—¡Esperad! —exclamó entre jadeos. Se agachó levemente e intentó recobrar el aliento. Una vez lo hubo conseguido, añadió—: Hope, Travis quiere verte.

Todos emitieron un quejido de asombro. O incluso de temor.

—¿A... a mí? ¿Y a mí, por qué?

—No sé, pero...

—Será mejor que no, Ellen. La asustará. Demasiado tiene ya la niña encima.

Ellen arrugó su frente y, algo alicaída, asintió con la cabeza.

—Tienes razón, James.

Me quedé mirándoles con perplejidad por varios segundos. ¿Asustarme a mí ese tipejo? No me conocían.

—Yo quiero ir —dije y todos apuntaron su vista en mi persona, con los ojos ampliamente abiertos. Sobre todo Charles, que no solía expresar ese tipo de emociones.

—¿Eh? ¿Pasa algo? ¿A qué esperamos? —preguntó Sarah confundida.

Solté una pequeña risilla, cosa que provocó que unas cuantas lágrimas más desfilaran por mis mejillas.

—Hope...

—Ellen, ¿no dijiste que él era bueno? Déjame comprobarlo.

—Pero cariño... él es bueno cuando quiere.

—Déjame saber si ahora quiere serlo.

Todo se hizo silencio. Charles estaba algo contrariado, James tenía a Sengua agarrada por la cintura y Sarah seguía con cara de circunstancia, preguntándole en voz apenas audible a Sengua qué era lo que estaba ocurriendo.

Tras pensarlo, Ellen afirmó con la cabeza. Cuando ella me hizo un ademán para que la persiguiera, un nudo enorme se formó en mi estómago, y, toda la tristeza que tenía en mí, se transformó en histeria. Iba a enfrentarme con el hombre que había destrozado mi coche y con el que no tenía el mínimo interés en ayudarme.

Caminé tras ella y los rostros de todos comunicaban algo parecido a lo que transmiten los familiares de alguien que va al corredor de la muerte. Ellen tocó el botón del ascensor y mientras acudía, me preguntaba dónde iba a parar todo eso. ¿Quería, acaso, reírse de mí? O puede que Ellen tuviera razón y ese Travis tuviera algo de corazón y quisiera pagarme algo para encontrar un coche, ya que él era el culpable de que ya no funcionara. Todo, absolutamente todo era confuso.

Sin darme cuenta Ellen y yo ya estábamos en el ascensor, y este se dirigía a la última planta. Mis piernas comenzaron a flaquear involuntariamente.

—Si no ha cambiado de pensamiento y planea seguir hablando contigo, es recomendable que sigas unos pasos.

—Te escucho atentamente.

—Si me permite estar delante, que lo espero, déjame hablar a mí. Tú solo escúchale y asiente.

—¿Y si quiere a solas?

—Escúchale y asiente.

—¿Y si me pregunta algo?

—Preguntar es creer que alguien conoce algo más que tú y Travis no es de esos.

—Vaya...

—No te acerques demasiado a él, no le contradigas, no preguntes, no intentes ser amable, tampoco seas maleducada.

—De paso, si él quiere, tampoco respiro —mascullé blanqueando los ojos.

—¡Hope!

—Entiendo... Debo mantenerme callada.

—Solo escuchar y asentir.

Las puertas del ascensor se abrieron y extrañamente la puerta de la habitación de Travis se encontraba abierta. Escuché a Ellen tragar saliva y sus nervios me hicieron saber que no se trataba de ninguna tontería. A ella también le había tomado por sorpresa ese interés fortuito de hablar conmigo. Pero si él quería hablar, se hablaría.

Nos encaminamos a la habitación y Ellen entró primero. Una vez en el salón que había —era impresionante—, Ellen ingresó en un pasillo y tocó la puerta final.

—Adelante.

Ellen, al escuchar eso, abrió la puerta e ingresó su cabeza en la habitación de dónde provenía la voz.

—Está aquí, Travis.

—Bien, dile que pase.

—Sí, Travis.

Tras esto, Ellen dejó la puerta a medio cerrar y se acercó a mí, algo preocupada.

—Vamos, Hope. Recuerda lo que te he dicho.

—Sí... Oye, esto, Ellen... —murmuré nerviosa. Después de todo, creí que era hora de comentarle el pequeño detalle de que le había mentido sobre mi identidad—. Me gustaría...

—Sh, Hope. No podemos hacerlo esperar. Enfurecerá.

—Pero ya lo está...

—Hope... —me riñó.

—Vale. Escuchar y asentir.

—De acuerdo, no le hagamos esperar.

Asentí levemente con la cabeza y suspiré profundamente. Caminé pasos lentos y pausados. Toda la seguridad que hacía un momento poseía, se había disipado al oír su ruda voz. Alisé mis mayas negras y después el jersey que tenía puesto y coloqué mi chaqueta vaquera. Fue cuando descubrí que aún guardaba el libro. ¿Cómo no me había dado cuenta?

Entonces toqué a la puerta y la misma descortés voz de antes, me dio permiso para entrar.

Capítulo 6

Hollie

Junto a Ellen entré en la habitación con la cabeza agachada, mirando mis zapatos. Estaba consumida por los nervios y por una poquita de desesperación. No sabía nada de él, y, lo poco que intuía por sus acciones, era que podía resultar alguien considerablemente violento.

—¿Cierras la puerta o quieres que muramos por esta maldita corriente de aire frío? —preguntó con una voz llena de seguridad.

Escucharlo así de cerca me provocó ganas de llorar. Era totalmente imponente.

Entendía a los demás.

Asentí delicadamente y giré sobre mis talones, dándole la espalda y mirando la puerta de madera maciza brillante que él me había mandado cerrar. Agarré el pomo, suspiré y la cerré. Entonces, como si hubiera sido víctima de una corriente —pero no de aire, sino de seguridad— me giré y mi vista se clavó en él.

En... Travis Redmond.

Su agrio comportamiento, su poderosa y rasposa voz... nada me hubiera llevado a pensar que Travis Redmond se trataba de aquella persona.

Estaba sentado, con un aspecto serio y enfadado. Pero nada más. Él no me mostraba nada más, o no quería dar a relucir más de sus emociones personales. Su cabello estaba desprolijo, con rizos inconclusos y con un color castaño, aunque sus raíces eran algo más oscuras. Sus mejillas y los alrededores de sus finos y perfilados labios estaban cubiertos por una capa de barba espesa.

Sus ojos verdes estaban puestos en mí. Posiblemente se trataban de los ojos más expresivos del mundo, pero también de los más difíciles de descifrar. Viendo que me mantenía en silencio, él apoyó sus codos sobre la mesa y carraspeó su garganta. Aquel inesperado ruido me hizo estremecer.

—Ella es Hope, Hope Samuels —dijo Ellen.

¿Era el momento de admitir mi verdadera identidad?

—Ahá..., a ver, así que tú eres la atrevida que se ha colado en mi propiedad.

—En todo caso la hemos colado nosotros, Travis... —contestó Ellen.

—¿Vas a dejarla hablar a ella? —preguntó con una mirada desafiante. Se levantó y se acercó a ella—. Déjanos solos.

Ellen en ningún momento le miró directamente a los ojos. Estaba intimidada, y era una escena extraña. Un hombre de apenas unos *veinti poco* atemorizando a una mujer más mayor.

De repente me sentí mal. La angustia se apoderó de mi cuerpo y comenzó a dolerme la barriga. Ellen estaba dando la cara por mí y yo le había mentado desde el primer segundo que la había conocido. Me había equivocado; y era momento de aceptarlo.

Carraspeé mi garganta, captando sin querer la atención de ambos. Ellen abrió poderosamente los ojos; temiendo lo que iba a decir.

—Yo... en realidad... soy Hollie —dije con celeridad antes de que Ellen se marchara—. Soy Hollie Wadlow.

Ante mi repentina confesión, Ellen me miró con confusión. Apenas pude mirarla a los ojos. Le había mentado, había tenido motivos para hacerlo pero finalmente los había engañado. No obstante sentía que si tenía esperanza de poder quedarme allí, solo era sucumbiendo a la verdad.

Travis, por su parte, pareció divertirse ante la perplejidad de Ellen. Soltó una seca carcajada y, apuntándome con su pérfida mirada, dijo:

—A ver, ¿quién coño eres entonces? ¿Tienes una doble personalidad?

Su constante tono vacilón conseguía exasperarme, pero tenía que aguantarme.

—Soy Hollie... yo..., yo dije que me llamaba así por miedo. Por miedo.

La actitud regocijada de Travis se esfumó.

—¿De verdad? ¿Tú, con miedo? ¿Tú que eres la maldita intrusa en mi hotel? —gritó justamente frente a mí—. ¿Tú?

—Solo es una niña —intervino Ellen con la voz ciertamente temblorosa. Aún no se recuperaba.

—¡Y una mentirosa!

—Solo tiene diecinueve años. Es... lo normal —contestó dudosa.

—¡Lo normal es que esté jugando a las muñecas en su maldita casa, no

aquí! —exclamó, y volvió a enfrentarse a mí—. ¿De qué huyes? ¿Te has escapado de casa? ¿Has robado algo? ¿Has robado aquí!? ¡Quiero ver tus maletas!

—¡Travis! —intervino Ellen—. Por favor...

—Fuera, Ellen. Vete fuera.

Sin oponerse, Ellen se inclinó levemente y después desapareció del lugar. Fue cuando me sentí más atemorizada y desamparada que nunca.

Negué levemente con la cabeza.

—¿No, qué? —preguntó exasperado.

Tragué saliva y volví a negar mirando al suelo.

—¿Estás muda acaso? —bramó gesticulando con sus brazos.

Parecía nervioso, pero no con unos nervios como los míos, no. Su nerviosismo parecía erradicar de un autocontrol poco ensayado.

Asentí de nuevo pero rápidamente recapacité.

—No..., no estoy muda... aunque de pequeña lo estuve, pero no es el caso. Tengo entendido que usted no hace preguntas porque eso es aceptar que alguien sabe algo más que usted.

—¿Qué coño has dicho?

Me estaba poniendo demasiado nerviosa.

—Que no..., que no he robado nada. Nunca. Ni aquí ni en ningún sitio —corregí, tocando disimuladamente el libro.

No me había dado cuenta de cuán mentirosa era hasta ese momento. Quizá no era tanto de fiar como yo creía.

Travis soltó una bocanada de aire.

—¿Eres consciente de que este hotel es mío? —preguntó y volví a asentir, aunque lo verbalicé ante su mirada asesina—. Bien. Entonces, eres consciente de que cuando algo pertenece a alguien, éste puede hacer con eso lo que a él le venga en gana, ¿no, Hope, Hollie, o como cojones te llames?

—Hollie.

—¿Por qué cojones, entonces, te has colado en mi hotel aun sabiendo que yo lo tenía estrictamente prohibido?

Asentí.

Él dio un golpe en la mesa que me removi6 del sitio tanto que casi pude engancharme de la lámpara del salto que pegué.

—¡Habla! —añadió.

—Necesitaba ayuda...

—¿Y me has visto cara de querer dártela?

—La verdad es que no.

La respuesta le ofendió. Abrió apocadamente su boca y me fustigó mentalmente.

—Quería decir que...

—Entonces supongo que tendré que refutar mi decisión. Coge tus cosas y...

—¿Refutar? —intervine.

—¿Eh?

—Ha dicho refutar.

—He dicho refutar.

—¿Eso quiere decir que refuta lo que pensaba irrefutable?

—A ver, ¿qué?

—¡Que me quedo! —grité con júbilo—. ¡Que me quedo!

Sin dejarle decir nada más, comencé a delirar. Le dije en miles de idiomas inventados lo agradecida que estaba mientras él me observaba con el ceño fruncido, apoyado en una esquina del escritorio.

—Dígalo, ¡dígalo otra vez! Diga que...

—No pienso repetirlo, porque me arrepentiré. De hecho, si no te vas ya de mi despacho, me arrepentiré.

—Oh, dios... ¡gracias! ¡Verdaderamente, gracias!

—Con esto tampoco te estoy diciendo que te quedes en mi hotel toda la vida. Solo estoy dándote un margen algo mayor.

—Oh dios mío... —susurré tapándome la cara, sumida por la emoción—. ¿Por qué... por qué hace eso... por mí?

—A ver, no te equivoques —comentó con su continua frialdad mientras se levantó de la mesa, aunque siguió guardando la distancia—. Los he visto, a ellos, como te tratan. Parecen extrañamente felices y aunque no lo comprendo, puedo llegar a respetarlo. Eres una especie de... cachorro, para ellos. Voy a permitir que te tengan como mascota algún tiempo.

—¿Cómo mascota? —pregunté contrariada, y un poco ofendida, aunque la emoción del momento no me permitía alterarme.

—Es mi hotel y puedo referirme a ti como quiera, ¿no? Si tienes algo en contra, ya sabes... —comentó volviendo a sentarse.

—¡No, no! ¡Guau!

Travis apoyó su codo sobre la mesa y agarró el tabique de su nariz con dos de los dedos, con actitud resignada.

—Maldita sea, soy alérgico a los perros.

—¡Miau, entonces!

—¡Vete, vete ya! Mierda, me estás causando dolor de cabeza y solo llevas aquí unos minutos —dijo y yo me erguí. Lo que menos quería era causarle dolor de cabeza.

—Le prometo que no va a notar que estoy aquí...

—Ya lo estoy notando. A ver, si te quedas...

—Que me quedo.

—Si te quedas no quiero que alteres mi tranquila vida aquí —continuó y yo arrugué la frente—. Bien, puedes quedarte pero en mí día a día, no quiero notar tu presencia.

—Tengo las reglas que Ellen me dio para que no me descubrieras.

—Bien, viendo lo que te ha costado seguirlas, las resumiremos a una: no-quiero-verte. ¿Entendido?

—De hecho, muy entendido.

—Pues perfecto. Ahora... —dijo haciendo un maleducado ademán, invitándome a salir de la habitación como si fuera un perro.

Mierda, sí que era un perro para él.

—Podría hacer algo para contribuir en el hotel —propuse antes de salir.

Travis asintió con desdén y me pidió gestualmente que me fuera.

Cuando puse un pie fuera de esa especie de despacho, Ellen me miró con el ceño fruncido, como si se esperara lo peor. Mi repentino buen humor me obligó a hacerle una pequeña broma, ya que, con los hombros bajos, la mirada cabizbaja y los brazos estirados hacia abajo, entoné una de mis caras de circunstancia. Ellen, al verme, hizo un inútil intento de guardar la compostura, pero su labio inferior comenzó a temblar. Una vez nos separaban muy pocos pasos, pegué un gran salto acompañado de un gritito y me agarré a su cuello en una especie de efusivo abrazo y comencé a girar con ella.

—¡Me quedo, Ellen, me quedo!

—¿Qué? — preguntó aún con un sollozo—. ¡Para, para niña! ¿Estás hablando en serio?

Asentí con entusiasmo. Me consumía la alegría. Era la primera buena noticia que recibía en mucho tiempo... aunque, ¿yo había recibido una buena noticia alguna vez?

Ellen fue a decir algo, pero fijó su vista a mi espalda y comenzó a andar por el pasillo. Giré mis talones y vi que se trataba de que la puerta estaba a medio cerrar, y Travis nos estaba viendo. Para no molestar, Ellen fue a cerrarla, pero, antes, tuve un pequeño contacto visual con él, al cual convidé con una sonrisa de agradecimiento. En respuesta, él asintió levemente con la cabeza y movió sus labios.

Después, Ellen cerró la puerta.

—Tú nos tienes que dar una buena explicación.

Asentí. Y tras eso, descubrí que quizá, Travis Redmond no era tan malo como pensaba.

* * *

21 de Abril de 2016

A todos les había impactado el saber que no me llamaba realmente Hope Samuels, aunque con el paso de los días se acostumbraron. Cada vez que sin querer me llamaban así me sentía horriblemente mal. Ellos habían hecho lo posible y más para ayudarme y yo desde el principio les había hablado con la boca llena de mentiras. Tenía claro que el secreto de la verdadera rotura del coche iba a llevármelo a la tumba. No quería decepcionarles más.

Ellen me pidió que le hablara sobre mí y sobre el motivo de por qué estaba sola con la edad que tenía. Intenté contárselo, de verdad, pero al echarme a llorar al empezar por el fallecimiento de mi abuela Ellen me abrazó y me dijo que no era necesario que lo hiciera tan pronto.

Los días habían avanzado con cierta agilidad. Tenía más posibilidad de moverme por el hotel sin ese miedo a ser descubierta. Ahora simplemente tenía miedo a ser vista. Aunque, a decir verdad, lo había hecho bastante bien. No le había visto, aunque sabía perfectamente que el mérito era de él, que no había salido en todos esos días de la habitación. ¿Sería por mí? Aquella cuestión no dejaba de rondarme por la cabeza, por lo que había tenido que exteriorizarla.

—Él es así —Me habían dicho todos.

Al quinto día fue cuando él salió del ascensor, pillándome desprevenida y en el recibidor. Agaché la mirada y le di la espalda. Si yo no le veía a él quizá él no me veía a mí.

Escuché sus pasos alejarse de mí y suspiré aliviada cuando giré sobre mis talones con timidez y no estaba. Aunque seguía pareciéndome un hombre cruel, antipático y desagradable, le tenía gratitud. Si estaba allí era porque él así lo había dicho. No parecía ser un hombre tan ruin y despreciable como me había parecido al principio, pero tampoco era un santo.

—Eh.

Aunque hacía días que no le escuchaba, su voz no se me había olvidado. La recordaba perfectamente y por eso sabía que él volvía a estar a mi espalda. Tragué saliva e intenté disimular. Avancé sigilosamente varios pasos para llegar a la puerta principal.

—Te estoy hablando a ti.

—¿A ti de yo o a ti de otra persona? —titubeé aun dándole la espalda.

Escuché el ruido de sus pisadas cada vez más cerca, no obstante ni me inmuté.

—A ti —dijo cerca de mí.

Agitada por la impresión de su cercanía, me giré con velocidad y él retrocedió varios pasos con rapidez. Intenté desvelar su estado de ánimo a través de su rictus, pero me era imposible: esa mirada chispeante era muy

ambigua, al igual que esos labios juntos formando una línea carnosa.

—Dígame, entonces...

—Me dijiste que querías contribuir al hotel.

Asentí mirando mis zapatos.

—Mírame.

Lo hice.

—Dijiste que querías contribuir al hotel sí o no.

—Seguramente lo dije.

—A ver, ¿me estás llamando mentiroso?

Abrí los ojos con espanto.

—¡No! —exclamé—. Quiero decir... digo tantas cosas que... seguro que lo dije.

—¿Sigues insinuando que miento?

—¡Que no!

—¡Háblame con respeto! —vociferó.

—Con respeto... —susurré.

Travis ejecutó una mueca de desagrado y después blanqueó los ojos. Por el chasqueo de su lengua me percaté de que mi actitud le había enfadado y cuando fue a irse, le detuve.

—Lo dije —afirmé.

—Vale. Pues quiero que limpies todos los baños del hotel —dijo con cierta divertida malicia. Mi rostro se desencajó del horror y antes de desaparecer en el ascensor, agregó—: a mano. Todos los días.

Me quedé estupefacta, mientras que Travis agitó su mano en una señal de despedida mientras las puertas del ascensor se cerraban con él dentro.

¡Era un ser completamente ruin y despreciable! ¡Claro que lo era!

* * *

22 de Abril de 2016

Me había lavado las manos al menos cien veces desde que había terminado la tarea que Travis me había mandado hacer. Aun así, sentía cómo

si los dedos siguieran oliéndome a heces.

Me encontraba sentada sobre la barra de la cocina, aburrida. Me estaba dedicando a contar las baldosas que había en las paredes del lugar mientras que de vez en cuando me olía los dedos y de nuevo me los lavaba con jabón. Ellen me había repetido hasta el cansancio que el olor era psicológico, que ella no olía nada; que hacía muchísimo tiempo que los retretes no eran usados y que era imposible que oliera tan mal como yo juraba que me olían los dedos.

—¡Buenos días! —exclamó alguien, entrando a la cocina. Dirigí mi vista a él y era un hombre joven, quizá de mi edad, portando una caja de cartón que parecía pesar—. ¿No está Sengougahara?

Negué con la cabeza mientras me bajaba de la barra.

—Creo que ha salido con James —contesté y, divertida, añadí—: ¿Cómo has conseguido aprenderte su nombre?

El chico rio.

—Dejaré esto por aquí —respondió y ante mi escrutadora mirada, añadió—: es la compra.

—Ah.

—Hay yogures, y otras cosas que pueden ponerse malas. Deberías meterlas en el frigorífico.

—Vale. ¿Quién eres?

Sin querer me había acercado bastante a él. Olía deliciosamente a pan. Mi pregunta le había pillado algo de improviso, pues frunció sus cejas. Era la primera persona cercana a mi edad que me encontraba y me había surgido la curiosidad.

—Soy el hombre que trae la compra. No hay ninguna bomba dentro ni nada por el estilo.

Blanqueé los ojos mientras hurgaba entre la caja, la cual había dejado sobre la barra.

—Mark, me llamo Mark —añadió.

Aunque le escuché, no le hice mucho caso. Intenté coger la caja para transportarla hasta la cocina y él rápidamente me ayudó.

—Dime donde la dejo. Pesa bastante.

—Vale.

Le guie hasta dentro de la cocina y dejó la caja sobre la mesa de madera antigua que había ahí. Nunca me había fijado que su aspecto era algo rústico.

—¿Tú quién eres? —preguntó apoyándose en la mesa—. Nunca te he visto por aquí.

—Hollie.

—Hollie... encantado, Hollie. ¿Trabajas aquí?

Empecé a coger las cosas que necesitaban mantenerse frías y las metí en la nevera.

—Estoy de paso, no por mucho tiempo.

—¿Cuántos años tienes? Quiero decir, pareces joven.

—Diecinueve.

—¡Anda! Yo también —comentó con media sonrisa.

—Creo que eres la primera persona con menos de medio siglo de edad con la que hablo.

Él rio.

—He oído que el dueño del hotel no es tan mayor.

Le miré frunciendo el ceño.

—¿“Has oído”? ¿No le conoces? ¿Nunca le has visto? —pregunté sorprendida.

Negó con la cabeza.

—Pero estoy seguro de que he oído bien.

—Sí —contesté encogiéndome de hombros—. Y me reitero en lo dicho: eres la primera persona con menos de medio siglo con la que he hablado.

—Bueno, eso tiene solución. Cualquier día podría presentarte a mis amigos para amenizar el tiempo que estés aquí. Este sitio puede llegar a ser asfixiante.

Su proposición me hizo sonreír e ilusionada, la acepté.

Capítulo 7

Hollie

30 de Abril de 2016

Las mañanas, desde que había conocido a Mark, resultaron ser más entretenidas. Él no podía estar mucho tiempo, pues además de que debía seguir repartiendo las compras de los demás habitantes del pueblo, temía ser descubierto por Travis. Ese miedo a su persona, además de poseerlo el personal del hotel, también se trasladaba al resto del lugar. Me había hablado de su pasión por la música, y de cómo tocaba la guitarra eléctrica. Me había hablado de sus padres, Richard y Stella, los dueños de la tienda más grande de allí. Me había contado el propósito de trabajar para ellos: ahorrar para marcharse a una gran ciudad y cumplir su sueño de ser famoso por su voz y su música. Aún no le había escuchado pero a juzgar por su aterciopelada dicción, estaba segura de que debía ser bueno.

Sin embargo, Mark solo me amenizaba las mañanas. El resto del día tenía que apañármelas yo como podía.

En unas de mis expediciones nocturnas, volví a la biblioteca para dejar el libro que había cogido días atrás y coger uno nuevo. Nunca había leído tantos libros en tan poco tiempo; era lo que tenía disponer de tanto tiempo libre. Al menos leer me hacía aquella estadía más entretenida.

Como había empezado a hacer, al menos, dos veces por semana, paseé por varias horas por allí, fijándome en grandes títulos y ediciones antiguas. Me sentía privilegiada al poder acceder a semejante paraíso literario como ese. Abrí uno de los tantos libros por la mitad solo para olerlo y enfrascarme de su exquisita fragancia de nuevo.

—¿Quieres esnifarte uno de mis libros?

Me sobresalté al escuchar esa voz, esa voz cargada de enfado permanente que ya había oído antes. El libro, del repullo, se me cayó al suelo, y, agachándome para cogerlo, giré sobre mis talones para ver el poseedor de esa voz. Aunque ya sabía de quién se trataba.

—Bueno... —farfullé nerviosa. Me había pillado de improvisto. Me incorporé tan rápido como pude—. La puerta estaba abierta y...

—No mientas, no lo estaba.

Tragué saliva y comencé a morderme la uña del dedo pulgar. Travis ejecutó una mueca de desagrado y paré de hacerlo.

—Al menos no estaba bajo llave para...

—Pero igualmente estaba cerrada —concluyó apoyándose en una de las mesas de estudio.

Travis Redmond era un hombre bastante... peculiar. Sus ojos verdes poseían un brillo particular, y su mirada no dejaba ni un segundo de transmitir escepticismo. Parecía dudar de todos y de todos. Sin embargo era imposible pasar por alto su atractivo. Su gesto continuamente enfadado y estresado era incapaz de ocultar aquellos rasgos tan especiales y bellos.

—Es verdad, tiene razón. Estaba cerrada. No dejo de ser una desconsiderada. Lo siento.

Travis asintió levemente, sin mostrar nada más. Comenzó a caminar por la biblioteca, observando los libros de algunas estanterías; ordenando algunos otros. Cuando me dio la espalda y decidí que me marcharía, habló:

—¿Crees que no me he dado cuenta antes? —cuestionó girándose para volver a mirarme—. Vienes a menudo. Coges un libro y vuelves a tu habitación. Has entrado en mi biblioteca y has cogido mis libros sin mi permiso.

La tenue luz de la lamparilla iluminaba el líquido verde de sus ojos y los hacía lucir más transparentes.

—Lo siento, yo pensé que... —comencé a decir.

—¿Puedes dejar por un momento de culparte cuando estoy presente? —dijo tomando acercándose unos milímetros más a mí. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, pues era la primera vez que le sentía cerca. De pronto, su olor inundó mis fosas nasales y me obligó a cerrar los ojos para saborearlo. Realmente, desde que mi abuela murió, yo no había sido la persona más mimada del mundo, por lo que las cosas caras o bonitas escaseaban en mi vida a no ser que fueran compradas con mis ahorros. Por eso, ese olor tan elegante, tan sutil y pulido me trajo buenos recuerdos—. Consigues irritarme.

—No es mi intención.

—Pues peor aún, consigues molestarme aún sin quererlo.

—Ya, bueno, yo... discu... mejor será que vaya a dormir —tartamudeé, nerviosa. Mantuve el libro entre mis manos y lo miré, después, se lo ofrecí.

Él frunció el ceño e hizo una especie de mohín, que no supe descifrar si pretendía asustarme o resultar simpático. Después, cogió delicadamente el libro.

Fruncí mis labios algo nerviosa, un poco contrariada por lo que sentía: por un lado tenía ganas de quedarme, pero no para seguir haciendo lo que estuviera haciendo, sino para preguntar. Para saber de él, para interesarme sobre aquel cuerpo con esa personalidad tan extraña. Pero por otro lado quería huir despavorida pues todo lo que tenía entendido sobre él y sobre todo lo que había sentido por experiencia personal, me llevaba a pensar que no era alguien completamente de fiar y, además, quizá buscaba algo con ese acercamiento tan repentino.

Entonces, decidí irme. Perdía más seguramente si me quedaba que si me iba. Giré sobre mis talones con cautela y anduve hacia la puerta, pero un carraspeo de su garganta me hizo parar.

—Los mejores libros, a mí parecer, los tengo arriba —comentó y por un momento, me costó digerir que lo que acababa de decir había resultado amable.

Me sorprendió totalmente.

—Estos títulos son los que más leían los antiguos clientes del hotel —agregó—. Algunos son bastante basura.

Giré lentamente de nuevo a él, que se mantenía en el mismo sitio que antes. Mirándome. Atravesándome con esa pérfida mirada de color verde. Entonces, la comisura de mis labios comenzó a elevarse disimuladamente.

Entendí que él intentaba ser amable.

—Gracias...

—Los tengo en mi biblioteca privada, puedes coger algunos siempre que no me molestes —Asentí, interesada en sus palabras—. Espero que así, mientras leas y busques trabajo para poder irte, las posibilidades de que me molestes sean menores.

Volví a asentir, aunque eso no sonó tan amable como parecía serlo pocos segundos antes. Su mirada penetrante y su voz continua de enfado

corroboraban a la idea de pensar que simplemente estaba invitándome de forma más cortés a abandonar su hotel lo antes posible.

Y lo haría, claro, terminaría haciéndolo. Aunque, en mis adentros, sentía que cada día que pasaba, me arraigaba más allí.

Travis

1 de Mayo de 2016

Aquel día amaneció de manera distinta, o bueno, al menos así lo noté porque había dejado de llover. Hacía meses que no paraba, no al menos así, ya que el sol al fin se hizo presente y aunque ahí fuera aún hacía frío, el interior del hotel parecía más cálido.

En ese momento, mientras tomaba mi café frente a la ventana, recibiendo con algo de gloria los rayos que se impregnaban en mi frente, recordé la estupidez que había efectuado la madrugada anterior: le había ofrecido a ese torbellino de persona entrar a mi biblioteca privada y coger algún libro de los míos. ¿Cómo había tardado tanto en arrepentirme? Y Ellen aseguraba que no experimentaba cambios... aunque, a decir verdad, ser agradable no era algo que me gustara lo más mínimo.

Después, mientras me maldecía mentalmente, pensé que seguramente Ellen no le permitiría ir a mi habitación; ella sabía a la perfección que a veces, por la madrugada, cuando no podía conciliar el sueño, resultaba ser algo amable, incluso parecía humano. Por eso ella le quitaría esa fatal idea de la cabeza.

Me levanté del sillón y dejé la taza sobre la encimera de la cocina. Después me dirigí a mi habitación para coger la ropa limpia que vestiría ese día y fui directo a la ducha para ducharme.

Me deshice de la cómoda ropa y tras regular el agua en la temperatura media pero ligeramente fría, me introduje en el torrencial que desprendía la alcachofa. Me refrescaba la sensación de levedad provocada en mi piel por el agua, y era el mejor momento del día, cuando estaba completamente seguro de que nadie irrumpiría en mi tranquila soledad...

—¡Oh, santa mierda!

Esa voz me sacó de mi total relajación y mis ojos se abrieron

ampliamente, sintiendo el escozor que me provocaba tal acto. Abrí la mampara y no volví a escuchar otro ruido, pero estaba seguro de lo que había oído, y más seguro aún de que lo había oído en el salón.

Salí de la ducha y enrollé por la cintura la toalla de algodón blanca que descansaba en el alféizar.

Me introduje en el pasillo con paso lento y haciendo el mínimo ruido posible. Si alguien había asaltado de esa manera mi intimidad, tenía que ser castigado. Debía serlo, y pillándole de improvisto era la manera más certera para que no pudiera huir.

Entonces, cuando ingresé en el salón, la vi. A ella. Al maldito torbellino que se había encargado de joder la armonía —al menos la poca que había— en mi hotel.

—¿Qué cojones haces? —pregunté con voz áspera. Ella, que estaba con las rodillas hincadas en el suelo, recogiendo dios sabe qué cosa que había tirado, paró en seco sus leves movimientos y decidió no girarse a mí, cosa que aún consiguió enfadarme—. Te estoy hablando a ti, maldita sea.

—Esto... —musitó ella, y después, levantándose delicadamente, colocando después la ropa que llevaba puesta, se giró a mí. Enarcó una sonrisa nerviosa que dejó a relucir todos sus alineados y blancos dientes—. Esto vuelve a tener una explicación.

Sus ojos divagaban por todo el salón, excepto en mí. Ella estaba nerviosa. Hizo una mueca con sus labios y después entrelazó sus manos de forma tensa. Tras esos movimientos, reparó en mí.

Y fue ahí cuando los nervios terminaron de traicionarla al quedarse fijamente mirando en mi cuerpo. Sus ojos se abrieron ampliamente y se sonrojó, tanto que noté cómo su cuerpo irradiaba calor.

—¡Oh, dios mío! ¡Está desnudo! —exclamó tapándose los ojos con las manos ampliamente abiertas. Separó sus dedos de modo que siguió observándome, pero cuando se dio cuenta de que estaba al tanto de todo, optó por darme la espalda.

—Explícame qué haces aquí.

—¡Vístase antes!

—Me lo vas a explicar aquí, y ahora —ordené agarrándola del brazo y

forzándola a quedar justo frente a mí.

—Su toalla... puede... ya sabe...

—No tienes tanta suerte.

Mi mano seguía agarrando su fino brazo, provocando que la zona comenzara a enrojecérsese y opté por dejar de hacerlo al notar cómo mis venas comenzaban a inflamarse.

—Usted... usted me dijo que podía venir a la biblioteca...

—¡Pero no cuando estoy en la ducha! Tienes toda una biblioteca allí abajo, ¿y te corre prisa venir aquí?

—Usted me lo ofreció...

—¡A ver! ¡Pero en qué idioma tengo que decirte que no quiero verte!

—¡Yo solamente no quería molestarle!

—¡No grites! —vociferé acercando mi rostro al suyo, consiguiendo que se asustara tanto que retrocedió un par de pasos por el impacto.

Su rostro ya no mostraba nada de vacile, sus ojos estaban inundados de padecimiento y sus labios tenían un temblor considerable.

Entonces, sucedió lo más extraño de todo.

Yo, Travis Redmond, me sentí mal.

Por primera vez en todo ese tiempo, me sentí mal por haber gritado a una persona.

Por haberle gritado a ella.

—Yo... no quería... molestar —susurró desviándome la mirada, quieta, como si cualquier movimiento inesperado pudiera enfadarme de nuevo.

—¿No te das cuenta que lo haces continuamente? —A pesar de todo, tenía ganas de vomitarle cómo me había sentido desde que ella había violado mi espacio personal—. El solo saber que estás en mi hotel, me molesta. Me molesta todo de ti. Me molesta cuando saltas, cuando cantas, cuando ríes o cuando haces reír a cualquier persona del hotel. Me molesta hasta lo musical que resulta tu nombre. ¿No te das cuenta que si estás aquí, no es por gusto mío?

—¡Ni por el mío tampoco! —gritó—. ¿O piensa que usted a mí me agrada? ¡Su maldita personalidad apesta a mierda! Puede camuflarse en la

soledad, en las fragancias caras, pero lo maloliente de sus sentimientos no podrá ocultarse jamás. ¡Usted tiene un problema, un gran problema! Su vida en sí lo es. Quédese en su hotel, espere a quedarse en ruinas como él y deje de joder a los de su alrededor. Porque usted no sea feliz no puede prohibir que los demás no lo sean.

—¡Cállate, niña malcriada!

—¡No! No lo voy a hacer. Usted no es nadie. No sé ni si quiera por qué sigo sin tutearle. Lo único que usted ha hecho por mí ha sido joderme, primero rompiendo mi coche y después tratándome como un perro. ¿Sabe? No tengo un hotel, ni tampoco tengo la mitad de la mitad del dinero que tiene usted, pero lo que tengo es moral, y créame que eso me hace superior a usted.

El silencio nos envolvió. Lo que hacía minutos parecía calma, en ese momento era todo lo contrario. Un trueno sonó afuera y supe que iba a comenzar a llover. Nuestras miradas se cruzaron pero no comunicaron nada. Y me alegré por ello.

Me alegré porque aunque deseé encerrar su garganta entre mis manos y apretar hasta que sus ojos lagrimaran y rogara clemencia, también deseé que se quedara para escucharla más. Para ver a cuánta mierda llegaba a defecar por la boca por segundo. Por un momento, me agradó su postura.

—Ahora, me voy.

—¡Y no vuelvas! —respondí con altivez.

Ella asintió llena de orgullo, con brusquedad y rabia. Giró sobre sus talones con ímpetu y al llegar a la puerta, tras abrirla, la cerró con fuerza al salir. Dejando un gran estruendo en la habitación.

Enfoqué mi vista en un punto de la pared y estampé el puño en ella. Abrí las manos buscando calma en el dolor punzante que sentían mis nudillos, pero no lo encontré.

Ella se iría, por fin...

Capítulo 8

Travis

Tras terminar de ducharme y vestirme, decidí bajar. Seguía tan tenso como ella me había dejado pero bueno, estaba más vestido. Las cosas no se iban a quedar así por dos sencillas razones:

1) Me había dejado con la palabra en la boca. Las conversaciones conmigo no se daban finalizadas hasta que yo dejaba dicho todo lo que quería.

2) Ella podía haberme robado algo y que esa fuera su verdadera razón para asaltar mi habitación.

Esa vez bajé por las escaleras, tenía que sudar todo el mal humor que tenía recorriendo por mi cuerpo. Tampoco quería que el ascensor me vacilara como había hecho últimamente. Tenía que llamar a un reparador.

Troté a paso rápido, recordando por milésimas de segundos las veces que había oído las fuertes pisadas de Hollie y me habían provocado disgusto. Entonces, opté por bajar de forma natural.

Cuando llegué a la recepción, no había nadie. Ni si quiera Ellen. Así que, cuando iba a salir para saber dónde estaba, escuché los sollozos de alguien en la cocina.

Ingresé en esa estancia y todos se veían tristes, además de Hara y Ellen que estaban hechas un mar de lágrimas.

—¿Por qué lo ha hecho...? —preguntó entre gemidos Hara.

La miré ceñudo y después lo hice de igual manera con todos. Estaban todos excepto Sarah.

—¿Dónde está?

Hara sollozó más fuerte.

—Se ha ido, Travis. Ya no molestará más —respondió James agarrando la cadera de Hara.

Asentí intentando mostrar seguridad y calma. Giré sobre mis talones y salí de la cocina, aunque todos me siguieron hasta el recibidor.

—Déjeme que vaya por ella —pidió Charles—. Está lloviendo a cántaros, Travis, y ella se ha ido con lo puesto y sin nada más. Sepa dios qué puede ocurrirle...

—¿Tú también con esas, Charles? —cuestioné ofendido.

¿Ella había sido la que había incumplido la única regla que le había impuesto y yo era el culpable? A mí no me valían esos berrinches de niña malcriada.

—Es solo una niña...

—Ya, Sengougahara, basta —siseó James.

—Definitivamente, no. No vas a ir por ella —cesé.

Hara escondió su rostro en la palma de su mano y me sorprendió que fuera ella quien diera la cara en lugar de Ellen, que se mostraba afectada, pero también parecía resignada.

¡Al menos no era el único en saber que ese momento llegaría tarde o temprano! Y debido a la mala educación de Hollie, había llegado temprano.

—¿Qué vas a querer de cenar, Travis? —habló ella, secando las lágrimas con el soslayo de sus dedos.

Hice un ademán de indiferencia y cuando me dirigí al ascensor, un trueno más agudo se hizo presente y desde ahí dentro se escuchaba la lluvia caer.

Entonces, algo en mí cambió. Algo pequeño, pero algo humano y con un valor e intensidad tan grande que me hicieron frenar, girar sobre mis talones y maldecir.

—Joder —mascullé con hastío al sentirme en la obligación de ir yo mismo a por ella.

Hollie

La lluvia se mezclaba con mis lágrimas y lograba pasar desapercibida por la poca gente que transitaba las calles del pueblo.

Mi hogar, definitivamente, no existía. Mi sitio en el mundo era tan nulo como los sentimientos en el corazón de Travis, si hubiera tenido corazón, claro.

La lluvia apenas me afectaba y me limitaba a pensar qué podría llegar a ser de mí. Ser tan dramática me iba a costar la vida. Tendría que buscarme la vida en salir de allí y llegar a un sitio más grande y con más probabilidades de seguir adelante, ya que allí lo veía tan negro como el alma de Redmond.

La verdad, me sentía mal. Me había tomado la libertad de decirle muchas cosas feas a Travis y no tenía derecho, digo, él era un gran capullo, lo odiaba, me asqueaba, pero no tenía derecho, más cuando a pesar de todo él me había aceptado. Él me había solucionado temporalmente la vida. Yo había resultado muy grosera, él también, pero si alguno de los dos tenía menos derecho, esa era yo.

Enterré mis manos en los bolsillos del chubasquero que llevaba y suspiré profundamente. Inhalé primero, luego exhalé. Con la mente nublada de temores al futuro que me esperaba no podía discernir bien.

Caminé y caminé sin rumbo fijo. Mi cabello estaba tan empapado que se mantenía adherido a mi cuero cabelludo.

Si al menos hubiera sabido dónde vivía Mark...

Entonces, un coche pasó por mi lado, reduciendo la velocidad. Instintivamente lo miré. Como si fuera a conocerlo.

Era tan difícil ver una cara conocida en un sitio donde no conocía a nadie...

Pero sucedió.

Y, conduciendo el coche, se encontraba Travis Redmond.

Su rostro no transmitía nada, solo sequedad. El enfado permanente que parecía caracterizarle.

En un primer momento no entendí nada. Me quedé estática, en una especie de shock. Si no me esperaba ver a nadie conocido, menos a él. ¡Hubiera jurado poder haber visto antes a tío Shepard que a él!

Travis aumentó la velocidad y siguió su camino, aunque yo seguía parada,

intentando comprender el porqué de lo que acababa de ocurrir. Unos pasos más adelante el coche se detuvo y la puerta del copiloto se abrió totalmente.

Esperando que alguien entrara.

Esperándome.

Corrí hasta el coche y me frené cuando estuve delante de él, mirándole. Él parecía seguir desafiándome con la mirada, pero esa vez, en menor grado, lo que me llevó a pensar que estaba con mejor ánimo. Él, viendo mi indecisión, articuló un desdeñoso ademán para hacerme pasar al coche y la verdad que en ese entonces no dudé en hacerlo.

—Seguramente enfermarás —dijo con voz ronca mientras arrancaba de nuevo el coche y se hacía camino por la lluvia.

—¿A caso te preocupa? —cuestioné blanqueando los ojos.

Él me miró y, tras fulminarme con la mirada, dijo:

—El cinturón.

De nuevo, rodé los ojos. Después le hice caso y me puse el cinturón.

—¿Por qué has venido? No me dirás que simplemente estabas de paso porque...

—A ver, ¿qué más da? He venido, es lo importante.

—¿Dónde vas a llevarme?

—Al hotel. Oye, ¿puedes parar de hacer preguntas? Me irritas. Mucho.

Desvié la mirada de su persona y miré mis zapatos mojados. Entonces, tras escuchar sus palabras, sonreí. Sonreí porque había descubierto la manera en la que Travis intentaba ser amable.

6 de Mayo de 2016

—Me gustaría ponerme ya a buscar algo de trabajo, así conseguiré dinero —comenté mientras pasaba otra vez el paño húmedo sobre otra de las mesas de la cocina.

—Puedo hablar con alguien para hacértelo más fácil, pero te aseguro que cualquier trabajo es duro —contestó Ellen tomando su taza de café bien cargado. No entendía cómo podía ingerir esa bomba tan temprano.

—No importa. Estoy preparada pero aunque no lo estuviera, es mi deber. Al irme de casa supe que todo no iba a ser de color de rosa, aunque bueno, hace tiempo que en mi vida nada es rosa.

—Hollie —Carraspeó su garganta—. ¿Algún día vas a decirme el motivo que te llevó a abandonar tu casa y a venir aquí, sola? ¿De dónde vienes? Quiero creer que debe ser de peso para que nos mintieras sobre tu identidad.

Aún me seguía sintiendo mal por aquello, por lo que desvié la mirada.

—Es una historia larga, o, más bien, un cúmulo de infortunios. Lo que denomino una gran mierda, aunque no tiene del todo importancia —respondí fingiendo indiferencia.

—Me importa tu gran mierda, como dices —contestó con ternura y se me escapó una sonrisilla—. Una chica tan joven como tú ha de tener o un gran motivo para hacer esta locura o un amor desesperado, y, desde que llegaste, aquí no ha aparecido ningún mozo...

—No hay ningún *mozo* —dije rodando los ojos. Tomé asiento frente a ella y miré a mis costados, cerciorándome de que nadie nos escuchaba—. ¿Hacemos un trato?

—Habla, aunque creo que hacer tratos con un diablillo como tú no es cosa de fiar —Solté una risilla—. Y esa risa tampoco.

—Está bien, está bien. Te contaré todo lo que quieras saber de mi vida, aunque te aviso que no es muy interesante.

—A cambio de...

Sonreí ampliamente y Ellen achinó los ojos de manera jovial. Todos los de ese hotel comenzaban a conocerme, aunque Ellen lo hacía algo más porque solía pasar más tiempo junto a ella, o al menos, mirando cómo hacía sus tareas en el hotel. Charles, cuando me veía, solo se burlaba de mí, Sarah ni me escuchaba, solo cuando me veía comenzaba a hablar de un hijo suyo que estaba en África de voluntario, luego James cuando no estaba ensimismado con Sengua estaba fuera haciendo trabajo duro y Sengua se trataba más de lo mismo, por lo que solo quedaba ella.

—A cambio de que me cuentes el porqué de la personalidad de Travis —espeté y ella, en respuesta, simplemente frunció el ceño, poniendo cierta cara de horror—. Travis no debe llegar a los treinta años, y está completamente

amargado. Debe tener un motivo.

—Tiene veinticinco años, aunque dentro de poco será su cumpleaños.

Rodé los ojos, ya que no era un dato que intentaba precisar, pero ella lo había utilizado para esquivar mi pregunta.

—¿Qué le pasó? ¿Un pasado doloroso? ¿Un amor frustrado? Esos caracteres del demonio solo los forjan las desgracias, y aún más un amor desdichado. ¿Es eso?

—Alguna vez te he comentado que hablas demasiado, ¿verdad? —cuestionó ella redoblando una servilleta bordada sobre la mesa con delicadeza y yo bufé—. Bueno, bueno, Hollie. No te alejas demasiado, sí es cierto que Travis hace un tiempo no era así, y sí es cierto que sufrió muchísimo por un amor desdichado, de hecho, no sé del todo si sigue torturándose por eso. El caso es que... el caso es que me has liado y ahora estoy aquí soltándote todo mientras que tú no me has contado nada de ti.

—¡Oh, venga, Ellen, estabas a punto!

—Te toca.

Se me era difícil hablar de mí, pero mi curiosidad sobre Travis me dio el impulso que me faltaba.

—Mis padres murieron cuando yo tenía cinco años —comencé, y con solo esa confesión el rostro de Ellen se descompuso—. Hubo un incendio en mi casa y solo pudieron salvarme a mí. Entonces me fui a vivir con mis abuelos. Con ellos también vivía tío Shepard, él tiene un carácter muy agrio, así como Travis, pero tío Shepard es feo, de hecho, muy feo. Creo que por eso sigue soltero.

Ellen me miraba como si todo lo que yo dijera fueran las palabras más valiosas del mundo.

—Todo fue soportable hasta que hace dos años murió mi abuela —continué. En otro momento me hubiera echado a llorar al evocar aquel momento, sin embargo, esa vez no ocurrió—. Ella era buena, ella me cuidaba y me daba todo el cariño que me faltaba, pero cuando le diagnosticaron cáncer no consiguió sobrevivir.

—¿Tu abuelo y tu tío te hicieron algo? —preguntó horrorizada.

Por un momento me quedé en silencio, pero finalmente negué levemente

con la cabeza. No estaba dispuesta a hurgar más en aquellos amargos recuerdos.

—Ellos no son exactamente las personas que elegirías como compañeros de piso. Son maleducados, machistas, egoístas, abusadores, borrachos..., de todo lo que una chica como yo no tiene que estar rodeada.

—Eso es... oh, dios, Hollie...

—¡Pero no importa! —Sí importaba, pero no era lo que me importaba en aquel momento—. Te toca.

—Respira, Hollie.

—Lo haré mientras me cuentas.

—Está bien, está bien —sonrió apocadamente—, pero no quiero que esto quede aquí. No me esperaba que detrás de esa sonrisa que tienes... hubiera tanto detrás. Ahora entiendo que quizá sea tu forma de crear tu fortaleza.

—El caso es que todo eso ya ha pasado.

Ellen sonrió con estupor.

—Ojalá... ojalá nuestros caminos se hubieran cruzado antes —dijo con cierto pesar, con los ojos comenzando a titilar.

Agarré su mano sobre la mesa y la acaricié, brindándole a la par una sonrisa afable.

—¿Por qué?

—Yo... yo perdí a mi hija hace muchos años —musitó con la voz a medio romper mientras apretaba mi mano—. Era un poco más pequeña que tú, unos quince años. A ella le encantaba ir en bicicleta... era vegana y todo, ¿sabes? Una... una friki total, como dirías tú. Su sueño era abrir un restaurante de comida vegana... era su sueño hasta que un malnacido decidió emborracharse y atropellarla mientras iba al colegio en bicicleta...

—Oh, Ellen, eso es... terrible. Y... ¿y tú marido?

—Él murió hace muchos años de un infarto al corazón. Él era mucho mayor que yo y también se cuidaba mucho menos que yo.

—Tú también eres muy fuerte, Ellen. Eres... admirable, porque si hay algo más doloroso que perder a tus padres, es perder a tus hijos.

Los ojos de Ellen centelleaban y las lágrimas no tardaron en brotar de sus

delicados ojos. Yo me levanté y la insté a hacer lo mismo, para después envolverla entre mis brazos.

Tras unos segundos, ambas volvimos a sentarnos y Ellen se deshizo de la humedad de sus mejillas con el pañuelo que tenía entre las manos. Después, sonrió.

—Parecemos dos tontas.

—Demasiado... —corroboré con una sonrisa conciliadora—. Ahora, Ellen... ahora toca hablar de Travis.

Capítulo 9

Hollie

—La vida de Travis también ha sido dura. De hecho, creo que aún lo sigue siendo.

Se notaba el afecto que Ellen le tenía a Travis, cada mirada que le dedicaba, las palabras que usaba para hablar de él, el tono... todo indicaba a que el cariño que ella le tenía a él, podía con todo lo desagradable que él pudiera resultar.

—Bueno, quién lo diría... él está podrido de dinero...

—El dinero no lo es todo, aunque cuando andas escaso de él parece que sí. Sabes lo que dicen, ¿no? Que una vida plena se consigue con amor, salud, y fortuna. Cualquiera medida honesta de estas tres cosas en tu vida te hará feliz.

—Oh, yo creo que solo tengo salud —reí por lo bajo.

Ella entonó una media sonrisa.

—¿Qué crees que es la más importante de las tres?

—Supongo que la salud —contesté y ella asintió. Algo en su mirada se apagó y entonces, entendí lo que ocurría—. ¿Travis... él está enfermo?

Formular aquello me provocó un fugaz escalofrío en la nuca. ¿Él estaba enfermo? Podía ser una persona desagradable, pero parecía tener buena salud. Su color de piel era algo pálido, pero algo normal en alguien que constantemente estaba encerrado en su habitación. Su cuerpo estaba musculado, por lo que tampoco ayudaba a la especulación.

—Travis no es así porque lo abandonaron. A Travis lo abandonaron porque es así.

Fruncí el ceño y me re Coloqué en la silla.

—Explícamelo.

Ellen miró a sus costados y rezongó.

—Es mejor que no lo sepas, Travis seguro que no lo quiere —argumentó ella con cierto nerviosismo. Después se levantó, y cuando estaba dispuesta a acabar la conversación, la agarré de la muñeca.

—Quiero saberlo —dije, haciendo una breve pausa entre cada palabra que articulaba—. Me atenderé a las consecuencias, pero dime qué ocurre. Por favor.

—Trastorno paranoide de la personalidad, Hollie —respondió de forma desabrida—. Eso ocurre.

Y tras soltar esas palabras como si de un escupitajo se tratase, Ellen se marchó de la cocina. Miré a uno de mis costados, pensativa.

«Trastorno paranoide de la personalidad»

Me levanté de la silla con cierto pesar, inundada por una cierta aflicción. Si me hubiera imaginado muchas cosas que podían ocurrirle a Travis, que estuviera enfermo era la última o casi inexistente que hubiera puesto en mi lista. En ese momento entonces, comencé a sentirme mal, mal porque había insistido en saberlo, se lo había sacado a la fuerza a Ellen de la boca y quizá eso era algo demasiado personal para él para que alguien que no conocía de nada, como era yo, se enterara.

Una vez más había hablado y pedido más de la cuenta.

Salí de la cocina cabizbaja, y por qué no decirlo, avergonzada. Si bien no sabía exactamente de qué se trataba la enfermedad que Travis padecía, me dejaba llevar un poco por lo que imponía su nombre y auguraba que no era algo sencillo de sobrellevar. Además, parecía no haber escarmentado en absoluto y quería saber más, quería investigar sobre ella y saber a la perfección el por qué Travis era así. Necesitaba hacerlo.

Subí las escaleras con energía. Quería desaparecer de la vista de todos hasta el día siguiente, la verdad que estaba muy avergonzada por lo que había hecho: obligar a Ellen a contarme algo que ella no quería. No me quería ni imaginar cómo se sentiría ella tras *traicionar* así a Travis... pero él no tendría por qué enterarse. Era lo que me tocaba, al fin y al cabo.

Llegué a la primera planta e ingresé en mi habitación. Entonces, una gran caja de cartón sobre la cama primero me asustó, y luego me sorprendió. Me quedé a una distancia prudencial de ella, rozando casi la puerta de salida, como si la caja fuera una trampa y aguardara algún tipo de bomba que me hiciera saltar por los aires. Quizá la idea no era tan descabellada, sabiendo lo que sabía de Travis...

«¡Basta, Hollie!»

Ya comenzaba a hacer prejuicios molestos hacia su persona y no merecía eso. Travis resultaba capullo, egocéntrico, estirado, violento en ocasiones, callado, solitario... pero a final de cuentas, él me había dado la oportunidad de quedarme en su hotel. Y eso merecía respeto.

Con el ceño fruncido, avancé varios pasos cautelosos hacia la cama. Miré a mi espalda cuando lo hice, pero como era normal, no había nadie. Entonces, volví a enfocar mi vista en aquella caja y estiré mis brazos para abrir las grandes solapas que la cubrían, y, por fin, descubrir su contenido.

Así lo hice y al descubrir lo que era, un gritito ahogado salió de mi garganta.

Libros.

La caja de cartón contenía ¡libros!

Tapé mi boca con ambas manos conteniendo la emoción. Incluso me permití pegar un pequeño salto de júbilo. Después comencé a reír como una loca y solo después, me senté con las piernas cruzadas sobre la cama para ver qué libros estaban dentro de esa caja.

Había grandes libros como *Orgullo y prejuicio*, *Edipo Rey*, *Macbeth*, *Crimen y castigo*, *La Divina Comedia*, *Ana Karenina*...

Aunque me encontraba algo aturdida por la sorpresa, no tenía dudas de quién era ese presente. Era de Travis. Travis me había regalado todos esos libros. Y eso misteriosamente me hizo sonreír. En ese momento, percibí el olor que anteriormente había distinguido de Travis: ese aroma dulzón con notas amaderadas de vainilla. Sin saberlo, el libro que contenía entre mis manos acabó presionado en mi pecho con cierto deleite.

Me levanté rápidamente de la cama y no me molesté en ordenar los libros. De inmediato salí al pasillo y ahí fue donde me debatí si lo que estaba planeando hacer era lo correcto.

Quería subir a la última planta y quería agradecerle a Travis ese regalo.

Los nervios estaban a flor de piel y aunque no avancé por el pasillo, no me estuve quieta, pensando.

¿Qué debía hacer?

¡Al demonio lo que debía hacer!

Yo siempre había sido una chica impulsiva que no se dejaba alienar por lo que «debías hacer», sino por lo que «querías hacer». Aquel pensamiento me había llevado a multitud de decepciones, pero, ¿qué más daba? ¡Estaba acostumbrada!

Entonces, con las agallas al límite, subí las escaleras. Si resultaba cansado subir tantas, no fue el caso de ese momento, sino que se me hizo un recorrido tan largo como corto. Era contradictorio, pero en mí todo solía ser así, y más cuando no pensaba.

Así, sin más, me planté sobre la puerta de Travis. Mordí mi labio inferior, luego el superior, luego el interior del carrillo derecho, luego el del izquierdo, después paseé por el descansillo, y, por último, carraspeé mi voz y humedecí mis labios.

—Gracias por los libros, Travis —musité gesticulando sobre la puerta aún cerrada—. No, no. Mejor...; no se tenía que haber molestado, Travis. Son geniales, Travis. Mmm... ¡mierda!

Los nervios me pasaron una mala jugada y en el último momento, me

arrepentí. Chasquéé con mi lengua ya que mi indecisión me fastidiaba. Quería verlo o... quería agradecerle la molestia que se había tomado por mí, pero mi valentía se había consumido al subir las escaleras y no me sentía preparada.

Me alejé de la puerta y me acerqué a la orilla de la escalera, suspirando. Nunca me había visto así de estúpida.

Cuando bajé un par de escalones, un crujido a mi espalda me detuvo.

—¿Sí? —preguntó él. Yo me erguí en seguida. Me debía haber escuchado hacer el tonto—. ¿Hollie...?

Me giré de inmediato, sonriendo. Él estaba algo despeinado, seguía transmitiendo desconfianza y enfado, pero de manera más relajada, por lo que supuse que ese día él estaba de buen humor.

Escuchar mi nombre de sus labios, con su voz, me provocó un leve escalofrío. ¿Era posible que fuera la primera vez que lo pronunciaba?

—Yo... esto...

—De nada por los libros, Hollie. No ha sido ninguna molestia, yo te ofrecí mi biblioteca y vi mejor ofrecerte alguno de los mejores libros a mi parecer. Y además, me alegra que con solo ver la portada intuyas que son geniales.

—Entonces... Ha escuchado todo...

—Hagamos que el *mierda* no lo he escuchado —contestó y me hizo reír.

Él no lo correspondió, pero su mirada sí que se relajó. Y eso me hizo sentir bien.

—Me... me gustaría recompensarle de alguna forma lo que ha hecho por mí —dije acercándome a él, aunque él retrocedió un poco con prudencia—; ha aceptado que me quede aquí, luego incluso se tomó la molestia de ir por mí al pueblo y... y ahora esto.

—No olvides que rompí tu coche. Tómalo como que te he recompensado yo a ti.

—Olvide todo lo que le dije el otro día, por favor. Usted... yo estaba

equivocada con todo lo que dije.

—Pero lo dijiste, eh.

—Pero le estoy diciendo que estaba equivocada...

—De todas formas lo dij...

—¡Hollie! ¿Qué se supone que haces aquí? —irrumpió Ellen. Ella se colocó a mi lado, presa de los nervios. Miró de reojo a Travis, algo avergonzada. Después, me cogió de la muñeca con delicadeza y añadió—: no se lo tengas en cuenta, Travis, por favor. Ella es joven y curiosa, y este hotel es muy grande e interesante. No volverá a pasar.

—Ellen, yo...

—Sí, Hollie, no querías molestar. Travis, sé que quizá ahora estás enfadado o irritado... pero tienes visita. Es Calvin.

—¿Tanto dinero tiene que el mismo *Calvin* viene a hacerle el pedido de calzoncillos?

—¡Hollie!

—Calvin es... —contestó él con diversión. O al menos, a mi parecer, parecía estar divertido. Después blanqueó los ojos.

—Es su amigo. Ahora, vámonos nosotras abajo, Hollie. ¿Le digo que suba?

—Ya bajo yo.

Travis

Hara nos sirvió el café a ambos y salió de la sala.

—Así que la galería fue un jodido éxito, eh —comentó Calvin tras tomar

un sorbo de su café humeante.

—La verdad es que sí —contesté tras asentir con cierto desinterés.

—Cómo se nota que estás acostumbrado, cabrón. Aún recuerdo cuando me pedías consejo en tus cuadros.

—Bueno, pero ahora ya no los necesito. Sé que son buenos y por eso tienen lo que se merecen.

—Y parecía que la que iba a triunfar era Alizze —espetó y solo escuchar ese nombre de nuevo me incomodó. Torcí el gesto con disgusto y noté la presencia de alguien a mi espalda, pero no me giré—. No pretendía recordártela, perdón.

—No importa.

—¿Quieres saber de ella? Hace poco me enteré de...

—No importa, Calvin. ¿Tu visita era para eso?

—No. No, no, no. Solo... simplemente quería saber si estabas interesado en saber algo de ella, ya que hace poco tuve algo de nueva información. También porque hace mucho que no nos vemos. He estado algo ocupado con la empresa.

—Eso me importaba al principio, ahora como si prefiere tirarse por el acantilado.

—Lo entiendo, realmente me alegra saber eso al fin, que la has superado, y eso —dijo y yo asentí con desinterés—. Por cierto... ¿Qué me dices de Theda?

—A ver. ¿Debo decirte algo sobre ella, acaso?

—Me refiero a... Olvídalo.

—Dilo ahora, hombre.

—Ella también contactó conmigo hace unos días...

—¿Eres mi relaciones públicas? —pregunté con ferocidad.

—No, solo que tú no das señales de vida y Theda se preocupa, piensa que ha hecho algo que te ha enfadado.

—A ver, extrañamente no estoy enfadado pero si me agobia no me costará hacerlo.

—Lleváis unas semanas sin hablar y... de hecho, me dijo que no habláis desde que te marchaste a Bristol.

—Sí, es cierto. Si quisiera algo de ella la hubiera llamado, que esté tranquila, joder.

—¿Y por qué no hablas con ella?

—¿Eres también mi mensajero, Calvin? ¡Frena ya, hombre! Consigues irritarme tú también. Mi relación con ella se ha enfriado, si es que alguna vez estuvo caliente —dije despeinando mi cabello. Después recordé ciertos momentos con ella—. Bueno, cuando me la tiraba sí estaba caliente.

—Capullo —Él se rio, yo a regañadientes le otorgué una media sonrisa—. Eh, tú, ¿quién eres? ¿Qué haces ahí?

Su pregunta me hizo fruncir el ceño y al verme, él me indicó que alguien había a mi espalda. Me giré y la descubrí. Era Hollie, con una sonrisa tan apretada y apurada que dejaba entrever que estaba espiando y Calvin la había pillado.

—Oh, yo solo pasaba de casualidad por aquí. No... no hago nada. Solo... tenía sed. Sí, vengo por agua —titubeó ella entrando a la cocina y dirigiéndose a la barra.

—¿Quién es ella? —preguntó con tono bajo, evidenciando interés. No dejaba de mirarla de reojo—. Está... tremendamente buena.

—Es Hollie, una invitada de Ellen, y si te acercas a ella seguro que Ellen te cortará el pene —respondí.

No estaba seguro de que eso fuera así, ni sabía exactamente porqué había dicho eso. Eso había sonado como una amenaza sin quererlo.

Y en mis adentros, sentí que si él se acercaba a ella podía efectuar aquella

amenaza yo mismo. Ella era todavía muy joven para que tuviera que lidiar con hombres como Calvin.

Minutos después Hollie se hizo de nuevo presente agarrando un plato con un sándwich. Cuando se iba a marchar, Calvin volvió a hablar dirigiéndose a ella:

—¿No tenías sed?

—Joder... —masculló de manera audible, aunque seguro que eso no estaba en sus planes. Después, se giró para nosotros y esbozó una sonrisilla plástica—. ¿Quieres saber también por qué respiro?

—Intuyo por qué lo haces —respondió él divertido—. Ven, acércate a nosotros, cómete el sándwich aquí.

Ella dudó por unos segundos, y después, me miró a mí. Yo me mantuve sin expresión alguna, solo me limité a alzar una de mis cejas.

—Mejor... mejor no.

Ella no despegaba sus ojos grises de mí. Cuando lo hizo, giré y le di la espalda.

—Venga, vamos —insistió él.

Se levantó y le ofreció la silla que había en medio de nosotros dos. Ella aceptó y se sentó a horcajadas. Una vez a mi lado, me limité a mirarla de reojo.

—Tú entonces eres Calvin, ¿no? —cuestionó mientras comía.

—Parece que nos conocemos incluso antes de habernos presentado. Sí, soy Calvin, un placer, Hollie —contestó él, pidiéndole la mano en un caballeroso ademán y depositando un beso en la piel de ella.

—Qué amable —murmuré.

—Bueno, Hollie, ¿quieres venir con nosotros de fiesta? He venido para invitarle a algo, y ya que tú también estás, vente. Este hotel está lleno de gente mayor y seguro que Travis no se ha molestado en enseñarte la juega de aquí.

—¡Oh, eso es...! ¡Me encantaría! —exclamó ella con una emoción que me hizo blanquear los ojos. Desgraciadamente ella no se dio cuenta y se limitó a pegar otro bocado al sándwich.

—Genial, entonces...

De repente se detuvo y fijó su mirada en ella. Observé de reojo con desinterés, y vi que en la comisura del labio de Hollie había una pequeña miga de pan, la cual era la responsable de ese interés inhumano de Calvin en ella. Ella entonó un rostro contrariado, y, tras Calvin humedecerse los labios, decidí pasar la yema de mi pulgar en la comisura de Hollie para retirarla rápidamente. Su mirada impúdica me incomodaba hasta a mí.

Hollie se sorprendió, Calvin también.

Pero el mayor sorprendido de mi acto fui yo.

—No tengo ganas de salir, en absoluto —comenté intentando dejar apartado lo que anteriormente había pasado.

—Bueno, en ese caso, podría yo mismo enseñarte el sitio, Hollie —ofreció él.

Hollie abrió apocadamente la boca para decir algo, pero fui más rápido:

—Pensándolo mejor, salir un poco no nos vendrá mal.

Y tras mis palabras, la pequeña o que había formado Hollie con su boca se transformó en una sonrisa.

Había aceptado sin saber bien por qué salir esa noche junto a Calvin y a Hollie, y, a su vez, extrañamente, todas esas miradas intemperantes que Calvin le dedicaba a ella me disgustaban.

Sí, la noche pintaba como la mierda.

Capítulo 10

Travis

Paseaba por el recibidor y cada tres segundos exactos remangaba el jersey para ver qué hora era y cuántos segundos más estaba tardando Hollie en bajar por las escaleras. Menos mal que Calvin le había dicho que no era necesario arreglarse mucho, ya que iríamos a un bar de ambiente irlandés para tomar algunas copas y poco más. Aun así Hollie ya llevaba de retraso cuatro minutos.

—Y dices que es una familiar de Ellen, ¿no? —preguntó Calvin y me giré a verle. Estaba en posición relajada, sentado en el sofá de la recepción con las piernas cruzadas.

—No estoy seguro si es familiar o alguna conocida.

—Oye, eso sí que es raro, parece que el viaje de Bristol te ha cambiado. ¿Desde cuándo aceptas a alguien en tu hotel sin conocer demasiado? O, mejor aún, ¿desde cuándo aceptas a alguien en tu hotel que no sea tus sirvientes?

—Solo quise hacerle un favor a Ellen, además apenas la veo. Es como si no estuviera.

Convivir con gente me estaba convirtiendo en un mentiroso como ellos. Estaba claro que esa chica hacía el suficiente ruido todo el rato para alertar de su presencia.

—Si yo tuviera a una tía así bajo mi techo... —Se mofó él, levantándose del sofá. Sus palabras me obligaron a contener la respiración por un momento. Si bien Calvin era así y yo ya lo tenía asimilado, su comportamiento actual me hacía irritar—. Oh, al fin, Hollie, pensé que al final no vendrías.

Giré mi cuello para verla, pero no moví ni un músculo más. Hollie bajaba sonriendo las escaleras, con unos pantalones ajustados de rayas verticales azul marino y blanco, una camiseta básica blanca junto a una chaqueta de cuero color rojo, al igual que su cinturón y sus botines.

Sentí un extraño hormigueo en el pecho. Ella había resultado ser una chica bonita. Verla siempre despeinada y sin maquillar en el hotel no me había creado una mala imagen de ella, pues al natural también se veía bien, pero verla así me hizo ver que ella no era tan niña como yo había pensado.

—¿Cómo iba a arrepentirme? ¡Sentía que me iba a apolillar! —exclamó ella al terminar de bajar las escaleras.

Muy cortésmente, demasiado diría yo, Calvin se acercó a ella y de nuevo besuqueó una de sus manos. Después, ella me miró y frunció sus labios en un intento de tímida sonrisa.

—¿Vayámonos ya, no? —instó él—. Voy a acercar el coche a la puerta para que esta monería no se moje. No tardo.

Calvin salió del hotel y cuando nos quedamos solos, o al menos aparentemente, Hollie se acercó a mí con paso dubitativo.

—Si le ha molestado que aceptara, puedo volver a subir y decir que me encontraba mal. Solo... solo me dejé llevar por la emoción de volver a salir una noche, no pensé en que estaría invadiendo su espacio personal.

—Me molestas desde que pusiste un pie en mi hotel.

—Mejor vuelvo a subir y leeré algún libro —dijo ella rápidamente y giró sobre sus talones dispuesta a cumplir lo que había hecho.

Pensé seriamente en esa posibilidad. Si ella no iba se acabaría ese repentino malestar que sentía. Sin embargo, como un acto reflejo incontrolado al verla alejarse de mí, agarré su mano y la frené. Aún con su tacto, ella giró su cabeza a mí y ambos nos miramos, confundidos y sorprendidos a la par. Pocos segundos tardé en reaccionar y abandonar su tacto.

—No insistas, por favor. Vas a conseguir que me irrite y aún no hemos salido aquí.

—Le prometo que hoy no le irritaré —dijo mientras comenzábamos a andar para salir del hotel.

—Lo harás, seguro que lo harás... —contesté blanqueando los ojos y nos

paramos en la orilla de la puerta del hotel.

Hacía frío, pero no llovía. El suelo estaba mojado porque seguramente no hacía mucho que había parado de hacerlo.

Entonces, escuché su risilla. La miré y, sonrojada, tapó su boca para disimularlo, pero ya había sido tarde.

—Genial —bufé.

Si bien me molestaba que la gente a mi alrededor soltara risillas, más lo hacía no saber el motivo. Pero, quizá en Hollie, no me irritaba del todo. Quizá solo lo hacía la mitad, seguramente porque cualquier cerebro de su edad se reiría hasta por hablar de flatulencias.

—Hoy se ve bien —musitó ella con las mejillas empañadas de un color carmín que camuflaban las pequeñas pecas que anteriormente había visto.

Al escuchar sus palabras me erguí con cierta incomodidad.

—¿Te estás riendo de mí? —pregunté con gesto rudo—. Porque no voy a permit...

—¡No! Yo solo... ¿Sabe que cuando recibe un cumplido, lo mínimo es agradecerlo?

—¡Ya, vamos! —avisó Calvin desde su coche negro.

Miré de forma bárbara a Hollie y avancé los pasos que nos separaban del coche hasta ingresar dentro. Instantes después, Hollie hizo lo mismo pero en la parte trasera, y comenzó el trayecto hacia seguramente la peor noche de mi vida.

Calvin no había parado de hablar de sí mismo ni por un segundo y yo me limitaba a oír su voz mientras bebía de mi cerveza. Por el contrario, Hollie le escuchaba prestando interés y cuando él soltaba alguna gracia, ella reía y era mi momento de blanquear los ojos.

—¡Ey, Hollie!

Como si los tres nos llamáramos así, giramos la cabeza ante esa voz. Se trataba de un chico bastante joven; con ojos oscuros y tez bronceada.

Hollie, al percatarse de quién era sonrió y se levantó.

—¡Mark!

—¿Qué haces aquí? —preguntó el chico. Decidí volver a darles la espalda y beber de mi cerveza—. ¿Con quién has venido?

Desconecté de aquella conversación y observé a Calvin. Él seguía interesado en ellos. Le hice un ademán a un camarero que pasaba por mi lado y le pedí que me pusiera otra cerveza.

—Parece que se me han adelantado —comentó Calvin achinando los ojos—. Bueno, otra vez será.

Saqué mi teléfono y comencé a divagar por él. Unos minutos después escuché cómo Hollie intentaba captar mi atención.

—Este es Mark —dijo señalándole. Él se mostraba tímido—. Él es el que te lleva la compra al hotel.

—Encantado, señor Redmond.

Asentí y continué atento a la pantalla del móvil.

—Mira, Hollie —habló él—, ésta es Ketty y él es Bryan. Son los amigos de los que te hablé.

—Hola —saludó ella.

—¡Bueno! Hollie no es la única que está aquí —interrumpió Calvin, levantándose y acercándose a ellos—. Me llamo Calvin.

Se estrechó las manos con los chicos y besó la mano de la chica.

—Encantado, preciosa —agregó—. Voy a pedir algo a la barra, ¿queréis algo?

Solo Hollie dijo que sí y tras cruzar algunas palabras con los chicos, éstos volvieron a su sitio y Calvin fue a pedir. Hollie entonces se sentó a mi lado y

se quedó callada.

—Veo que ya has hecho amigos —comenté.

—Aunque le resulte increíble, no a todo el mundo le parezco irritante.

Escuchar aquello me hizo gracia, por lo que, sin querer, se me escapó una liviana sonrisa. Después tapé y restregué mi rostro con la palma de mi mano, pero ella ya se había dado cuenta de lo que ocurría.

—¡Oh! —exclamó, posando su mano sobre el pecho—. ¡Sabes sonreír!

—Es estúpido que te sorprendas, todo el mundo sabe hacerlo.

—Ya, también en teoría a todo el mundo le late el corazón y yo no lo tengo tan claro...

Me quedé desconcertado ante aquella afirmación.

—Tomen, esto es lo que ha pedido el señor —dijo un camarero dejando sobre la mesa tres cervezas.

Blanqueé los ojos al ver que no me había hecho caso.

—¡Gracias! —contestó ella.

Solté un suspiro ahogado por contener la cierta gracia que Hollie me causaba, y retiré el botellín lleno de sus manos.

—Creo que deberías dejar de beber —opiné observando cómo se llevaba el botellín a sus labios.

Hollie me miró divertida por varios segundos. No iba totalmente borracha pero parecía que le afectaba beber un poco de alcohol.

—*Nah.*

Rodé los ojos y rezongué. Que la gente me llevara la contraria era algo que me estresaba; pero había situaciones ajenas a mí donde mi palabra no valía nada.

—¿Te estás comenzando a irritar? —preguntó entre risillas.

Me detuve y la observé con antipatía, intentando imponer cierto respeto para que cesara de hacer aquello. Ella rio más, achinando sus chisposos ojos y mostrando ese color carmín en sus mejillas.

—Mucho. Y sabes que no es bueno.

—¿Travis?

Sabía perfectamente de quién se trataba. Su presencia cambió el rostro de Hollie, que dejó de sonreír y la miró con los ojos ampliamente abiertos.

Al conseguir agarrar la botella me giré, la dejé sobre la mesa y mi vista se centró en Theda, esa mujer de piel marfil y cabello rubio que había habitado un par de veces en mi cama pero la cosa no había ido mucho más allá.

—Qué casualidad, me la he encontrado en la barra y le he dicho que se uniera a nosotros —habló Calvin con una estúpida sonrisa estampada en la cara—. Oh, bueno, ella es Hollie. Hollie, ella es Theda.

—Hola Theda.

—Oye, Hollie, ¿qué tal si me hablas de esa tal Ketty?

—Hola —dijo Theda con una fingida timidez—. ¿Qué tal, Travis? Oh, dios, consigues ponerme nerviosa.

—Ah —articulé llevándome a los labios la cerveza que me había traído Calvin. Hollie estaba justamente a mi espalda, hablando con Calvin, y aunque tenía tentación de girarme, eso era poner demasiada atención en ella y no quería mostrar eso—. ¿Hemos llegado muy tarde de la hora que Calvin te dijo que tendrías que estar aquí?

—Oh, Travis, esto ha sido una pura casualidad —respondió tomando asiento y tomando la botella de más que Calvin había traído—. Yo he venido con Jenna, ¿te acuerdas de ella? Te he hablado varias veces de ella.

—No me acuerdo.

—Bueno... mmm, ¿qué tal en Bristol? —preguntó pasando la lengua por sus separados dientes.

Sabía a la perfección lo que Theda buscaba, que era tentarme, y aunque

hacía unas semanas lo había conseguido, extrañamente ese día no. Era cierto lo que le había dicho a Calvin, lo que mantenía con ella se había enfriado y la verdad no había tenido ni un mínimo pensamiento en hablar con ella desde que llegué del viaje.

Lo que nos unía a Theda y a mí era una simple atracción. Desde que Alizze me dejó, yo renuncié totalmente a cualquier relación de amor, prefería dejarle esas estupideces a gente que todavía pensara que eso existía. Pero joder, era hombre y tenía necesidades básicas que no iba a dejar de hacer por su abandono. A resumidas cuentas, Alizze me había cocinado en ocasiones y que ella no estuviera no significaba que iba a dejar de comer.

Theda parecía ser la única mujer que entendía eso, entre nosotros solo había fortuitos encuentros y nada más, ni si quiera nos besábamos, eso para mí era considerado un asalto a mi integridad física. De hecho siempre había pensado que a Theda le gustaban otros hombres y hacía con ellos cosas semejantes a lo que hacía conmigo, pero ese pensamiento nunca me había provocado pensamientos indecorosos que me obligaran a cortársela a cuanto hombre visitaba las piernas de Theda.

—Aburrido. El setenta por ciento de la galería estaba dedicada a mis cuadros y ya los tenía vistos.

—Claro, entiendo... —habló ella tras soltar una risilla por mi comentario—. ¿Alguna vez te he dicho...? —añadió buscando el tacto de mi mano, y cuando lo consiguió, me agarró de manera incómoda—. ¿...lo que me gustaría ser tu musa para uno de tus cuadros?

—Muchas veces, Theda. Y siempre has tenido la misma respuesta: no dibujo mujeres.

—Pero a ella... —masculló pero al blanquear los ojos, se detuvo. Se acercó más a mí, tanto, que su aliento cargado de un olor elegante y pegajoso chocó en mi rostro—. Lo entiendo, Travis. Sabes que yo siempre te entiendo.

—¡Vale! —voceó Hollie, levantándose—. ¿Quién se apunta a jugar a los dardos?

Todas nuestras miradas se centraron en ella y si yo hubiera sabido

expresarle el agradecimiento que sentía porque por su voz Theda se había alejado de mí, lo hubiera hecho.

Hollie se encontraba junto a Calvin, Mark y sus amigos.

Theda, al escucharla, me miró a mí, esperando aprobación.

—Sí, ¿por qué no? —dije levantándome del asiento y todos hicieron lo mismo.

Hollie suspiró, pareciendo que era por alivio.

Nos acercamos al sitio donde se encontraba el juego y uno de ellos nos obsequió con los dardos y encendió la diana.

Comenzamos a jugar. Calvin ahora parecía más interesado en esa tal Ketty, mientras que Mark no dejaba de intentar acaparar la atención de Hollie. Ella parecía encantada.

No sé cuántas veces miré el reloj de mi muñeca; la situación se me antojaba demasiado tediosa. Theda no dejaba de hablarme y me agobiaba.

Fijé mi vista Hollie y Mark. Mientras los observaba con prudencia, bebí otro trago de cerveza. Apoyé uno de mis codos sobre la mesa y si se pudiera sentir, yo hubiera sentido mi sangre hervir dentro de mí.

—¿Y ella quién es? Te he visto antes hablar con ella —preguntó Theda a mi lado, fingiendo simpatía por ella, pero ambos sabíamos que no era así.

La miré de reojo y bufé por lo bajo, por su maldita voz no escuchaba bien lo que hablaban.

—Familiar de Ellen.

—Te toca —indicó Calvin y con cierto desprecio, tiré los dardos—. Eh, buena esa.

Entonces Hollie se posicionó para tirar.

—Te ayudo.

Hollie asintió y Mark se colocó detrás de ella, posando una de sus manos

en su cintura y la otra en su muñeca contraria.

Mi estómago se revolvió extrañamente. Me quejé por lo bajo y volví a mirar el reloj. Estaba muy agotado e incómodo. Deseaba irme.

Theda se dio cuenta de mi fastidiosa actitud y achinó los ojos con cierto malestar.

—¿Te pasa algo? —me preguntó rozando mi hombro, por lo que me revolví para que dejara de hacerlo.

—¿Puedes dejarme tranquilo?

Mi respuesta enfureció a Theda, pero era demasiado cobarde como para hacérmelo saber. Inhaló con fuerza y volvió a sonreír.

—Voy al baño. Hollie, ¿me acompañarías? —pidió.

—Emm... ¿vale?

Theda sonrió y después de coger el bolso, ambas desaparecieron.

—Lánzate, Mark —le instó su amigo—. Estoy seguro de que tú también le gustas a ella.

* * *

Hollie

Entramos al aseo y me senté sobre uno de las encimeras de los lavabos. Los botines eran preciosos pero algo duros, y me estaban haciendo daño. Además de que estaba algo mareada por el alcohol.

Theda estaba dentro de uno de los cubículos.

—¿De qué conoces a Travis? —Theda preguntó al salir.

Se posicionó frente al espejo y comenzó a retocarse.

—Estoy en su hotel.

Me levanté y fijé la vista en mi reflejo del espejo. Apoyé mis manos en el mármol mientras esperaba su respuesta, pero, al no tenerla, agregué:

—¿Y tú?

—¿No es obvio? —cuestionó y soltó una risa con suficiencia.

Me quedé callada, pensativa, mientras observaba cómo ella hurgaba en su bolso y sacaba una barra de labios. Después, mirándose en el espejo, abrió su boca y lo aplicó.

¿Travis y Theda eran novios? Si era así, ¿por qué nunca la había visto en el hotel?

Me fijé en el reflejo de ambas: yo estaba despeinada, con el maquillaje considerablemente en mal estado. Ella era alta, esbelta, y meneaba su cabello rubio con elegancia y su vestido era de color chocolate ajustado perfectamente a su cuerpo. Si yo llevara puesto eso, seguro que Travis hubiera puesto sobre mí su abrigo confundíendome con el perchero, pero en ella era distinto, tonificaba sus pechos, moldeaba su cadera y su enorme trasero.

En definitiva, yo a su lado parecía un llavero, algo insignificante.

—Bueno, te espero fuera.

Asentí despistada y ella desapareció del baño.

Regresé mi vista al espejo y la mantuve puesta solo en mí. ¿Por qué me había comparado con ella? ¿Por qué me había dado la sensación de ser inferior? ¿Inferior en qué? O más bien, ¿respecto a quién?

Entonces, me sentí mareada. Me agarré por el filo del mármol del lavabo y supe que ese vahído no era por el alcohol que había ingerido.

Que también.

Pero la causa fundamental de ese hecho era lo que acababa de descubrir.

A mí... a mí me gustaba Travis Redmond.

Capítulo 11

Hollie

Salí algo consternada del aseo. Necesitaba practicar el ejercicio de la introspección y mirar y entender mi interior.

Esa complicidad entre Travis y Theda me hacía sentir mal. A mi mente vino la imagen del roce de sus manos, la manera en la que ella disfrutaba de su solo tacto y mis repentinas ganas de jugar a los dardos para dejar de ver eso.

Pero, ¿qué había pasado para fijarme en él?

Él me había tratado mal el noventa por ciento del tiempo. Él siempre tenía palabras groseras para mí, a él, de hecho, le molestaba todo de mí: mi risa, mis saltos... él, me detestaba. Y yo creía que era recíproco. Pero, por extraño que a mí misma me pudiera resultar, había visto luz en sus malos comportamientos. Había desechado cada mala mirada por una delicada elevación de la comisura de sus labios, había desechado cada insulto por una mirada cómplice, había excluido cada vileza por una muestra de afecto de pequeña importancia. Había desechado cada ingrato silencio por un roce de su piel. Había desestimado todos sus defectos, todos sus malos actos, y me había sabido quedar con lo que a mí me hacía sentir bien, y eso... eso era algo más que gratitud.

Travis me gustaba. Me gustaba su forma de mirar al mundo de manera enfadada. Me gustaba la manera exacta que tenía de despeinar su cabello cuando no llegaba a comprender algo, o cuando se sentía exasperado por alguien. Me gustaba hasta esa muletilla que tanto usaba y que al principio pudo haberme resultado tedioso. Con solo imaginar un: “A ver, Hollie. Tú a mí también me gustas”, se me deshacía el cuerpo mediante suspiros. Me gustaba su manera de blanquear sus ojos a cada segundo. Me gustaba que no tuviera filtro al mostrar cuando algo no le gustaba, o le irritaba. Me gustaba su frialdad. Su mirada penetrante. Sus mímicas expresivas pero imposibles de descifrar...

Cuando me reencontré con ellos descubrí cómo Calvin y Ketty se besaban. Me pareció algo extraño; pero no era asunto mío, por lo que busqué a Travis con la mirada. Él se encontraba un poco más alejado, junto a Theda. De repente me sentí peor. Él estaba poniéndose su chaqueta y no conseguía escuchar de lo que hablaban. Seguramente ambos se irían al hotel.

Pequeñas perlas de sudor comenzaron a resbalarse por mi frente, y tuve que apoyar mi cadera a un asiento para no desplomarme al suelo. El alcohol comenzaba a subir y el mareo se acrecentó.

Entonces Travis se acercó rápidamente a mí y cogió mi barbilla para que le mirara.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Sí.

—Vayámonos al hotel.

Fruncí el ceño.

—¿Tú y yo?

Él volvió a blanquear los ojos y esbocé una tímida sonrisa.

—A ver, ¿quién si no?

—Travis —dijo Theda, captando su atención—. Tenemos una conversación pendiente.

—Joder, Theda...

—Hablad, hablad —balbuceé, levantándome—. No quiero...

Mis piernas se enredaron y me hicieron tropezar. Travis me agarró, impidiendo mi inminente caída. Pareció molesto por ello y me sujetó del brazo.

—Nos vamos —dijo.

—Puedo acompañarla al hotel —habló Mark—. Usted puede quedarse aquí.

Travis le miró por varios segundos de forma torva.

—Voy yo. Es mi obligación.

¿Ahora era su obligación?

—¿Te acompaño? —Se ofreció Theda—. ¿Volverás?

—No. Adiós.

Travis comenzó a andar y yo tras él. Salimos finalmente a la calle y con algo de torpeza me coloqué mi chaqueta. Era de madrugada y la humedad provocaba helor.

Avanzamos por el pueblo callados. Él parecía enfadado, y yo tenía la culpa. Había accedido a que saliera con ellos y yo me había comportado de esa forma tan desconsiderada.

—Lo siento.

—A ver... ¿por qué? Estabas mejor callada.

—No suelo ser así.

—Sí, lo eres siempre.

Me quedé pasmada, seria. Le caía mal. Me aborrecía. Pero tampoco podía pillarme por sorpresa; lo sabía desde el primer momento en el que él se había percatado de mi presencia.

Sin embargo, debido al alcohol de mi cuerpo, pregunté:

—¿Por qué te irrita tanto, Travis?

Travis, que iba unos pasos por delante de mí, giró sobre sus talones, algo hastiado, y se me quedó mirando.

—¿A qué te refieres?

Ambos sabíamos perfectamente a lo que me refería; no obstante, él quería escucharlo de mis labios y yo no sabía qué palabras emplear.

—Me... me gustaría agradarte.

Travis alzó una de sus cejas con suspicacia.

—A mí no me agrada nadie, Hollie.

—Sí... Theda. Theda te agrada.

—Theda a mí no me agrada —contestó—. Te he dicho que no me agrada nadie. No te lo tomes como algo personal.

Me quedé casi suspendida, mirándole. Estaba cansada y, tras escuchar eso, algo angustiada.

—Entonces... ¿por qué fuiste por mí al pueblo? ¿Por qué dejaste que me quedara en tu hotel? ¿Por qué, si tanto te irrita?

—No tienes dónde ir. Sentía que tenía que ayudarte.

Asentí y Travis reanudó la marcha. Yo continuaba tras él, deseando llegar al hotel y dormir durante días. Me dolía la cabeza, y tenía ganas de llorar.

Llegamos hasta el puente y comenzamos a cruzarlo. El asfalto ahí era más rugoso, por lo que tenía que ir más lento. Me detuve unos segundos para respirar y observé la luna. Brillaba. Era preciosa. La poca luz que desprendía se reflejaba en el agua y hacía de aquella una vista preciosa.

Travis, percatándose de mi parada, se acercó a mí y me agarró de la mano para impulsarme a continuar. Mi cuerpo estaba más sensible y voluble de lo que parecía, por lo que tropecé debido a su tracción. Por suerte estuvo su cuerpo para frenar mi caída, por lo que mi rostro quedó apegado a su pecho mientras sus manos rodearon mi cintura.

Tras unos instantes en silencio, escuché algo que en algún momento había dudado de su existencia. Esbocé una sonrisa y dije:

—Vaya... Aún lates, Travis.

7 de Mayo de 2016

Tras levantarme de la cama, ducharme y quitarme todo lo pegajoso de mi cuerpo por el alcohol —seguro que debía haberme derramado algo la noche

anterior—, me dirigí a las escaleras para bajar a la cocina y limpiar. Cuando llegué a la recepción, el sonidito del ascensor me detuvo.

¿Travis? ¿Era él?

De solo pensar que le vería mis piernas comenzaban a flaquear. Giré sobre mis talones con lentitud, pero no fue a Travis quien encontré frente a mí. Era Theda.

Ella avanzó hasta mí con pasos seguros y me sonrió ampliamente. Iba vestida exactamente como el día anterior, pero el maquillaje y el cabello lo tenía retocado.

—Hola, pequeña Hollie —saludó.

—Hola.

Volvió a sonreír, esa vez incluso más.

—Espero que pases buen día. Yo voy directa a la cama. Estoy muy, muy, muy cansada...

Cuando terminó aquella frase ya estaba casi en la puerta principal del hotel. Cuando escuché cómo la puerta se cerró, sentí inmensas ganas de llorar. No sabía cómo, pero Theda había pasado la noche allí. Con Travis. No sabía cómo pero no era tan tonta para no saber el porqué.

Fui hasta la cocina. No tenía ánimos para limpiar, de hecho, solo quería meterme en la cama y llorar debajo de las sábanas. Pero eso era patético. Demasiado melodramático hasta para mí.

Empecé con los platos, luego con la cocina y cuando comencé a barrer el restaurante, unos ruiditos me alertaron. Comencé a buscar con la mirada de dónde podían provenir, pero no hallaba la razón. Segundos después Mark, portando una gran caja de cartón, tocó la puerta que daba al exterior para poder pasar. Asentí y lo hizo.

—¡Buenos días! —exclamó, llevando la caja hasta la cocina. Después volvió a salir y besó mi mejilla—. Tienes una pinta horrible. ¿Qué tal?

¿Estaba horrible por la tristeza que sentía o era por la resaca? No supe

adivinarlo, sin embargo, decidí sonreír livianamente.

—No he dormido mucho.

—Ayer ibas un poco ciega —Rio—. Te tengo una buena noticia, seguro que te alegra el día.

—A ver... —contesté, después recordé a Travis y añadí—: Dime.

—¿Recuerdas lo que hablamos ayer? Sobre lo del bar donde toco.

Me senté en la encimera y fruncí el ceño.

—Vagamente...

—Sobre que ayer no toqué porque el bar estaba cerrado. Al parecer la camarera les robó y la han despedido. Están buscando a una chica... y les he hablado de ti.

—¿En serio?

Me quedé totalmente sorprendida. Salté para tocar el suelo y me posicionó frente a él.

—Sí. Me han dicho que les gustaría conocerte. Son buena gente, seguro que os agradáis mutuamente.

Le observé atentamente, buscando que comenzara a reír y me dijera que era broma. Sin embargo, sus palabras y su actitud eran certeras. Ahogué un gritito emocionado y le abracé con fuerza.

—¡Gracias, Mark!

Tras separarnos, Mark esbozó una gran sonrisa.

—No es...

Antes de terminar la frase, los ruiditos que había escuchado antes se intensificaron. A juzgar por su rostro, él también los escuchó.

—¿Lo has oído tú también? —pregunté y él asintió, haciéndome un ademán para que guarda silencio.

Él avanzó hasta la cocina a hurtadillas, y yo, tras él. Al entrar a la cocina descubrimos lo que ocurría. Había un gran perro negro, blanco y marrón intentando registrar la caja de la comida. Abrí mi boca de la sorpresa.

—¡Eh! ¡Fuera, fuera! ¡Fuera!

El perro, acobardado, no dudó en salir despavorido del lugar. Mark fue tras él para cerciorarse de que salía del restaurante, y mientras lo hacía, volví a escuchar más ruiditos, aunque no era tan perceptible como anteriormente.

Adelanté varios pasos más y, tras una de las sillas, lo descubrí.

Era un cachorrito, con el mismo pelaje que el otro animal. Sus patas eran muy cortas e intentaba andar torpemente. Parecía de juguete. Mostraba con desespero su lengua rosa, por lo que me percaté de que él estaba sediento. Llené un cuenco de agua y lo dejé cerca de él con cuidado, para no asustarle. El perrito no me quitaba la vista de encima, y por un momento pensé que él me estaba pidiendo permiso para poder beberla.

—Vamos, perrito. Bebe agua. Estás sediento.

Mi corazón moría de ternura mientras observaba cómo lentamente se acercaba al cuenco. Una vez lo suficientemente cerca, él comenzó a beber. De hecho estuvo varios minutos sin parar de hacerlo.

—Ya se ha ido, pero no puedo asegurarte que no vol... ¿Qué cojones?

—¡Shh!

Mark, con el ceño fruncido, comenzó a observar la imagen que llevaba yo contemplando esos minutos.

—Es adorable.

—Debe ser una cría del perro que acabo de echar. Era una hembra.

El cachorro dejó de beber y, con torpeza, se sentó en el suelo. Estaba mucho menos fatigado y, con timidez, me acerqué a él. Como no se movía, entendí que él no estaba asustado. Me senté próxima a él y con indecisión acaricié levemente su cabeza. Estaba sucio y su pelo no era suave. A él pareció agradaarle pues, cuando dejé de hacerlo, se arrastró varios centímetros

más a mí.

—Oh... —murmuré y me decidí por agarrarlo. El perrito no se enfadó—. Qué cosita más bonita. Eres muy guapo.

—Hollie, a saber qué tiene el perro... seguro que tiene pulgas. ¿Ves? No deja de rascarse el cuello.

—¿Tienes pulguitas tú, cosita bonita? ¿Y te molestan mucho? —El perro comenzó a lamerme los dedos—. ¿Tienes hambre?

—¡Hollie, que no te chupe, por dios!

—Mark, ¿tienes comida y shampoo para perros en tu tienda?

—Sí. Espera. ¿No pretenderás...?

—¿Podrías traerlo, por favor?

—Hollie, es una locura. Esta no es tu casa para hacer lo que se te venga en gana.

—Ni tampoco la tuya, así que trae lo que te he pedido.

Travis

Beber me sentaba mal. La cabeza me dolía y no podía separarme de la botella de agua, pues sentía la boca como la suela de un zapato. La visita de Theda tampoco había ayudado a mi salud. No entendía cómo, pero mis llaves habían aparecido en el coche de Calvin. No entendía cómo se me podían haber caído ahí, y menos que Calvin en vez de habérmelas dado directamente a mí, se las hubiera dado a Theda para entregármelas.

Seguramente habían pasado el resto de la noche juntos, ya que ella iba vestida exactamente igual que por la noche. Se habrían quedado con ganas de más ya que yo había decidido irme pronto, al igual que Hollie. No aguantaba más el bochorno que me había hecho pasar.

Me daba curiosidad el saber cómo se encontraba en ese momento, pero no quería suscitar pensamientos raros en ella. Quizá pensaba que quería algo y no era mi intención que pensara que era un aprovechado.

Bajé a la recepción en el ascensor —que ya había sido arreglado—, y me topé con Ellen.

—Hola, cielo. ¿Qué tal has dormido?

—Bien.

Ellen sonrió.

—Rahul, el hijo de Sengougahara y James, ha venido a visitarles. Le diste el día libre, ¿lo recuerdas?

—Sí.

Estaba algo distraído en la conversación, pues inintencionadamente estaba buscando con la mirada la repentina presencia de Hollie.

Ellen se percató de ello.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Todo bien.

—¿Qué quería la señorita Theda?

—Nada importante. ¿Qué te importa?

—No, por nada.

Asentí no muy convencido y me dirigí a la cocina. Las preguntas de Ellen —y de cualquier persona—, me incomodaban demasiado.

Al entrar encontré a un chico y a Hollie, que al verme abrió sus ojos en su total plenitud y se movió unos centímetros. Estaba tensa.

—Hola, señor Redmond —saludó el muchacho.

—¿Quién eres?

—¡Oh! —Avanzó varios pasos y me estrechó su mano, la cual no

agarré—. Soy Mark, el hijo de los del mercado del pueblo.

Sabía perfectamente quién era, pero no era tan importante como para decirlo.

Asentí sin interés y volví a mirarla a ella. Estaba seria y apenas reparaba en mí. Sentí con precisión que ella estaba escondiendo algo, que estaba ocultándome algo y entonces comencé a tensarme. Mi carácter iracundo inició su resurgimiento y meneé disimuladamente los dedos de mis manos para relajarme. Cuando fui a hablar, las voces de Hara y James captaron mi atención.

—¡Ya estamos, ya estamos! —exclamó él—. ¡Mi hijo se nos casa, y estamos invitados!

Hollie aprovechó mi despiste para pasar corriendo por mi lado. Su comportamiento me dejó aturdido. Giré sobre mis talones y miré a ese tal Mark.

—Tú. Fuera de mi hotel. Ya.

—Sí, señor —respondió asustado y se fue.

—¿A todos, todos? —preguntó Ellen—. Qué amable.

—Sí —dijo Hara—. El problema es que es el domingo que viene, en Leeds. No han podido avisarnos antes.

—Bueno, excepto a Hollie —intervino James—. Él no sabía de su existencia.

—¿Cielo? —habló Ellen, refiriéndose a mí—. ¿Tú irás?

Blanqueé los ojos. ¿Para qué preguntaban si sabían mi respuesta?

—No. Demasiado que permito que vayáis vosotros.

Ninguno pareció molestarse con mi respuesta, de hecho, aunque lo hubiera hecho, me hubiera dado igual. El problema que tenía que enfrentar en ese momento era pasar un día entero a solas en el hotel con Hollie.

Capítulo 12

Hollie

9 de Mayo de 2016

El perrito seguía conmigo, escondido en mi habitación. Nadie sabía de su presencia, excepto Mark, que me había ayudado trayéndome lo indispensable tal como le había pedido. Los ahorros que tenía guardados de mi trabajo anterior, cuando aún vivía con mi abuelo y tío Shepard, estaban bajando cada vez más y más. Pero no me importaba; quería ayudar a aquel perrito.

Desde que lo había recogido había estado pendiente en si su madre volvía por él; sin embargo, no había vuelto. Mark le había dado un buen susto y dudaba seriamente que lo hiciera.

Sabía que mantenerlo conmigo no era lo correcto, pero me sentía incapaz de volver a soltarlo y dejarlo solo. Era muy pequeño y torpe, no sobreviviría ni unas cuantas horas en la calle sin la protección de nadie.

Me senté en el sillón de la habitación, rezongando. Sin querer me había vuelto a meter en un buen lío. Si Travis se enteraba... no quería ni imaginar lo que sucedería. De solo recordar lo que le había pasado a mi coche se me ponía un cuerpo terrible.

El perrito me observó por unos segundos, y, de forma desmañada, intentó saltar para posarse sobre mi regazo. Ante su torpeza lo ayudé y comencé a acariciarlo.

—¿Qué voy a hacer contigo? —murmuré—. No quiero dejarte. En dos días me has hecho más compañía que nadie en toda mi vida.

El perrito me lamió la mano y sonreí. Era toda una preciosidad. Además, no le había sido muy difícil ganarse mi corazón, ya que desde pequeña me habían encantado los animales y siempre había querido tener una mascota.

—Aún no te he puesto nombre —continué hablándole—. ¿Te gustaría tener uno?

El pequeño se revolcó entre mis pantalones y me hizo sonreír. Miré el reloj de mi muñeca y aún tenía tiempo para estar con él. Había quedado en una hora con Mark para hablar con los dueños del bar.

—Te llamaré... hm... ¿Travis?

Comencé a reír.

—Mejor Travis no. Te llamaré... Capitán. Sí, me gusta Capitán. Capi.

El pequeño alzó brevemente sus orejas y plasmé un beso en el puente de su nariz. Comenzó a menear su escueto rabo con emoción e imaginé que aquel nombre le gustaba.

Solo esperaba que no creciera demasiado...

La pequeña entrevista que los dueños del bar me concedieron fue muy bien, y en parte, gracias a Mark. Si la pareja finalmente me daban el puesto era porque conocían y le tenían mucha estima.

Tras hablar con ellos, Mark se ofreció a acompañarme hasta el hotel. Por el camino hablamos de varias cosas, pero sobretodo del pequeño Capi. Mark veía descabellado que estuviera replanteándome quedármelo, pero es que para mí era imposible deshacerme de él. No podía abandonarlo tal como había hecho su madre.

Llegamos a la puerta del hotel y nos detuvimos. Nos quedamos en silencio por varios segundos, mirándonos. El ambiente se tornó algo incómodo y me atreví a hablar:

—No sé cómo agradecerte lo que haces por mí. Jayline y Niles son muy simpáticos. Espero trabajar con ellos.

—No tienes que agradecer nada, ya lo sabes...

—Te has portado muy bien conmigo, Mark —respondí y le di un pequeño abrazo.

Él esbozó una sonrisa.

—Cómo no hacerlo, Hollie.

Asentí con gratitud y giré sobre mis talones para entrar al hotel.

—Espera —dijo agarrándome sutilmente de la muñeca. Suspiré y volví mí vista a él—. Me gustaría decirte algo.

—Adelante.

—Es que... esto se me da fatal, Hollie —comenzó a decir, y frunció el ceño—. Antes de conocerte lo único que pensaba era en irme de aquí, viajar a la ciudad y comenzar a dedicarme realmente a la música. Pero ahora... ahora que tú estás aquí, solo pienso en ti. La idea de irme y dejar de verte no me hace sentir bien.

Sus palabras me descolocaron un poco. Me quedé seria, dubitativa. Él esperaba mi respuesta.

Mark era guapo. Su cabello oscuro, junto a sus ojos pardos y su piel extrañamente bronceada era algo que allí, con ese clima, nadie podía pasar desapercibido. Era muy atractivo. Cualquiera chica lo podría apreciar.

Pero en ese momento, yo no podía dejar de pensar en Travis. En lo valiente que había sido Mark al confesarme aquello y en lo cobarde que era yo por huir de él desde el momento en el que había descubierto aquel incipiente sentimiento.

—¿Hollie?

—Mark... —Suspiré—. Yo... yo no tengo nada claro en mi vida.

—Podrías venir conmigo a la ciudad. Allí podríamos empezar ambos de cero.

En el tiempo que llevaba conociéndole, Mark había conseguido ser alguien importante para mí. Le apreciaba, y aquello que me decía me halagaba. Pero no podía corresponderle.

¿Cómo decirle, que al igual que él sentía miedo de alejarse de mí, yo lo sentía con Travis?

—Yo... ahora mismo no puedo, Mark.

—Te puedo esperar.

—No, no tienes que esperarme. Tus ideas están claras. Quieres luchar por tu futuro como músico. Yo... aún estoy perdida. No quiero ser un obstáculo para ti.

—Pero Hollie, no lo eres...

—Mark...

Él acarició mi mejilla y cerré los ojos. Cuando volví a abrirlos él estaba cerca de mí, e iba a besarme.

Pero yo no quería hacer eso. Él no me gustaba. Yo no quería olvidar mis sentimientos por Travis así, engañándome a mí, engañando a otra persona.

Me separé de él y agarré el tirador de la puerta.

—Gracias por acompañarme, Mark. Nos vemos.

Entré al hotel y tras cerrar la puerta a mi paso, suspiré profundamente. No quería romperle el corazón, pero tampoco podía hacerle creer algo que no sucedía en el mío.

Avancé por la recepción y Travis salió de entre la oscuridad del fondo del lugar. Mi mirada impactó con la suya de repente, pillándome desprevenida. Su rostro era feroz, duro y penetrante.

Corrí hasta las escaleras y antes de subir el primer escalón, su voz me sorprendió:

—¿No piensas saludar?

—Ho-hola.

Travis avanzó varios pasos y yo desvié la vista al suelo. Estaba nerviosa. Mi cuerpo siempre se ponía en alerta cuando él estaba cerca de mí.

—¿Dónde has estado?

Alcé la cabeza y vinculé nuestros miradas. Su cabello le caía por la

frente y sus labios formaban una fina línea seria. Mordí mi labio inferior y volví a esquivar su mirada.

—Buscando trabajo.

—¿Dónde? ¿Y quién te ha acompañado hasta aquí?

Achiqué los ojos, confusa. El tono que estaba empleando no me agradó en absoluto; parecía que en lugar de preguntarme, me exigía.

¿Por qué tenía que someterme a ese especie de interrogatorio? ¿No tendría que estar agradecido porque las probabilidades de que me fuera pronto aumentaban?

—Eso no es cosa suya —contesté, repentinamente enfadada—. Mejor dedíquese a interrogar a su novia.

—¿A mi novia?

—Sí, a Theda. Dice que no le agrada, ¡pero luego pasan la noche juntos!

El rictus de Travis se tornó horrorizado. Negó con la cabeza y me miró de arriba abajo, haciéndome sentir incómoda por su altivez.

—No debería darte explicaciones, pero si ayer por la mañana viste a Theda fue porque me trajo unas llaves que me dejé olvidadas en el bar.

Parecía decir la verdad, pero continuaba hablándome de aquella manera con la que pretendía hacerme sentir inferior a él.

—Usted no me tiene que dar explicaciones al igual que yo no tengo que dárselas a usted.

Dicho aquello, giré sobre mis talones, dispuesta a retomar el camino hacia las escaleras. Entonces, Travis agarró mi brazo, haciéndome retroceder y obligándome a que le mirara. Me quedé adusta, intercalando la vista en el agarre y en él. No lograba entender qué pasaba. Quizá había sido tan borde que le había ofendido, e iba a echarme del hotel... otra vez.

—¿Por qué has venido con Mark? —preguntó con carácter antipático.

Moví mi cabeza por inercia, al no entender bien la situación.

—¿Me has estado vigilando?

—¡Tú siempre vigilas! —exclamó—. Yo puedo hacer lo que quiera. ¡Estoy en mi hotel!

En aquel momento soltó mi brazo. Por primera vez Travis me había tocado, y aunque no había sido en la situación más agradable, no me había importado.

—¡Pero es mi intimidad!

—A ver, también era mi intimidad cuando entraste a mi casa mientras me duchaba. ¿Recuerdas? Eres quien menos puede hablar de respetar la intimidad de otro.

—¡No es lo mismo!

Él blanqueó los ojos con fastidio.

—No es lo mismo porque te interesa.

—¡Lo mío fue un accidente! Tú estabas completamente consciente de que estabas espiando.

—¡Deja de llevarme la contraria, cojones! —clamó, airado—. ¡Dime qué hacías con él!

Exhalé profundamente. No tenía que darle explicaciones, pero no quería continuar con aquella discusión sinsentido.

—Me ha ayudado a conseguir la entrevista. Y, seguramente, me vayan a contratar gracias a él.

—¿Dónde?

—En un bar del pueblo. Él toca todos los fines de semana allí.

Travis soltó una carcajada irónica y despeinó su cabello. Su rara actitud me descolocaba por completo. ¿Por qué actuaba así? ¿Qué le pasaba?

—¿No te das cuenta que lo que quiere es estar continuamente cerca de

ti?

—Somos amigos —respondí, pero quizá él tenía parte de razón—. Solo quiere ayudarme.

—Quiere que le debas un favor. Eso es lo que quiere.

—Pues ya se lo debo.

Travis guardó silencio por unos segundos. Parecía una bomba a punto de explotar.

—¡No quiero que vayas!

—Ni tú mismo sabes lo que quieres. Eres un tremendo bipolar. Quieres que me vaya de tu hotel pero luego no dejas de ponerme impedimentos para que no consiga los medios para marcharme. ¡No hay quién te entienda!

—Pero, ¿quién te ha dicho que quiero que te vayas?

Su pregunta me abrumó. Me dejó en shock. Travis era bipolar, pero contaba con un don extraordinario; cuando hablabas con él, te hacía sentirte también igual.

¿Él no quería que me fuera? ¿Qué había cambiado dentro de él para pensar así?

—¿Ya... no quieres que me marche? —titubeé, conteniendo las ganas de sonreír.

Travis se quedó estático, con la boca apocadamente abierta, como si las palabras verbalizadas anteriormente se le hubieran escapado sin él pensarlo.

—A ver..., tampoco he dicho eso.

Su gesto transmitía todo lo contrario a lo que su boca hablaba. Su cuerpo se relajó, y por primera vez, su mirada y sus labios no mostraban tensión. Justamente lo opuesto.

Era el rostro más afable que había visto de Travis desde que le conocí.

Y entonces, supe que él realmente no quería que me fuera. Quizá

fueron mis ganas, mis sentimientos, mi locura, mis emociones o quizá simplemente fue mi imaginación.

Pero yo de verdad sentí que él me quería allí. Con él.

Y decidí armarme de valentía. Como Mark había hecho; arriesgar. Solté mi bolso al piso y me acerqué a pasos acelerados a él.

Con desesperación, con ganas.

Envolví mis manos en su cuello, y le besé.

Capítulo 12

Hollie

Mi pulso poco a poco se fue ralentizando, y con ello, la intensidad del beso. Aún seguía con mis manos enredadas en su cuello, acariciando tenuemente su cabello. Cuando separé mis labios de los suyos, sonreí soltando un gran suspiro.

Lo había hecho. Había besado a Travis.

No abrí los ojos. Consideraba que si esa valentía era producto de mi imaginación, podía durar un poco más.

—Travis... —musité.

Pero de repente él asestó un golpe sobre mi brazo, apartándome bruscamente de él. Abrí los ojos ampliamente, observando la ira con la que Travis me miraba. Le temblaban las manos y se alejaba de mí de forma que parecía que sentía que yo le iba a hacer algo malo.

—No... no vuelvas a hacer eso en tu vida —profirió con desagrado—. En tu vida, ¿me has oído?

Todo lo bello que había sentido hacía unos segundos, se esfumó. Aquel paraíso en el que se había convertido mi interior se transformó en un aparatoso caos. Todo rastro de felicidad se disipó. Él adoptó una actitud totalmente severa, y yo lo único que fui capaz de hacer fue agachar la cabeza, y fijar mi vista avergonzada en el suelo.

Todo lo sentido anteriormente había sido fantástico porque solo lo

había sentido yo. Ahora me sentía humillada. Y lo peor de todo es que me había humillado yo sola.

No sumimos completamente en un perturbador silencio. Por un momento pensé que estábamos sufriendo la cuenta atrás regresiva del interior de Travis, que estaba a punto de explotar. Temí estar cerca de él cuando eso sucediera; pero no me sentía capaz de mover ni un solo músculo de mi cuerpo.

Me agotaban las inmensas ganas de llorar. Aguantar las lágrimas me proporcionó un fuerte dolor en las sienes, casi imposibles de soportar. Apreté mis dientes con fuerza, impidiéndome así de cierta forma romperme a llorar. Al menos aquello funcionó para darme una pequeña tregua, ya que minutos después, Travis se fue.

Y no pude posponer más el dolor. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas y cuando Ellen ingresó en la recepción y me vio, corrí escaleras arriba para esconderme de todos. Quería desaparecer... y solo podía hacerlo debajo de las sábanas.

Sabía perfectamente que cuando te sometes a un riesgo, está la posibilidad de perder. Pero me di cuenta tarde de mi situación que era aún más triste: no se podía perder lo que nunca se había tenido.

Travis

15 de Mayo de 2016

Cuando me percaté de lo que estaba dibujando, el boceto del cuadro estaba casi finalizado. Me había quedado tan absorto en mis pensamientos, que había dejado a mis deseos más primarios pintar por mí.

Rezongué y restregué mi rostro con mis manos vigorosamente. Desde que se había producido aquel incidente con Hollie, no la había vuelto a ver. Podía parecer raro viviendo en el mismo sitio; pero el hotel era tan grande que podía resultar una verdadera casualidad coincidir en cualquier sitio.

Sin embargo sabía perfectamente que ella me había estado evitando. De

hecho, puede que yo a ella también. Aún seguía pensando en por qué se le había ocurrido hacerme aquello. ¿Qué quería conseguir con eso? ¿Qué más quería de mí, si yo le había dado a regañadientes todo lo que ella había necesitado?

¿Quería acaso dinero? ¿Por qué había estado buscando trabajo de ser así?

Quisiera lo que quisiera, aquello me decepcionó enormemente. A veces, cuando la había mirado, había visto esa inocencia que tanto admiraba de las personas. Muy poca gente quedaba con ella. Creo que nunca había conocido a nadie con ese brillo en la mirada que hubiera logrado cautivar parte de mi confianza. Sin embargo me sentía engañado. Ella había jugado sus cartas de forma muy inteligente para estafarme; pero yo lo había sido más y me había dado cuenta antes de cometer un fallo irreversible.

Volví a observar el resultado del cuadro. Solo se trataba de un espontáneo esbozo, pero no podía negar su belleza. Lo que no me gustó era el motivo por el que me había dejado llevar y lo había hecho. Hacía tiempo que había abandonado aquel estilo y ya no sentía ni la más mínima simpatía por él.

Se trataba de una mirada. Una mirada que, pese a todo, transmitía más de lo que mis pinceles podían captar.

Era la mirada de Hollie.

Arrugué la frente, contrariado. Ese cuadro debía ir a la basura inmediatamente. Yo no pintaba mujeres. Yo no pintaba a Hollie.

La puerta sonó y, con un movimiento tan rápido como involuntario tapé el lienzo con la sábana que siempre usaba para hacerlo.

En seguida Ellen entró a la habitación con una bandeja de pastas que desprendía un exquisito olor a vainilla y un café.

—Vaya, parece que ya estás libre —comentó dejando lo que traía sobre el escritorio. Yo me limitaba a mirarla, ceñudo—. He venido al menos tres veces en toda la mañana, pero estabas muy concentrado pintando. Quería despedirme, ya debemos marchar a Leeds. ¿Lo has terminado?

—No del todo. Pero no vale.

—¿Por qué? ¡Seguro que es precioso! Nunca te había visto ponerle tanto empeño a una obra como a esta. ¿Me dejas verlo?

—¡No! —exclamé, plantándome frente al cuadro para evitar su invasión—. Sabes que no me gusta que seas tan metida.

—Oh, sí, lo sé. Está bien.

Ellen retrocedió un par de pasos.

—Mañana por la mañana estaremos de vuelta —añadió.

Asentí desinteresado. Me había quedado bastante claro que volverían el lunes por la mañana, todos se habían encargado de repetírmelo varias veces en la semana.

Ellen se dispuso a marcharse, pero antes de hacerlo volvió a hablar:

—Travis, cielo, ¿qué te ocurre? ¿Estás pasando por una de tus crisis? ¿Quieres que me quede?

—¡Joder, Ellen! —clamé molesto—. ¿Puedes dejar de agobiarme? ¡Penetras mi perímetro personal! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Además, ¡no vuelvas a entrar sin avisarme! No te incumben las cosas que esté haciendo.

—Yo... yo lo siento, Travis. Cielo, siento haberte puesto de mal humor, pero, ¿estás así solo por esto? Digo... ¿Hollie tiene algo que ver? Sé que la niña está trayendo más problemas de lo que imaginaba, indudablemente tenías razón al decir que...

—¡Sois todos! ¡Todos! Solo queréis vuestro propio bien, y os da igual a quién utilizar. Pero, ¡escúchame bien, Ellen! Aquí mando yo. Expresamente yo. Vosotros solo os encargáis de cocinar o limpiar la mierda que yo os mande. No hay ningún lazo más de unión, así que no hagáis como que yo os importo. ¡Solo sois unos interesados!

—Pero ¿por qué me hablas así...? —sollozó.

Ellen estaba con las lágrimas comenzando a precipitarse por sus

castaños ojos. Estaba afligida, pero yo estaba enfadado. No soportaba la falsa gratitud de todos al interesarse por mis cosas, pues sabía que todo acto de amabilidad escondía algo más sucio, como cualquier interés que yo solo podía prestarles. Ellos amaban el trabajo, el dinero que recibían a final de mes por hacer poca cosa en un hotel donde solo habitaba el dueño. Y Hollie no se quedaba atrás. Hollie seguramente quería conseguir lo mismo, pero de una manera aún más ruin.

—¿Puedes irte a la mierda una maldita vez, Ellen?

—¡No me hables así! —bramó—. ¡No voy a irme! Basta ya. ¡Estoy segura de que se trata de Hollie!

—Ellen. Vete a esa condenada boda o te juro que no vas a volverme a ver mi cara en tu vida.

Ella no quería irse, pero conocía el peso de mis amenazas. Ellen me tenía afecto, yo lo sabía, pero eso no justificaba alguna de sus actitudes.

Viendo su indecisión, suspiré con rabia y golpeé la mesa.

Ellen, llorando aún, asintió. Decidí salir yo de la habitación, harto de su compañía. Le propicié una patada con la pierna a la puerta y ésta se descajó. Ellen soltó un grito ahogado por el susto y después me encerré en mi dormitorio.

Hollie

Todos estaban en la puerta del hotel despidiéndose de mí. Era la boda del hijo de Sengua y James y ambos no podían estar más radiantes. De todas formas, los demás también lucían bellos. Especialmente Charles; el que me sorprendió por su tan elegante atuendo.

—¡Sabes peinarte! —exclamé al ver su cabello engominado.

Charles rodó los ojos y despeinó mi cabello.

—¡Sabes hablar! Pensaba que solo sabías decir: ¡banana!

Todos nos echamos a reír y Ellen se unió a nosotros. También se

mostraba muy elegante, aunque tenía los ojos inflamados de llorar.

—Ellen, ¿qué te pasa? —le pregunté acariciando su hombro.

Ella se removió para que cesara el contacto y se dirigió a los demás esbozando una fingida sonrisa:

—¿Nos vamos?

Todos asintieron y comenzaron a parlotear. Sin embargo yo me mantuve callada por unos segundos, intentando asimilar aquella actuación de Ellen. ¿Por qué me había hecho aquel desprecio?

Sengua se me acercó y me dio su bendición.

—Se me cuida, niña. Y no haga de sus travesuras que nos conocemos.

Sonreí levemente y, minutos después, todos se montaron divididos en tres coches y se marcharon del hotel. Agité mi mano en modo de despedida hasta que me fue imposible verlos.

Suspiré y entré al hotel, cerrando la gran puerta a mi paso. Si bien el silencio siempre reinaba en el hotel Redmond, aquella vez fue más evidente. Prácticamente estaba sola. Travis se mantendría todo el día en la última planta.

Así que decidí subir hasta mi cuarto y aprovechar la soledad del lugar para sacar un poco a Capi a pasear. Desde que lo había acogido el pobre no había podido correr por el césped. Tenía que aprovechar aquel momento ya que el cielo estaba totalmente encapotado y no tardaría en llover.

Con mucha precaución llegué junto a Capi a las afueras del hotel y procuré ponerme en la parte en la que Travis no tenía visión. El pequeño fue sentirse libre por la tierra en un espacio tan abierto y comenzó a corretear.

Me limité a observarle, a disfrutar de su emoción. Mientras tanto recordé cómo había echado a perder todo los avances con Travis por un maldito e insensato impulso. Era normal que él se sintiera molesto. Había sido una descarada. Además, ¿en qué había estado pensado?

Estaba claro que Travis nunca se fijaría en mí.

Volví a sentirme triste por eso. Yo no podía compararme con la gente que él acostumbrara a codearse; entre ellos Theda. Ella era mucho más elegante y guapa que yo, aunque nada más. No me sentía menos que ella, pero sí sabía que aquel era el tipo que debería gustarle a Travis.

Para dejar de pensar en aquello opté por centrarme en la buena noticia que Mark me había dado hacía un par de días. Jayline y Niles habían decidido darme una oportunidad y me habían dicho que comenzaba a trabajar el viernes siguiente.

De repente comenzó a tronar, y las nubes comenzaron a desahogarse. Rápidamente cogí a Capi y volvimos a mi habitación. Tuve que secarle y peinarle un poco. Fue cuando me di cuenta realmente de la celeridad con la que creía y que, dentro de muy poco, se me haría imposible ocultar su presencia al resto del hotel.

Un rato después, tumbada en la cama, los truenos y rayos se intensificaron, y cada muy pocos minutos, la habitación se iluminaba de manera aterradora. Sentía que la tormenta estaba justamente sobre el hotel.

No me consideraba una persona miedosa después de todo, pero aquellas tormentas me asustaban. Sabía perfectamente que no me iba a ocurrir nada, pero mi mente relacionaba cada tempestad al día en el que mis padres murieron. Pese a mi corta edad, había detalles de ese día que nunca se me olvidarían, como los gritos desesperados de mi padre, llamándome a mí y a mi madre con desesperación. También recordaba las últimas palabras que había escuchado de ella:

—Llévatela a ella, Henry. Llévatela.

Mi cuerpo comenzó a temblar y sin darme cuenta, estaba acurrucada en un rincón de la habitación. Era poco probable pero, ¿y si me volvía a ocurrir lo mismo? ¿Y si al igual que mi primer hogar, este hotel estaba condenado a las llamas?

Salí de la habitación con celeridad. Estaba asustada, y necesitaba compañía para calmarme. Travis no era la mejor, pero era la única que estaba a mi alcance. Corrí escaleras arriba y con mucho miedo toqué la puerta.

Segundos después, Travis apareció tras ella y le abracé.

Me mantuve aferrada a él por unos minutos. Pese a que él no me envolvía entre sus brazos, me sentí aliviada. Cuando mi cuerpo dejó de temblar, me separé de él y enjuagué con timidez las lágrimas con el dorso de mi mano.

Travis me observó con suspicacia por varios interminables segundos. Estaba algo desconcertado. Rascó su nuca y preguntó:

—¿Qué te pasa?

Me sentí muy avergonzada. Seguro que él estaba perplejo debido a mi continua descortesía.

—Lo siento —murmuré, esquivando su mirada—. Lo siento, otra vez.

Giré sobre mis talones dispuesta a marcharme, pero él me agarró sutilmente del brazo, provocando que me volteara a él.

—Vamos, pasa. Quédate.

Capítulo 13

Hollie

No me esperaba que me pidiera aquello, pero lo agradecí de corazón. No quería estar sola.

Ambos entramos a su casa y él cerró la puerta. De pronto volvió a escucharse otro relámpago, y me abracé instintivamente. Travis me ofreció sentarme en su sofá y acepté.

—¿Has comido? —preguntó.

Negué levemente con la cabeza.

—Vale. A ver... creo que tengo unos folletos de una cafetería por aquí —contestó y comenzó a hurgar entre un montón de papeleo—. Sí, aquí, toma. Es una... hamburguesería. ¿Te gustan?

—Sí.

—Genial, porque no hay otra cosa.

Reí levemente y acepté el papel que él me ofrecía. Leí la oferta y con tan solo ver las imágenes mi estómago rugía.

—Me gustan todas —comenté con una risilla.

Travis se sentó frente a mí y se encogió de hombros.

—Pídelas todas.

—Entonces tendrán que sacarme en grúa de aquí —dije esbozando un pueril mohín—. Ya está, esta me gusta.

Travis asintió y cogió su teléfono para marcar el número de la hamburguesería. Tras indicar la dirección y lo que queríamos, colgó y nos mantuvimos en silencio hasta que volvió a hablar:

—¿Cómo llegaste al hotel?

Su cuestión provocó que me tensara un poco. No esperaba para nada aquel rumbo de conversación. Sin embargo, era mi deber responder.

—¿La verdad o algo que te agrade?

Travis achinó sus ojos, fulminándome con la mirada.

—Vengo desde lejos —decidí comenzar—. No podría precisarte cuán de lejos. Llevaba mucho tiempo conduciendo, estaba cansada y mi coche estaba averiado. Descubrí este hotel y pedí que me dejaran descansar aquella noche. En su defensa diré que me costó mucho convencerles. Luego... luego ya sabes todo lo que ocurrió.

—Cómo voy a olvidarlo. ¿Y por qué viajabas, sin rumbo, sin apenas dinero...? ¿Por qué mentiste sobre tu identidad? ¿Huyes de la policía? Porque si es así, Hollie, no pienso encubrirte. Si nos pillan tendría que rendir declaración y eso me irrita.

—¿Tengo cara de delincuente?

Travis asintió y blanqueé los ojos.

Pues tú no tienes cara de loco y mira.

—Simplemente no estaba bien en mi casa. Pero quédate tranquilo sabiendo que no he hecho nada ilegal —añadí.

—Cuéntamelo.

—¿Y tú me contarás algo tuyo?

—No.

Reí prudentemente. Me esperaba aquella respuesta. Sin embargo, a pesar de no aceptar ese pequeño *trato*, sentí que era hora de contarle. Y después de todo Travis se merecía la verdadera explicación.

—Mis padres murieron cuando yo era pequeña. Mi casa se incendió en una tormenta y... y solo sobreviví yo.

Travis me escuchaba atentamente.

—Entonces me quedé a cargo de mis abuelos y mi tío. Mi vida no era demasiado mala en ese entonces. Mi abuela me quería y dio todo lo que tenía a su alcance para hacerme feliz. Luchó mucho por mi salud. Después de la muerte de mis padres estuve años sin hablar y sin dormir. Gracias a ella me recuperé. Lo era todo para mí.

—Entiendo.

—Hasta que... —Entrelacé mis manos y comencé a derramar lágrimas —, hasta que hace dos años murió. Fue duro. De hecho fue muy duro.

Guardé silencio por varios minutos y Travis los respetó. Necesitaba coger aire para continuar. Él se levantó del sillón y se sentó a mi lado, en el sofá. Sentir su cercanía me reconfortó.

—Ahí fue cuando comenzó el infierno —proseguí—. Mi abuelo no superó la muerte de mi abuela y comenzó a beber. El único adulto responsable de la casa pasó a ser tío Shepard que... nunca se había preocupado en ocultar que yo no era de su agrado. Él también bebía, pero no lo hacía por tristeza, lo hacía por gusto. Había días en los que ambos llegaban borrachos a casa y yo lo único que podía hacer era esconderme debajo de la cama para que no me encontraran. Mi abuelo nunca me puso una mano encima pero... pero tío Shepard sí.

Travis suspiró pesadamente. Era la primera vez que descubría que era capaz de ser empático. Se le notaba afectado y supe que no diría nada.

—Al principio solo eran golpes puntuales. A veces porque había llegado tarde, u otras porque discutía demasiado con ellos. Nunca pensé que aquello estuviera bien, pero intentaba resignarme a que era lo que me había tocado vivir. Pero llegó un momento en el que golpearme para él resultó liberador, y lo hacía cada día. No importaba el por qué. Solo agarraba su cinturón, o cualquier objeto que él sabía que me dejaría cicatriz, y me pegaba.

—¿Cicatriz?

Asentí levemente. Travis frunció el ceño, consternado y afectado. Restregó sus ojos y yo me levanté. Me posicioné de espaldas y fui a levantar la camiseta para que él mismo lo viera.

Travis

Segundos antes de que Hollie me mostrara su espalda, un sonido estridente sonó por todo el lugar. Se trataba del timbre del hotel. Tenía un dispositivo al lado de mi puerta para que yo fuera consciente de quién entraba en mi propiedad.

Hollie se sentó rápidamente en el sofá y desvió la mirada. ¿Por qué se sentía tan cohibida ahora? Suspiré algo abrumado y me levanté.

—Debe ser la comida. Voy por ella, no tardo.

Salí de la habitación y decidí bajar las escaleras. Todo lo que me había contado Hollie me tenía abatido. Nunca podría haber imaginado cuánto peso era capaz de sostener una chica tan débil aparentemente como ella. En el trayecto hasta la puerta principal del hotel no pude dejar de pensar en ello, y me fustigaba no saber qué palabras emplear para hacerla sentir mejor. Se le veía triste; recordar en voz alta lo que nos causa dolor es tormentoso. Por eso yo nunca lo hacía.

Recogí las dos hamburguesas y pagué al repartidor. Esa vez sí subí al ascensor y en cuestión de pocos minutos volví a entrar a mi casa. Ella se mantenía en la misma posición, solo que de espaldas. Cuando escuchó que entraba hizo un movimiento y se giró a verme con una sonrisa.

—Tengo mucha hambre —comentó.

Asentí y coloqué la comida sobre la mesa. Ambos nos sentamos, uno frente al otro, y comenzamos a comer, un poco en silencio. Ella no quería continuar hablando sobre su pasado, y eso me afligía al percatándome de que quizá aún había más por contar.

—Me han contratado —habló, pillándome desprevenido—. En el bar. Me lo ha dicho Mark.

La miré fugazmente y continué comiendo. Mark, Mark, Mark. ¿Por qué

me irritaba que hablara de él? No lo hacía con frecuencia; pero para mí parecía que sí.

Quise quedarme callado y no hablar sobre ese tema. Sin embargo me fue imposible. Después de todo, seguía dudando de ella, aunque no quería. Pero, ¿por qué me había besado si estaba interesado en él? ¿Acaso era algún plan que había tejido con Mark para quedarse con mi dinero?

Así que sin pensarlo, pregunté:

—¿Tienes algo con él? ¿Con Mark?

Quise que se notara mi indiferencia, pero no resultó del todo conseguido. Hollie alzó una de sus cejas y limpió la comisura de sus labios con una servilleta.

—No. ¿Por qué?

Me encogí de hombros con desdén.

—Porque lo parece.

—¿Y por qué lo parece? ¿Porque me ha ayudado a encontrar trabajo?

—No. Simplemente lo parece. No le des vueltas, solo era curiosidad.

Hollie asintió y continuó comiendo, intuyendo que aquello era el fin de la conversación. No obstante proseguí:

—¿Él también trabaja en ese bar?

Ella volvió a alzar su cabeza y me observó con aquellos ojos grises que poseía.

—Toca la guitarra.

—¿Te gusta verle todos los días?

Hollie frunció el ceño.

—¿A Mark?

—¡Sí! A ver, sí, a ese tipo.

—Pero, cómo me va... me he perdido en la conversación definitivamente, Travis. ¿Puedes explicarme mejor a dónde quieres ir?

—A ver... ¡Que si te gusta, cojones! —bramé impulsivamente.

Segundos después, recapacité y supe que no había medido mi control. La miré confundido, rozando lo aturdido.

—Te he dicho que no —contestó con seriedad—. Sabes de sobra que Mark no me gusta. Lo sabes muy de sobra.

La observé detenidamente, y sin querer, a veces, fugazmente, miraba sus labios. Me mantuve en silencio por varios segundos.

—Entonces por qué parece que sí.

—Qué va a parecer que sí... —masculló blanqueando los ojos. Continuaba mirándola, cauteloso—. Si yo... yo solo siento cosas por... por ti.

Mi corazón sufrió un repentino vuelco que supe sobrellevar con prudencia y discreción.

—Otra vez con lo mismo... —siseé.

—Pues si no quieres escucharlo, ¿por qué preguntas? ¿Por qué te importa tanto lo que tenga que ver conmigo o con Mark? ¿Qué te ocurre conmigo?

Rodé los ojos y continué comiendo. ¡Preguntaba porque no quería que nadie me tomara el pelo! Justamente por eso estaba interesado en aquel tema, no por nada más.

Molesta por mi actitud, Hollie me sorprendió gritando:

—¡Que qué te ocurre conmigo!

Su talante me irritó. ¿Quién se creía para hablarme así? Me levanté con desaire de la silla y empujé la mesa. ¡Cómo osaba!

—¡Travis!

Y sin pensar, contesté:

—¡Que no me gusta verte con él!

Estaba alterado, mi pecho subía y bajaba con vigor, y Hollie también parecía estarlo. Nada más escucharme, ella destensó su rostro.

—¿Por qué?

—¿Y a ti qué más te da?

—¡Pues porque tiene que ver conmigo!

Despeiné mi cabello y rezongué.

—Me irritas, Hollie. No te aguanto —dije.

—¿No vas a decirme nunca por qué, no? —preguntó y me quedé callado—. Está bien.

Tras pronunciar esas palabras Hollie se dirigió a la puerta, dispuesta a marcharse. Estaba bastante molesta.

Antes de que cruzara la entrada, avancé varios pasos y suspiré.

—Yo tampoco lo sé, Hollie —farfullé, haciendo que se detuviera—. Lo único que tengo claro es que lo que menos aguanto de ti, es verte con otra persona.

Ella no se giró, pero tampoco continuó andando. Solo se limitó a escucharme, por lo que continué:

—También sé que prefiero que me irrites tú a que lo haga cualquier otra persona.

Entonces Hollie giró sobre sus talones y sonrió. Y al verla, sentí que decir aquello había merecido la pena.

Capítulo 14

Hollie

20 de mayo de 2016

En aquellos días que transcurrieron después, Travis me demostró que era una montaña rusa. Había momentos en los que nos cruzábamos por el hotel y me hablaba, hilarante; en otras ocasiones simplemente me observaba con el ceño fruncido y desaparecía. Sin más, sin motivos aparentes. Aunque en esas últimas ocasiones me era imposible no sentirme algo triste, no podía tomárselo en cuenta. Era su enfermedad. Cuanto más dejaba que le conociera, más evidente era que su salud mental no era la precisa.

Puede que aquello fuera lo que más me consternaba.

Faltaba apenas un par de horas para que tuviera que ir al bar donde aquel día empezaba a trabajar. Estaba un poco nerviosa, por lo que había estado casi todo el rato en la habitación junto a Capi. Por cada día que pasaba crecía al menos diez centímetros. ¡Por dios! Estaba enorme.

Casi había muerto de miedo cuando, un par de días atrás, Travis había comenzado a estornudar en la puerta de mi habitación sin descanso.

Tenía que contárselo. Tenía que aprovechar algún momento en el que él estuviera de buen humor para hacerlo. Estaba demostrado que tenía un mal pronto; y no quería que él me descubriera. Era consciente de lo que era capaz de hacer.

Antes de marcharme quise subir a su habitación a comunicarle que me iría a trabajar. Quizá no le importaba; pero yo pensaba que sí.

A medias palabras, a veces contradiciéndose con sus actos, pero Travis me había demostrado que le importaba.

Subí las escaleras y al llegar a su planta, descubrí que Ellen salía

de su casa. Alzó una de sus cejas y se acercó a mí presunción.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Quería avisar a Travis de...

—Travis está ocupado.

Asentí levemente. Pensé que Ellen estaba pasando por un mal momento. Quizá era alguna época señalada donde los recuerdos de su marido y su hija la embargaban de dolor.

—Ellen, si necesitas algo... —murmuré—. Si necesitas algo sabes que estoy para lo que necesites.

Ella no contestó, solo me observó por un par de segundos y después giró sobre sus talones para tocar el ascensor e ingresar en él.

Cuando desapareció de la planta me planteé tocar la puerta y hablar con él, pero le hice caso a Ellen. Si estaba ocupado no quería molestarle.

Bajé trotando las escaleras y tras despedirme de Sengua y asegurarle que me cuidaría, salí del hotel rumbo al bar. Hacía mal tiempo, por lo que tuve que llevarme un paraguas. En ese momento no llovía pero estaba segura de que después lo haría.

Llegué al bar antes de lo previsto, pero Niles me dejó entrar. Aproveché aquellos minutos para explicarme lo más relevante del trabajo y me dijo que aquel día me acompañaría y que él sería quien cerrara por la madrugada. Quería que me acostumbrara y amoldara al sitio.

Me dejó un rato libre mientras él hacía unas cosas. Comencé a ojear el lugar, las bebidas, y observé el pequeño escenario donde seguro Mark tocaba por las noches. Niles me había comentado que en parte, gracias a él el bar se llenaba casi todas las noches.

Me mostró el trastero donde había muchas cajas con botellas, y neveras para enfriarlas. También había una antigua mesa con un ordenador.

—¿Tiene conexión a internet?

Niles asintió.

—¿Podría usarlo? —añadí.

—Mientras no borres nada.

—Vale.

Me senté en la silla, que estaba algo astillada, y sonreí disimuladamente. Me parecía casi surrealista, y realmente me había sorprendido que yo, una chica de diecinueve años que había estado enganchada al móvil y a las redes sociales veintidós de veinticuatro horas del día, llevara tanto tiempo sin usarlo. ¿Cómo lo había conseguido?

La decisión de no llevar mi móvil conmigo había sido un acierto, ya que podría haber facilitado que me encontraran en caso de que me buscaran. Además, con la única persona que me hubiera encantado hablar era con Aylene, y con ella era imposible hacerlo a través de un teléfono.

Y no, no es que estuviera muerta; es que era sorda.

Tecleé en Google casi por inercia el nombre de Travis Redmond. Si era un pintor excelente, lo más posible es que fuera famoso.

Se desplegaron miles de fotografías. Fotos de paisajes, de animales, con un arte abstracto bastante atractivo y pulido. Más tarde descubrí que no se trataban de fotografías; si no de cuadros. Cuadros pintados por él.

Todos eran preciosos, pero había un factor que todos compartían y que me llamó especialmente la atención; eran caóticos. Su desorden mostraba con claridad su disciplina.

¿Y si sus obras eran una imagen perfecta de su interior? ¿Tan caótico era?

Y entonces supe qué era lo siguiente que quería investigar.

«Trastorno paranoide de la personalidad:

El trastorno paranoide de la personalidad es un trastorno de personalidad caracterizado por un patrón de desconfianza y suspicacia general hacia los otros, de forma que las intenciones de estos son interpretadas como maliciosas. Este patrón empieza al principio de la edad adulta y aparece en diversos contextos. Aparentan ser fríos, pero en realidad sólo es un intento de evitar que los demás conozcan sus puntos débiles y puedan aprovecharse de ello; son muy rencorosos, y nunca olvidan un insulto o una crítica. Las personas paranoides tienen escasas relaciones sociales, en parte por su desconfianza hacia las personas, pero también se debe a que suelen provocar rechazo en los demás, debido a su comportamiento hostil. De todos modos, se desenvuelven muy bien en la vida ya que no les gusta que otros se ocupen de sus asuntos.»

Las manos se me quedaron heladas sobre el teclado. Todo lo que ponía ahí era abrumador. Sin darme cuenta una fina lágrima se deslizó por mi mejilla.

—Hollie, ya es hora. Vamos a abrir —me avisó Niles, sacándome de repente de mis pensamientos.

Enjuagué disimuladamente mis lágrimas y borré el historial de búsqueda. Me levanté y salí con él al bar. Minutos después llegó Mark con su guitarra, junto a Ketty y Bryan.

Hablamos por un rato, y sin darme cuenta, el bar ya estaba abarrotado. Al principio fue algo complicado atender a todos con profesionalidad, ya que nunca lo había hecho, pero gracias a la ayuda, comprensión y simpatía de Niles me comencé a amoldar rápidamente.

Mark comenzó a tocar su guitarra y a cantar para animar el ambiente.

—Ahora voy a tocar mi versión de *Since I Don't have you*, de Gun's and Roses —dijo, y me dedicó una fugaz mirada.

Le sonreí y él comenzó.

Mark tocaba y cantaba de forma espectacular. La gente le vitoreaba y se notaba que vivía por y para eso.

¿Tanto sentía por mí al estar dispuesto a posponer su viaje a la ciudad por mí?

Aunque no habíamos vuelto a hablar de aquel tema, seguía ahí. Podía notar sus ganas para tratarlo de nuevo, pero yo no sabía qué decirle para no hacerle sentir mal.

Seguramente Travis pensaba lo mismo respecto a mí.

Mientras pensaba y escuchaba la música, alguien posó robustamente sus codos sobre la barra y saludó con hosca voz:

—Hola.

Me sobresalté al ver que se trataba de Travis. Me miraba fijamente, y tragué saliva ante su imposición.

Estaba especialmente guapo. Estaba despeinado como acostumbraba, pero no daba una apariencia desaliñada. Él se cuidaba y se notaba. Me fijé en sus músculos en tensión y mordí mi labio. Su continuo rostro de «estoy enfadado con todo el mundo» le daba un aire misterioso que podía cautivar a cualquiera. Vestía con una camiseta básica negra de manga corta que aumentaba la magnitud de su corpulencia.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—He venido con Calvin.

—¿Y dónde está él?

Travis señaló con su cabeza a la espalda y observé cómo él hablaba con Ketty.

—Se gustan —comenté.

—Puede.

Me quedé callada por unos segundos.

—Pensaba que no te gustaba salir —dije finalmente.

Él alzó una de sus cejas y después blanqueó los ojos.

—¿Mi presencia te impide hacer algo que querías hacer? — cuestionó con obstinación.

—¿A qué te refieres?

—Mark ha tocado una canción muy romántica.

Me fue imposible no reír por su insistencia.

—¿Has venido por eso? ¿Porque Mark está aquí también?

—¿Por quién me tomas? Solo me apetecía salir. Haz el trabajo que tanto te gusta y ponme algo de beber.

Cuando se lo proponía podía ser el rey de la repugnancia. Giré sobre mis talones y le puse una cerveza. Recordaba de la vez que había salido con él que bebía eso.

—Toma.

Travis la agarró y bebió del botellín mientras observaba el ambiente del lugar.

—Preciosura, ponme otro whisky aquí.

Él giró su cabeza rápidamente ante el hombre que me había dicho aquello y achinó los ojos.

—Ella está aquí para atender a los clientes, no para escuchar las babosadas de borrachos como tú —le dijo Travis.

Me quedé de piedra.

El hombre en cuestión se carcajeó. Estaba algo borracho ya. Recordaba haberle servido al menos seis copas de whisky bien cargado, tal como me había pedido.

—¿De qué hablas, chaval? —contestó, avanzando varios pasos para posicionarse justamente frente a Travis.

Travis no dudó en levantarse del taburete y los pechos de ambos casi se rozaron. La diferencia de estatura era considerable, tanto que el hombre retrocedió de forma torpe.

—Disculpa, tío —dijo—. No quería molestar a tu novia.

Sin contestar nada, Travis volvió a tomar asiento. Su rostro mostraba conformidad, altivez, arrogancia. Le gustaba imponer con su sola presencia. Lo peor de todo es que lo conseguía.

Le serví el whisky al señor y quise disculparme por el comportamiento tan descortés de Travis, pero seguramente él se lo hubiera tomado como una ofensa.

Me acerqué entonces a Travis y le dije:

—No vuelvas a hacer eso. Esto no es el hotel. No mandas.

Travis bebió de su cerveza.

—¿Te gusta que viejos como él te piropeen a cada rato?

Negué con animadversión.

—¡No, claro que no! Pero debo ser cortés. Es mi trabajo.

—Tu trabajo es poner copas, no ser el espectáculo de la noche.

Protesté por lo bajo ante su engreída actitud y finalmente le contesté con claridad:

—¿Puedes irte, por favor? No sé qué te ha traído aquí. No has cruzado ni una sola palabra con Calvin desde que llegasteis. Creo que solo quieres incordiarne. Déjame trabajar tranquila.

Intentaba ser paciente con él, lo juro. Pero me lo ponía muy difícil.

—¿Te agrada más la compañía de Mark que la mía, no?

Mis ojos se sintieron pesados, con ganas de llorar. ¿Tanto le costaba aceptar que quien me gustaba era él? ¿Por qué continuaba obsesionado con Mark? No merecía la pena volver a explicarle nada,

no lo entendería nunca.

Decidí acabar la conversación ahí. En algún momento debería aburrirse y se iría. Dejé de prestarle atención y un rato después, desapareció.

Cuando ya quedaba muy poca gente en el bar y daban las dos de la madrugada, Niles me dio permiso para marcharme. Antes de hacerlo me felicitó por el trabajo y tras ponerme mi abrigo, salí del local.

—¡Hollie!

Giré sobre mis talones ante la llamada de Mark.

—Ya me voy —contesté—. La noche no ha estado tan mal. Tu música es muy buena, realmente me ha gustado mucho.

—Me alegra escuchar eso. Quería que me escucharas cantar y tocar pero también temía que no te gustara. Me importa mucho tu opinión.

—Pues es genial.

Mark sonrió.

—Gracias. ¿Quieres que te acompañe al hotel?

—Oh, va...

El rostro contrariado de Mark me hizo saber que algo no iba bien. Él observaba seriamente algo tras de mí, por lo que al girarme descubrí que se trataba de Travis.

—Buenas noches, señor Redmond —dijo Mark.

—Vamos al hotel, Hollie.

—Ahora mismo estaba ofreciéndose Mark para acompañarme —contesté—. ¿Verdad, Mark?

—Sí.

—A ver, Hollie, son las dos de la madrugada. Este chico querrá

descansar. Tú y yo vamos al mismo lugar. Es de ser muy egoísta que le hagas trasponer hasta el hotel absurdamente.

—Oh, no pasa nada...

No quería darle la razón a Travis, pero era cierto. La noche estaba encapotada y aunque no llovía la neblina era bastante densa y húmeda. No quería ser tan egoísta con Mark después de todo.

—Tienes razón —respondí, aunque pronunciar esto me costó bastante—. Mark, ¿nos vemos mañana?

—Sí, claro —dijo él y, tras besar mis mejillas, se marchó.

Yo comencé a andar, obviando la presencia de Travis, quien me perseguía. Por lo poco que le había visto parecía divertirse.

—Nada te da derecho a ser tan maleducado —comenté.

—¿Maleducado? ¿Acabas de llamarme maleducado?

—¡Sí! —clamé deteniéndome, plantándole cara—. Deja de volverme loca. No te entiendo. Intento hacerlo pero no lo consigo.

—Nunca me vas a entender.

—Lo sé, me acabo de dar cuenta.

Reanudé la marcha. Estaba molesta. Intentaba pensar en su enfermedad, pero su comportamiento era insoportable.

—Lo siento.

¿Acababa de escuchar bien? ¿Se había disculpado? Volví a girarme para observarle y el rostro que tenía no parecía haber pronunciado aquellas palabras.

—¿Qué?

Le había escuchado perfectamente, pero quería verle la cara repitiendo aquello.

Travis blanqueó los ojos y comenzó a andar, poniéndose a mi

altura. Me miró y, ante mi sorpresa, repitió:

—Que lo siento —Su tono era hastiado—. No estoy acostumbrado a relacionarme. Los del hotel no cuentan; puedo hablarles cómo se me venga en gana y no pasa nada. Sé que tengo que aprender a comportarme.

—Estás muy acostumbrado a mandar y se te olvida que en el único lugar en el que puedes hacerlo es en tu hotel.

—No seas pesada. Ya lo he aceptado.

—Vale.

Ambos continuamos andando en silencio. Yo no era de carácter pusilánime, pero era consciente de que debía ser paciente. Al menos había aceptado que se había equivocado. Solo esperaba que no volviera a hacer algo parecido. Especialmente con Mark, que lo trataba de forma bastante imprudente.

Cruzamos el pequeño puente y continuábamos callados. Estaba bastante incómoda por ello, por lo que hablé:

—He visto tus cuadros.

—¿¡Qué!?

—¡Por internet! —aclaré al percatarme de su reacción. Seguro que pensaba que había estado hurgando entre sus cosas—. Vi un par de cuadros por internet. Eran...

—¿Impresionantes? Lo sé, Hollie. Sé cómo son mis cuadros.

Cuánta arrogancia.

—Iba a decir que eran bastantes feos y están demasiado sobrevalorados.

Suspiró y por décimas de segundos, rio. Después despeinó su cabello y miró a su costado, creo que para ocultar que le había hecho gracia mi comentario.

—Te los enseñaré. Tendrás que besarlos si quieres que perdone eso que has dicho.

Seguramente sus cuadros aceptaran mis besos mejor que él.

—¿Besar los cuadros? —Reí—. Me encantaría verlos.

Continuamos el camino hablando de trivialidades hasta que llegamos al hotel. Travis abrió la puerta y frente a nosotros, tumbada en el sofá de la recepción casi dormida se encontraba Ellen.

Capítulo 15

Travis

Nada más darse cuenta de nuestra llegada Ellen se levantó y nos miró con recelo. Hollie se percató de esto y dijo:

—Voy a la cocina. Tengo algo de hambre.

Sin esperar respuesta alguna, lo hizo. La observé hasta que desapareció de mi vista y después miré a Ellen.

—¿Ha ocurrido algo entre Hollie y tú que yo desconozca? — pregunté. Desde hacía días me había dado cuenta de su distanciamiento—. Si es así quiero que me lo digas. No soy tonto, sé la manera en la que la has mirado, y es distinta a antes. Eso solo tiene una explicación: has descubierto algo de ella que antes pasabas por alto y ahora te desagrada.

—Travis, son cosas de mujeres. Intuición femenina. No es algo que debas saber.

—Entonces... hay algo.

Estaba preocupado, porque si ahora resultaba que Hollie no era lo que yo creía... sería una gran decepción, aunque yo siempre estaba a la defensiva. Yo mejor que nadie conocía la mente humana y los traicioneros que llegaban a ser por su propio interés. Si al final mis sospechas resultaban ser ciertas sobre las intenciones de Hollie..., no sé qué haría.

Y Hollie no tendría que ser una excepción. Aunque para mí lo parecía.

—Habla... —añadí, comenzando a exasperarme su silencio.

—Quizá tú no te has dado cuenta, Travis, pero yo... yo conozco la forma en la que te mira. La forma con la que se sonroja y te esquiva a veces la mirada. Lo nerviosa que se pone, cómo se enmudece cuando andas cerca. Ella está ilusionándose contigo, lo sé. Ella no me lo ha dicho, pero lo sé. Es joven, ella sabe entregar sus sentimientos como un remolino y sé que tú... tú no podrías ofrecerle nada de lo que ella pide, porque tú sabes que el amor que ella profesa no existe.

Mi mirada se quedó perdida, con un eco de sus palabras en mi mente. Entonces, todas las veces que Hollie se había reído frente a mí, había bailado, había ejercido su incesante felicidad, vinieron a mi cabeza, concretando todo lo que Ellen había dicho.

Dándole la razón.

Yo ya no quería. Yo de la única forma que sabía hacerlo, era cómo lo hacía con Theda en la cama. Ese era mi único acto parecido a los sentimientos que comenzaba a concebir ella.

A mí me gustaba la pureza de las palabras de Hollie, extrañamente, me gustaba su compañía. No sabía si para un rato o para mucho más tiempo, me gustaba su poco filtro a la hora de expresar sus emociones y la manera en cómo me hacía sentir alguien.

Una persona, un humano. Y no solo en un individuo.

—¿Por eso la tratas así? —pregunté, al fin.

Ella asintió tremulante. Sacó un pañuelo de su uniforme y lo pasó por sus ojos.

—No quiero que nadie salga herido. Ni ella... ni muchísimo menos tú.

Sus palabras se aspiraban sinceras, pero yo sabía que también había algo más, algo en lo que Hollie no tenía nada que ver. Algo más personal, algo que seguramente solo incumbía a Ellen.

Tras sus palabras, Ellen se marchó. Me senté en el sofá y comencé

a pensar en todo lo que Ellen había dicho.

¿Sentía yo algo por Hollie? Era indudable que ella me atraía. Me atraía incluso más de lo que en algún momento me podía haber atraído Theda.

Theda era una mujer que rebosaba glamour, pero no despertaba la misma curiosidad que la inocente Hollie expresaba. Hollie era más que un cuerpo bonito —que sin duda, lo tenía— ella escondía más. Ella estaba hecha por todo lo que a mí me faltaba, y ese era la razón exacta por la que ella no conseguía repelerme. Era justamente al contrario. Hollie significaba el imán opuesto a mí que me obligaba a mantenerme cerca de ella.

Ella volvió a la recepción, comiendo un sándwich. Sonrió tímidamente y se acercó a mí.

—¿Y Ellen? —preguntó.

—Se ha ido a dormir.

Hollie asintió.

—¿Tienes sueño?

Fruncí el ceño y negué con la cabeza.

—Ahora mismo no. No concilio el sueño con facilidad.

—¿Quieres enseñarme algún cuadro? Estoy deseando verlos.

Miré el reloj de mi muñeca y marcaban las tres y media de la madrugada.

—Es verdad —añadió ella, contestándose a sí misma—. Es demasiado tarde. Tenemos que descansar.

—Venga, vamos.

La agarré delicadamente del brazo y tiré de ella hacia el ascensor. Subimos y llegamos a mi habitación, acabando en mi despacho. Antes de abrir la puerta, me giré a ella, diciendo:

—Los cuadros son totalmente míos. Cualquier reproducción o plagio será sancionado.

—Anda ya, te pareces a los escritores en *Wattpad* —contestó divertida, empujándome y haciéndome entrar en el despacho.

—¿Wattpad?

Encendí la luz y ante su silencio, me dirigí a enseñarle los tres cuadros que tenía en una esquina de la habitación, agolpados entre sí.

Me agaché y agarré el primero; se trataba de una tormenta arrasando con toda la calma del paisaje. La primera impresión de Hollie fue abrir la boca, después la tapó con sus manos y dio un saltito de emoción.

—Pe... ¿pero qué tienes en los dedos? Es... precioso —comentó maravillada y yo le permití que lo cogiera para verlo de cerca—. Es lo más bonito que he visto en mi vida.

Sonreí satisfecho, y tras coger el cuadro, lo dejé en su sitio y me agaché para enseñarle el siguiente.

—Esta la hice hace unas semanas. Es el más reciente.

Le mentí. El último que había acabado había sido el suyo, pero no se lo mostraría. Ella podría malinterpretar aquel hecho. El que le expuse se trataba de un huracán. Usé tonalidades frías para hacerlo; y sonreí satisfecho con el resultado. Me gustaba el arte; y el mío en especial.

—Son preciosos —opinó.

Mientras ella continuaba observándolos, yo me dediqué a examinarla a ella. Hollie también era preciosa. Quizá era su mirada lo que la hacía destacar de entre todas las mujeres que había conocido en mi vida. Sus ojos grises que parecían estar hechos de escarcha también tenían matices caóticos. No podía dejar de mirarla. No podía dejar de pensar en todo lo que me había contado días atrás; su tormento. Su pasado era algo que despertaba curiosidad en mí.

¿Cómo alguien como ella podía esconder en su interior aquellas injustas vivencias?

Entonces, mientras ella estaba absorta en mis obras, observé su espalda. Parecía un lienzo aún sin descubrir. Pero recordé nuestra conversación, donde ella hablaba de ciertas cicatrices. ¿Y si alguien ya había dibujado con el pincel del dolor su piel?

—Hollie —dije, captando su atención—. El otro día hablaste de cicatrices.

Ella me miró un poco extrañada, no esperaba que volviera a tratar ese tema. Por un lado sentía que estaba siendo maleducado, otra vez, pero no podía contenerme.

—Sí.

—Quiero verlas —pedí—. Muéstramelas.

Ella continuaba con un gesto incrédulo, por lo que añadí:

—Por favor.

Hollie suspiró delicadamente. No entendía por qué le pedía aquello, pero tampoco le importó. Giró sobre sus talones y, con lentitud, comenzó a subir su camiseta.

Contemplé su espalda durante largos minutos, en silencio. Su piel estaba mayormente desgarrada. En especial había una cicatriz más grande que las demás, que parecía la más antigua. Avancé varios pasos hasta ella, para examinarla con atención. Sin pensarlo comencé a rozar la yema de mis dedos por cada una de ellas, notando como ella se estremecía por la impresión.

Aquello no la hacía menos bella. Hollie seguía siendo arte, un arte caótico, tal como lo que yo acostumbraba a pintar. Acaricié con suavidad sus viejas heridas, y sentí cómo me transmitía aquel antiguo dolor a mi propio cuerpo.

Y la creí. Por primera vez en toda mi vida, creí a una persona ajena a mí. Una persona herida como yo no podía mentirme. No dejé

de rozar su piel con mis dedos por largos minutos. Me sentía profundamente conectado a ella; me sentía capaz de evocar su dolor. Era desolador. Parecía como si en ese momento estuviera acariciando su alma, con paciencia y lentitud. No quería hacerle daño. No quería volver a lastimarla. Hollie no lo merecía. Yo tampoco.

—Eres preciosa —musité, sorprendiéndonos ambos por aquella precisa declaración—. Hollie, nadie más va a hacerte daño.

Ella giró sobre sus talones, y entonces casi su nariz podía rozar la mía.

—¿Cómo puedes decirlo tan seguro?

—Porque no es justo, y no lo voy a permitir.

Hollie contemplaba mi rostro sin desviar la mirada. Tímidamente alzó sus manos y comenzó a acariciar suavemente mis mejillas.

Tragué saliva.

—Mientras estés en este hotel nadie va a volver a herirte. Te protegeré de todos los monstruos que acechan. Yo te protegeré.

—¿Y cuándo me vaya?

Guardé silencio por unos segundos. Sin saber de dónde provenía aquel impulso, acaricié su labio inferior con la yema de mis dedos.

—No te vayas. Quédate aquí.

—¿Eso es lo que quieres?

Hollie quería una respuesta precisa. Pero yo, en aquel momento, no podía contestar lo que ella quería oír.

—Hollie...

Cerré los ojos, y sin darme cuenta, ella quiso besarme. Desvié la cabeza y terminó posando sus labios sobre mi cuello. Lejos de rechazarlo, ella acarició esa zona de mi piel con ellos, provocándome que me erizara, sintiéndome aún más perdido y confuso.

—¿Por qué no quieres que te bese? —murmuró.

Agarré su cintura, intentando mantener el control, sintiendo sus tibios besos en mi cuello. Pero era difícil. Casi imposible. Y me dolía que fuera *casi*.

—Hollie... yo no sé querer de la manera que tú esperas —susurré tras tragar lentamente saliva, intentando tener aún poder sobre mi cuerpo—. Yo solo sé hacerlo de otra forma...

Tenía que saberlo. Tenía que aclarárselo.

Hollie vinculó sus ojos grises con los míos. Se mantuvo en un silencio cauto por varios segundos, después acarició mi mejilla con dulzura y dijo con sinceridad:

—Entonces quíereme como sepas. Pero hazlo. Solo hazlo.

La deseaba. La deseaba tanto o más que ella me deseaba a mí. No podía detenerme. Tenerla tan cerca de mi cuerpo me provocaba algo imposible de describir; yo no conocía aquella sensación. Pero me gustaba sentirme así. Nunca nadie había conseguido que mi pulso se acelerara por su cercanía.

Solo ella. Solo Hollie.

Y acepté. Acepté quererla a mi manera; ella sería la principal perjudicada de aquello y había aceptado. Y, pese a tener claro eso, no pude dejar de sentir un leve miedo por mí. Pero aquel no consiguió apresarme.

Pasé mis manos por sus brazos, sintiendo cómo ella se estremecía junto a mí. Vinculé mi mirada con la suya, ambos en silencio, ambos por dentro destrozados por lo que sería, seguramente, un intento fallido.

Pero la consciencia de aquel desastre no nos detendría.

Capítulo 16

Hollie

21 de mayo de 2016

Los primeros rayos de luz del día me despertaron. Travis seguía en la cama, junto a mí. Él aún dormía, por lo que me permití observarlo por varios segundos. No podía estar más feliz. Travis sentía algo por mí, como yo lo hacía por él. Aún no podía creer que hubiéramos pasado la noche juntos.

Me levanté de la cama con cuidado. No quería despertarle. Aquello seguro que le ponía de mal humor. Miré el reloj de mi muñeca y descubrí que aún era temprano, por lo que seguramente nadie estaría despierto aún. Era el momento perfecto para volver a mi habitación.

Me vestí en silencio y antes de marcharme volví a echarle un vistazo primero a Travis, después a los cuadros. Estaban todos destapados, a excepción de uno. ¿Qué sería? Seguramente no le importaba que los viera. Avancé varios pasos y descubrí el lienzo.

Era una pintura preciosa... una pintura preciosa sobre mí.

Eran mis ojos. No cabía duda. Travis me había dibujado y eso consiguió hacerme más feliz de lo que ya estaba. Travis sabía querer, estaba segura. Pero quien no lo sabía aún era él.

Así que agarré una hoja y escribí una bonita cita:

«Si hay tantas opiniones como cabezas, debe haber también tantas clases de amor como corazones. Ana Karenina.»

Apenas le quedaba comida a Capi, y decidí ir al pueblo en cuanto dio la hora necesaria. Antes de salir del hotel me topé con Sengua, que me detuvo risueña:

—¿Dónde vas?

—A dar una vuelta.

—¿A éstas horas?

Rezongué por su insistencia.

—Sengua... ha amanecido con sol, tengo ganas de tomar el aire. Ayer terminé con un gran dolor de cabeza por el bar.

—¿Qué tal se dio el primer día de trabajo? Espero que nadie te molestara. Este pueblo es pequeño pero los fines de semana hay muchos borrachos.

—¡Muy bien! Esta noche vuelvo a ir. Lo único malo es trasnochar, pero bueno. Supongo que luego dormiré un rato. Me voy, Sengua. ¡Hasta luego!

—¡Ten cuidado!

Salí del hotel y respiré aire puro. Lo que le había dicho a Sengua por una parte era cierto. En el tiempo que llevaba allí apenas había paseado por el lugar, y quería hacerlo ahora que me sentía con ánimos.

Avancé por las afueras hasta que llegué al pueblo. Ya había gente despierta y me sorprendió que hubiera tanto ambiente. Mucha gente mayor me saludaba a pesar de no conocerme y yo, encantada con tanta afabilidad, les devolvía el saludo.

Llegué a la plaza donde la presencia de personas era más abundante. Todos aprovechaban que había salido el sol para disfrutar de él. Entonces un establecimiento llamó mi atención; era una floristería. Había unos caladios preciosos en la entrada y me acerqué

a olerlos.

—¿Te gusta?

Pegué un respingón ante la cercanía de aquella voz masculina. Alcé la vista y descubrí a un hombre delgado y bien proporcionado. Su cabello era castaño, incluso tirando para un tono más oscuro, sus rasgos estaban muy definidos a excepción de sus labios, que tenían una forma ovalada muy peculiar. No tenía rastro de barba, daban ganas de pasar la mejilla por la suya y sentir el dulce tacto de su moflete. Además, sus ojos eran armoniosos, de un color verde agua llamativo.

—Sí. Mi abuela me heredó su gusto por los caladios.

—Qué bonito —comentó—. ¿Quién eres? No te había visto antes por aquí.

—Me llamo Hollie.

—Yo soy William, pero me gusta que me llamen Will.

—Encantada, Will.

Estrechamos nuestros brazos y apretó mis manos con dulzura.

—¿Esta es tu tienda? Es muy bonita —pregunté.

—Sí, sí que lo es. ¿A que debería ser ilegal que les tuvieran alergia a mis niñas? —preguntó acariciando las flores que tenía en la calle. Tomó una entre sus manos e hizo un ademán pidiéndome permiso para dejarla en mi cabello. Yo acepté gustosa—. Es una Candy Cane.

—Guau, nunca la había visto.

Miré mi reflejo en el cristal del escaparate. Era una flor muy bonita.

—La mayoría de mis flores son exóticas. Por eso son tan famosas, vienen desde las afueras a comprarlas.

—Eso es muy guay.

Will rio.

—Oye, te presentaría a mi marido, pero está en mi casa. Seguro que le encantaría conocerte, no solemos ver a mucha gente joven por aquí. ¿No eres de aquí, verdad?

Negué con la cabeza amablemente.

—Vengo de bastante lejos —contesté y él asintió con afabilidad—. Bueno, ¿qué te debo?

—¡Oh! Nada, nada. Es un regalito.

—En serio...

—Bueno, dame tu número de teléfono y me debes alguna cenita, mis amigas entre que están casadas o tienen ya hijos, no se acuerdan de mí y no quiero apolillarme.

—Oh, bueno, yo ahora mismo no tengo un teléfono que darté...

—Vaya extranjeros más raros.

—Bueno, trabajo en el bar de la plaza. Podemos vernos allí cuando quieras.

Él asintió con ánimo y me despedí, retomando el camino más contenta si cabía, y observando mi reflejo en cuánto podía para ver que la flor estaba correctamente puesta. No muy lejos había una tiendecita donde compré una bolsa de comida para Capi y la escondí en una opaca para que nadie sospechara nada.

Llegué al hotel y algo extraño captó toda mi atención al sentir cómo un balón de fútbol llegaba hasta mis pies. Me agaché y lo recogí, fijándome entonces en la gran pila que había en una esquina del territorio del hotel, junto a un árbol, de balones de fútbol más antiguos.

Los miré ceñuda por un instante, realmente no me cabía en la cabeza qué podían hacer ahí, Travis no tenía cara de jugar y menos a eso, además, ¿con quién jugaría él? No, no podía ser de él... ¿y por

qué tantos?

—Pssst, psssst.

Giré sobre mis talones y me sorprendí al ver a tres niños de unos diez años metidos en un arbusto fuera del territorio de Travis, solo asomaban sus cabezas, dos de ellos parecían atemorizados pero el otro —un pelirrojo con un rostro bastante pillo—, parecía ser más temerario y, por consiguiente, el dueño del ruido que me había llamado la atención.

—¿Sí? —pregunté con una sonrisa—. ¿Esto es vuestro?

—Si no se lo dices a él, sí, es nuestro —murmuró mirando con el rabillo del ojo a sus costados.

Arrugué mi frente y con paso poco decidido me postré ante el arbusto.

—Tomad —les ofrecí aún con cierto asombro—. Pero, ¿por qué no la habéis cogido vosotros? ¿Las demás también son vuestras?

—Alguna que otra, seguramente —comentó otro de los niños.

El chico pelirrojo asintió con cierta obviedad.

—¿¡Cómo vamos a cogerla nosotros?! ¿¡Estás loca!?! ¿A caso no sabes qué le ocurrió al último niño que intentó coger la pelota que había embarcado... aquí?

—No, no lo sé.

—Pobre Sam...

—Calla, Eric —intervino el pelirrojo—. El señor tiró su pelota por el acantilado.

—Oh...

—Y luego a él.

Me quedé con la boca apocadamente abierta. Estaba claro que yo

veía capaz a Travis de tirar una pelota a un acantilado, de hecho, ¡él había destrozado mi coche en cuestión de segundos! No era algo ilógico, pero, además de eso, yo percibía que había algún atisbo de fantasía.

—Venga, Eric, Sam, vámonos —ordenó el pelirrojo ya con la pelota entre sus manos y se marcharon.

Algo aturdida aún, caminé hacia la puerta del hotel y Ellen me abrió la puerta sin decir nada. Su frialdad me incomodaba, más que nada porque no la entendía, pero tampoco quería agobiarla. Yo no había hecho nada malo, al menos creía que no lo había hecho, por lo que cuando ella estuviera más calmada, seguro que me hablaría y se disculparía.

Subí las escaleras y llegué hasta mi habitación, donde rellené el cuenco de Capi y éste comenzó a comer. Salí y en el pasillo me debatí seriamente si era correcto subir a ver a Travis. Yo quería verlo, lo ansiaba. Después de esa noche... lo que más me apetecía era estar entre sus brazos, oliéndole ese aroma tan exquisito dulzón con notas amaderadas de vainilla.

Decidí que sí. Si él me había metido en su cama, me había acariciado como nunca antes habían hecho y había dormido conmigo, ¿qué podía salir mal?

Él tendría ganas de verme o, al menos, no tendría ganas de no verme.

Subí hasta su planta y cuando fui a tocar la puerta de la habitación, ésta se abrió sola, por lo que decidí entrar. Dejé el bolso y el abrigo sobre un sillón y opté por ir al despacho pues sería donde seguramente estaba.

Toqué varias veces la puerta y como no escuché nada, la abrí. Le sorprendí tapando rápidamente algo que estaba pintando y me sentí un poco avergonzada. Primeramente, porque había irrumpido en su momento de inspiración sin su permiso y segundo, por pensar que me había visto desnuda. En ese momento me di cuenta de verdad de lo

que realmente había pasado la noche anterior y sentí un poco de vergüenza.

—Cuando llames, espera a que abra —gruñó tomando la botellita de agua que había sobre el escritorio y bebió de ella.

—De acuerdo, la próxima vez no llamo —Sonreí acercándome a él—. ¿Qué tal estás?

—Bien —respondió seco. Yo mordí levemente el labio inferior y él achinó sus ojos, fijándose en mi pelo—. ¿Qué llevas ahí?

—Oh, ¿esto? —pregunté agarrando la flor y pasándola por mi nariz para olerla—. Me la ha regalado...

—¿Mark? —interrumpió molesto.

Abrí la boca para contestar, pero no pude articular palabra. Me quedé como si estuviera muda, ¿cómo podía pensar eso? Apenas tenía fundamento.

—No —logré modular al fin con una risilla irónica—. Me la ha regalado el chico de la floristería...

—¿El chico de la floristería?

Su tono era bastante hostil.

—Sí, le he conocido hoy, solo quería ser amable —contesté—. Oye, ¿estás celoso?

—¿Debería estarlo?

—No sé... —musité con cierto ronroneo. Dejé la flor sobre la mesa y después llevé mi mano a su mejilla para acariciarlo, pero él la interceptó y me agarró por la muñeca—. Dímelo tú.

—Eres insoportable.

Lejos de molestarme aquello, sonreí levemente y enredé mis brazos en su cuello. Él se tensó, pero no me rechazó. No decía aquello en serio. Con pocos centímetros de separación entre nuestros

labios, pronuncié:

—Tú también lo eres.

Travis

Me bajé del coche, aunque no seguro del todo. Si no estaba bien lo que estaba haciendo, que alguien me convenciera de lo contrario. ¡Era lo correcto! Lo haría cualquier hombre en mi situación.

Salí del vehículo y cerré la puerta. Caminé hasta la floristería, era una de las dos que había en el pueblo y, por lo que había investigado, solo aquí vendían flores tan raras como la que había llevado Hollie esa mañana.

Aunque entre ella y yo no había ninguna relación romántica que nos atara el uno al otro, no podía dejar de pensar en aquello. Solo pensar que tendría que lidiar con alguien como Mark me exasperaba.

Por eso había decidido ir hasta allí para dejarle las cosas claras. No quería que se interpusiera, ya tendría tiempo si en algún momento Hollie y yo nos separábamos.

—Buenos días, ¿Qué se le...? ¡Oh, oh, oh! — exclamó y comenzó a abanicarse con una de sus manos—. ¡Usted es Travis Redmond!

—Sí.

—¡Mi madre tiene un cuadro de usted! Mi padre se lo regaló a modo de *anillo de compromiso*. Bueno, cabe destacar que ellos se casaron hace dos años, son muy liberales y eso. Pero, ¡oh! Si ella le viera. Adora sus cuadros.

—Normal.

Él soltó una risilla.

—Qué tierno.

Me mantuve en silencio, observándole atentamente. Después de

varios segundos de análisis, carraspeé mi garganta para aclararle las cosas. Al fin y al cabo había ido hasta allí para eso. Entonces, antes de hablar, observé a su espalda un gran marco con tres fotos en él: una donde salía ese mismo muchacho con otro rubio en un *selfie*, otra donde ambos salían posando y otra donde se besaban.

Así que entendí todo y me relajé.

—Perdone, me pongo muy histérica. ¿Qué se le ofrece?

No me sentí avergonzado, de hecho había hecho bien en ir para aclararlo todo. Había sido más fácil de lo que había pensado.

Así que decidí disimular.

—Dame lo que quieras —respondí con indiferencia, deseando marcharme de allí—. Digo, me refiero a las flores que quieras.

—Claro, ¿qué si no? —preguntó con una media sonrisa, saliendo del mostrador—. ¿Ramo, solitaria...?

—Lo que mejor te venga, cojones, aprovéchate y véndeme lo más caro —gruñí.

Él asintió y se escabulló, volviendo a mi vista unos diez minutos después con un ramo de flores cálidas envueltas en seda blanca. Lo cogí con cierto desprecio y le di el dinero.

Salí de la tienda y me introduje en el coche, y, después de conducir unos minutos, frené y tiré el ramo a la basura.

Capítulo 17

Travis

Llegué al hotel poco después. Agradecí enormemente no toparme con nadie; por lo que con celeridad me introduje en el ascensor y ascendí hasta mi casa. Tras abrir la puerta y entrar, cerré rápidamente.

Sentía aquel grato cosquilleo en mis dedos.

Dejé mi chaqueta en el sofá del salón y me descalcé. Avancé hasta mi despacho y retomé el lienzo que antes había dejado a medias. Estaba muy inspirado.

Un rato después el teléfono sonó y solté un gran gruñido. Me molestaba que alguien irrumpiera cuando yo estaba sumido en mi pintura. Dejé el pincel y cogí el móvil, descolgándolo y colocándomelo en la oreja.

—¿Travis? —preguntó Dalton.

Dalton era un viejo amigo de mi padre. Era pintor, aunque ya no ejercía como tal. Más bien se dedicaba a organizar exposiciones de cuadros de gente conocida suya y a veces ayudaba a nuevos pintores con sus prometedoras obras —si pasaba su exigente filtro—. A veces también organizaba actos benéficos, pero lo más normal es que simplemente hiciera exposiciones de cuadros y los vendiera, llevándose cierto porcentaje. Era un trabajo del que él había hecho su vida tras un accidente donde su pulso y su muñeca no volvieron a ser los mismos. De hecho, por ejemplo, el viaje a Bristol fue organizado por él.

—Sí. ¿Qué quieres?

—Sí, eres tú, nadie más simpático —Él rio.

Blanqueé los ojos. Dalton me caía bien, pero su sentido del humor —o al menos el que él creía que poseía— me irritaba. Le tenía un especial cariño ya que había sido un buen amigo de mi padre y él me había ayudado a crecer como pintor cuando descubrí —gracias a su pasión— que la mía era la misma.

—Vaya, ahora tengo seguro que me vas a pedir algo.

—No vas por mal camino, Travis, para nada.

—¿Más cuadros? ¡La última exposición fue hace poco! No cuentes conmigo.

—Realmente, la última exposición fue hace más de un mes. Y sí, estoy organizando otra, y sí, quiero más cuadros, y...

—¿Y...? A ver, ¿cuántas cosas pretendes pedirme?

—Oye, ¿y si nos vemos? Será mejor que te lo pida en persona.

—¿Estás aquí? —pregunté.

—Voy a estarlo, puf. Te lo digo ahora, posiblemente así me libre de una buena hostia. Tengo gente de tu alrededor dispuesta a comprar cuadros y había pensado organizarlo en tu hotel.

—¿En mi... qué? ¡No! ¿Cómo puedes tener la poca vergüenza de pedirme eso?

Perlas de sudor comenzaron a deslizarse por mi frente y mi nuca comenzó a doler.

—Tampoco te estoy pidiendo nada extraño, solo que me hagas el favor. Zack, ¿le recuerdas? Necesita algo de dinero para viajar a Europa. Quiere realzar allí su carrera.

—Sus pinturas de mierda no van a mejorar por mucho que viaje a Europa.

—Venga, Travis, no seas gruñón —dijo tras soltar una risilla—. Había pensado en llamarlo a él, obviamente a ti, a Stacey Disanto..., ¿sabes quién es?

—La chica que pinta un pato en todas sus obras.

—Exacto.

—No vas a llamar a esa, joder. A mi hotel no va a entrar cualquier gilipollas que cree que calcando estupideces va a triunfar.

—¿Estás aceptando?

—¡No! —exclamé exasperado—. Voy a pensármelo, joder. Pero si acepto, vendrán los que yo quiera, ¿de acuerdo?

Una de las cosas por las que odiaba hablar con Dalton era porque poseía un extraño don para convencerme de cosas que no deseaba hacer.

—Sí, es lo menos que puedo aceptar. Pero por favor, expón tú también. Y deja a Zack que lo haga.

—Sí, sí, ya, calla.

—¿Cuándo voy a tener respuesta?

—Cuando me salga de los huevos, Dalton. Deja las prisas.

—Está bien —contestó carcajeándose. Él nunca se ofendería por mis formas—. Además...

Un sonido estridente me sobresaltó. Tapé el cuadro con celeridad y abrí la puerta. Era Hollie, que estaba más sonriente y alegre que nunca. Se hizo paso en silencio por el despacho y comenzó a observar cada rincón de éste, como buscando algo. Después, cuando reparó en que la estaba mirando, hizo un ademán de que esperaría hasta que terminara de hablar. Después, siguió husmeando.

—Que sí, mañana hablamos —gruñí.

—¿Me has escuchado, Travis?

—Mi respuesta es que no a lo que sea que hayas dicho. Mañana hablamos.

Colgué con rapidez. Tenía mucha curiosidad por saber el motivo por el que Hollie estaba tan contenta. Dejó su abrigo sobre el sillón y también su bolso, después se postró frente a mí mientras yo dejaba el teléfono sobre el escritorio y tomó sus manos por la espalda.

—Hola —saludó con un tono socarrón que me hizo esbozar una leve sonrisa.

Ella sonrió también y enredó sus brazos en mi cuello, provocando que, sin pensarlo, yo posara mis manos en su cintura.

—¿Por qué estás tan contenta? ¿Quieres algo?

—Pues... —musitó burlona—. ¿Dónde está?

Estaba ilusionada. No dejaba de observar nuestro alrededor mientras continuaba con aquella gran sonrisa en su rostro.

—¿Dónde está el qué?

—No te hagas el tonto... —canturreó—. ¿Quieres que cierre los ojos?

—¿Hollie...?

Ella cerró los ojos con emoción, y empezó una extraña cuenta atrás. Yo apoyé mi trasero en el escritorio esperando a que terminara y me explicara su extraño comportamiento.

—¡Cero!

Abrió ampliamente los ojos con una actitud hilarante. Cuando me vio sentado frente a ella, de brazos cruzados, arrugó la frente y en su rostro se instaló cierta decepción.

—¿Y el... y el ramo?

Fruncí el ceño.

—¿Qué ramo? —pregunté confundido. Después, supe a qué se refería—. Ah. El ramo. En la basura.

—¿En la qué?

Parecía horrorizada.

—Hollie... mmm... a ver. ¿Cómo sabes que he comprado un ramo? ¿Has vuelto a ir?

—Sengua me ha mandado al pueblo a comprar algunas cosas y volviendo Will me contó que el gran Travis Redmond había comprado un ramo de flores carísimo, y yo... yo pensé...

—¿Will?

—El chico de la floristería.

Alcé una de mis cejas.

—¿Pensaste que era para ti? ¿Por qué te las iba a regalar? ¿A caso es tu cumpleaños?

—No hace falta que sea un cumpleaños para hacer un regalo...

—¿Y por qué te iba a regalar un ramo de flores?

Además de desconcertada, parecía decepcionada. Incluso parecía estar algo así como triste. Y me sentí un poco mal por ello.

—Hollie... —añadí apesadumbrado.

—No, es verdad. Tienes razón. ¿Por qué ibas a regalarme flores? —cuestionó con los ojos brillantes.

Pensé que estaba a punto de llorar, pero no soltó ni una lágrima. Después, tras mantenernos en silencio por unos segundos, agarró su abrigo y el bolso y tomó camino dispuesta a irse. Cuando estaba a punto, agarré débilmente su brazo, haciéndola girar.

—He ido a la floristería porque me jode la idea de que puedas

gustarle —confesé con esfuerzo. Hice grandes pausas entre cada palabra por la costosa voluntad que me suponía decir eso en voz alta.

—¿Cómo voy a gustarle a William? Está casado. Con un hombre —contestó aún decaída.

—Lo he descubierto hoy... —respondí con una media sonrisa, esperando que, como siempre hacía, ella también sonriera. Pero no resultó.

Ella seguía seria y afligida. ¿Por qué parecía que aquello le había molestado tanto? No lo entendía.

—Bueno —suspiró—. Voy a mi habitación, estoy algo cansada.

—Hollie —intervine antes de que ella se marchara—. ¿Te has enfadado conmigo?

Yo sabía que esas cosas no se preguntaban pero yo era malo en descubrirlas por mi propio pie. Podía percatarme de las mentiras, de las traiciones, de los dobles intereses, pero no de cosas tan sencillas para otras personas como lo es cuando alguien está enfadado.

—No.

Y ahí me di cuenta de que me estaba mintiendo. ¿¡Cómo podía estar enfadada por un maldito ramo de flores!? Suspiré y desvié por segundos mi vista. Quería relajarme e intentar comprenderla, pero como no pude, opté por dejarlo pasar.

—¿Por qué no te quedas entonces aquí? ¿Con... conmigo? Tengo que hacer algo y necesito que me ayudes.

Su mirada apagada brilló por instantes y la comisura de sus labios se elevó levemente cuando escuchó mis palabras. Volvió a dejar el abrigo y el bolso en el sillón y preguntó:

—¿Cómo?

—Aún no es seguro, tengo que pensarlo. Quizá se celebre una exposición de cuadros en el hotel, y tengo que elegir a los artistas que

quiero que expongan, y... me gustaría saber tu opinión.

—¡Qué guay! —exclamó—. ¿Y qué falta para asegurar que se celebrará en el hotel?

—Mi consentimiento.

—Y... ¿por qué no lo das ya?

—No me agrada que la gente venga. Me agobio.

—Ya —siseó mirando al suelo—. ¿Lo hacemos entonces?

¿Hacer el qué, Hollie? Me fue imposible no sonreír disimuladamente ante su genuina inocencia. Después asentí y tomé asiento. Ella fue a buscar una silla donde sentarse, y la acercó para sentarse a mi lado.

Buscamos la base de datos personal de Dalton donde había miles de nombres de pintores interesados para exhibir sus exposiciones. A Hollie le gustaron los cuadros de Zack, y aunque me sentó mal, decidí no mostrarlo porque no lo entendería. Llegaba a pensar que yo aborrecía sus cuadros por tema personal, ya que él solía coquetear con Alizze cuando ella estaba a mi lado, y eso me disgustaba.

A Hollie también le llamó la atención los cuadros de Annie Maillet, una chica más o menos de mi edad que pintaba obras girando al mismo tema, el de “bellezas angustiadas”, donde miles de mujeres bellas sufrían miles de dilemas. Como no conseguía ver bien desde su sitio, la invité a sentarse en mi regazo, y con gusto aceptó, aunque también se ruborizó.

Contacté con Annie por Hollie y ella aceptó. Que la galería se iba a celebrar en mi hotel ya era un hecho, por lo que me adelanté y le escribí un email a Dalton confirmándoselo y pocos minutos después él estaba eufórico.

También escogimos a Michael Pham, un hombre que pintaba lienzos surrealistas y eran muy buenos, pero con poco reconocimiento. Admitiré que si no hubiera sido por Hollie, yo no les

hubiera brindado esa oportunidad.

Seguimos mirando y la vi. Ahí estaba, metida en la lista, Alizze Gravois. Me quedé mirándola fijamente, había una foto de ella con su cabello castaño recogido, sonriente con su típico labial rosa y mostrando su autorretrato anaranjado.

—¿Quién es? —preguntó Hollie animosamente, pasando su brazo tras mi espalda.

Me removí y ella entendió que quería que se levantara.

—Ya los hemos elegido a todos, ahora, ¿puedes dejarme solo? Tengo cosas que hacer.

Ella se quedó algo aturdida, pero aceptó. Cogió sus cosas y salió por la puerta.

Una vez solo, golpeé mis nudillos rabioso contra el marco de la puerta. Cada vez que veía su rostro en cualquier lado mi cuerpo se llenaba de ira.

Alizze Gravois era la hija única de Remi Gravois, un pintor y escultor anti dualista famoso en Francia. Desde que había sido pequeña, Remi le había inculcado la pasión por el arte y Alizze había crecido con la idea de que heredaría el oficio de su padre. Pero las técnicas pueden enseñarse; el talento natural no. Y eso era algo que a Alizze siempre le frustraba mucho.

La conocí en el segundo año que viví en Francia, pero en el cual yo ya cursaba el cuarto curso de Artes. Debido a mi intelecto artístico me adelantaron tres años tras cursar el primero. Ella estudiaba aquel curso con esfuerzo.

Sus cuadros siempre me resultaron mejorables, pero desde el primer momento que la conocí algo hubo en ella que me cautivó.

Poco a poco nos fuimos conociendo y, meses después, comenzamos una relación. Mi primera relación formal y amorosa. Pasamos momentos bonitos destacables; pero también los hubo

malos. La frustración de Alizze y el no querer decepcionar a su padre rozaron para ella la obsesión.

Dos años después nos casamos, y aunque yo no lo veía preciso en aquel momento, Remi nos animó a hacerlo.

Y ahora, echando la vista atrás, me replanteé una duda. ¿La había olvidado?

Capítulo 18

Hollie

19 de Junio de 2016

Habían pasado unas cuantas semanas desde que Travis había decidido organizar la exposición en el hotel. Esas dos semanas habían sido muy incómodas, me atrevería a decir que incluso más que el tiempo que estuve allí con el temor a no ser descubierta por él.

Travis se había pasado todo el tiempo con Dalton, concretando todos los detalles para que estuviera en su correcto orden, y siempre que él había estado allí, yo no había podido salir.

Me había pasado todos esos días con una aburrida rutina: los fines de semana trabajaba, y los demás días me escabullía a la floristería para hablar con Will y después volvía a mi habitación, junto a Capi.

Respecto a Travis, apenas habíamos estado juntos. Pasé dos noches en su cama, pero opté por no volver a ir. Todo era bonito cuando le sentía junto a mí, deleitándome con sus caricias, recibiendo todo el calor con su tacto, pero luego llegaba el amanecer, y con ello, de nuevo, el frío. Un frío filoso que solía dolerme más que cualquier otro. A menudo le observaba por la ventana hablar con Dalton en el jardín, con alguna decoradora o jefa de cáterin que amenazaba con comérselo con los ojos, y aunque él no daba ningún indicio a que siguiera, le gustaba sentirse superior a ellas, o, al menos, pensarlo. Su actitud y posición arrogante me lo decía todo.

A mí todo comenzaba a dolerme más de la cuenta. Su actitud fría, su manera cortante a la hora de responder, su continuo desafío al pensar que querías algo de él era algo que me dolía, porque yo estaba perdidamente enamorada de él.

Ya lo sabía.

Tenía claros mis sentimientos pero él no parecía tenerlo tanto. Él era oscuro, enrevesado, y nunca, pero nunca, nunca, hablaba sobre lo que sentía.

Que él me lo hubiera avisado no quitaba que aquello doliera.

Pero lo peor no había llegado hasta hacía un par de días. A pesar de todo, por las noches, o en los ratos libres que tenía había fantaseado con que el día de la galería yo bajaría del brazo de Travis las grandes escaleras y me presentaría a toda esa gente de la alta sociedad como su novia. Pero sabía que no sería así. Aunque tampoco me esperaba que me pidiera que me fuera a la casa de Sarah –como todos los demás empleados–, ese día.

Desde entonces, sí que todo había ido como la mierda. Me había tirado todas las lentas horas tumbada en la cama, temiendo que llegara el día.

Y ya había llegado.

Estaba tumbada boca abajo en la cama. Había una pequeña maleta tirada por el suelo esperando a ser rellena por algunas mudas para pasar la noche en la casa de Sarah, pero no tenía ganas de hacerlo. Estaba triste, desanimada, cansada... si solo él me permitiera quedarme encerrada en la habitación –como siempre– quizá lo aceptaría más gustosa que marchándome del hotel.

Irme de allí suponía mucho más para mí, suponía dejar solo a Travis con miles de mujeres en un sitio donde había miles de camas. Una para cada chica que conociera.

Además, la idea de dejar solo a Capi en la habitación durante toda una noche no me parecía la mejor de todas. Al pobre lo tenía metido

en el cuarto de baño en ese momento porque Sengua entraba y salía de mi habitación.

La puerta sonó dos leves veces y luego una más estruendosa. Sin ánimo de levantarme, y de ni si quiera cambiar mi postura, di permiso para entrar.

—¿Podemos hablar? —preguntó Travis una vez dentro de mi habitación.

Me re Coloqué en la cama y me senté, asintiendo tenuemente, y él cerró la puerta a sus espaldas. Después rascó levemente su nariz.

—Ya iba a ponerme a colocar las cosas en la maleta.

Me levanté mientras él observaba ceñudo la maleta aún vacía, cosa que me hizo blanquear los ojos fuera de su vista.

Él estornudó.

—¿Puede esperar un momento?

Suspiré y asentí.

—Tú dirás—respondí.

Él exhaló profundamente y se acercó a mí, acariciando una de mis mejillas con la yema de su dedo pulgar, cosa que, a diferencia de otras veces, no me estremeció. Después torció levemente la cabeza y elevó la comisura de sus labios.

—Mañana todo habrá pasado y volverás a estar aquí. Tú y todos. A ver, sabes que a mí esto no me gusta. De no haber sido por ti no habría aceptado, pero una vez que lo he hecho, tenía que seguir adelante. Más que nada por Dalton.

—No te preocupes —mascullé.

Estaba molesta, pero, ¿qué podía hacer? Al fin y al cabo mi malestar era simplemente mi culpa. Yo me había ilusionado. Él me había dejado las cosas claras desde el principio y yo había aceptado. Pero claro; en ese momento no pensé en las consecuencias.

—Está bien —siseó, alejándose a mí.

Se dirigió hacia la puerta y colocó su mano en el pomo. Primero estornudó, y cuando se recuperó, añadió:

—Voy a exponer los cuadros que tenía en mi habitación la primera vez que los viste.

Asentí levemente y fruncí mis labios en un intento de sonrisa. Pareció desilusionado por mi comportamiento; pero no me apetecía fingir. Tampoco es que se lo mereciera. Así que segundos después se marchó.

No me permití llorar. Negué levemente con la cabeza y abrí el armario. Comencé a coger algunas prendas de ropa, hasta que algo en mí se encendió y se me paralizaron las manos.

«Voy a exponer los cuadros que tenía en mi habitación la primera vez que los viste»

¿Y si también iba a exponer el mío? Si había sido capaz de dibujarlo, ¿por qué no mostrarlo en la exposición?

Y si eso era así... ¿cómo iba a perdérmelo?

¿Cómo iba a irme? No podía. No podía perderme ese acto que tanta ilusión me hacía. No podía, definitivamente no.

Dejé la ropa que tenía entre las manos tiradas en la cama y me dispuse a salir a buscarle, pero Sengua me interceptó en la puerta de la habitación.

—¿Dónde se supone que vas, jovencita?

—Tengo que ir a ver a Travis —respondí con ilusionada.

Me dolían las quijadas de la sonrisa que se me había enroscado en el rostro.

—Se acaba de marchar con Charles para hacer unos últimos retoques y recoger al señor Dalton. ¿Para qué lo quieres? ¿Qué ha pasado? ¿Y ese cambio de actitud?

—Pues... —musité con emoción—. Pasa, pasa. ¿Prometes no decir nada?

—Yo a mi James no le guardo secretos.

Cerré la puerta y la miré.

—James y tú sois algo así como la misma persona, así que no importa. Travis... ¡Travis va a exponer un cuadro que pintó de mí! ¡De mí, Sengua!

—¿Qué? ¿Estás segura de lo que dices? Él ya no pinta mujeres, Hollie... estarás confundida...

—¡No! Yo lo vi. Yo me reconocí. Yo... Sengua, quiero quedarme. Por favor. Voy a morir de los nervios si no veo eso. ¿Sabes lo que significa para mí?

—Cariño... imagino qué es lo que significa para ti. Pero... ¿para él? No quiero que sufras...

—Por favor, por favor... —pedí con súplica—. Necesito esto. Lo necesito.

Pero pese a implorárselo casi de rodillas, Sengua no dejó de decir que aquello era mala idea. Viendo mi negativa a irme, fue ella misma quien metió mis cosas en la maleta y me obligó a irme con ellos a la casa de Sarah.

Estaba inquieta. Casi todos ya estaban durmiendo, menos yo. Aún era demasiado temprano para mí. No podía dejar de pensar en Travis, en la exposición, en aquel cuadro...

Necesitaba ir. Lo necesitaba con todas mis fuerzas. Quizá era un error, pero era lo que yo creía preciso. Quizá por tomar esa decisión las cosas se tornaban peores, pero me había dado cuenta de lo que no quería. No quería aquella relación con Travis. Había aceptado su amor a medias, pero éste me hería tanto que había llegado el momento de retroceder varios pasos.

O avanzarlos.

Quizá ir, al contrario de lo que parecía, servía para avanzar en nuestra relación.

Aquella exposición era más que eso para mí.

Decidí salir a hurtadillas de casa de Sarah y anduve hasta llegar al hotel. Había muchísimos coches rodeándolo. Nunca lo había visto tan lleno.

Corrí hasta la puerta trasera del hotel y entré. Me esmeré mucho en no ser descubierta por nadie, y lo conseguí. Ingresé en un pequeño ascensor de servicio y llegué a la planta de mi habitación. Sin hacer ruido entré y tras cerrar, encendí la luz.

—Hola, Capi.

Capi ladró, pero la música estaba tan alta que no temí que nadie lo escuchara. Lo acaricié y entré al aseo. Me miré al espejo y decidí que así no podía bajar.

Tras un rato arreglándome, miré el resultado en el espejo del cuarto de baño de mi habitación. Ya se oía bastante ruido abajo, avisándome de que la galería ya había más que comenzado.

Se escuchaba música elegante, y no había gritos desagradables como en las fiestas que yo solía frecuentar.

Por lo que había visto a través de la ventana, todos iban de gala, por lo que yo no podía ser menos y dejar a Travis en evidencia. Quería que se sintiera orgulloso de mí, que viera que yo también podía ser una de esas señoritas remilgadas las cuales no inmutan sus facciones faciales para no estropear nada de su caro maquillaje.

El vestido me llegaba hasta los tobillos, era de falda caída de un color azul oscuro eléctrico. El corpiño era más ajustado, con unos acabados preciosos que lo adornaban y lo hacían ver más llamativo. Su escote era de palabra de honor y dejaba al descubierto mis blancos hombros cubiertos de pequeños lunares dispares.

Era el que había llevado para mi graduación, y por eso lo conservaba, porque le tenía especial cariño.

Opté por no llegar nada de abalorios. Resultaba cargado. Respecto al cabello, opté por plancharlo con paciencia y lo enlaqué para después sujetar las dos secciones laterales del cabello bien peinadas con horquillas en la parte trasera. Peiné entonces el resto del cabello hacia atrás con cuidado de no quitarle el volumen y listo.

Con el maquillaje tampoco abusé mucho. Apliqué la base de mi color para hacer desaparecer las imperfecciones y usé el ahumado en mis ojos, y después apliqué un labial clarito para mis labios.

Y listo.

Le pedí a Capi que me deseara suerte y salí de la habitación. Cerré la puerta a mi paso. Estaba hecha un manojo de nervios. Temía que me traicionaran y que me hicieran caer de los tacones que llevaba. Opté por bajar por el ascensor, sería más seguro y quizá por la escalera llamaría más la atención, y no quería eso.

Así hice, hice caso a mis instintos e ingresé en el ascensor, marcando la planta de abajo.

En el pequeño espejo que había ahí dentro comencé a ensayar mi mejor sonrisa y la más sofisticada, aunque no sabía muy bien cómo se sonreía así. Por unos instantes quería huir, quería echar el tiempo atrás y no haber salido de la casa de Sarah y así estar tranquila.

Y es que lo que estaba haciendo podía condenarme o glorificarme respecto a Travis. La respuesta solo podía ponerla él.

El timbre del ascensor sonó y se paró. El ruido ya estaba cerca de mí y, entrecerrando los ojos, con el miedo atolondrando mi cuerpo, la puerta se abrió.

Y nadie reparó en mí.

El hotel estaba como nunca antes lo había visto; repleto de gente. Olía riquísimo, había muchísima gente sirviendo copas y canapés a

los miles de invitados que había vestidos de forma muy elegante.

Bajé del ascensor y avancé entre toda aquella gente. No conocía a nadie, pero eso no acrecentaba mi sentimiento de fuera de lugar. Por ahí estaba Travis, y él era la única persona que me importaba.

Esboqué mi mejor sonrisa y caminé mientras le buscaba.

Una mujer vestida de camarera muy elegante fue la primera en reparar en mí y me ofreció una copa que acepté gustosa. Caté el contenido y aunque estaba un poco fuerte, dejaba buen sabor de boca. Eso tenía pinta de ser sumamente caro, pero, ¿y qué más daba? Yo también tenía derecho a beberlo. Intentaba convencerme mentalmente de que yo ahí no era una intrusa, intentaba convencerme de que todo eso no era demasiado para mí.

Que Travis no era demasiado para mí.

Seguí buscándole. En condiciones normales el hotel no se me hubiera hecho tan sumamente enorme como para que me costara verle. Por un momento me agobié, tuve que respirar con tranquilidad para encontrar la calma y no montar un espectáculo.

Bebí todo el contenido de la copa y la dejé sobre una de las bandejas que portaba un chico. Él me ofreció otra y la acepté con gusto y, cuando me giré con la copa en mis labios, lo vi.

Pero supe a la perfección que yo no le había encontrado. Me había encontrado él a mí, ya que su mirada solo estaba clavada en mí. Sus ojos estaban desorbitadamente abiertos, sus labios formaban la misma fina línea de siempre, pero algo más tensa. Su cuerpo en sí estaba rígido, pero no influenciaba en lo increíblemente guapo que se encontraba. Me ruboricé nada más de pensar que él en esos momentos estaba pensando lo mismo, y le sonreí de la manera más tímida que me ha salido jamás.

Suspiré y caminé hacia él. Era el paso definitivo, tenía que saber comportarme para que Travis se sintiera cómodo. Mis mejillas ardían porque él no despegaba su atónita mirada de mí. Me hacía sentir

importante para él, porque a pesar de tener frente a él a una mujer de cabellera rubia, a Dalton y a dos chicas más castañas bien vestidas, él solo tenía ojos para mí.

Todo el recorrido para mí fue a cámara lenta. No veía el momento de estar a su lado, de que me presentara, de ver los cuadros, de olerle, de disfrutar de su compañía. Todas las dudas sobre si me había equivocado se disiparon y solo tenía ganas de entrelazar mis dedos con los suyos delante de toda esa gente.

Cuando estuve a su lado, descubrí que la chica rubia que había visto anteriormente se trataba de Theda, y, aunque me incomodó, tragué saliva y sonreí cortésmente.

—Buenas noches —saludé levantando levemente la copa.

Travis no habló. Theda tampoco. Solo Dalton y las otras dos chicas me convidaron al mismo movimiento.

—Buenas noches, bella dama —contestó amablemente Dalton. Sonreí y miré a Travis, el cual no reaccionaba—. ¿Quién es usted, señorita? ¿La conoces, Travis?

Travis se quedó traspuesto. No daba señales de contestar. Yo quería que lo hiciera él, que me presentara como yo había fantaseado tantas veces, pero por su silencio, decidí hacerlo yo. Aunque alguien me interrumpió.

—No, no la conocemos. Debe haberse colado —respondió Theda con el rostro serio y lleno de rabia.

Sabía que mi presencia no le gustaba, a mí la suya tampoco, pero no sabía el por qué me trataba así. Ella sabía perfectamente que yo estaba viviendo en el hotel.

Esperé a que Travis refutara sus palabras, pero no lo hacía. Ella se enhebró a su brazo y entonces sentí como la sangre me hervía. Él no hacía nada por zafarse de su agarre y tampoco parecía contradecir las palabras de Theda. Entonces, abrí la boca para contestar, pero, al notar que iba a hacerlo a él, sonreí y se lo permití:

—Ella es... —masculló aún confundido. Como debatiendo mentalmente qué decir—. ¿Usted debe ser la amiga que mi hermano me pidió que invitara, no?

Theda sonrió.

Y yo sentí cómo mi corazón se desquebrajaba por segundos.

Sabía que mis ojos centelleaban. Yo sabía cómo mis ojos comenzaban a humedecerse y como la vista se me comenzaba a nublar.

Me sentía mareada. Incluso con ganas de vomitarle el vestido a Theda. Tenía ganas de gritarle a todo el mundo que Travis se acostaba conmigo cada noche y que no sabía por qué decía eso. Aunque eso, injusta y desgraciadamente, me hubiera dejado en peor lugar a mí que a él.

Aunque segundos después entendí por qué decía aquello. Él se avergonzaba de mí.

Y, con toda la rabia, el odio, la impotencia del mundo, sonriendo con dolor, articulé:

—Sí. Así es.

Capítulo 19

Hollie

Me sentía vacía. Tenía ganas de llorar, de irme corriendo, en cambio, sonreí. Agarré la copa con ambas manos, intentando buscar estabilidad aunque fuera un absurdo movimiento. Fruncí mis labios y me despedí.

Giré sobre mis talones y cuando les di la espalda, suspiré. Sabía a lo que me arriesgaba al haberme dejado llevar por ese insensato impulso, pero al menos me había servido de algo. Me había dado de bruces contra la realidad.

Travis nunca me querría. No sabía el motivo preciso; quizá por su enfermedad o quizá porque desde el principio me había utilizado.

Fuera el motivo que fuera, me había servido para abandonar.

Me esmeré en no llorar. No podía permitir que Theda se encontrara más a gusto viendo cómo todo me colapsaba.

Miré a mis costados intentando ver algún rostro conocido, alguien que pudiera aliviarme, alguien que no me hiciera sentir tan sola. Pero no había nadie.

Anduve a paso lento por todo el sitio, esperando que le tierra me tragase, pero no sucedía. En ese momento más que nunca me sentí fuera de lugar, sentí que ese nunca había sido mi sitio y que nunca lo sería.

Un frío tacto en mi piel me provocó un escalofrío y me giré. Era Travis, y cuando nuestras miradas colisionaron, sentí ganas de llorar aún más, de golpearle, de maldecirle, pero solo callé.

—¿Qué haces aquí, Hollie? —preguntó aún con el sutil agarre. No despegaba sus ojos verdes de los míos.

Estaba visiblemente tenso.

—Yo tampoco lo sé.

Desvié mi mirada de él, pero aún sentía como me examinaba lentamente. Estaba atónito, seguía en el mismo estado que antes. Humedeció sus labios y me soltó. Después, despeinó su cabello. Estaba nervioso.

—Oye, Hollie, yo... —musitó con cierta dificultad.

Intentaba buscar las palabras exactas que decirle a una chica que acababa de llevarse el chasco de su vida. Se notaba que él sabía cuán rota me encontraba, y no quería terminar de destrozarme delante de tanta gente. Lo peor es que lo hacía por él. Él medía sus palabras solo por su reputación, porque todo saliera bien esa noche.

No por mí.

Le miré con comprensión. Estaba agotada. No tenía ganas de escucharle, no tenía ganas de hablar con él. Solo quería irme y llorar, pero eso era demasiado triste. Más de lo que yo resultaba en ese momento.

—¡Travis! —exclamó Theda, colocándose justamente a su lado. Me miró de arriba abajo con arrogancia—. Acaba de llegar un gran inversor. Pregunta por ti, tienes que ir. Vamos, está junto a Dalton.

Fue bastante insistente y tiraba de su brazo para arrastrarlo con ella. Él no parecía querer despegarse de mí, pero yo quería por primera vez que lo hiciera. Que se fuera, que consiguiera lo único que a él le importaba.

Theda consiguió su propósito y lo alejó de mí con su agarre. Yo les observé hasta que se acercaron a Dalton y a un hombre de unos sesenta años con cabello blanco.

Me dolía seguir viéndole por lo que me giré. Acerqué de nuevo la

copa a mis labios y ya estaba caliente. Todo ese día era una mierda.

Era el momento de irme. Era lo mejor para mí. Pero antes decidí pasarme por la sala donde estaban todos los cuadros; al menos no me quedaría con las ganas de verlos.

Suspiré levemente y me encaminé hacia la sala contigua donde había escuchado uno de los días anteriores que estarían los cuadros. Un camarero volvió a ofrecerme otra copa y la acepté. Yo sola no podía con todo.

Llegué a la sala y había unos cuantos grupos de personas disgregados por el lugar. La sala estaba dividida en pequeñas secciones, donde supuse que estaban los cuadros de cada artista que había expuesto ahí. Me acerqué a uno y descubrí las “bellezas angustiadas” de Annie Maillet. Eran preciosas. Después revisé los demás, hasta que di con los que me resultaban conocidos.

Los de Travis Redmond.

Sin duda, comparándole con los demás, era el mejor. Pero no estaba el cuadro que me había impulsado a quedarme. Apenas sentí dolor. Una parte de mí ya me había avisado de que no iba a estar aquí.

—La grandeza de Travis Redmond es su destreza a la hora de memorizar lo que quiere plasmar. Su mente es como una cámara y sus dedos son la impresora —comentó un hombre a mi lado.

—No lo veo para tanto —gruñó el otro y bebió de su copa. Yo les observaba descaradamente, y cuando él se dio cuenta, me sonrió. Y le reconocí. Era ese tal Zack del que tanto había hablado Dalton—. Hola. ¿Tú quién eres?

—Nadie importante —suspiré blanqueando los ojos.

Él sonrió divertido.

—Yo soy Zack —se presentó ofreciéndome la mano.

Se la di y besó mis nudillos.

—Hollie —contesté.

Esboqué una liviana sonrisa por cortesía.

—¿Has visto mis cuadros?

—Sí, son muy bonitos.

—¿Crees que valen más que estos? —cuestionó señalando los de Travis, ceñudo.

Observé de nuevo los lienzos de Travis y, contundentemente, no. Travis hacía magia con sus dedos y eso era algo que no podía negar, algo que iba despegado a lo buena o mala persona que pudiera resultar.

—Son muy distintos.

—Vamos, Zack. Hay unas personas interesadas en tus cuadros —avisó el hombre de su lado y Zack asintió.

—Espero verte de nuevo, Hollie —dijo haciendo una divertida reverencia.

Asentí frunciendo los labios y él desapareció entre la multitud de gente.

A continuación, opté por marcharme. Había sido suficiente para solo una noche. Tenía que aclarar mis ideas, tenía que darme el aire fresco para recomponerme. Cuando me encaminé a la puerta principal después de coger mi chal, vi la cara conocida que tanto estaba rogando al mundo.

Calvin.

Sonreí y me fui acercando a él. Más, más cerca... hasta que alguien se adelantó y le agarró del brazo con afabilidad. Era una mujer con cabello negro, tez blanca y ojos pequeños y grisáceos. Iba muy elegante, su vestido era largo y rosa... y de embarazada. De muy embarazada.

La chica rio y besó castamente los labios de Calvin. La sorpresa se

instaló en mi cuerpo una vez más.

Era suficiente información para mí, por lo que, de una vez por todas, me marché.

Deambulé por el pueblo al menos una hora. Me sirvió para tranquilizarme, pues al fin había dejado de llorar. Llevaba los zapatos en la mano y el bajo del vestido estaba destrozado. Pero aquello era lo que menos me importaba.

Entendía el por qué había parado en aquel pueblo. Era hermoso, incluso de noche. El río que lo cruzaba era apacible y su leve repiqueteo contra las piedras que lo rodeaban era agradable.

Siendo sinceros, no sabía dónde ir. Estaba claro que no volvería al hotel; pero tampoco quería ir a casa de Sarah. Seguramente tendría que dar explicaciones y era lo que menos me apetecía en aquel momento.

Mientras caminaba por una calle estrecha, comencé a escuchar murmullos a mi espalda. Aceleré un poco el paso, me sentía un poco incómoda. Pero me relajé cuando escuché:

—¿Hollie?

Giré sobre mis talones ante la dulce voz de Mark. Iba con sus amigos y llevaba la guitarra consigo. Parecía que acababa de salir de una cochera.

Le sonreí fugazmente. No quería que pareciera tan obvio mi estado de ánimo; pero ni bailando lo podría haber camuflado.

Mark, preocupado, se acercó con celeridad hasta mí y sin pensarlo dos veces, le abracé. Él me correspondió con cariño. Era una gran persona y buen amigo.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

Hice un leve movimiento de cabeza. Si hablaba estaba segura de

que me echaría a llorar. Él entendió que estaba mal y le dijo a sus amigos que se marcharan sin él.

—¿Quieres que te acompañe al hotel? —añadió.

—No —contesté rápidamente—. Puedes acompañarme, sin más. Si quieres.

Él asintió y ambos comenzamos a andar en silencio. Su compañía me transmitía calma y sosiego. No me hacía sentir tan sola.

—Conozco un sitio al que yo siempre voy a pensar. ¿Quieres que vayamos?

—Pensar es lo que menos quiero hacer.

Mark rio.

—Vale... pero vayamos. También te ayuda a reflexionar.

Finalmente accedí. Mark tomó un desvío del pueblo por el que yo nunca había ido y bajamos una gran pendiente. Él tuvo que ayudarme bastante para que no me cayera. Cuando llegamos a tierra firme, olía a humedad. Habíamos bajado a la playa.

Se veía preciosa. La marea estaba relajada y la arena era fina, lo cual hacía agradable caminar sobre ella descalza. Avanzamos más hasta que llegamos a un terreno algo rocoso, donde me dio la mano y descendimos un poco hasta que paramos en una cueva rocosa que daba al mar.

Nos sentamos con las piernas extendidas y el agua rozaba mis pies.

—Este sitio es muy bonito —comenté.

—Lo es —respondió, suspirando—. Oye, Hollie... ¿qué te ha pasado?

Le miré de soslayo. Se le veía preocupado y, después de todo, se merecía una explicación. Así que miré al frente y comencé:

—Me he enamorado de Travis.

Mark guardó silencio por varios segundos. Parecía atónito.

—¿Cómo? —cuestionó, realmente incrédulo.

—No lo sé. El caso es que... hoy me he dado cuenta de que él no lo está de mí —dije esbozando una leve sonrisa; impidiéndome así llorar como una imbécil—, y no es que alguna vez lo pensara, pero darse cuenta de la firme realidad a veces decepciona.

—Ahora entiendo por qué no querías irte.

Asentí débilmente.

—Puede, puede que fuera por eso.

—¿Puedo decirte algo? Sé que no arreglaré nada, pero quiero que lo sepas.

Sonreí levemente y asentí. Mark se acercó un poco a mí y rozó mi mano con afabilidad.

—Eres preciosa. Y no solo lo eres por fuera; también lo eres por dentro. Y él... él es simplemente gilipollas.

Ambos comenzamos a reír.

—Sí, lo es. Lo peor de todo es que vivo en el hotel de ese gilipollas.

—¿Quieres volver? —preguntó interesado.

Negué con la cabeza.

—No, no quiero. Pero ni si quiera tengo aún mi coche arreglado para irme.

—Yo te ayudaré.

Travis

20 de Junio de 2016

La noche fue como la mierda. En ningún momento había depositado altas expectativas sobre ella; pero no esperaba que fuera tan fatídica.

Aún eran las siete de la mañana, y yo no podía dormir. Varias habitaciones del hotel estaban ocupadas y aunque no las veía, me sentía agobiado. Necesitaba fervientemente que se marcharan de una vez.

Ellen y los demás habían llegado hacía media hora, y ya estaban limpiando. Me había sorprendido que Hollie no viniera con ellos, por lo que le había preguntado a Ellen. Ella solo sabía que se había marchado una vez se habían dormido todos y no la habían vuelto a ver. Hara estaba especialmente afectada, pero James la consolaba diciéndole que no le había pasado nada, que era joven y que posiblemente estuviera de fiesta.

Yo estaba sentado en un sofá de la recepción, esperando su llegada. Si es que acaso se producía. Teníamos una conversación muy pendiente. Aún no entendía la razón por la que ella había decidido no obedecerme y había asistido a la exposición. No le encontraba sentido aunque me esforzaba.

¿Tanto le costaba a Hollie aceptar lo que le había pedido?

Pese a todo no podía dejar de sentirme mal. Me sentía sucio y rastroso. La situación me había obligado a renegar de ella delante de todos.

El supuesto inversor no había dejado de hablar ni un segundo, pero yo no había podido prestarle atención. No había podido despegar la vista de Hollie. Había ido realmente preciosa. Todos mis sentidos habían deseado estar con ella, explicarle todo, pero sabía que no era la situación. Estar con ella frente a todos hubiera supuesto implicarla en mi mierda de vida *pública* la cual odiaba y de la cual huía siempre que podía.

Había dejado plantado al inversor, a Dalton, a Theda, por encontrarla. Pero no la había vuelto a ver. ¿Dónde estaba si no había

vuelto a casa de Sarah?

Un rato después, cuando ya estaba al punto del colapso, Hollie entró al hotel por la puerta principal mientras que otros huéspedes ya se iban. Se acercaron a mí para agradecerme la hospitalidad y el evento, por lo que Hollie aprovechó para correr escaleras arriba.

Los despaché pronto y subí tras ella con celeridad, deteniéndola con mi voz a punto de abrir la puerta de su habitación.

—¿Dónde estabas?

Intenté que mi tono fuera rudo, autoritario. No quería que ella pensara que yo había estado preocupado por su escapada.

Ella rezongó y me miró con agresividad.

—¿Qué te importa?

Alcé una de mis cejas ante aquella inesperada contestación.

—Lejos de ti. He estado lejos de ti —añadió.

Su actitud estaba exasperándome, pero quizá debía intentar ser comprensivo. La había tratado mal la noche anterior y quizá debía explicárselo, aunque nada le quitaba la culpa a ella de haberse entrometido en mis asuntos.

—Hollie, yo... voy a explicártelo. ¿Me acompañas a mi despacho?

Ella retrocedió varios pasos y soltó una leve carcajada.

—¿Haces esto porque no nos ve nadie? —preguntó.

Me rompió el corazón escucharla decir eso.

—No, no, Hollie, no. Lo siento. Me he comportado como un estúpido, te juro que me arrepiento...

—No hace falta que te disculpes. No sirve de nada.

—¿Estás enfadada?

Podía intuir que sí lo estaba, pero como ya había dicho, yo no era bueno adivinando esas cosas.

—No. No estoy enfadada. Simplemente... he abierto los ojos.

Su aspecto lucía desaliñado y me sorprendía la seguridad que empleaba al hablar.

—Hollie... yo... yo estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para que me perdones, solo dilo...

—No es cuestión de perdonar, solo es cuestión de darse cuenta de que no buscamos lo mismo. Desgraciadamente me he enamorado de ti. Y tú... no.

Que usara esas palabras me afectó más de lo que ella podía imaginar.

—Hollie...

—No importa. No me importa. Tú no quieres. Tú no sabes querer. Tú simplemente... te quieres. Solo te importas tú.

La crudeza con la que articulaba esas palabras me rompía. No era la primera vez que las escuchaba, y estaba seguro que no sería la última.

—Yo no sé querer de otra manera —contesté tras un largo suspiro.

Todo en ese momento me podía, me sentía más débil que nunca. Me sentía derrotado, sentía hasta cómo respirar me costaba.

—Pues yo tampoco. Y me he cansado, me he cansado de darte todo de mí y no recibir nada a cambio. Me lo avisaste, lo sé. No quiero que me lo reproches. Soy consciente de que ha sido mi culpa. Por eso no quiero más. Hasta aquí.

A lo largo de mi vida, yo había pensado con certeza que había heredado dos cosas de mi padre. Una de ellas el color de ojos; mi madre me había dicho varias veces que cuando me miraba, a veces se confundía y sentía que se trataba de él. La otra cosa que había

heredado había sido su enfermedad. Mi padre había tenido una serie de frustraciones a lo largo de su vida junto a unas expectativas que no había podido cumplir y pasó sus últimos años enfadado un poco con la vida. Yo era de silicona. Tenía la misma enfermedad que mi padre. No saber sentir. Nunca me dijo te quiero ni yo a él.

—¿Hollie, estás bien?

Giré sobre mis talones ante esa engorrosa voz y ahí estaba, clavado tras de mí. Solté una pequeña carcajada y volví mi vista a Hollie.

—¿Has estado con él?

—Sí —contestó encogiéndose de hombros, con indiferencia—. Gracias por todo este tiempo en el hotel. Voy a irme. Quiero las llaves de mi coche.

—El coche aún no está arreglado.

Era mentira, pero que se jodiera.

Hollie asintió y abrió la puerta de su habitación, entrando con celeridad y cerrando de igual forma. Miré fugazmente a Mark y decidí que la conversación no finalizaría ahí. Abrí la puerta con violencia e ingresé.

Capítulo 20

Hollie

Travis entró a la habitación y descubrió el secreto que había guardado durante semanas. Con el rostro desencajado, él observó ferozmente a Capi, mientras que yo lo cogía entre mis brazos para evitar que le hiciera algo. No podía fiarme de él.

—¿Qué cojones...?

—Tranquilo, que ya nos vamos.

Intentaba mostrarme segura, pero por dentro todo estaba derribándose.

—¿Desde cuándo está este animal en mi hotel?

Estaba muy enfadado, y realmente temí por mí. Pero tenía que mostrarme fuerte. Me iría de allí para siempre y él no tendría ya ningún poder sobre mí.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí. Muchas cosas que no sabes en general. No eres el dueño del mundo. No puedes controlarlo todo.

—Sí puedo. Lo llevo haciendo mucho tiempo.

—Lo haces porque tu miserable vida se reduce a este hotel. Por eso nunca quieres salir, ¿no? Porque sabes que fuera de él no eres nadie.

Pronunciar aquellas palabras me dolía, pero era tal la rabia y la

impotencia que sentía que simplemente salían cosas. Sin pensar.

—Vete —ordenó, furioso—. Vete de mí hotel.

Asentí cerrando una maleta. Había aún muchas cosas en aquella habitación, pero quería irme cuanto antes de allí, por lo que solo me llevé lo indispensable.

—Adiós, Travis —dije antes de cruzar la puerta—. Espero que todo te vaya bien. Espero que seas feliz y, sobretodo, espero que no alejes a más personas de tu lado.

Y me marché, escuchando cómo el caos se creaba justo unos pasos detrás de mí.

24 de Junio de 2016

Aquellos días los pasé encerrada en la cochera de Mark. Él había sido muy amable conmigo, por lo que no me había faltado de nada los días que estuve allí. Solo salía para pasear con Capi, y, justamente al contrario de mí, él estaba más feliz que nunca por aquella libertad.

Aquel viernes, cuando iba a trabajar al bar, Jayline y Niles me dieron la noticia de que a partir de aquel día iban a prescindir de mis servicios. Mark no lo entendió y enfureció con ellos, pero yo me podía hacer una idea del motivo de aquella decisión.

Travis Redmond había intervenido.

Tuve que sacar casi a rastras a Mark para que no se enzarzara en una pelea con Niles. Después, enfurecido, había querido ir a pedirle explicaciones a Travis, pero conseguí disuadirle y fuimos a una cafetería cercana para cenar. Allí nos encontramos a Will y Marco, que, tras narrarle lo que me había pasado, me ofrecieron su casa, encantados. Mark se mostró un poco reacio a aquella mudanza, pero era lo mejor para mí. En su cochera Capi y yo no teníamos apenas agua y él tenía que estar llevándonos comida todos los días.

Travis

28 de Junio de 2016

Nadie había preguntado por Hollie y la normalidad volvió al hotel. No había vuelto a saber nada de ella, cosa que me sorprendía bastante. Yo personalmente me había encargado de que la despidieran de ese trabajo y volviera a rogarme que la dejara volver a mi miserable hotel, tal como lo había calificado ella. Qué desagradecida. De todas formas, aquello no había sucedido. ¿Tan bien la atendía Mark?

No sabía bien si Hara o cualquiera de ellos conocía el paradero de Hollie, pero parecía que no. Desde que se había ido Hara había estado más decaída que nunca, incluso había llegado un día en el que no había salido de su habitación.

Vale. Esos días habían sido raros, no normales como me hacía creer a mí mismo. No tener a ese torbellino por los pasillos del hotel resultaba muy incómodo. Nunca pensé que llegaría a decirlo, pero las sonrisas que todos habían aprendido desde que ella había llegado, las echaba de menos una vez ella ya no estaba.

Me sentía confuso y aturdido. Por una parte sabía que lo mejor para todos había sido que se marchara, y no quería volver a verla. No quería que me complicara la vida. Pero por otro lado me había sorprendido a mí mismo yendo al bar para que la despidieran y ella volviera al hotel.

Incluso le había mentado con el tema de su coche.

Aquel día estaba bebiendo el café de la mañana mientras que Hara arreglaba la cocina y Ellen junto a James limpiaban. La más tranquila parecía ser Ellen, incluso me atrevería a decir que ella estaba contenta.

No aguantaba tener inconscientemente el nombre de Hollie en la cabeza, me hacía sentir sensible y aborrecía esa sensación. Por eso, saqué el teléfono del bolsillo y marqué el teléfono de la persona que

más necesitaba en ese momento.

—¿Eres tú o te has equivocado de número?

—No, no me he equivocado de número, quería hablar contigo, Theda.

—Vaya, vaya. ¿Qué quieres, cara hermosa?

—Primero que no me llames así —bufé y ella soltó una risilla—. Me apetece verte esta noche. ¿Quieres venir al hotel?

—Mmm... quizá debería hacerme de rogar... pero a qué quiero mentir. Me apetece tanto que a la mierda los modales. ¿A qué hora quieres que vaya? Me he comprado lencería nueva.

—Sí, todo eso está muy bien. Ven sobre las diez de la noche.

—¿Ni si quiera vas a invitarme a cenar?

—Theda, quiero sexo, no escucharte hablar.

—Me gusta.

—Está bien Theda, esta noche nos vemos.

Colgué.

Cada vez la aguantaba menos, no me gustaba hablar con nadie y a la única que había aprendido a tolerar se había marchado.

Hollie me había traicionado. Había aceptado aguantarme a pesar de todo, yo se lo avisé y ella aceptó, pero nada le faltó para desistir y abandonarme de nuevo. Sus palabras fueron duras, yo estaba dispuesto a arreglarlo, incluso le pedí perdón cuando lo único que había hecho era salvar lo nuestro respecto a la privacidad. No voy a mentir que esa rara soledad me afectaba, no era la misma de antes. Sentía un vacío incrustado justamente en el pecho que incluso por momentos me oprimía, y realmente me asustaba.

Odiaba el contacto con la gente porque siempre terminaban traicionándome y abandonándome. Todo el mundo se regía por

ciertos intereses que cuando no cumplías, optaban por marcharse y yo no estaba dispuesto a sufrir por esas cosas, más cuando yo sabía de entrada que eran reales. Cuando Alizze se marchó me acostumbré a la soledad, al saber con exactitud que nadie podía traicionarme porque nadie estaba a mi lado.

Acostumbrarme a estar sin Alizze fue fácil.

Acostumbrarme a estar sin mi madre y sin mi hermano cuando optaron marcharse de allí, fue fácil.

Acostumbrarme a estar sin mi padre, la única persona que nunca me había fallado y que siempre había estado a mi lado, fue imposible. Cuando él murió, yo sentí como todo en mi vida había cambiado de prisma, a uno más oscuro. Depender de una persona no es sano, más cuando esas relaciones sociales son tan inestables.

Un día eres feliz con alguien y al día siguiente esa persona ya no está. Entonces junto a él, tu felicidad es enterrada y sepultada entre kilos y kilos de tierra.

En ese momento aún no llegaba acostumbrarme a estar sin Hollie, pero era consciente de que necesitaba tiempo. Ella había sido un huracán en mi vida que a su paso había devastado todo, y hasta que todo volviera a estar en su sitio, necesitaba tiempo.

Ahora entendía por qué los huracanes siempre llevan nombres de mujer.

Pero yo necesitaba algo más, necesitaba saber que lo que Hollie me había dado podía obtenerlo de más mujeres. De Theda, por ejemplo. La piel, la calidez de su cuerpo era algo muy diferente a las otras mujeres con las que había estado. Estar pegado a Hollie era un placer a otro nivel y no exactamente porque fuera experta en eso.

A mí nunca me había interesado la vida privada de las mujeres con las que compartía mi cama. Me daba igual si eran vírgenes, si no, si estaban casadas, si mantenían una relación o si por donde yo entraba ya había salido un bebé.

Pero con Hollie había sido distinto.

Tocar la piel que antes había sido tocada por otro más me irritaba. Y repudiaba aún más el pensar que después de mí, podía haber otro.

Pero esos pensamientos debían desaparecer. Yo nunca obligaría a nadie a permanecer a mi lado, más que nada, porque no lo necesitaba. Estaba acostumbrado al abandono y a la soledad.

No necesitaba a nadie.

No necesitaba a...Hollie.

Leía los correos electrónicos de la gente agradeciendo y dándome la enhorabuena por la exposición de lo más aburrido. También Dalton decía que el dinero que había conseguido por mis cuadros sería íntegro para mí, para agradecerme el gran esfuerzo que había hecho por acoger la galería en el hotel. Él sabía lo complicado que podía llegar ser para mí el sentirme tan rodeado de gente.

Llamaron a la puerta y cerré la tapadera del portátil, después me levanté y abrí. Estaba Theda con un largo abrigo negro, una botella de vino en la mano y con la cara muy maquillada. Detrás estaba Ellen.

—Explícale que me has llamado tú... —bufó Theda haciéndose paso a mi lado para entrar a la casa.

Ellen me interrogó simplemente con la mirada.

—Sí, la he llamado yo.

Odiaba cuando Ellen quería intervenir de forma tan directa en mi vida.

—¿Por qué? Ya hacía tiempo que esa... no pisaba por aquí —renegó con cierto fastidio.

—Eso era porque Hollie estaba aquí —contesté. Ella torció el gesto y desvió la mirada—. ¿No era eso lo que querías?

—¿Por qué iba a querer eso?

—Últimamente ya no la tratabas igual. ¿Por qué? No me vengas de nuevo con esas gilipolleces de mí. ¿Por qué ese cambio con Hollie?

Ella soltó un breve bufido y no volvió a mirarme a la cara.

—Tú quieres a Alizze, estas tipas solo quieren sacarte tu dinero. Alizze es la única mujer a la que amas y la única mujer que te ha amado.

—Tú qué mierda sabes de mí, Ellen.

Y tras decir eso, cerré en sus narices. Apoyé mi espalda en la puerta y me recomí por dentro por sus últimas palabras.

¿Por qué sentía que era mentira?

¿Por qué dudaba de ellas?

¿Porque yo amaba ya a otra persona que no fuera Alizze? ¿O porque aceptaba y dejaba de dudar respecto a los sentimientos de Hollie?

Clavé mi codo a la puerta con cierta rabia. Tenía un gran lío en la cabeza que no lograba dilucidar. Tampoco podía dejar de preocuparme por el paradero de Hollie.

¿Estaría bien? ¿Ella pensaría en mí? ¿O estaría feliz con Mark?

Por un momento decidí dejar de pensar en ella. Había llamado a Theda para librarme del fantasma de Hollie por un rato e intentar que poco a poco se alejara de mí, pero, ¿dónde se había metido Theda?

Caminé por el pasillo hasta que llegué a la puerta de mi habitación, la cual recordaba que estaba cerrada pero que ahora estaba medio abierta. La abrí a mi paso y vi el abrigo con el que había llegado Theda tirado en el suelo, subí la vista hasta la cama y allí estaba ella tumbada, con una copa de vino sobre sus manos y otra en la mesita contigua a la cama. Iba vestida, bueno, iba tapada con una fina lencería que no opacaba a la vista ningún punto. Una fina y pequeña

tela de color azul eléctrico cubría su pecho y la misma tela lo hacía con su entrepierna.

Mentiría si digo que no estaba preciosa.

—Cenar no querías, pero, ¿una copa de vino, sí que me aceptas, no? —preguntó meneando el rojizo contenido de la copa y después lo acercó a sus carnosos y pintados labios.

Me acerqué con una media sonrisa cargada de deseo, quería poseerla en ese mismo momento y que todo dentro de mí se nublara aunque fuera por segundos.

Me paré frente a un costado de la cama y comencé a deshacerme de la camisa botón por botón. Ella mordía su labio inferior y caminó a horcajadas tras dejar su copa al lado de mía sobre la cama hasta pararse frente a mí. Comenzó a besar mi abdomen, dejando un rastro húmedo sobre mi piel. Cerré los ojos dándole permiso para que siguiera ella con la tarea y así lo hizo.

Segundos después, con los botones desatados, se irguió frente a mí para deshacerse del todo de la camisa.

Pero... la mujer que estaba frente a mí no era Theda.

Era... Hollie.

Con una sonrisa radiante y encandiladora deslizó la camisa por mis hombros y dejó que cayera al suelo. Era preciosa. Pasaba la lengua por sus labios y acariciaba cada parte de mis brazos y de mi tórax con gusto. Rodeé su cuello delicadamente con mis manos, deseando decirle tantas cosas pero con miedo a pronunciarlas. Pasé el pulgar por sus rosadas mejillas; su rostro al natural, sin necesidad de maquillarse y verse preciosa me dejaba extasiado. Su cabello desprolijo me atrancaba los dedos en él y deseaba sentirme así siempre con ella. Anclado a su cuerpo.

—Te he echado de menos —musité admirando su precioso rostro.

Mi mirada mostraría incredulidad y maravilla por tenerla frente a

mí en esos momentos, de esa forma, tan mía.

—Yo a ti también —contestó ella—. Me gusta la forma en la que me miras.

Sonreí al escucharla decir eso de sus labios. Atrapé mejor su rostro con mis manos, asegurándome de no perder el contacto visual con sus preciosos ojos grises. Estaba como en un sueño, no entendía cómo, pero ella estaba conmigo, se sentía real, ella era mía.

Y lo más especial de todo, era que yo por fin, me sentía de alguien. Me sentía suyo.

Ella me regaló su preciosa sonrisa y comencé a impulsarla hacia mis labios. Ella me observaba atónita, pero en ningún momento mostró intención de rechazarlo. Cerré los ojos, y entonces, justo antes de que nuestros labios se rozaran, abrí los ojos.

No era Hollie. Era Theda.

La cabeza comenzó a dolerme súbitamente.

—No importa. No me importa. Tú no quieres. Tú no sabes querer. Tú simplemente... te quieres. Solo te importas tú. Y me he cansado, me he cansado de darte todo de mí y no recibir nada a cambio. Me lo avisaste, lo sé. No quiero que me lo reproches. Soy consciente de que ha sido mi culpa. Por eso no quiero más. Hasta aquí.

Todo comenzó a saturarme, a darme vueltas. Comencé a sentirme sucio. Todo era raro. Todo era extraño y asqueroso. Empujé a Theda de mí, de modo que cayó de espaldas a la cama. Segundos después se incorporó y me miró asombrada.

—¿Pero qué coño te pasa? —exclamó—. ¿¡Por qué haces eso!?

—Vete Theda. Vete. Por favor —pedí mientras abría y cerraba los ojos todo el rato.

Quería volver a la realidad, y sentía que aún no lo había hecho. Me sujeté sobre la cómoda para intentar no caerme al suelo, veía cómo aún todo seguía dando vueltas.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó de forma amable, cambiando radicalmente su comportamiento.

Estaba a mi lado, con una mano sobre mi espalda y agachando su cabeza para mirarme a los ojos.

—¡Vete de una maldita vez, Theda! —grité y ella retrocedió varios pasos.

—Está bien, me iré, pero esto así no se va a quedar Travis, tenemos que aclarar muchas cosas o si no conseguirás que enloquezca.

—¡Vete! —repetí.

Theda rompió a llorar. Caminó despacio hasta donde estaba su abrigo y se agachó para recogerlo, y entonces ambos nos alertamos al escuchar gritos histéricos. Segundos después Ellen apareció y dijo:

—Es Sengougahara. Tenemos que llevarla al hospital.

Capítulo 21

Hollie

29 de Junio de 2016

Vivir con Will y Marco fue mucho más cómodo de lo que me pareció al principio. Cuando ellos me lo propusieron sentí que estaba siendo una desconsiderada y que no debía aceptarlo, ya que asaltaba su intimidad de casados. Pero ellos me lo facilitaron inmediatamente, tanto a Capi como a mí.

El asilo en su casa y sobretodo su compañía habían conseguido que esos días tan feos fueran algo más llevaderos. Habíamos visto muchas películas románticas donde el final era triste, también habíamos comido dulces hasta reventar y habían logrado hacerme reír en varias ocasiones. Ambos eran geniales, y aunque yo temía ser una molestia para su vida en pareja, ellos me aceptaron gustosos y no daban ningún indicio de que les molestara.

Aún seguía sin salir apenas. Madrugaba mucho para pasear a Capi, y también salía cuando Will y Marco necesitaban mi ayuda. Tenía cierto miedo a ver a Travis por la calle, aunque sabía que era prácticamente imposible. En esos días había aprendido a hacerme un poco la fuerte. Me refiero a que, no era que con unos días de desconexión podría haber olvidado a Travis, no, todo lo contrario. Yo sentía como ese sentimiento seguía creciendo dentro de mí, cada hora que pasaba, más de menos le echaba y más dudas me asaltaban sobre si yo no hubiera conseguido ser feliz con lo poco que él estaba dispuesto a darme. Esas noches junto a él, esas charlas donde yo le contaba todo y él no me contaba nada, era lo que me había dado vida

a mí.

Pero, razonando, yo pensaba que merecía algo mejor. Merecía a alguien dispuesto a darme todo lo que yo era capaz de dar, alguien que sintiera proporcionalmente lo que sintiera yo, alguien que me correspondiera a las sonrisas que yo estaba dispuesta a regalar y, por mucho que eso me doliera, Travis no era esa persona.

Tenía que aceptarlo.

Aquel día comimos un delicioso platillo hecho por Marco. Él tenía muy buenas dotes gastronómicas y Will sabía sacarle partido. Después, la pareja fue a su habitación a descansar un poco. Decidí ponerme la televisión un poco más alta cuando escuché ruidos sospechosos de su habitación. Comencé a ver una película mientras acariciaba a Capi, que casi no cogía ya en el sofá.

Un rato después, cuando yo casi ya estaba dejándome vencer por el sueño, el timbre sonó. Me levanté y avancé hasta la puerta, dudando sobre quién podía ser. Will y Marco no solían recibir visita a estas horas. Abrí la puerta y al toparme con la persona que estaba frente a mí, mi alma dio un vuelco.

Ambos guardamos silencio por varios segundos. ¿Qué hacía allí? ¿Qué quería? Estaba dispuesta a volver a cerrar la puerta en sus narices, pero él, temiendo esa reacción, colocó su pie para impedirme hacerlo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté—. ¿Qué quieres?

—Hablar —contestó en un delicado tono de voz. Parecía cansado—. Quiero... a ver. ¿Puedes acompañarme?

Alcé una de mis cejas, comenzando a negar con la cabeza.

—No. No voy a ir a ningún sitio contigo. Creo que no hay nada más que hablar. Todo quedó claro.

Fui a cerrar la puerta, sin importarme si haciéndolo podía herirle. Él se percató de ello y apartó su pie de la puerta. Sin embargo, antes

de que cerrara la puerta totalmente, Travis volvió a hablar:

—Hara está en el hospital de Chester.

—¿Qué?

Apenas salía la voz de mi cuerpo.

—Ven. Te explicaré por el camino. Pensé que... querías verla.

Lo que menos me apetecía era viajar junto a Travis, pero no podía quedarme allí sabiendo que Sengua estaba en el hospital. Necesitaba verla y asegurarme de que todo estaba bien.

Le dejé pasar al interior de la casa y avisé a Will y Marco de lo que ocurría. Ellos aceptaron cuidar a Capi el rato que tardara y minutos después subimos a uno de los coches de Travis para poner rumbo a Chester.

—¿Qué le ha pasado?

No podía dejar de llorar.

—Ponte el cinturón —ordenó—. Por... favor.

Hice lo que me había pedido ante su cambio de tono a uno más suave e insistí:

—Dímelo, Travis.

—Hace un tiempo le diagnosticaron a Hara una cardiopatía isquémica y le ofrecieron la implantación de un bypass coronario para la mejora de su salud. Se negó por sus bajos recursos y ayer por la noche sufrió una angina de pecho. Ahora va a operarse, yo los voy a ayudar.

—¿Ella está bien?

—Lo que quieres preguntar es si se puede morir, ¿no?

Casi había olvidado el don que poseía Travis para la sutileza y el tacto.

—¿Puede morirse? —pregunté entonces.

—Si la operación sale bien, estará fuera de peligro. Pero necesita someterse a una cirugía de urgencia.

Asentí, dejándome llevar por la angustia sin parar de llorar. Hasta que no la viera con mis propios ojos no iba a calmarme. Pese a todo agradecía a Travis su consideración por haberme avisado, por lo que, antes de sumirme en un profundo silencio hasta que llegáramos a Chester, dije:

—Gracias.

Tras llegar al hospital de Chester, vi a Sengua. Estaba algo pálida y distraída, pero poder besar su mano y pasar un rato con ella me tranquilizó. Dos horas después de nuestra llegada Sengua entró a quirófano y nosotros nos quedamos esperando en la sala.

James estaba nervioso. Ni ninguno de sus dos hijos podía calmarle. Cada vez que pasaba algún médico él siempre preguntaba por su mujer. Le consumía la agonía de no saber nada de ella.

Mientras tanto Ellen le murmuraba cosas a Travis que no lograba escuchar; aunque tampoco me interesaba lo más mínimo. Pensaba que ella estaría preocupada por mí, que me preguntaría cómo estaba, dónde vivía, pero ni si quiera me saludó.

Su comportamiento me dolía; pero en aquel momento era lo que menos me importaba. Lo más importante era Sengua.

Me levanté de la silla y me acerqué a uno de los teléfonos del hospital. Marqué el teléfono de Will y le comenté que pasaría la noche allí, y que cuidara de Capi. Will me repitió que no me preocupara y tras desearme que la operación de Sengua fuera bien, nos despedimos.

Cuando dio la hora de la cena mi estómago comenzó a rugir, por lo que bajé a la cafetería del hospital y me senté sola en una de las

mesas vacías para comer. Segundos después, cuando ya iba a empezar a hacerlo, Travis se sentó frente a mí.

—Hola —saludó tímidamente.

—¿Se sabe algo ya?

—No, aún no.

Asentí y comencé a comer. Ambos guardamos silencio por un rato. Yo le esquivaba la mirada todo el rato. Tenerlo frente a mí me causaba dolor. Aún podía recordar cómo me había despreciado delante de toda esa gente en la exposición, y me sentía muy avergonzada por ello.

Tras terminar de cenar me levanté con la bandeja y sin decir nada me marché tras depositarla en su debido lugar. Salí de la cafetería y entonces fue cuando Travis me agarró del brazo con sutileza.

—¿Podemos hablar? —preguntó—. Sé que no es el lugar adecuado para hacerlo, pero no puedo aguantar más teniéndote frente a mí. Voy a estallar.

—Suéltame, por favor —pedí y él me hizo caso—. Ya te he dicho que no hay nada que hablar. Por favor, déjame.

—Lo necesito.

No podía dejarme ablandar por aquella palabrería barata.

—¿Igual que necesitabas hablar con mis jefes para que me despidieran?

Travis se mostró sorprendentemente avergonzado.

—Puedo explicártelo.

—Imagino que tendrás una absurda explicación para justificar lo que hiciste, pero no me interesa.

—Hollie, estoy intentando abrirme, pero me lo dificultas demasiado —susurró algo afectado—. Esto para mí es complicado.

—Es demasiado tarde para abrirte.

—No puedo dejar de pensar en ti —dijo, incapaz de mirarme a los ojos—. No... no sé por qué.

—Se llama remordimientos.

Él hizo caso omiso a mis palabras.

—Necesitaba verte. Necesitaba saber que estás bien. No sé comportarme. No sé relacionarme con la gente. El único motivo que se me ocurrió para que volvieras al hotel fue que te despidieran.

—Es lo más bonito que han hecho por mí en la vida.

—Hollie... por favor...

—¿Qué quieres que haga? Tú mismo me echaste del hotel. Me echaste de tu vida. No voy a aferrarme a un punto inestable. No quiero más vaivenes en mi vida por ahora. No pasa nada, se me quedó claro que no buscamos lo mismo.

—Quiero que vuelvas.

Abrí la boca para contradecirle, pero escucharle decir eso me detuvo. Me quedé sin palabras. Mi interior estaba hecho un desastre; mi mente y mi corazón batallaban constantemente. Mi razón me decía que si aceptaba aquello, todo volvería a ser lo mismo. Sin embargo mi alma quería creer que aquellas palabras estaban hechas del mismo sentimiento que yo sentía por él.

—Las cosas no son así —respondí.

—No puedo estar sin ti. Simplemente no puedo. Estos días sin ti han sido un infierno. No he querido aceptarlo por mi orgullo, pero es la realidad.

Suspiré, desviando la mirada. Tenía ganas de llorar, pero no permití más que se me aguaran los ojos.

—Mucho dices pero... no me demuestras nada.

—Me comporté como un gilipollas, pero tenía miedo. Miedo a perderte, de que todos se enteraran y tú te agobiaras. Prometí que te protegería y quería hacerlo de toda aquella escoria que estaba en el hotel.

—Quiero creerte —contesté, siendo débil y comenzando a llorar—. Pero no puedo. Necesito acciones, las palabras no sirven de nada. Dijiste que me protegerías pero fuiste tú quién me hirió. No puedo creerte.

—Hollie, yo...

—Sengougahara acaba de salir de quirófano.

Giré sobre mis talones ante la noticia que acababa de darnos Ellen y, tras mirarle fugazmente, me fui rumbo a la planta donde estaba Sengua.

Unos minutos después llegó Travis. Todos esperamos la llegada del médico y nos explicó cómo había ido la operación.

Todo fue bien, pero Sengua estaría una semana en el hospital, y de uno a tres días en la unidad de terapia intensiva.

4 de Julio de 2016

El alta de Sengua se produjo antes de lo previsto. Su mejoría había sido rápida y solo faltaba que ella entrara a un programa de rehabilitación que Travis se ofreció también a pagar.

Desde el día en el que Travis se había mostrado arrepentido no habíamos vuelto a hablar. Mentiría si dijera que no había pensado en todo lo que me había dicho, pero mi orgullo estaba demasiado herido como para creerle. No quería caer otra vez en lo mismo.

La tarde de aquel día, Will y Marco me habían propuesto invitar a Mark a jugar a uno de los tantos juegos de mesa que poseía éste primero. Los cuatro estábamos sumidos en una partida hasta que el timbre sonó y Will fue a abrir la puerta.

—Hollie, es para ti.

Algo confusa me levanté de la silla y avancé hasta la puerta principal. Se trataba de un hombre con un gran ramo de rosas rojas.

—¿Es usted Hollie Wadlow? —preguntó.

—Sí.

El hombre me pidió que firmara un recibo y me entregó el gran ramo de rosas. Will me ayudó a llevarlo hasta la mesa del comedor y lo observamos por varios segundos.

—¿Serán de...?

Me encogí de hombros y agarré la tarjeta que portaba.

—Mis rosas son mejores, ya podría habérmelas comprado a mí —agregó gruñendo.

Rodé los ojos y leí lo que ponía.

Si hay tantas clases de amor como corazones, deja que te muestre el mío esta noche, en el acantilado. Te espero a las 20:30. Disfruta las flores. T.R

Capítulo 22

Travis

Hollie acostumbraba a llegar tarde. Me intentaba mentalizar con ello para justificar sus diez minutos de retraso. No quería pensar que ella finalmente no vendría. Eso me destrozaría. ¿A caso no lo veía? ¿No le estaba demostrando mis intenciones simplemente intentándolo? Para mí era más difícil de lo que ella podría imaginar.

Nunca había hecho estas cosas por nadie. Ni si quiera por Alizze. Estaba acostumbrado a que me las hicieran a mí, y yo solo aceptarlas con mi mejor sonrisa. Ahora era al contrario. Si quería que Hollie permaneciera a mi lado, tenía que cambiar.

Me senté en una de las sillas que había hecho poner ahí, en el acantilado. Observé en las vistas que ésta me ofrecía y disfruté del anochecer e intenté disfrutar también de aquella tranquilidad, de aquella soledad. Puede que yo mismo me hubiera condenado a ella.

Siempre me había gustado estar solo, en silencio. La introspección era algo que practicaba muy a menudo, aunque a veces las conclusiones fueran equivocadas. La pintura era eso que me liberaba, que hacía que aquella parte de mí que reprimía saliera con la certeza de que no sería herida.

Pero ese Travis se había cansado de ser libre durante un rato y, ahora, con Hollie, quería serlo siempre.

Sin embargo contaba con la opción de que ya fuera tarde. Podía entender que Hollie estuviera cansada de mí; ¿cómo podía juzgarla? Todos, en algún momento de su vida, lo habían hecho. Un corazón

abandonado tantas veces no podía sufrir por ser aislado.

—Hola.

Cuando escuché su tenue voz me levanté y giré sobre mis talones para quedar frente a ella. Estaba preciosa, aunque ella siempre lo estaba. Llevaba un sencillo vestido blanco con tirante fino y encaje.

Sentí ganas de llorar, pero sabía que no lo haría. Mi cuerpo rechazaba hacerlo desde hacía tiempo. Que ella estuviera ahí me hizo vivir uno de los momentos más felices de mi vida.

—Hola, Hollie.

Ella asintió delicadamente. Ambos sabíamos que era yo quién tenía que llevar el rumbo de aquella conversación. Era yo quien más lo necesitaba y quien lo había demandado.

Alargué mi brazo para ayudarla a caminar sobre la tierra y se sentó en una de las sillas. Yo hice lo propio frente a ella.

Estaba callada, expectante. Quería escucharme, solo escucharme. Supe que ella no hablaría hasta que yo no terminara de decir todo lo que ella esperaba escuchar.

Tragué saliva con dificultad. Aquello era muy difícil para mí. Tanto, que comencé a sentir dudas. ¿Era lo correcto hacer aquello? ¿O estaba cavando yo mismo un pozo donde después caería, saliendo totalmente herido?

Ante mi indecisión, Hollie habló:

—Las flores eran preciosas.

Asentí, algo nervioso.

—Lo sé —contesté y, tras percatarme de la soberbia que había empleado, quise arreglarlo—: quiero decir...

Hollie sonrió de soslayo.

—Travis, he tenido muchas dudas —me interrumpió—. Quiero

que sepas que si estoy aquí es por algo, pero...

—Te echo muchísimo de menos, Hollie.

Ella se quedó callada.

—Me he equivocado contigo desde el principio —continuó—. Y me arrepiento. He sido injusto, y soy consciente aunque parezca que no. Me cuesta sentir, y ahora que siento, me cuesta admitirlo. Mi mente es un caos. Yo soy un desastre. Pero hay algo que tengo claro, y es que vuelvas al hotel. Te necesito como no he necesitado a nadie. Antes disfrutaba la soledad, pero ahora estar sin ti me duele. No puedo asegurarte que será rápido, pero lo que puedo decirte es que estoy dispuesto a intentarlo.

—¿Intentar qué? —preguntó susurrando—. ¿Intentar quererme...?

Despeiné mi cabello. Intentaba que ella me entendiera, pero también sabía que era difícil hacerlo. ¿Cómo podía explicárselo? Yo tampoco sabía muy bien qué quería decir.

Quería a Hollie, pero me daba miedo decírselo. Quizá esa era la parte que la haría entender todo: saber que estaba enamorado de ella. Pero, ¿y si sabiendo aquello ella era consciente del poder que tenía sobre mí y me hacía daño? No quería sufrir. No quería volver a pasarlo mal.

Sin darme cuenta antes, Hollie comenzó a llorar sutilmente. En su mirada yo contemplaba su indecisión. ¿Por qué yo no podía ser tan claro como ella? Admiraba su capacidad de sentir y de relacionarse.

—Travis... esto... —murmuró enjugando sus lágrimas.

Hollie se levantó, dispuesta a irse.

Mi corazón comenzó a doler. Ella se iría, y sabía con precisión que aquella era la última oportunidad que me había dado. Hollie me quería; lo sabía. Hollie quería perdonarme, quería intentarlo, pero necesitaba saber con precisión que yo quería lo mismo que ella.

Comencé a agobiarme. Estaba perdiendo la oportunidad de tenerla

a mi lado, de ser feliz junto a ella. El corazón me golpeaba el pecho con fuerza y comencé a sentirme agitado. Entonces me levanté y, sintiendo un profundo dolor de cabeza, temiendo que aquello que estaba a punto de decir se volviera en mi contra, dije:

—Te quiero, Hollie. No tengo que aprender a quererte porque ya lo hago. Lo que quiero intentar es hacerte feliz, ser suficiente para ti. No volverte a herir jamás.

Hollie se quedó estática por varios segundos, dándome la espalda. Después giró sobre sus talones desecha en lágrimas, y corrió hasta mí, abrazándome con fuerza.

La rodeé con mis brazos con vigor. Ella parecía estar desconsolada. Por un momento pensé que aquello que le había confesado le había causado dolor, pero cuando vinculamos nuestros ojos, supe por qué estaba así.

A Hollie nunca nadie la había amado como ella merecía.

—Te prometo que...

—No me prometas nada —intervino, rozando mis labios con la punta de sus dedos—. Sólo intentémoslo.

Asentí en silencio.

Ella acercó su rostro al mío, y posó su nariz junto la mía. Comenzó a respirar pausadamente, cerrando los ojos. Quería besarme, pero estaba conteniéndose. Rodeó mi cuello con sus finos dedos y se mantuvo así por varios minutos.

Quería quererla como ella quería, como ella necesitaba. Así que agarré su mentón con delicadeza, y, lleno de miedos, la besé.

5 de Julio de 2016

Estaba feliz. Ya amanecía, y yo estaba en mi cama, junto a Hollie. Su cabeza estaba apoyada en mi pecho, mientras yo acariciaba su

melena.

Ella comenzó a moverse y abrió poco a poco sus bonitos ojos.

—Buenos días —dije.

—Menos mal que esto no ha sido un sueño... —murmuró.

Sonreí y acaricié su mejilla.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí.

—¿Vas... a quedarte aquí? ¿O volverás a casa de tus amigos?

Hollie se incorporó y vinculó su mirada con la mía. Permaneció varios segundos en silencio.

—Me quedaré.

No pude evitar sonreír. Me senté en la cama y la alcé de la cintura para posicionarla sobre mí.

—Eso me gusta.

—Pero tienes que aceptar que Capi también se quede.

Blanqueé los ojos. Aquello no me gustaba tanto.

—A ver, metiste un animal en mi hotel sin mi permiso. ¿Recuerdas que soy alérgico, no?

—Lo recuerdo —contestó—. No sabes lo mal que lo pasaba cuando te escuchaba estornudar sin parar. Pero el hotel es grande, podemos hacer algo para que no te produzca mucha alergia.

—Hollie...

—No puedo separarme de él. Es... es mi amigo.

—Es un perro.

—¿Y qué más da? —cuestionó—. Es el único que me ha querido

sin condiciones desde que me conoció.

Escucharla decir eso terminó por convencerme. Quizá era esa manera de querer a la que ella se refería; hacer sacrificios por la otra persona. Y si a cambio de aquello ella sonreía como hizo en aquel momento tras escuchar mi afirmativa, no era tan malo como yo creía.

—También creo que deberías saber otra cosa... —murmuró—. Voy a confiar en ti.

—A ver...

—Will me ha ofrecido trabajar en su floristería —dijo rápidamente—. Tú te encargaste personalmente de que me echaran del bar y yo necesito hacer algo. Me gustaría ahorrar y... no sé, seguir estudiando. Tengo muchas ganas de continuar formándome.

Suspiré, y después la agarré de las manos. Ella no necesitaba trabajar estando en el hotel, pero tenía que entender que era lo que ella necesitaba.

—Vale —contesté, dejándola apenas sin aliento—. ¿Vivirás aquí? ¿En mi casa?

—Creo que por el momento deberíamos de ir poco a poco. Sería conveniente que por ahora viviera en mi habitación y que... el tiempo fuera marcando el ritmo de todo. ¿No?

—Vale, tienes razón. ¿Quieres que nos duchemos juntos? Después podríamos planear qué podemos hacer para celebrar esto. ¿Te parece que Hara nos haga una cena especial?

—Mmm... ¿y por qué no vamos a un restaurante?

—¿No te gusta cómo guisa mi cocinera?

Ella rio.

—Me encanta, pero había pensado que... no sé. Podríamos hacer algo especial; algo que no hayamos hecho nunca.

—Me encargaré yo.

—De acuerdo señor —contestó jocosa.

Hollie

Antes de dar el mediodía recogimos mis cosas de la casa de Will y Marco y también llevamos a Capi de vuelta al hotel. Nada más entrar al coche Travis comenzó a estornudar, y aunque se quejó un poco, no fue demasiado duro.

Travis quería serme franco, por lo que me había comentado que Ellen no parecía muy afectada por haberme marchado del hotel.

Sin embargo los demás me acogieron con algarabía. Sengua aún estaba recuperándose, pero se veía muy bien. James no había parado de cuidarla.

—Vuelves para... ¿quedarte? —preguntó James con ilusión.

Miré a Travis emocionada, y él asintió con una media sonrisa.

—Sí —contesté hilarante y James me abrazó.

Se veía que aún no entendía bien la situación, pero le gustaba saber lo que pasaba.

La gente del hotel no sabía nada de lo que pasaba entre Travis y yo con exactitud. Que a mí me gustaba era un hecho, y que quizá había pasado algo era una cosa que no sabían con certeza pero que asumían.

—Me alegro —dijo en un tono apenas audible Charles a Travis, tomándose la mano con afabilidad.

Se notaba el aprecio que Travis le tenía especialmente a él, eran de edades semejantes y pensaba que eso era lo que les unía más.

—¿La ayudas a instalarse, James? —le preguntó Travis.

Los cuatro entramos al hotel y poco tiempo después Sarah ya estaba gruñendo porque le estábamos pisando el suelo fregado. Era muy graciosa cuando se molestaba, porque gritaba mucho y cuando

se percataba de que Travis también estaba delante, se ruborizaba y se callaba.

Cuando Sengua me vio fue un show. Me abrazó, me besó, se santiguó, dio gracias a Dios y solo le faltó besar los pies de Travis por tenerme de vuelta.

—Yo, yo te ayudo —se ofreció aun sosteniéndome la mano—. Los cuartos de las mujeres guardan miles de secretos y tú, James mío, solo conocerás los míos. Lo que más pese os lo dejamos a vosotros.

Tras reír, Sengua tiró de mí hacia el ascensor y Travis se quedó junto a ellos hablando de algo. Nunca le había visto así, tan sonriente, tan jovial, tan lleno de vida, e imaginar que yo tenía algo que ver en su cambio, aunque fuera un poco, me hacía sentir la mujer más feliz del mundo.

—Lo conseguiste —comentó Sengua una vez en el ascensor—. Solo te pido, que lo cuides. Es un corazón frágil cubierto por una capita de hielo, pero una vez que la has derretido, debes tener cuidado.

—¿Capita? —pregunté con una risilla—. Tiene de corazón un iceberg.

Sengua comenzó a reír y apretó mi mano con afabilidad.

—Voy a cuidarle y a quererle, tú lo sabes mejor que nadie.

—Lo sé, mi nena, y más le vale hacer lo mismo, porque por mucho miedo que le tenga, como vuelva a dejarte escapar, este va a saber quién es realmente Sengougahara. Ni una chapa en el corazón va a detenerme.

Sonreí por sus palabras y salimos del ascensor. Caminamos por el pasillo, y, al abrir la puerta de mi habitación, o al menos la que era, descubrí el desastre que había formado.

Y bueno, digo desastre porque no sabía bien como describirlo. Sencillamente la mayoría de las cosas que había dejado no estaban.

Ceñuda y extrañada, abrí el armario y ahí sí que no había nada. Toda la ropa que había dejado había desaparecido.

Miré recelosa a Sengua, que estaba igual de confundida que yo.

—¿Qué ha pasado aquí...? —tartamudeé.

Mi ropa no estaba, fui corriendo a los cajones pero ahí sí estaba todo, al menos lo parecía. Lo único que faltaba era mi ropa.

—No... no lo sé. Nadie ha entrado aquí desde que te fuiste.

—Es obvio que sí que ha entrado alguien —murmuré atónita—. ¿Qué hacemos?

—Contárselo al señor, obviamente —contestó y giró sobre sus talones, dispuesta a hacerlo. Agarré su muñeca levemente y conseguí frenarla.

—Ha tenido que ser alguien del hotel, Sengua.

—No lo creo, debe haberse colado alguien...

—Qué sorpresa volver a verte.

Su voz nos sobresaltó a las dos y giramos para ver a Ellen. Sus labios maquillados con ese labial carmín formaban una sonrisa de lo más tétrica.

Pero de todas formas, me dio ilusión verla.

—¡Ellen! —exclamé con emoción y la abracé.

Ella tardó segundos en reacción, pero finalmente me correspondió.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —preguntó.

—En casa de unos amigos.

—Vaya... incluso tienes ya amigos en el pueblo.

—He pensado mejor y quiero ayudarte, no quiero que estemos separados tanto tiempo —irrumpió Travis, que al vernos a las tres, se

quedó callado.

Se acercó con sosiego a mí.

—A ti no te he dado la noticia aún, Ellen —añadió—. Hollie vuelve al hotel.

—Ah, eso es una grata noticia —dijo frunciendo sus rojos labios—. Yo voy a la cocina, a cerciorarme de que todo está en orden.

Y tras esas palabras, se marchó.

—Niña, ¿qué hacemos con...eso? —cuestionó Sengua apremiando.

—¿Ocurre algo? —preguntó Travis.

—Pues...que mi ropa ha desaparecido —comenté aun atónita.

Era algo surrealista, y aunque en ese momento no pareciera que le daba importancia, me molestaba realmente, aunque al menos las cosas de valor sentimental seguían intactas.

Travis abrió las puertas del armario de golpe y confirmó mis palabras. Después, me miró con la frente arrugada.

—¿Crees que ha podido entrar alguien, Hollie?

—Ha... debido ser eso. No hay otra explicación.

—Está bien, este hotel necesita más protección —pronunció con preocupación y salió de la habitación—. Nunca pensé que lo diría, pero menos mal que no estabas aquí.

Asentí levemente y él me ofreció su mano, la que tomé gustosa. Nos encaminamos por el pasillo e ingresamos en el ascensor.

—¿Por qué solo robarían unos trapos usados? —pregunté—. ¿Por qué no tus cuadros?

Travis asintió en silencio. Estaba segura de que él también había pensado aquello.

—Yo me encargaré. Te dije que te protegería y es lo haré.

Capítulo 23

Hollie

8 de Julio de 2018

«Para el abuelo y tío Shepard.

Sé que he tardado tiempo en decidirme a escribir esto, pero sin planearlo, se ha presentado ante mí la mejor oportunidad y el mejor estado de ánimo para hacerlo.

No sé si me habréis buscado, no sé si me echaréis de menos e incluso no sé ni si quiera si os habéis dado cuenta de mi ausencia, pero necesitaba una vez por todas cerrar esta parte de mi vida, que sois vosotros. No os voy a mentir, si me he marchado por mi propio pie, obviamente no os estoy extrañando, ni me encuentro mal, ni nostálgica. Al contrario, me siento mejor que nunca. He encontrado un sitio, he encontrado al fin mi sitio, ese que tanto os pedía y que nunca fuisteis capaces de darme desde que murió la abuela. Este tiempo sin saber nada de vosotros me ha servido para darme cuenta de que como personas, para mí no sois nada, solo hay un pequeño aprecio porque tenéis mí misma sangre. De todos modos, a pesar de todo, os deseo lo mejor, espero que sigáis cuidando la tumba de mis padres y de la abuela, no menciono que os cuidéis vosotros porque es obvio que lo hacéis, solo miráis por ello.

PD: Lo siento por el coche, abuelo. Pensaba devolvértelo pero creo que será cosa imposible.

Hollie Wadlow»

«Para Aylen Stapleton.

Mis más profundas disculpas por no haberme puesto en contacto contigo antes, sabes mejor que nadie que me fui sin nada, pero puedo contarte que he encontrado lo que siempre había buscado, lo más valioso para mí; un hogar. Lo he pasado mal, no te había mandado esta carta antes porque no sabía qué dirección adjuntarte porque no tenía ni la menor idea de dónde iba a parar. Es una historia larga, una muy, muy larga, que espero poder contarte pronto cara a cara. Puedo resumirte en que me he enamorado, siento que he encontrado al hombre de mi vida, y creo que lo admito demasiado rápido después de todo pero siento cómo mi corazón explota de alegría en pocas horas. Te extraño muchísimo Aylen, extraño verte sonreír cada vez que me equivoco en algún signo y expreso cualquier burrada.

Te adjunto la dirección. Espero tu respuesta, te quiero muchísimo, amiga.

Hollie Wadlow»

Lo que le escribí a Aylen lo hice desde tan adentro que cuando la firmé, estaba llorando. Era hora de dar señales de vida, de despreocupar a mi mejor amiga y de informar levemente al abuelo y tío Shepard, creía que ellos no se merecían mucho más.

Guardé cada carta en cada sobre y los guardé en un cajón para enviarlo cuando fuera al pueblo.

Travis no estaba en el hotel, había salido junto a Charles porque tenía que hacer algo muy importante que aunque no quería decirme qué era, sabía a la perfección que tenía que ver con la protección del hotel. James no dejaba de rondar por donde yo estaba y sabía que me estaba protegiendo.

Salí de mi habitación junto a Capi y bajé las escaleras con energía. Desbordaba emoción, estaba tan contenta que no podía ocultarlo.

Yo era consciente de que el amor con Travis no iba a ser tarea sencilla; teníamos que cuidarlo y mantenerlo. Sengua lo había

explicado bien: Travis era un corazón frágil y por ello nuestra relación también lo era.

—¿Y Travis? Qué raro que no estés con él —dijo Ellen ingresando al recibidor.

Su voz me tomó por sorpresa y consiguió sobresaltarme.

—Él está haciendo cosas que no te incumben —contesté algo tensa.

Si bien yo seguía guardándole cariño a Ellen, su comportamiento y su frialdad me creaban cierto rechazo. Al escucharme, rodó los ojos.

—¿Se lo has dicho? —preguntó. Arrugué mi frente al no entender a qué se refería—. Lo que te conté, respecto a su enfermedad.

—No —respondí—. ¿Es eso, Ellen? ¿Estás así conmigo porque temes que te delate? No voy a hacerlo, eso ya es pasado, no importa, estamos juntos y es lo importante.

—¿Piensas que porque estás con él, su problema va a desaparecer?

—No lo llares así.

—¡Las cosas como son, Hope! Oh, bueno, quería decir Hollie —voceó irritada, luego recapacitó y guardó la compostura—. Ahora todo es bonito, pero lo que viene... eso no lo vas a soportar y volverás a irte.

—¿Por qué me parece que lo dices con deseo? Tú quieres a Travis, tú... tú me quieres a mí, ¿por qué simplemente no puedes alegrarte?

—Porque estando juntos lo que conseguiréis es estallar. Arrasaréis con todo lo de vuestro alrededor y no quiero salir perjudicada yo también. Además, no te deseo nada, solo pretendo avisarte por eso... porque te quiero, os quiero. Hazte a la idea.

—Lo soportaremos juntos.

Ella sonrió mientras asentía levemente. Su comportamiento me creaba escalofríos, y cuando parecía retarme con la mirada, alguien

llamó a la puerta.

Corrí hasta ella para abrirla y me topé sorprendentemente con Mark.

—Hola —saludó—. ¿Podemos hablar?

Inhalé profundamente y volteé para mirar a Ellen, que azuzaba a Capi para que se alejara de ella de una forma bastante desdeñosa.

—¡Ven, Capi, ven!

Capi vino corriendo a mí y volví a mirar a Mark.

—Vale, pero vamos fuera.

Él estuvo de acuerdo en eso y junto a Capi salimos a pasear alrededor del hotel.

—Sé que estás con él —habló—. Y si estás feliz con él, yo estoy feliz por ti.

—Gracias, Mark. Eres una gran persona.

Mark comenzó a acariciar a Capi y guardo silencio por varios instantes.

—Solo he venido a avisarte de que me voy a Liverpool. Ya lo he decidido. Al principio de la semana me marcharé.

Saber que había tomado aquella decisión tan acertada y que había pensado principalmente en él me alegró.

—Es genial eso. Te va a ir muy bien, ya lo verás.

—Gracias.

Ambos sonreímos y él se notaba emocionado.

—Gracias a ti, por todo lo que has hecho por mí desde que nos conocimos. Sin ti nada hubiera sido lo mismo.

Mark asintió tras suspirar y nos abrazamos, a modo de despedida.

Travis

No dejaba de pensar en qué fallo podía haber cometido para haber dado a lugar a que alguien se colara en el hotel. ¿Y Si Hollie hubiera estado dentro? La sola idea de pensarlo me erizaba la piel y me hacía correr un escalofrío por mi columna vertebral.

Aquel hecho no había sido pura casualidad. Nadie hubiera entrado en el hotel simplemente por unos harapos. ¿Quién podía estar detrás de todo eso? ¿Quizá Theda?

—¿Todo bien? —preguntó Charles mientras aparcaba, luciendo las gafas de sol que tanto le gustaban y que aprovechaba el mínimo sol para ponérselas.

—Sí, la verdad que aumentar la seguridad en el hotel es algo que debía haber hecho mucho antes —contesté mirando por la ventana. Después tragué saliva y añadí—: voy a preguntarte una cosa extraña, no quiero que te asombres o te hagas ideas raras.

—¿Si?

—¿Conoces alguna tienda de ropa femenina? Quiero que traigan bastante ropa al hotel.

Charles soltó una risilla.

—¿Por qué iba a pensar mal? Está claro que lo dice para Hollie —dijo y yo asentí con obvedad—. Cualquier tienda con un gran talonario hará lo que pida.

—Está bien, a ver... ¿y para esta misma noche?

—Mmm... no soy experto en tiendas de mujeres, pero déjemelo a mí, intentaré que para esta misma tarde haya aporreando en la puerta del hotel cajas y cajas repletas de ropa.

—Gracias —respondí—. No escatimes en gasto.

—Tampoco la elegiré yo, señor.

Meneé lo más amablemente que pude la cabeza y bajamos del coche. Entré al hotel y lo primero que hice fue buscar a Hollie, quien jugueteaba con el perro fuera del hotel. Nada más verme ambos vinieron a por mí. Agarré gustoso a Hollie, pero intenté que el perro no se me acercara demasiado. Ya me estaba picando la nariz.

Después de un rato subimos a mi habitación y Hollie dijo de tomar un baño. Ella se sumergió en la bañera repleta de agua pero yo opté por quedarme fuera, observándola.

—Ha venido Mark —dijo Hollie, provocando que me tensara de inmediato—. Te lo digo sin venir a cuento porque estoy segura de que Ellen no tardará en contártelo. Solo quería despedirse, se muda a Liverpool.

No iba a mentirme a mí mismo; saber aquello me aliviaba.

—Me alegro.

—Claro que te alegras —respondió entre risillas, jugueteando con el jabón que flotaba sobre el agua en el que estaba sumergida.

La observé atentamente, grabando a fuego perpetuo esa perfecta imagen en mi retina.

—Algún día tendremos que cumplir la cita que acordamos en el restaurante —gruñí divertido.

Ella sonrió, si bien esa noche al final no lo hicimos, no podría tardar mucho más. Ansiaba tener una noche especial con ella... a mi manera.

—Tienes razón —rio por lo bajo—. ¿Y tú, por qué no te metes y dejas de mirarme de esa manera?

—¿De qué manera? —pregunté jovial.

Me levanté de la silla y después hiqué mis rodillas a la orilla de la bañera. Metí mis manos bajo el agua y comencé a sacudirlas, de modo que ese mini moño que se había hecho para no mojar su pelo rozaba lo inútil.

—¡Travis! —exclamó entre risas, intentando tapar su rostro con los brazos.

Sumergí mis brazos y la agarré, de modo que una vez que la tuve bien sujeta, la alcé y mojándome y mojando todo a nuestro paso la conduje hasta la cama.

Su delicada piel desnuda sobre mis brazos me hacía sentir el hombre más feliz del universo. Hollie no era perfecta, pero era perfecta para mí y eso era mucho más de lo que nunca esperé encontrar.

La huella de Alizze había sido borrada para siempre, dentro de mí ya no había nada que le perteneciera, ya todo tenía un nombre y ese era el de Hollie Wadlow. Su risa —que aunque me gustaba, seguía irritándome—, su energía, sus ganas de vivir era lo que había conseguido completarme. Y es que Hollie era todo lo que a mí me faltaba: ella buscaba amor, cariño, calor de un hogar. Yo huía despavorido de todo ello, y fue entonces cuando nuestros caminos, paralelos, destinados a no encontrarse, decidieron coincidir.

Ese amor era así. Había llegado al borde del abismo, y yo, que llevaba toda la vida buscándolo, de pronto, me había dado vértigo. Me había quedado paralizado y había empezado a ponerme tiritas aunque no me había hecho ni un rasguño. Esa maldita manía de que me asustara tanto la felicidad, de que me aterrorizara justo aquello que era lo que me hacía sentir bien...

Ese amor era así... pero no podía perderlo.

Capítulo 24

Hollie

15 de Julio de 2016

Travis había aparecido en mi vida por pura casualidad, sin esperarle, sin hacer el más mínimo ruido y había transformado mi alborotado desorden en un caos aún mayor.

No podía creer cómo había cambiado todo tanto. De encontrarme devastada en la cama de la habitación de invitados de Will y Marco a dormir abrazada con la persona que más amaba. Todo había cambiado, y a diferencia de cómo todo solía hacerlo en mi vida, fue a bien.

De todos modos admitiré que me asustaba. Me había costado tanto que él pronunciara esas simples palabras, ese pequeño *te quiero*, que aún no podía creer que fuera realidad. Me daba miedo resultar pesada, pero a cada rato, a cada silencio que se formaba entre nosotros siempre le preguntaba si me seguía queriendo. Temía cualquier cosa que pudiera divagar por su cabeza. Todo iba perfecto, y yo no quería que para nada eso se torciera. Mi vida se había centrado en él y en mí, en ser felices y olvidarnos de todo lo que nos rodeaba, aunque para él fue más fácil porque ya estaba acostumbrado.

Él era complicado, pero no me asustaba. Yo sabía que mi amor podía sanar cualquier herida que aún siguiera escociéndole, solo necesitaba que él me lo permitiera y todo fluiría. Él se sentía receptivo, él había cambiado radicalmente y aunque me derretía el escucharle decir cuán de menos me había echado y que ese había sido su principal motivo para cambiar, sentía cierto temor a que todo cambiara con la misma facilidad que se había tornado así.

Recordaba a la perfección cómo unas semanas antes me había encontrado en la misma situación: frente al espejo, revisando que todo mi vestuario, maquillaje y peinado lucieran perfectos para que Travis disfrutara de mí. En ese momento las cosas eran un poco diferentes, ¡menos mal! Ese día iba a ser mucho mejor que la exposición. Travis me había citado a esa hora en la recepción, vestida con la mejor ropa que anteriormente él me había comprado y con ganas de pasar una romántica velada a su lado.

Debía resaltar cierto punto, y es que si bien no me gustaba la idea de que Travis se hubiera gastado tanto dinero en mí con esa cantidad inmensa de ropa, no podía rechazarla, alguien había robado la mía y, o era eso, o salir desnuda.

Había cientos de prendas carísimas de distintos estilos; más pijo, más casual, atuendos preciosos para fiestas, como el vestido que llevaba puesto en ese momento, y admitiré que me sorprendió el hecho de que la ropa interior que también se había atrevido a comprarme era de una talla mayor a la mía. ¿Cómo me veía Travis? Eso me hacía reír, y en más de una ocasión se lo había comentado.

El vestido que había escogido para esa noche especial era plisado, con un cuello en forma de V y una abertura en la pierna. Para el pelo escogí ondulármelo y sujetarme un costado del cabello con unas cuantas horquillas. Respecto al maquillaje escogí uno oscuro, cosa que hacía por primera vez y admitiré que me sentaba mejor de lo que imaginaba.

Llegó la hora esperada y bajé por el ascensor, llevaba unos tacones altos y quería llegar puntual.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, no supe si lo que estaba frente a mí se trataba de la realidad o de un hermoso sueño.

Una sonrisa se formó en mi rostro, y parecía que incluso logré contagiársela a él, ya que esa sonrisa preciosa suya apareció y formó dos grandes hoyuelos en sus mejillas. Su cabello no lucía loco y despeinado como siempre parecía, estaba mucho más corto y esas

puntas rubias por su tono natural habían desaparecido y reinaba en su cabello el color de sus raíces, un castaño precioso. Lo que más me sorprendió, si cabe, fue que no había rastro de barba en su rostro. Ahora lucía su belleza plena, nada prohibía disfrutar su preciosa piel.

Sus pantalones eran de un gris perla, combinado con una camisa blanca ceñida y un cinturón negro a juego con sus zapatos.

—Estás preciosa —dijo.

Se acercó a mí y me ofreció su mano, la cual acepté gustosa.

—¿Te estás burlando de mí? —pregunté divertida, pero él frunció su ceño.

Al fin y al cabo, no dejaba de ser Travis Redmond y pese a todo, me gustaba que siguiera siéndolo.

—Hollie... —gruñó notablemente molesto, pero lejos de preocuparme, emití una carcajada y encerré su cuello entre mis brazos.

—Te diría lo mismo... pero te mentiría —continué con la broma, intentando besar sus labios pero él me esquivaba.

—¿Estás hoy graciosa? Porque por mucho que haya pasado, sigues irritándome.

—Las cosas buenas no cambian nunca —respondí con voz socarrona. Él blanqueó los ojos y se alejó de mí, entonces comprendí que algo molesto sí que estaba—. ¡Travis! Estoy de broma.

—No me gustan esa clase de bromas, Hollie —se quejó aún con el ceño fruncido—. Así que basta, o me harás subir a mi habitación.

No iba a continuar bromeando. Pese a todo debía ser consciente de que Travis tenía una enfermedad y no quería provocarle una crisis por mis tonterías.

Verle molesto seguro que en otro momento de mi vida me hubiera asustado, pero yo comenzaba a conocerle bien y ese miedo que le tenía a su persona, se había disipado.

—¿Te vas a enfadar conmigo? —pregunté.

—Si sigues me temo que sí...

—Oh... ¿en serio? —pregunté acortando la distancia y posé mis manos sobre sus suaves pómulos. Él se mostró en principio reacio, pero se notaba que lo fingía—. Y... ¿ahora? —añadí pasando mis labios por su cuello, notando como al segundo se erizaba cada terminación de su piel.

Cogió mi cintura con sus grandes manos y meneó su cabeza para que le mirara.

—No me gusta que conozcas tan bien mis puntos débiles.

—¿Ah, no? —cuestioné separándome de él unos centímetros y me crucé de brazos—. A mí me gusta mucho que sepas lo míos.

Travis sonrió y tras dar un palmetazo en mi trasero, me agarró de la mano y salimos del hotel.

—Oh-dios-mío... —dije sorprendida ante la locura que se había presentado frente a mis ojos.

Travis me había llevado a un restaurante precioso en Chester, enorme, carísimo, y... solitario. Estaba completamente vacío, solo estaba el servicio dispuestos a atendernos.

—Vamos —contestó con una sonrisilla de satisfacción mientras me agarraba de la mano y me obligaba a tomar asiento en la única mesa que había en toda la sala.

—Estos es de locos —comenté aún sorprendida mientras tomábamos asiento. Mi comentario no agradó en absoluto a Travis, que torció el gesto de forma disimulada. Sabía bien lo que ocurría—.

Cuando dije que quería cenar en un restaurante, me refería con la gente y todo eso.

—Bueno, tampoco lo dejaste en claro.

Ya estaba siendo arrogante.

Después una camarera rubia muy extravagante se acercó a nosotros para que pidiéramos, aunque Travis lo dejó en su gusto, cosa que si bien era una tontería, a mí me molestó. Habían compartido ciertas miradas, y había una especie de complicidad que me hacía sospechar que se conocían de antes.

Y muy bien.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Juraría que cuando la rubia se había alejado de nosotros, él la había mirado. Me hervía la sangre.

Eran sentimientos completamente nuevos para mí, yo nunca había estado enamorada, y saber que quizá él había conocido a muchas mujeres, que seguramente las había enamorado a todas como había hecho conmigo y demás... me hacía sentir terriblemente mal, sabiendo que una de sus *ex* era Theda y esa chica correspondía totalmente a su estereotipo.

No como yo.

—¿Si?

Y quizá fue su voz rasposa, aunque nada molesta, la que me hizo recapacitar y dejar esos pequeños e indeseados celos a un lado. O al menos intentarlo.

Debía comenzar a tener confianza, no en él, sino en mí. Yo no era menos que ellas... yo no era menos que él. Yo podía llegar a merecérmelo. Yo podía llegar a merecerme esos ojos verdes tan admirables, yo podía llegar a merecerme despertar y ver su precioso rostro a mi lado en la cama. Yo podía llegar a merecerme tantas cosas... ¿y por qué no podía llegar a merecerme a Travis?

Carraspeé y Travis alzó una de sus cejas, invitándome a articular la pregunta que yo le había pedido manifestar.

—¿Tienes un hermano? —pregunté finalmente, haciendo memoria y recordando ese momento en la noche de la galería en la que lo pronunció.

Él se mostró sorprendido.

—¿A qué viene eso?

—Lo mencionaste en la exposición, ya sabes, cuando...

—Ya te pedí disculpas, te dije que lo sentía, ¿por qué vuelves de nuevo a ese tema? ¿Intentas machacarme? —preguntó totalmente a la defensiva, la pupila de sus ojos comenzaban a ensancharse.

—¡No! —exclamé rozando la exasperación—. Solo... se me quedó la duda. No sé nada de ti.

—¿Y yo de ti sí?

—Travis, por favor, cálmate. Soy yo, sabes de sobra que no quiero atacarte, solo... solo quiero saber más de ti.

Pareció que mi voz calmada —aunque por dentro mi pulsación se había acelerado notablemente— le tranquilizó un poco, por lo que relajó su expresión y bebió de la copa de su vino.

—Sí, tengo un hermano —contestó algo inseguro, pero el caso era que lo había hecho—. Él vive en Derby junto a su mujer, su hija y mi madre.

El saber que su madre estaba viva me sorprendió, él no había hablado en todo ese tiempo de ella y yo había dado por supuesto que, al igual que su padre, estaba muerta.

—¿Y os veis muy a menudo?

—Hollie, ¿esto es un interrogatorio o una cena? —preguntó algo molesto de nuevo.

Me quedé seria por la bordería de sus palabras, y también callada. La chica rubia apareció y dejó el primer plato, ganándose una sonrisa de Travis, cosa que me hizo sentir peor.

—Se supone que las citas sirven para conocerse mejor —siseé.

—Tienes razón —respondió agarrando mi mano sobre la mesa—. Perdóname. A veces no sé controlarme.

«¿Ah? No me había dado cuenta»

¿Era el momento para sacar el tema de su enfermedad? Alguna que otra mañana había investigado más y había leído que tenía medicación y cura, pero lo problemático era conseguir que los pacientes accedieran a verse con el doctor, ya que siempre desconfiaban.

Decidí que no, definitivamente no era el momento para sacar ese tema.

—No importa —me limité a decir.

Después cogí el cubierto y comencé a jugar con la comida.

—¿Ella te ha incomodado, verdad? —preguntó y opté por hacerle caso omiso. Al percatarse de eso, Travis alargó su brazo y en un movimiento rozando lo brusco me obligó a levantar la mirada—. Yo estoy nervioso porque para mí, esto es nuevo, pero tú también estás rara. ¿Te ha incomodado ella?

—¿Debería incomodarme por ella?

—¡Para nada! —exclamó, y su seguridad y rapidez a la hora de contestar me hizo suspirar de alivio—. Te lo he dicho, pero te lo repetiré, soy nuevo en esto, Hollie, estoy haciendo esto por ti, y nunca me habría planteado hacerlo por nadie. Por favor, recuérdalo.

—Tengo miedo Travis, siento verdadero pavor por pensar que en cualquier momento puedes fijarte en alguna rubia de esas y darte cuenta que yo no te combino-

—No es cuestión de combinar, es cuestión de complementar, y tú me haces sentir más completo que nunca.

—Acabas de decir algo bonito —murmuré.

—Vaya, pues no es tan difícil hacerlo como creía —contestó y ambos reímos—. Quiero proponerte algo.

—¿El qué?

—He hablado con un conocido aquí, en Chester, director de una academia. Tienen una variedad de cursos formativos a distancia y he concertado una cita con él mañana. Si quieres pasaremos esta noche aquí e iremos a hablar con él.

Me mostré algo incrédula por sus palabras. No me esperaba aquello para nada.

—¿Por qué lo has hecho?

Era absurdo preguntar aquello, pero fue lo único que se me ocurrió.

—Valoro tus inquietudes y quiero ayudarte a que te formes en lo que más te guste, así como hice yo.

Sonreí emocionada y después él se apartó de la mesa y me instó para que fuera hasta él y me sentara en su regazo. Así lo hice.

—¿Sabes que te quiero, no? —musité.

—Repítemelo, por favor.

—Te-quiero, Travis Redmond. Te quiero.

—Yo también te quiero, Hollie Wadlow. Y ahora que estás en mi vida, no sé qué haría sin ti, me sentí tan perdido cuando te fuiste y ni si quiera sabía si estabas bien... ahora solo de pensar que esa persona que entró en el hotel por tus cosas quizá quería hacerte daño... me desespera. Necesito que estés bien, protegida.

—Contigo me siento así. Gracias. En algo tuvo razón Ellen; y es

que cuando te dejas conocer eres alguien increíble.

—Gracias a ti porque me estás enseñando a ser una persona mejor de la que era.

Lo posterior a la cena sucedió sin imprevistos, si bien no hablábamos de su vida, que era lo que yo quería, sí nos sirvió para conocernos más a nivel de gustos y preferencias.

Cuando casi nos terminamos el postre, la canción de Ed Sheeran, *Thinking Out Loud* sonó por la sala y sentí el impulso de bailarla. Travis en un principio se mostró reacio, pero luego aceptó mi mano y nos dirigimos hacia la gran pista de baile que estaba solo para nosotros.

Sus manos se posaron sobre mi cintura y mis brazos rodearon su cuello. Descansé mi rostro sobre su cuello, oliendo su delicioso aroma dulzón con notas amaderadas de vainilla.

Nos comenzamos a mover al son de la música, realmente nos compenetrábamos bien, no entendía bien por qué Travis en principio no quería bailar cuando lo hacía muy bien.

—Te quiero tanto, Hollie... —musitó en mi oído, haciéndome apreciar lo más hermoso que podía haber sentido jamás.

—Y yo a ti... —contesté al son de nuestros pasos.

Travis me separó de él, sonrió, y me hizo girar sobre mi eje. Después no volvió a fundir nuestros cuerpos, sino que me invitó a bailar más libremente para que él me viera. Me deshice de mis tacones y comencé a bailar animada, enrollándome en su brazo y pegando mi espalda justamente en su pecho.

Capítulo 25

Hollie

16 de Julio de 2016

Llegamos a la Academia Profesional Hathaway con antelación. Estacioné unas calles antes de llegar y bajamos del coche. Hacía bastante tiempo que no conducía, y lo había echado de menos.

Nos dimos la mano y entramos a la Academia. Desde que nos habíamos despertado me había percatado de que Travis no gozaba de un buen estado de ánimo aquel día, por lo que intentaba ser paciente y comprensiva. No sabía qué le ocurría; pero tampoco quería agobiarle preguntándole cosas que puede que él no quisiera decir.

—Buenos días. El señor Hathaway está en los jardines exteriores.

Avanzamos por dónde él nos indicaba y nos encontramos con el señor Hathaway. Antes de hablar se ofreció mostrarnos las instalaciones mientras explicaba y presumía de los logros de la academia que había fundado su padre hacía bastantes años. Al parecer, su progenitor, había sido un buen amigo del padre de Travis.

Llegamos a su despacho y nos dejó tomar asiento. Me entregó un formulario donde explicaba qué cursos se ofertaban; y la verdad que había bastantes. Intentaba con la mirada pedir consejo a Travis pero él quería dejar esa decisión totalmente a mi elección. Agradecí aquello, pero me mostraba algo insegura.

Tras pensar por bastante rato, el cual me permitieron ambos porque comenzaron a hablar de sus cosas, me decidí. No me había dado cuenta de lo que había estado buscando hasta que lo encontré justamente frente a mis ojos.

—Lo he decidido —hablé.

—Muy bien, bella. ¿Cuál es el que ha llamado tu atención?

—Este: técnico en gestión de alojamientos turísticos.

Pude notar cómo Travis sonrió levemente. Después de un rato rellenando papeleo, ambos salimos de la Academia y fuimos hasta el coche, conduciendo esa vez él.

Hablamos trivialidades durante el camino de vuelta al hotel. Travis parecía más receptivo que antes; pero seguía raro. Tenía que entenderle, pero para mí era bastante complicado.

¿Por qué se comportaba así después de todo? ¿Acaso había hecho algo que no le había agradado?

Travis

Los sentimientos aturdían mi cabeza, sentía que ésta estaba a punto de explotar. Estaba confundido tras la noche anterior. Mi mente se nublaba mientras pintaba en el despacho de mi casa. Estaba agobiado por lo que había pensado que lo mejor era aislarme y pintar.

No me gustaba la sensación de debilidad frente a alguien, ni si quiera frente a Hollie. Me sentía terriblemente expuesto y eso no me agradaba en absoluto, por lo que verme abierto ante una persona que no fuera mi reflejo en el espejo me apabullaba.

No podía poner tantas expectativas en una persona... aunque la quisiera tanto como quería yo a Hollie.

Era muy contradictorio, y eso me hacía sentir confuso. Cuando estaba junto a ella todo estaba bien, me apetecía contarle mis cosas,

me apetecía abrirme con ella de la forma que nunca había hecho con nadie pero después, me torturaba por haberlo hecho. No quería depositar tanto en una persona y que tarde o temprano me abandonara, me fallara o se muriera.

Porque sí, mis pensamientos eran algo obsesivos pero no podía hacer nada para remediarlo.

Odiaba encariñarme con la gente, odiaba depender tanto de otra persona que no fuera yo, odiaba preocuparme por una persona que no podía cerciorarme de que estaba a salvo las veinticuatro horas del día.

Mi planteamiento sobre la vida era sencilla: todos acababan abandonando la vida de los demás, nada era eterno, porque o te traicionaba o morían.

Lo había aprendido a base de golpes, porque Alizze me había traicionado y abandonado, mi madre de igual forma y también mi hermano. Mi padre había sido un caso contrario, él había muerto aunque de igual forma me había sentido abandonado por él.

Yo estaba solo en el mundo y, lo único que me rodeaba eran las personas que yo mismo pagaba para mantener en alto lo único que tenía: el hotel. Mi hotel.

Siempre había pensado que puestos a abandonarme, prefería mil veces a que lo hicieran por muerte a por traición, ¿quién no lo preferiría? A pesar de sufrir el mismo abandono, yo aún quería a mi padre.

Con Hollie era totalmente distinto, y me desquiciaba no poder estar al control de la situación. Cuando la miraba, cuando la escuchaba respirar mientras dormía y yo acariciaba su cabello para estar seguro de que no se iría, yo supe que preferiría mil veces perder a Hollie por una traición que por su muerte. La sola idea de imaginar que su cuerpo dejara de tener vida, que sus preciosos ojos no mostraran nunca más todo el sentimiento comprimido que mantenían, me horripilaba. Necesitaba verla, y aunque la traición era lo peor para mí, en su caso no.

Y eso me asustaba, y eso me confundía también porque no me gustaba sentirme tan débil frente a ella.

Alguien tocó a la puerta y miré de reojo el reloj, viendo que apenas amanecía y no entendí muy bien quién quería algo de mí a esa hora.

Tapé el lienzo en el que actualmente trabajaba y abrí la puerta, encontrándome a Hollie con una sonrisa liviana.

—¿Puedo pasar?—preguntó dulcemente.

No quería hablar con ella, pero no podía negarme a tener su valiosa compañía. Todo era más fácil pensarlo y decidirlo cuando ella no estaba delante, pues cuando sí lo estaba, volvía a mí ese sentimiento de dependencia.

Me eché a un lado y ella pasó. Después, cerré la puerta.

Me mantuve en un cauto silencio por varios minutos. Ella lo respetó, por lo que decidió sentarse sin decir nada. No me atrevía a hablar, me sentía sucio por solo pensar que quizá todo era mejor si ella se iba, si el sentimiento de dependencia desaparecía, pero, esa misma necesidad me obligaba a mantenerla cerca de mí, tenía miedo a vivir y eran sentimientos tan incoherentes que me provocaban querer desaparecer.

—¿Qué te pasa, Travis? ¿Qué está mal? —preguntó acercándose a mí, rodeando mi cuello con sus largos dedos.

Quería tocarla, abrazarla, sentirla cerca de mí, pero no me podía permitir sentir tan débil. Odiaba sentirme así, lo detestaba pero no podía controlarlo. Sentía que estaba mal estar lejos de ella pero sentía que estar cerca estaba aún peor para mí y para mi propio bienestar.

—Solo quiero estar solo, por favor...

Me aparté de ella.

Hollie se mostró afectada por aquel rechazo, y por un momento pensé que iba a llorar. No, no podía hacerlo. Aquello me agobiaría más aún y ya sentía cómo mi cuerpo comenzaba a angustiarse y a

irritarse.

Pero no lo hizo, no lloró.

—Por favor, Hollie —añadí agachando la cabeza.

Necesitaba estar solo, no quería explotar frente a ella, no quería hacer algo de lo que me pudiera arrepentir.

—No me quiero ir —. Su voz tiritaba.

Pero necesitaba que se fuera...

—¿Desde cuándo sólo importa lo que quieres tú? —bramé.

Ella retrocedió varios pasos por la impresión, cosa que me partió el corazón.

Pero no lo suficiente...

Hollie decidió irse. Giró en silencio sobre sus talones y salió de la habitación, cerrando la puerta con vigor, provocando un gran estruendo.

Una absurda cólera se apoderó de mi cuerpo y al levantarme de la silla agarré la mesa y la impulsé hacia delante. Comencé a menear mis dedos para que ese hormigueo en ellos cesara, pero era muy difícil.

Me dolía la nuca. Mi cuerpo comenzó a arder y sentía que estaba levemente mareado. No quería sentirme así, no quería que aquellas imágenes pasaran por mi mente pero era incapaz de desecharlas. Me costaba respirar. Necesitaba aire. Avancé hasta la ventana y la abrí, inhalando y exhalando con profundidad.

Necesitaba sentirme mejor. Me odiaba cuando era incapaz de controlar mis impulsos, pero también me odiaba cuando me permitía ser tan débil.

Y ella me hacía sentir así.

La sola idea de pensar el día en el que ella me traicionara... me

revolvía el estómago.

Y lo único que quería, al menos, era hacerme a la idea.

Capítulo 26

Hollie

20 de Julio de 2016

Tomaba el desayuno que me había preparado Sengua en una de las mesas de la cocina junto a ella y Sarah, que también estaban aprovechando para desayunar.

Capi también estaba desayunando a nuestro lado de su bol con pienso.

Tenía la vista perdida y los pensamientos lejos de la conversación trivial que ellas mantenían, para ser más exactos estaban unas cinco plantas más arriba.

Llevábamos días sin cruzar palabra. ¿Por qué había cambiado de un día para otro? Todo estaba siendo perfecto, pero también entendía la última vez yo no había hablado con Travis, sino con su enfermedad. Travis realmente tenía un gran problema en su personalidad, y me sentía inútil por no hacer nada para ayudarle. Él tendía a alejarme y si desobedecía, no me quería imaginar qué podría pasar.

—¿A ti te gustaría si fueras tú, Hollie? —preguntó Sarah con una amplia sonrisa.

Al escuchar mi nombre volví a conectar con la realidad.

—¿Perdona? —pregunté avergonzada.

—Hollie, deja de pensar en lo mismo todo el rato —respondió Sengua—. No puedes hacer nada. Aunque no lo creas, Travis ha mejorado mucho desde que tú estás aquí, pero también le gusta estar

solo. Dale tiempo.

Asentí débilmente.

—Vaya, ¿hoy también desayunáis separados? —cuestionó Ellen con una sonrisa mientras se acercaba a nuestra mesa—. Tú aquí con ellas y Travis que me acaba de pedir que le suba su comida.

—Voy a irme a la floristería a trabajar —contesté recelosa. Ellen sonrió fríamente y pasó a la cocina—. Lo siento por lo que voy a decir, pero no la soporto.

—Está muy rara —musitó Sarah bebiendo de su café, con los ojos achinados—. Yo tampoco confío tanto en ella, ni le he comentado aún lo de mi hijo.

—¿Qué le ha pasado a tu hijo?

—Hollie, es lo que acabo de contar.

—¡Oh! Disculpa Sarah, no estoy donde tengo que estar...

—Parece ser que la sorda al fin de cuentas no soy yo —bromeó y reímos—. Mi John va a volver, por eso me he querido poner este chisme, para escucharle mejor, ¿no es genial? Estoy ansiosa por saber todo lo que le ha ocurrido...

—Estaba de voluntario en África, ¿verdad? —me interesé y ella asintió, orgullosa.

—Me muero por saber cuántas vidas ha salvado.

Sengua y yo sonreímos con ternura y Ellen volvió a pasar frente a nosotras con una bandeja con miles de cosas para el desayuno de Travis; chocolate, café, fruta, tortitas...

Por un momento sentí celos, porque yo quería que ambos desayunáramos siempre juntos y también me encantaría llevarle el desayuno a la cama y que él me lo llevara a mí, pero, parecía ser que por el momento, mis desayunos serían escuchar a Sarah y a Sengua y los de Travis junto a Ellen.

¿Cómo podía tratarla como si nada hubiera pasado?

En algún momento había llegado a pensar que Ellen estaba detrás de la desaparición de mi ropa, pero no se lo había comentado a Travis porque no quería intervenir en su relación sin tenerlo completamente seguro.

Minutos después, cuando la conversación volvió a tornarse trivial, me levanté de golpe y me disculpé diciendo que llegaba tarde a la floristería, pero, muy lejos de ir en ese momento allí, subí las escaleras a toda prisa para saber qué ocurría ahí arriba.

Una vez en la puerta de Travis, me adentré en silencio, agradeciendo que ellos no se encontraran en el salón, sino que él no había salido del despacho. Ingresé en el pasillo con cautela y, sabiendo que me arrepentiría por lo que iba a hacer, pegué mi oreja en la puerta.

—Ella no es buena para ti —dijo Ellen.

Cerré mis puños con rabia, por un momento me llegué a imaginar que yo ya no le simpatizaba por nuestra relación, pero se tendría que joder, porque yo no estaba dispuesta a dejar de luchar tan pronto

—Ella no va a aguantar todo esto, ella va a abandonar incluso antes de lo que podemos pensar —agregó.

—¿Tú en serio crees eso? —preguntó Travis con aflicción.

—No solo lo creo, sino que lo sé —respondió ella—. Recuerda que ella no es Alizze.

—¿Sabes? A veces lo preferiría...

Tapé mi boca por la punzada de dolor que me provocó sus palabras. Eso era suficiente. ¿Quién me mandaba a mí a escuchar conversaciones ajenas?

Salí despavorida de allí. Tenía la vista nublada, no sabía bien quién era esa tal Alizze pero seguro que tendría que ver con alguien parecido a Theda.

Bajé por las escaleras con rapidez, no quería tentar a la suerte y que ellos escucharan si usaba el ascensor.

Cuando apenas faltaban unos escalones para llegar a la recepción, el tacón de mi pie derecho se torció y me provocó un desagradable dolor en el tobillo.

—¡Santa mierda! —bramé por el dolor.

Rápidamente intenté recomponerme y una vez en el suelo plano, cojeando, corrí hasta la puerta del hotel.

No quería ni imaginarme la cara de gilipollas que tendría en ese momento, de una perdedora total que corre por las escaleras y se destroza el tobillo.

Salí del hotel. El dolor era insoportable y no me permitía caminar.

—¡Eh, eh, *minion*! —gritó Charles a mi espalda—. ¡Hollie!

—Joder —gruñí en voz baja y después me giré con una sonrisa falsa—. ¿Qué quieres? Llego tarde a trabajar.

—Oye, ¿te encuentras bien?

—Estoy perfectamente—respondí sintiendo el punzante dolor que sentía en el tobillo, cosa que sin querer manifesté en la forma de hablar.

Él sabía a la perfección que no era así, por lo que comenzó a analizarme con la mirada. Cuando llegó a mis tobillos (que estaban descubiertos porque llevaba tacones y pantalones de pitillo) sus ojos se abrieron desorbitadamente.

—¡Madre mía! —exclamó escandalizado.

Rápidamente me cogió en volandas y corrió hasta el coche.

—¡Pero bájame! ¡Llego tarde a trabajar!

Charles abrió la puerta trasera y me hizo entrar en él. Cuando iba a cerrar la puerta, le agarré como pude del brazo y le hice parar.

—¿Qué pasa? ¿Qué vas a hacer? —pregunté horrorizada.

—Avisar a Travis y llevarte al hospital, tienes al demonio en el tobillo, Hollie.

Lo miré de reojo y era cierto, mi pie estaba horrorosamente hinchado y de un color oscuro que me provocó un leve mareo.

Dolía mucho, pero dolía menos de lo que aparentaba.

—¡No! Por favor, por favor, por favor, llévame donde quieras pero no se lo digas a Travis, te lo suplico, lo que menos tengo ganas es de verle, por favor, por favor, por favor...

—Para, Hollie —pidió—. Si no se lo digo me matará.

—Y si se lo dices te mataré yo. Todos me decís que él necesita su espacio y debo respetarlo; respetad vosotros que yo también quiera el mío.

—Está bien —contestó tras meditarlo—. Pero te aviso que si se enfada le contaré que me suplicaste que no lo hiciera.

—Se lo contaré yo. Soy una mujer de palabra.

—Espero que sí seas una enana de palabra —gruñó y cerró la puerta para después ingresar en el coche y marchar al hospital.

Olvidé por un momento en el camino al hospital el dolor del tobillo para sentir uno peor; el de la decepción.

Las palabras de Travis retumbaban en mi cabeza como un tambor...

«¿Sabes? A veces lo preferiría...»

Travis

Entré junto a Hara —que se había empeñado en acompañarme— a la sala de espera del hospital y ahí estaba Charles, apoyado en la pared

con los brazos cruzados. Cuando nos vio aparecer cambió totalmente su postura, se acercó a paso rápido a nosotros y ya desde lejos, con la mirada, me pedía disculpas.

—Travis, se encabazonó en que no le dijera nada, de verdad que lo siento, pero en cuanto la han metido le he llamado porque sabía que no estaba bien —dijo.

Yo estaba serio, enfadado, molesto, y también preocupado, quería saber si estaba bien aunque Charles me había dicho mil veces por teléfono que por lo que él había visto, se trataba de un esguince.

—No te preocupes —contesté. Si bien debería haber acatado mis órdenes, conocía lo tediosa que resultaba Hollie cuando buscaba algo—. ¿Qué le ha pasado?

—Estaba enfurruñada. No me ha contado nada, pero ha debido ser en el hotel, porque la intercepté cuando salió dispuesta a ir a trabajar a la floristería.

—Esta cría va a acabar conmigo —bufé intentando despeinar mi cabello, pero fallé en el intento recordando que me lo había cortado. Maldito consejo el de Hara.

—No se enfade con ella, solo es una niña... —murmuró con pena Hara, conociendo a la perfección que yo estaba enfadado—. Esta mañana cuando yo hablé con ella, estaba muy rara, no escuchaba y estaba abstraída.

—¿Te ha contado algo?

—No, no...

—¿Familiares de...? —preguntó el doctor saliendo de la consulta.

Al ver a Charles se acercó a él, pero me interpuse yo.

—Yo —dije.

—Buenos días. Pues bien, la señorita Wadlow tiene un esguince. Le hemos colocado un vendaje para que no fuerce el tobillo a la

movilidad, en principio no necesita muletas, pero si en estos días observan que la señorita Wadlow cojea, tendrán que volver. Recomiendo reposo, pero eso no impide la realización de movimientos activos o pasivos del pie sin apoyo, también que mantenga el tobillo en alto cuando esté tumbada, para evitar mayor inflamación y descarga de tensión del tobillo, y sobre todo la aplicación de hielo, y si sufre mucho dolor alguna pastilla antiinflamatoria, pero en principio es mejor que no. La semana que viene les espero para ver qué tal va, y si ha mejorado le haremos unos cuantos ejercicios de rehabilitación, pero nada grave.

—Está bien, muchas gracias doctor, ¿Cuándo podemos verla? — pregunté más calmado, pero igualmente enfadado.

Debía meterle en la cabeza que no podía seguir yendo como una loca a todos sitios, porque esa vez quizá no había sido nada grave pero si seguía siendo así podía abrirse la cabeza el día menos esperado.

—Pues ya, debe estar lista para irse. Acompañeme.

Abrió la puerta y la vi, estaba sentada sobre la camilla, la enfermera le estaba dando unos zapatos de hospital para que pudiera marcharse. Ella hablaba con ella con una media sonrisa, pero cuando me vio, desapareció, e incluso blanqueó los ojos.

—Muchas gracias —dijo Hollie amablemente a la chica.

Intentó levantarse, pero al percatarme de que sentía dolor, me acerqué rápidamente y pasé su brazo por mi cuello para ayudarla.

—Tú y yo tenemos que hablar.

—¿Crees que tengo ganas de hablar ahora mismo? —rezongó.

—Me da igual.

—Oh, vaya, parece que esta relación es cosa de dos solo cuando tú no quieres algo.

—¡Niña Hollie! —exclamó Hara al vernos aparecer. Hollie se zafó

de mí y abrazó a Hara—. Ay, niña, no puedes darnos estos sustos.

—Lo siento —susurró ella intentando tranquilizarla—, estoy bien.

—Bueno, vámonos ya de aquí, no hacemos nada —dije agarrando sutilmente a Hollie del brazo, ayudándola a caminar—. Hara, Charles, id en su coche y nosotros en el mío.

Hollie volvió a bufar para contradecir lo que acababa de decir, pero me daba igual; continué andando mientras que intentaba ayudarla, pero se mostraba reacia. Por un momento pensé en dejarla ahí, si no quería mi ayuda, no la tendría, pero por otro lado recordaba que quería a esa cría cabezona y que no podría permitir dejarla sola.

Años después llegamos al coche y quiso subir sola, cosa que consiguió con esfuerzo. Sonreí, pero lo disimulé rápidamente para que no se diera cuenta. Después entré al coche y arranqué.

—¿Me puedes explicar qué mierda hacías para haberte hecho esto? —pregunté mirándola de reojo. Ella estaba exacerbada, con la frente pegada al cristal observando las calles—. ¡Hollie! Ponte el cinturón y responde.

—¡Qué pesado eres! —exclamó muy enfadada y se colocó el cinturón de mala gana. Mi rostro, solo de escuchar cómo me había hablado, se tensó—. ¿Qué? ¿El único que puede hablar mal eres tú acaso?

—Relájate, eh, así no vamos a arreglar nada.

—¿Crees que quiero arreglarlo? —gritó con la mandíbula muy tensa.

Estaba realmente enfadada, y aunque me enrabiaba escucharla hablar de la misma manera que yo hacía, por otra parte me agradaba. Por muy raro que pareciera, no me gustaba que siempre me llevaran la razón y agacharan la cabeza por cualquier cosa que yo decía.

Hollie no era así.

—¿No? —pregunté en un hilo de voz sin premeditarlo.

Ella al escuchar con la aflicción que lo había pronunciado, relajó su rostro y miró al frente.

—Subí a la habitación a por mí abrigo y al bajar, me torcí el tobillo en las escaleras.

—¿Y por qué no usaste el ascensor, Hollie? Sabes que todo lo mío es tuyo, puedes usar todo lo que quieras, todo ha cambiado desde que llegaste. Lo sabes.

—Porque estaba enfadada. Porque no me gusta estar así contigo.

—Pero este no es un día para hablarlo, solo entiéndeme, por favor, hay días que quiero estar solo y este es uno de ellos.

—¡Pero no me gusta! —exclamó con aflicción. Después tragó saliva, se quedó pensativa y añadió—: quiero que me hables de Alizze.

—¿Qué sabes de ella? —pregunté exasperado.

Era lo último que necesitaba para ese día. Todo lo calmado que había conseguido estar, se acababa de disipar, dejando a su paso un gran enfado e irritación.

—¡Pues nada! Por eso te pregunto —respondió.

No sabía qué me irritaba más: que me diera por tonto o que tratara ese tema como algo trivial cuando para mí no lo era.

Al contrario. Era muy delicado. Era lo peor que podía haber dicho ese día.

—Hoy no, Hollie. Hoy n...

—¿Entonces cuándo?

—¡Joder! —grité golpeando el volante. Ella se asustó y se quedó casi paralizada—. Se trata de mi jodida vida, no estoy en la obligación de contarte una mierda.

—Ya me has dicho suficiente —respondió con altivez—. Puedes

tragarte toda tu mierda tú solito, no me interesa.

Capítulo 27

Hollie

26 de Julio de 2016

—Estás curándote muy deprisa —comentó Marco con una sonrisa.

Era cierto lo que decía, habían pasado unos seis días y apenas dolía. Travis había llamado al día siguiente a un médico privado para cerciorarse de que el médico del hospital nos había dado bien las indicaciones, y como era lógico, sí.

No entendía muy bien su preocupación cuando por otro lado parecía que le importaba una mierda. Además de llamar a un médico, Travis y yo no habíamos cruzado ni una palabra, si bien él había intentado algo, yo le había girado la cabeza. Sus formas no me gustaban, el contenido de sus palabras realmente eran lo que menos me importaba. Por un lado intentaba comprender que era su enfermedad, intentaba ser comprensiva y ayudarle, pero me lo ponía muy difícil y si tanto me quería como decía y yo había llegado a creer, esa indiferencia quizá le hacía despertar.

No habíamos dormido juntos desde el día del pequeño tropiezo, más o menos. Yo me había negado dormir con él, por lo que había vuelto a mi habitación. Él había decidido entonces dormir en el sillón, vigilándome, estornudando durante toda la noche debido a que Capi estaba ahí.

Me moría por hablar con él, por abrazarle, por besarle, por tenerle cerca... pero mi orgullo me lo impedía, y a él se lo impedía su enfermedad. Para mí era tan sencillo como que él se disculpara y todo estaría bien de nuevo... pero ese momento no llegaba, el único

contacto que teníamos era cuando él aplicaba hielo en mi tobillo, y aunque se había ofrecido para ayudarme a ducharme, había rehusado de ello y lo había hecho Sengua.

En ese momento estaba recibiendo la visita de Will y Marco en el hotel, estábamos en la cocina de la planta principal tomando un café y contándonos cosas.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —cuestioné sintiendo cierta vergüenza.

Will palmeó mi espalda con cariño y sonrió.

—Escupe.

—¿Lo de ayudarte en la floristería sigue en pie?

—¡Ay, tonta, claro que sí! —exclamó y me abrazó—. Cuando estés al cien por ciento recuperada, la floristería está abierta para ti.

—Muchísimas gracias, de verdad.

—Bueno, nosotros tenemos que irnos ya —dijo Marco y Will miró su reloj de muñeca para luego asentir—. Volveremos a hacerte una visita más larga, ¿vale?

—Claro, no os preocupéis.

—¿Te ayudamos a ir algún sitio? —preguntó Will cuando nos levantamos.

—No, no hace falta, me quedaré por aquí abajo.

Aceptaron y tras despedirse, se marcharon. Yo me quedé sola en la cocina, Sengua estaba comprando y la había llevado Charles, James estaba fuera y Ellen... a saber dónde andaba Ellen.

Seguía cabizbaja, extrañaba muchísimo a Travis... pero aún seguía dándole vueltas a lo que había escuchado en la conversación que tuvo con Ellen.

Alguien tocó la puerta, y me extrañó enormemente porque la de la

cocina siempre estaba abierta. Me giré con cuidado de no hacerme daño y lo que vi fue a un hombre con un enorme ramo de rosas rojas. No le conocía pues era tan grande el ramo que le tapaba el rostro.

—Se ha debido equivocar, señor —dije admirando el gran ramo.

Era precioso, aunque demasiado grande.

El señor no respondió, sino que con esfuerzo logró sacar su cabeza de entre las rosas y descubrí que era Travis esbozando una liviana sonrisa.

Me quedé sin habla.

¿Cómo podía amarlo y odiarlo al mismo tiempo?

Él se acercó a paso lento a mí y me ofreció coger la tarjetita amarilla que contenía el gran ramo. Algo dudosa lo hice y la abrí para leerla:

«Lo siento por ser tan tremendamente gilipollas. Perdóname, por favor, no puedo soportar más la tortura de que no hablemos y ni si quiera me mires. Te necesito, estoy dispuesto a contarte todo lo que necesites saber»

Terminé de leer la carta con lágrimas en los ojos, después le mire y supe que era él, mi Travis. Al verme, él dejó el gran ramo sobre el suelo, y yo abrí mis brazos para recibirlo gustosa. Él entonces me enrolló con sus fuertes brazos, contrayéndome con fuerza a él, sintiendo su respiración, afirmándome que volvía a latir.

—No me vuelvas a hacer esto, por favor —susurró en mi oído acariciando mi cabello con desesperación.

Agarré su rostro para mirarle, él era realmente hermoso. Negué levemente con la cabeza, después los dos reímos levemente y yo acaricié su mejilla.

—Pero Travis... yo necesito saber aún.

—Vas a saber todo lo que quieras —contestó moviendo la cabeza

de forma infantil.

Asentí con una media sonrisa y entonces, él tomó mi mano y me ayudó a ir al ascensor.

Me dejó tomar asiento en el sillón de su despacho y después trajo café recién hecho. Estaba nervioso, y previamente incómodo, pero tanto él como yo sabíamos que necesitábamos esa charla. Yo estaba dispuesta a contarle todo lo que quisiera, pero lo importante era escucharle a él.

—Yo estaba casado, Hollie —comenzó deambulando por el despacho. Su primera confesión consiguió llegarme hasta lo más profundo de mi alma, pero no quise exteriorizarlo—. Tras años preciosos de relación, yo estaba seguro que Alizze era la mujer de mi vida, y nos casamos.

Escucharle hablar así de otra mujer me hacía sentir terrible, pero yo era la que quería saber más, y ya que lo había conseguido, tenía que aguantar.

—Todo fue bien hasta que mi padre murió de repente —continuó—, si bien su salud ya estaba delicada, nunca pensamos que un simple dolor de cabeza podría acabar con él. Todo, absolutamente todo después de eso, cambió para mí. Yo no era el mismo, y no veía igual todo a mí alrededor. Todos cambiaron. Alizze comenzó a comportarse extraño, ella... me engañaba. Nunca pude confirmarlo pero yo lo sabía. Ella siempre lo negó. Todo se convirtió en discusión tras discusión, y descubrí cuan de a gusto estaba en la soledad. Cerré el hotel. Todo fue parecido con mi madre, ella vivía aquí y no estaba de acuerdo con el cierre del hotel, por lo que discutimos muy a menudo y terminó por marcharse con mi hermano y su familia. Con él también discutía frecuentemente, cada vez que nos veíamos. Todo fue a peor, mi relación con Alizze era insoportable, aunque yo la seguía amando. Había días buenos y días malos, pero imperaban con diferencia estos últimos. Un día, en una exposición fuera de aquí,

Alizze me dijo que no iba a volver aquí conmigo, y me entregó los papeles del divorcio. Ella... me abandonó. Como todos hicieron, como temo que tú hagas...

—¿Cuánto hace de eso?

—¿Desde que ella se marchó? Más de un año.

Eso me destruyó por dentro, ¿Travis la había olvidado? Él la amaba, ¡él incluso se había casado con ella! ...

Intenté aguardar la compostura, y me sorprendió el hecho de que no hablara para nada de su enfermedad, y tampoco parecía querer hacerlo. ¿Era el momento para hacerle saber que yo ya lo sabía y que podía confiar en mí?

Definitivamente no, no era el momento, más cuando confesarle eso era ponerme la soga al cuello con Ellen.

—Hollie —añadió él, acercándose a mí y colocándose de cuclillas, apoyándose en mis piernas—. Yo te quiero a ti, Alizze es pasado. Yo pensaba que era la mujer de mi vida hasta que llegaste tú, no es comparable lo que siento a estas alturas por ti a lo que sentí por ella en tantos años. Yo a ti te adoro, sería capaz de todo por ti, incluso de hacer lo que acabo de hacer...

Asentí levemente, confiando plenamente en sus palabras. Envolví su rostro con mis manos y después, Travis besó con amor mis labios.

Travis

29 de Julio de 2016

Nos sentamos en una de las mesas de la cafetería del pueblo y me limité a observar a Hollie.

El lugar estaba más animado debido al turismo.

Parecía ida, como que no estaba en el presente. Eso me extrañaba y me atemorizaba, pues ese día, al menos para mí, era alegre;

acabábamos de salir del hospital y al fin tenía su tobillo libre, aunque aún no podía ponerse tacones.

—¿Ocurre algo? —me atreví a preguntar agarrando su mano sobre la mesa.

Ella forzó una media sonrisa y negó.

—¿Cuánto tarda más o menos en llegar el correo? —preguntó. Su pregunta me tomó por sorpresa y arrugué mi frente, echando la cabeza hacia atrás—. Hace una semana... le envié unas cartas a mi tío y a mi abuelo, y otra a Aylen, mi amiga.

—¿Quieres volver? —pregunté atemorizado.

Mi cuerpo de momento se heló, me quedé paralizado por la simple idea de que Hollie deseara volver a su casa junto a ese par de abusadores malnacidos.

—¡No! —exclamó despavorida al verme descompuesto. Por un momento había dejado de respirar, pero su respuesta me hizo suspirar de alivio—. Muy en el fondo, me gustaría que se hubieran preocupado un poco, y siguiendo ese pensamiento, pues les envié una carta pero sin opción a que me la devolvieran.

—Entonces quizá la hayan recibido ya...

—Pero a Aylen sí le di la dirección para que me respondiera.

—¿Qué? ¿Eres consciente de que esos malnacidos se pueden presentar aquí si ella les dice dónde estás?

—¡Ella no le va a decir nada! Es mi mejor amiga, nunca me delataría, además, ella sabía sobre mi huida e incluso me ayudó.

—Podrías haberla llamado simplemente. Te expondrías menos a todo esto, joder.

—Es que... —titubeó y suspiró algo nostálgica—, ella es sorda de nacimiento. Por teléfono no podríamos hablar, y ahora estoy muy preocupada porque no me contesta y pensar que le ha podido pasar

algo...

—¿Cómo hablabas con ella?

Antes de contestarme ella hizo unos gestos con las manos los cuales no entendí absolutamente nada, pero supe a qué se refería.

—Sé lengua de signos.

—¿Cómo aprendiste? —pregunté con interés.

Me sentía el hombre más afortunado por tener a la mejor mujer del mundo a mi lado. Ella era perfecta, amable, generosa, buena amiga, dispuesta a todo por los suyos... y por desgracia, ella lo había pasado terriblemente mal. Sin embargo, incluso a pesar de eso, ella seguía feliz, con ánimo de seguir adelante, de crear una nueva vida muy diferente a la que el destino le había deparado. Ella era luchadora y nunca me cansaría de decir que era totalmente diferente al resto del mundo.

—Ella llegó nueva al colegio hace muchísimos años, y nadie se acercaba a ella porque no se sabían comunicarse con ella. Yo sentí conexión solo con verla, créeme, ella es como un ángel... y sentí la necesidad de aprender la lengua con la que ella se comunicaba con su profesora especial, y al principio era muy torpe, ella se reía mucho conmigo y ya con ella fue cuando lo perfeccioné —comentó con cierta añoranza. Se notaba lo mucho que quería a su amiga—. Y... no puedo soportar la idea de que le haya pasado algo y por eso no pueda responder...

—¿Quieres llamarla? Imagino que vivirá con alguien, puedes asegurarte de que está bien, ¿sabes algún número de contacto? —Saqué el teléfono del bolsillo.

Su sonrisa se agrandó tanto, que sentí cómo me iluminaba. Debía regalarle un móvil, ella llevaba mucho sin uno y además me serviría para poder estar en contacto con ella si fuera preciso.

Hollie asintió alegremente y dijo un número de teléfono que me limité a marcar. Una vez estaba llamando decidí alejarme a la barra

para pedir algo de comer y dejarle más intimidad.

Capítulo 28

Hollie

Tras unos cuantos toques, alguien contestó.

—¿Sí, quién habla?

Era la voz de su madre, estaba segura. Sentí emoción, pero también nostalgia. Solo su tono de voz me evocó muchísimos recuerdos. Ella había sido una gran amiga de mi abuela. Tapé mi rostro con ilusión, intentando tranquilizarme.

—¿Oiga? ¿Hay alguien ahí? ¿Esto es una broma? Si es así, voy a colgar. No estoy para perder el tiempo —agregó.

Recordaba con exactitud su impaciencia.

—No, no cuelgue por favor, señora Stapleton —pedí con la voz temblorosa.

No colgó, pero por segundos, tampoco contestó.

—¿Hollie...?

—Sí —respondí—. Por favor, dígame si Aylen está bien, necesito saber que se encuentra bien...

—Claro, claro que ella está bien cariño, ¿tú cómo estás? ¿Dónde estás? Tienes que volver, Hollie. Nos tienes muy preocupados. ¿Estás bien?

—Sí, claro que estoy bien señora Stapleton. Y... no, no voy a volver —contesté tras un largo suspiro—. Solo quería saber cómo

estaba ella, ¿recibió mi carta?

—¿Qué carta?

—Pues... parece que... que no la recibí.

—No, para nada Hollie, ¿de verdad que estás bien? ¿Te tienen retenida? ¿Debo llamar a la policía?

—¡No, no, no! Yo estoy muy bien, en serio. Por favor, dígame a Aylen que estoy bien, que la quiero, que la extraño...

—Ella no está en casa pero se lo diré —respondió con afabilidad—. Ella está muy triste sin ti... apenas sale si no es conmigo o su hermana y su sobrino.

—¿Podrá devolverme la llamada cuando esté delante? Me gustaría hablar con ella aunque fuera a través de usted.

—Hija, ¿ya no recuerdas esas noches de llamadas de *Skype*?

—Sí, claro que sí, pero ahora mismo no tengo forma... —musité mientras Travis volvía y se sentaba frente a mí con la comida.

Él rápidamente asintió cuando me escuchó.

—Claro que tienes forma —susurró.

—Sí, sí tengo ordenador —rectifiqué.

—Ya sabes cuál es el usuario de Aylen, cualquier noche de estas podréis veros.

—Gracias señora Stapleton, tengo que dejarla. De nuevo, muchas gracias —Y colgué.

—¿Qué tal? —preguntó Travis esbozando una leve sonrisa.

—Hablaré con ella por *Skype*.

Él acarició mi mejilla.

—Me alegro mucho.

12 de Agosto de 2016

Para aquel día tobillo estaba totalmente recuperado. Había hablado un par de veces por *Skype* con Aylen; estaba preciosa y tuvimos momentos de risas, pero también de lágrimas porque nos extrañábamos. Travis, al percatarse de eso, le ofreció oficialmente a la madre de Aylen tenerla de visita en el hotel unos días, siempre que fuera con cuidado y que tío Shepard y el abuelo no se enteraran. Le aterrorizaba la idea de que ellos supieran dónde estaba.

La madre de Aylen no pareció muy convencida pero mi amiga sí y tenía la gran esperanza de que su madre le permitiera hacer algo que le hacía feliz. Travis se había comprometido a mandar a Charles allí y recogerla para cerciorarse de que estaba a salvo, y aunque no era algo confirmado, con solo imaginarlo me hacía ilusión.

También recibí un regalo de Travis: un móvil bastante caro que primeramente rechacé, sin embargo luego me obligó a aceptar alegando que era algo necesario. Él aceptó mi promesa de que se lo pagaría, y era cierta, pero sabía que él se inventaría algo para no aceptarlo el día que pudiera devolvérselo.

También me devolvió el coche que él mismo había destrozado tiempo atrás. Me contó que llevaba tiempo arreglado, pero que no se había sentido seguro de dármelo hasta aquel momento, cuando confiaba que yo no me iría del hotel por ello.

En ese momento ultimaba los detalles de la fiesta de cumpleaños de Travis, él cumplía ese día sus veintiséis años y yo quería celebrarlo. Conociéndole, solo había invitado a los justos: a los del hotel, el marido de Sarah, Dalton y los invitados especiales: su familia. Me había costado contactar con ellos. Su familia era encantadora, o al menos lo que había hablado con ellos así me lo habían parecido: su hermano se llamaba Scott, que era con quien había hablado, su mujer se llamaba Emily, su pequeña hija era Eris y la madre de Travis se llamaba Louise. Ellos debían llegar un poco

más tarde, pues les había pillado con la agenda apretada, para nada pensaban que Travis iba a celebrar su cumpleaños ese año.

Por su parte, Dalton había sido el encargado de mantener a Travis lejos del hotel por unas cuantas horas para preparar todo.

—Ay, yo esto no sé si va a salir bien —murmuró Sengua mientras me ayudaba a colocar la pancarta.

—¿Por qué iba a salir mal? —pregunté bajando del taburete y pasé mi brazo por sus hombros—. Se va a poner muy...

—Pues porque estas gilipolleces a él nunca le han gustado —respondió Ellen a nuestra espalda. Resoplé blanqueando los ojos y después giré sobre mis talones para verla—. De todas las malas ideas que has tenido, esta es la peor.

—Muy simpática, Ellen —gruñó Sengua de mala gana.

—Gracias por tus palabras, pero me dan igual —contesté yo. Hablarle así me dolía más a mí que a ella, pero estaba cansada de su actitud—. Espero que mientras Travis esté feliz aquí rodeado de su gente, tú te aburras metida en tu habitación.

—¡Qué pena! Creí que estaba invitada. Descuida, claro que estaré en mi habitación, para nada es de mi agrado ver a Travis mal.

—¡Que no se va a poner mal!

Bueno, no estaba muy segura de ello, pero al enterarme de que era su cumpleaños no estaba dispuesta a quedarme de brazos cruzados y en un principio me había parecido buena idea avisar a su familia...

—Bueno, eso ya lo veremos —dijo con cierto asco—. Por cierto, se me había olvidado decirte algo. Cuando estés de espía, ten cuidado con los tacones. El suelo resbala.

Achiné los ojos con rabia, observando cómo se marchaba. En un arranque quise avanzar a ella y decirle algo más, pero Sengua me agarró del brazo y me tranquilizó; cada vez era más insoportable aguantarla y, sin embargo, cada vez Ellen era más una figura materna

para Travis.

Ese había sido uno de los motivos por los que había invitado a su familia, en especial a Louise, su madre: para que viera que no le hacía faltar buscar otra falsa.

—¡Hola, hola! —saludó Sarah entrando por la puerta con su marido y enhebrada al brazo de un hombre mucho más joven que ella.

Suspiré para tranquilizarme por lo que había ocurrido anteriormente y los recibí con una sonrisa.

—¡Hombre, Jon! ¡Pero qué alegría verte! ¡Estás guapísimo! —gritó con júbilo Sengua, desenganchando al que parecía ser Jon, el hijo de Sarah, del brazo de su madre y abrazándolo.

—Es un placer volver a verte a ti también, Sengougahara, se te ve muchísimo mejor que la última vez. Mi madre ya me contó lo que te pasó hace poco. Se te ve muy bien.

—Sí, ya estoy muchísimo mejor.

Me quedé en segundo plano, con una sonrisa de estúpida esperando a ver si alguien se dignaba a presentarme al hijo de Sarah.

—Mira, cariño, ella es Hollie —dijo al fin Sarah señalándome—. El es Jon, ya sabes, mi hijo, del que tanto he hablado.

—Hola, encantado —dijo él con una amplia sonrisa que correspondí.

Si bien nunca me había parado a imaginarme cómo podía ser, nunca podría haberlo pensado así. Era guapísimo, alto, con cuerpo proporcionalmente musculado, con el cabello negro ligeramente rizado y con los ojos igual de azules que su madre. Sin duda, se parecían.

—Encantada de conocerte al fin, Jon.

Él de nuevo sonrió. Se le veía muy risueño. Instantes después Capi apareció, ladrando e intentado llamar la atención de todos. Jon fue el

primero en agacharse y comenzar a acariciarlo.

—No sabía que había un perro en el hotel —comentó.

—Es mío.

—¿Y cómo se llama?

—Capi.

Capi se quedó bocarriba sobre el suelo, meneando el rabo, alegre porque Jon lo estaba acariciando.

—Eres encantador, Capi —dijo él.

—Espero que no sea una molestia que haya venido, es que de verdad se me hacía imposible separarme de él —habló Sarah emocionada.

Él simplemente hizo una mueca divertida.

—No importa —contesté con una sonrisa.

Ese ambiente me gustaba, era cálido y cómodo, algo que yo casi nunca había experimentado.

—Bueno, ¿Está todo listo? ¿O qué queda por hacer? —preguntó Sarah.

Comencé a contarles mi idea sobre la decoración, y todos nos pusimos manos a la obra.

Si bien mientras colocábamos las cosas me sentía feliz, por una parte las palabras de Ellen me habían descolocado. Ella conocía mejor que nadie a Travis, y bueno, aunque yo no tanto, sí cabía la posibilidad de que eso a él no le gustara y todo se fuera a la mierda, pero, ¿a quién no le gustaba celebrar su cumpleaños con la gente que más quieres?

—Te digo yo que la niña se ha cagado —dijo una voz masculina entrando por las puertas del hotel.

—Que no, que no huele —contestó entonces una voz femenina.

Tenían que ser ellos. El hombre, el que suponía que era Scott, era muy parecido a Travis, solo que algo más joven. Tenía su mismo cabello, sus mismos ojos... aunque estaba algo menos musculado y tenía mejor color de piel que Travis. Le acompañaba una mujer delgada, bajita, con el cabello corto castaño y ojos verdes también con un rostro muy agradable que supuse que se trataba de Emily, su esposa. Junto a ellos estaba una mujer rubia, de tez clara, ojos verdes claros, mayor pero muy cuidada, cuerpo esbelto, y supe que se trataba de la madre de Travis. Los tres eran idénticos. Y, por último, cogida de la mano de Louise estaba Eris; una pequeña niña rubia con ojos también verdes y de tez clara, muy parecida a ellos.

—Señora Redmond —saludó con respeto Sengua, acercándose a ella y sujetándole las manos.

—Hola Sengougahara, ¿qué tal estás? —preguntó con amabilidad ella.

Era una mujer muy elegante.

—Bien, bien —contestó emocionada—. Ay, niño Scott, qué mayor y qué guapo.

—Gracias —respondió él con simpatía—. Bueno, bueno, ¿y Hollie? Tenemos muchas ganas de ponerle rostro.

—Sí, tenemos muchas ganas de conocerla —corroboró la madre de Travis, buscándome con la mirada pero sin reparar en mí.

Decidí dar un paso adelante y acercarme a ellos, ganándome un rostro de sorpresa por parte de todos.

—Yo soy Hollie, Hollie Wadlow —me presenté alargando mi brazo y Emily fue la primera en tenderme la mano con amabilidad. Después, cuando reaccionaron, Scott y Louise hicieron lo mismo.

—No te esperaba... así —dijo con una sonrisa apretada Scott.

Fruncí mis labios, no sabía bien si eso era bueno o malo.

—Bueno, nosotros no te esperábamos así y tú quizá me esperabas más vieja y arrugada —comentó divertida Louise para destensar la situación, aunque no lo consiguió, pues Scott me analizaba lentamente con la vista, cosa que me incomodaba.

—¡Ya están aquí! —irrumpió James—. ¡Ya han llegado!

Y con cierta incomodidad, apagamos la luz y esperamos la entrada de Travis.

En la oscuridad, algo me decía que quizá no había sido tan buena idea...

Capítulo 29

Travis

Estaba cansado y también un poco agobiado. Habían sido un par de horas fuera del hotel, sin Hollie, en un restaurante concurrido junto a Dalton y ya sentía que el cupo mensual de relacionarme con gente lo había cumplido. Solo tenía ganas de estar en mi casa junto a Hollie y no saber nada de nadie más hasta el día siguiente.

Pero Dalton se había encabezonado en tomar una copa de vino en el hotel, y no es que me diera apuro decirle que no, de hecho, se lo había dicho un par de veces, pero es que él seguía empeñado en hacerlo.

Total, que había terminado por ceder.

Cuando el coche ingresó al terreno del hotel sentí cierto alivio. Era como respirar aire puro para mí, ese era mi refugio y más cuando sabía que Hollie estaba ahí, esperándome.

Charles por el camino había estado tenso, hecho que me hacía sospechar que o bien quería vacaciones o alguna subida de sueldo y no sabía cómo decirlo. Dalton por su parte estaba demasiado charlatán, más de la cuenta, y eso me hacía sentir más fatiga aún.

Cuando Charles aparcó, a paso apresurado llegué a la puerta del hotel y toqué. Tenía ganas de verla, de besarla... de simplemente saber que estaba a mi alrededor y que nada malo podría pasarle.

La puerta se abrió lentamente, dejando entrever una espesa oscuridad, y sin ninguna persona que me recibiera. Avancé varios

pasos, y cuando ya estuve dentro, la luz se encendió, dejándome ver el desastroso caos que había formado en mi recepción.

—¡Felicidades! —bramaron todos al unísono.

Me quedé perplejo, apenas salivaba y vi cómo Dalton entraba a uno de mis costados incorporándose y Charles hacía lo mismo pero con la mirada agachada. Me falló la respiración por microsegundos. La saliva no avanzaba y sentía la boca seca. Eso no podía estar pasando.

Estaban todos los del hotel, sumando a la familia de Sarah y... y a mi familia.

Eso me dejó aún más desorientado.

—¡Felicidades, mi amor! —exclamó Hollie apareciendo por mi espalda, enganchándose en mi cuello y besando mis labios con ternura.

Me mantuve quieto, intentando asimilar todo lo que ocurría.

—¡Travis, cariño! —habló mi madre acercándose.

Hollie se despegó de mí, pero la cogí de la mano para que no se alejara. Mi madre besó mis mejillas y unas lagrimillas se agolparon en sus ojos.

—Estás tan guapo, hijo —añadió.

—Gracias.

Scott, Emily y su hija —que había crecido mucho desde la última vez que la había visto— se acercaron a mí: mi hermano me abrazó con afabilidad, Emily besó mis mejillas y la niña me obligó a que la cogiera y se enredó en mi cuello.

—Eres muy guapo, tío Travis —dijo con tono socarrón, cosa que hizo reír a todos, menos a mí. Solo quería que alguien me despegara a esa niña rubia de mi cuello.

Busqué a Hollie para que me auxiliara pero estaba un poco más

apartada junto a James y Hara, como si estuviera disfrutando de ese momento familiar que a mí tanto me estaba comenzando a irritar.

Cuando conseguí deshacerme de Eris, saludé al marido de Sarah y también saludé con cordialidad a Jon. Lo conocía muy poco, y aunque no había hecho nada para desagradarme, tampoco conseguía lo contrario.

¿Quién se fiaría de un hombre que sonrío tanto?

Pusieron música, demasiado alta para mi gusto, temía la idea de que el pueblo la oyera y se acercaran como moscas a ver qué ocurría. Eso sí que no podría soportarlo. Incluso dudaba poder soportar esa maldita fiesta de cumpleaños.

¿A quién le hace ilusión cumplir años?

A medida que pasó el rato, todos se fueron haciendo mini subgrupos para hablar de cualquier gilipollez; Dalton y Jon hablaban del viaje de éste último a África, Scott y Charles también charlaban animosamente. Hara, por su parte, escuchaba del brazo de James las locuras de mi madre, Sarah y su marido escuchaban todas las anécdotas de su hijo con la boca abierta y Emily corría detrás de Eris porque estaba boicoteando todos los cupcakes que había. El caso es que me sorprendía no ver a Ellen.

—¿Qué tal? —preguntó Hollie una vez cerca de mí.

Yo estaba apartado en una esquina, observando todo con una cerveza en mis manos. Al oírla, pasé mi brazo por su cuello y la apegué a mi pecho.

—No debiste haberlo hecho... —le reproché.

A mí todo eso no me agradaba, y siendo sinceros, que eso lo hubiera preparado Hollie no lo hacía más llevadero, solo me hacía intentar aguantarlo un poco más.

—Te lo merecías.

—¿Tan poco me quieres? —pregunté con sinceridad, y ella golpeó

mi pecho tomándolo a broma.

—Tu familia es muy simpática —comentó con una sonrisa—. Tu madre es genial.

—Sí, es muy sociable —contesté con desinterés, observando cómo seguía hablando sin parar con James y Hara—. ¿Y Ellen? ¿Dónde está Ellen?

Al escuchar mi pregunta Hollie se tensó y desvió la vista, algo molesta. Vale, no entendía qué podía haberlas distanciado tanto, pero Hollie debía respetar lo importante que podía llegar a ser para mí Ellen.

—Ella no ha querido participar porque pensaba que esto no te agradaría —contestó fríamente.

Blanqueé los ojos; ella no tenía derecho a ofenderse por eso cuando era yo quien tenía que tragarme esa mierda de fiesta de cumpleaños.

—¡Hora de la tarta! —exclamó Sarah.

A su lado estaban James y Jon transportando hasta la mesa que habían colocado un gran pastel con una forma particular; un lienzo de pintura. Hollie me miró algo recelosa, pero después entonó una media sonrisa buscando mi aprobación.

Suspiré, blanqueé los ojos, y después la agarré de la mano para acercarnos donde estaban todos y también la tarta.

—La ha hecho Sengua —murmuró en mi oído Hollie.

La verdad que no me esperaba otra cosa, Hara tenía un verdadero don para la cocina.

Me posicioné frente al pastel, todos se agolparon a mí alrededor y un sudor frío se deslizó por mi frente. Mi vientre comenzó a arder y mi vista comenzó a nublarse. Sus rostros estaban difuminados y cuando miré a mi costado para ver a Hollie, ya no se trataba de ella. Era Alizze.

Miré al frente y descubrí cómo yo dejé de ser el eje principal de la situación para pasar a ser un mero espectador.

—¡Sopla la tarta, Travis! —exclamó mi padre desde el otro lado de la mesa, sentado, con rostro exhausto pero con una sonrisa.

Alizze me miró, sonrió y cogió mi mano.

—Por muchos más todos juntos —dijo ella, emocionada.

Por un momento volví a desplegarme de mi ser en aquel recuerdo y él sopló las velas. Todos aplaudieron y Alizze apretó más su agarre. Me sostenía la mano con tanta seguridad que lo sentí real.

—¿Has pedido el deseo? —preguntó mi padre divertido.

—Si lo digo no se cumplirá, papá —contesté con una sonrisa, y después miré a Alizze—. Y deseo con toda mi alma que se cumpla.

Entonces volví a la realidad.

Ya no estaba mi padre. Miré a mi costado y vi a Hollie, sonriente, expectante.

Sentí fuertes palpitaciones. Comencé a sudar, a temblar, a sufrir intensas sacudidas. No podía respirar y sentía que me ahogaba. Tenía un intenso malestar abdominal. Estaba mareado; me sentía inestable y aturdido. Temía que me fuera a desmayar.

De repente hacía mucho frío y me provocó varios escalofríos. Tenía los dedos entumecidos, y el brazo comenzó a hormiguearme.

¿Aquello estaba pasando en realidad? ¿Dónde estaba?

Tuve que apoyarme a la mesa para intentar mantener el equilibrio. Todos los rostros desaparecieron, solo podía ver cómo Hollie y alguien más se abalanzaban sobre mí para sostenerme y solo escuchaba voces entubadas.

Entonces sentí lo que necesitaba.

Lo que siempre me hacía sentir aliviado.

Meneé mis brazos, incorporándome y alejando a las personas que me sostenían de mi cuerpo. Con paso torpe avancé alejándome de ellos, escuchando mi nombre en la boca de casi todos e ingresé en el ascensor, tocando mi planta y marchándome de ahí.

Apoyé mi cuerpo en una de las paredes del ascensor. Respiré a través de bocanadas, necesitaba recuperarme, necesitaba oxígeno. Aún me sentía agobiado, como si todos ellos aún siguieran sobre mí. Era una sensación asfixiante.

Solo escuchaba mis jadeos y eso me hacía tranquilizarme un poco más.

La puerta del ascensor se abrió y con fluidez llegué a la puerta de mi casa y entré. Me apoyé sobre el respaldo del sofá, después me encaminé al cuarto de baño y humedecí mi rostro con agua para despertarme de esa irrealidad. Necesitaba volver al presente.

—Travis.

Levanté la vista y vi el reflejo de Hollie en el espejo, estaba preocupada.

—¿Estás bien? —añadió y se acercó a mí, enredando sus brazos en mi cuerpo y apoyando su cabeza sobre mi espalda.

—Por favor, Hollie —supliqué.

Ese agobio físico era lo que menos necesitaba, estaba con los nervios de punta y eso no era una buena solución para calmarme. Ella me soltó y sentí la necesidad de decirle lo que pensaba, si ningún filtro ni censura, sin pensar cuánto daño podría causarle con mis palabras:

—Ellen me comprende más que tú. Ella sabe lo que es mejor para mí.

—¿Qué? —susurró—. ¿Qué ella qué?

—¡Cómo se te ocurre hacerme pasar por esto! —voceé violentamente, enfrentándome a ella.

Hollie se asustó, por lo que retrocedió varios pasos y salió del cuarto de baño. Yo fui tras ella.

—¡Vas a escucharme! —continué.

—¡Esto no es ningún castigo! —gritó enfadada. Su mandíbula estaba tensa—. ¡Esto es algo que a cualquier persona normal le agradaría!

—¡Y qué hacen ellos aquí! —exclamé braceando—. ¿Qué quieren de mí? ¿Dinero? ¡Les daré lo que quieran pero quiero que se marchen!

—Travis...

—¿¡Y tú!? Dime, ¿¡tú qué quieres!?

—¡Abre los ojos! —gritó—. ¡El problema no somos nosotros...! ¡Eres tú!

Tras sus palabras ambos nos quedamos en silencio. ¿Ella acababa de culparme de todo? Ambos intentábamos asimilarlo que ella acababa de decir.

—Sal de mi habitación —pedí. No quería hacer nada de lo que luego pudiera arrepentirme—. Vete. Necesito que te vayas.

Pensaría que me costaría más que me dejara solo, pero sin decir nada, Hollie se fue.

Dejándome solo para explotar deliberadamente.

Hollie

Decidí no insistir. Travis estaba fuera de sí; y aunque me costaba admitirlo, me había dado miedo. No era él. Nunca le había visto así y yo era la culpable de esa crisis que él estaba sufriendo.

Bajé a la recepción y Dalton subió a acompañar a Travis. Él me dijo que sabía lidiar con él cuando se encontraba en ese estado.

Me disculpé con los demás y todos se dispersaron, dejándome sola en la recepción. Me senté en el sillón y Capi vino junto a mí. Me notaba triste. Y lo estaba. Todo había sido mi culpa. ¿Por qué era tan impulsiva? Nunca aprendería. Era estúpida.

—¡Es la fiesta de cumpleaños más animada que he visto jamás!

—Déjame, Ellen.

Ellen se carcajeó cínicamente y se acercó a nosotros. Capi se puso en alerta y tuve que levantarme para que él no ladrara. Era tal la vileza que Ellen desprendió en aquel momento que hasta Capi se percató.

—Eres tonta. ¿Te lo he dicho alguna vez? —cuestionó.

—También me has dicho que te recuerdo a tu hija.

La sonrisa descarada de Ellen se esfumó.

—No la nombres —dijo acercando su rostro al mío, apretando los dientes—. Es la última vez que te lo permito.

—¿Puedo preguntarte algo?

Retrocedí varios pasos y ella alzó una de sus cejas.

—Estás enamorada de Travis, ¿verdad? —cuestioné.

Ellen no dijo nada; solo se limitó a abofetearme. El golpe no dolió, dolió más el hecho de que se atreviera a hacerlo.

—¿Por quién me tomas, niñata malagradecida? —exclamó—. ¿Te recuerdo gracias a quién estás aquí?

—Tienes razón, debo agradecerte que conocí a Travis. Gracias; porque por ti él se enamoró de mí.

—Él no te ama y tú no lo amas como él se merece.

—¿Tú sí?

—Sé cuidarlo, algo que tú nunca aprenderás.

—¿Cuál es tu manera de cuidarlo? ¿Aislándolo del mundo?

—Él quiere eso —contestó—. Quiero lo mejor para él, y por eso voy a hacer todo lo posible para que abra los ojos contigo igual que hice yo.

—No quieres lo mejor para él. Quieres lo mejor para ti. Lo quieres para ti.

¿Cómo había podido ser tan tonta de no haberme dado cuenta antes? Ellen amaba a Travis. Estaba segura. Pero aquello era tan descabellado...

—Se dará cuenta de cómo eres —añadí—. Me encargaré yo misma de que lo haga.

—Si pierdo a Travis lo pierdo todo —respondió con los ojos llenos de lágrimas—. Y cuando no tengo nada que perder puedo ser peligrosa.

Capítulo 30

Hollie

13 de Agosto de 2016

Entré, cauta, a la casa de Travis. Pese a que el reloj marcaba las once de la mañana, todo estaba a oscuras. Travis continuaba durmiendo. Era algo extraño, pero quizá necesitaba descansar tras lo acontecido el día anterior.

Pasé por el salón, donde también estaba Dalton tumbado sobre un sofá, descansando. Quizá habían estado hablando hasta altas horas de la noche y por eso ahora estaban exhaustos.

Avancé hasta la habitación y él estaba en su cama, durmiendo. Aún seguía vestido como el día anterior. En silencio me acerqué a él y me senté al borde de la cama, comenzando a acariciar su cabello.

—No puedo alejarme de ti —musité—. Yo no te voy a abandonar. Te quiero demasiado para hacerlo. Me da igual si esto no le agrada a todo el mundo. Voy a luchar por ti.

Dejé un suave beso en su frente y me levanté. No quería despertarlo.

Salí de su habitación. Aún estaba algo agitada por todo lo acontecido el día anterior: la fiesta de cumpleaños fallida, la crisis de Travis... y Ellen. Ella había sido capaz de amenazarme. Estaba más segura que nunca, ella le amaba. No le miraba con los ojos que en un principio creí. ¿Cómo podría hacérselo ver a Travis? Él la apreciaba tanto...

—Buenos días.

La voz ronca de Dalton me sobresaltó. Él estaba incorporado en el sofá, restregando su rostro.

—Hola. ¿Qué tal está Travis?

—Más tranquilo. Ayer dormimos tarde... —respondió y miró su reloj—. Yo voy a tener que marcharme, Hollie.

Él se levantó mientras yo asentía. Antes de que él cruzara la puerta para marcharse, dije:

—¿Cómo lo has conseguido? Me refiero a... calmarle. ¿Qué haces para acercarte a él cuando está explotando y que no te aleje?

—Porque él no quiere que te alejes en realidad —contestó—. Viví muchas crisis de su padre. Le conozco como si fuera mi hijo.

Me mantuve en silencio, pensativa.

—Hasta luego, Hollie. Luego llamaré para saber cómo se encuentra.

Dalton se marchó y, segundos después, escuché cómo Travis se posicionaba a mi espalda. Giré sobre mis talones para observarle y él estaba ahí, estático, callado, con el rostro algo cansado.

—Hola... —murmuré.

Travis no dijo nada. Pasó por mi lado y avanzó hasta la cocina. Comenzó a prepararse un café, y cuando pensé que no diría nada hasta que me fuera, habló:

—Quiero que lo repitas.

—¿El qué?

Alzó una de sus cejas, desafiante.

—Que todo es por mi culpa —contestó fríamente.

Suspiré.

—No quise decir exactamente eso, Travis. Yo...

—No te excuses, no me apetece escuchar cómo lo haces.

—Ayer me equivoqué —dije, captando toda su atención—. Pensé que celebrar tu cumpleaños con tu familia te gustaría, y la realidad era que me gustaba a mí. Lo siento.

Antes de contestar, suspiró. Me intenté acercar a él pero necesitaba espacio.

—Me gustaría estar tranquilo —habló finalmente—. A solas.

—No me alejes de ti, por favor.

Quería abrazarle, pero él huía de cualquier contacto físico.

—Por favor, Hollie. Intento que las cosas sean más fáciles para ambos. No lo hagas tú más difícil.

A Travis se le daba muy bien actuar de esa forma tan indiferente. Aquello me partía el corazón. Prefería mil veces antes que me gritara, que explotara frente a mí; pero él prefería hacerlo a solas.

Sin debatir su decisión avancé hasta la puerta. Nunca me había imaginado que lidiar con su enfermedad fuera tan agotador, tan doloroso. Mi mente me proponía abandonar cuando estaba alicaída, pero no estaba dispuesta a eso. No obstante podía entender a todos los que en un día se habían alejado de él.

Me dolía pensar así, pero no podía mentirme a mí misma.

Salí de su habitación y bajé las escaleras. Me permití entonces derramar aquellas lágrimas que había tenido retenidas. Todo era muy difícil, y yo no sabía manejar la situación.

Estaba aferrada a Travis con vigor, pero no podía seguir a su lado si él intentaba zafarse de mí cada vez que algo iba mal.

Llegué a la cocina y me serví un vaso de agua. Me senté sobre la mesa de madera y suspiré mientras bebía. No sabía qué hacer. Mantenerme alejada era lo que él quería, pero eso a mí no me hacía

bien.

—Hollie —habló James, agitado—. Hollie, a Capi le ocurre algo.

Me levanté con agilidad.

—¿Qué?

Fui tras James hasta que ambos llegamos al jardín del hotel. Ahí estaba Capi, recostado sobre el césped, con las extremidades muy tensas mientras su nariz sangraba y su boca salivaba con intensidad. Corrí hasta él, hiqué mis rodillas en el suelo y vi cómo su mirada estaba perdida.

—No, no, no —sollocé—. Capi por favor no. ¡James trae mi coche! ¡Corre! ¡Tengo que llevarle al veterinario!

James hizo lo que le pedí mientras yo seguía intentando que Capi recuperara el conocimiento. Por décimas de segundo lo conseguía, pero después volvía a cerrar los ojos. Agarré una manguera y comencé a echarle agua con poca fuerza para deshacerle de la saliva.

James aparcó justamente a mi lado y, sacando todas mis fuerzas, alcé a Capi con mis brazos. James me ayudó abriendo la puerta trasera y sin decir nada más, ingresé al coche y comencé a conducir con desesperación.

—Por favor, cariño, por favor. Aguanta.

Llegué al veterinario más cercano veinte minutos después. Lo cogí con todas mis fuerzas y entré. No había nadie en la recepción, por lo que comencé a gritar para que alguien saliera. Un chico no tardó en acudir y con agitación le conté lo que estaba pasando. No dudó en cogerlo y llevarlo a dentro, pidiéndome por favor que esperara fuera.

Me senté en una de las sillas, mareada. Estaba a punto de caerme al suelo. No dejaba de llorar. ¿Qué podía haber pasado? El corazón me dolía y comencé a hacer algo que hacía tiempo no practicaba; recé. Le recé a todos los santos que salvaran a mi perro. No podía perderle, solo pensarlo era demasiado doloroso.

Alrededor de una hora después, tomándome totalmente por sorpresa, Travis apareció por la puerta. Nada más verle, desecha en llanto, corrí hasta él para abrazarlo. Él me recibió con afecto.

—Tranquila, Hollie. Tranquila. No le va a pasar nada. Se va a poner bien...

No podía hablar, solo continuar llorando. Travis pasó su mano por mi nuca y apegó mi cabeza a su pecho.

Minutos después salió uno de los veterinarios, buscándome con la mirada. Me separé de Travis y me acerqué a él:

—Ya está estable —dijo, provocando que continuara llorando, ahora por el alivio—. El animal ha ingerido veneno. Veneno para ratas... deben tener cuidado con estos tóxicos.

—En el hotel no hay veneno para ratas —contestó Travis, extrañado—. Obligo que todo lo que se use sea natural.

Me quedé callada, con la vista clavada en un punto fijo, pensativa:

—Si pierdo a Travis lo pierdo todo. Y cuando no tengo nada que perder puedo ser peligrosa.

Apreté mis puños con furia mientras el veterinario continuaba hablando:

—Entonces no sé qué ha podido ocurrir, pero el perro ha ingerido veneno para ratas. Le hemos practicado un lavado de estómago y si esperan alrededor de una hora, podrán llevárselo junto a ustedes.

Ambos asentimos y el veterinario se fue. Me senté en una de las sillas de plástico y Travis murmuró para sí:

—Veneno para ratas...

—No es necesario que tú esperes —dije—. Puedes volver al hotel.

Travis negó con la cabeza y se sentó a mi lado.

—Me quedaré contigo.

Travis

Cuando ya anocheecía llegamos al hotel. Capi estaba estable, despierto, pero continuaba algo cansado. Era bastante grande y como Hollie no podía con él, lo cargaba yo. La nariz me picaba, bueno, en realidad me picaba todo el cuerpo, pero no me importaba.

Aún seguía dándole vueltas a lo que podía haber ocurrido. No me gustaba que usaran químicos tóxicos, y nunca había permitido que los emplearan aunque fuera para las ratas.

¿Alguien estaba en contra de Hollie y aquel hecho tenía que ver con el robo de su ropa?

Ingresamos en la recepción y cuando ya estábamos casi entrando al ascensor, Ellen llegó. Observé a Hollie de soslayo, cuyo rostro mostraba más rabia de la que nunca antes había visto en ella. Sin pensarlo dos veces avanzó con celeridad hasta posicionarse frente a Ellen:

—¡Eres una hija de puta! —gritó, golpeando la mejilla de Ellen con furia—. ¡Voy a matarte, te lo juro! ¡Voy a matarte con mis propias manos!

Hollie comenzó a golpear a Ellen, mientras ésta no hacía nada por defenderse, solo gritaba. Pronto todos llegaron a la recepción, alertados por los gritos, y dejé que Charles cogiera a Capi para acercarme a ellas y separarlas.

—¡Hollie! —exclamé, agarrándola de la cintura—. ¡Hollie, basta!

—¡No te tengo miedo! —bramó, fuera de sí—. ¡Voy a hacer que te bebas todo el veneno para ratas tú!

—¿De qué hablas, Hollie? —pregunté.

—¡No sé de qué hablas! —vociferó Ellen—. ¡Parece que la ha poseído el diablo!

Hollie consiguió zafarse de mí y, acercándose violentamente a Ellen, continuó:

—Eres una asquerosa rata. Acércate a Capi otra vez y te mato. Te juro que lo hago.

—¿Me vas a matar? —cuestionó ella, y me miró a mí—. Travis, me acaba de amenazar. No sé qué está ocurriendo...

Hollie se carcajeó cínicamente.

—Has intentado matar a mi perro —dijo alterada—. Has tocado lo más valioso para mí porque tú crees que yo estoy tocando lo más valioso para ti.

Yo estaba plenamente confundido.

—Hollie, no estoy entendiendo nada.

—¡Tu novia está loca! —gritó Ellen—. ¡Quiere hacerte creer que he intentado envenenar a su piojoso perro para alejarme de ti!

—Sí, quiero que te alejes de él —habló Hollie, dejándonos a todos sin aliento. Se acercó a Ellen y continuó—: y para conseguirlo no me hace falta inventarme nada.

Hollie giró sobre sus talones y me observó. Parecida arrepentida por lo que iba a decir, pero estaba tan enfadada que no la detuvo:

—Sé sobre tu enfermedad. Ellen se encargó de contármelo todo.

Sentí una punzada de decepción en el pecho. Muy profunda. Muy dolorosa.

Aparté a Hollie de mi camino y con rabia, esta vez quien se acercó salvajemente a Ellen fui yo.

—¿Por qué lo hiciste?

Quería gritar. Quería romper cosas, quería explotar. Pero estaba tan decepcionado que mi voz simplemente salía como un leve susurro.

—Travis... —Tragó saliva.

—¿Querías alejarla de mí? ¿Querías que ella me abandonara como todo el mundo hace?

—Yo nunca te abandonaría —contestó.

—Pero quieres dejarme solo.

Ellen sollozó intensamente.

—¡Ella me obligó! —gritó, nerviosa—. ¡Ella no es cómo crees! Quiere ponerte en mi contra, Travis, date cuenta. ¡Date cuenta!

—¡Calla la boca de una puta vez! —contesté.

—Por favor Travis —sollozó Ellen, clavando sus rodillas en el suelo, arrastrándose por él y aferrándose a mis piernas—. Por favor, Travis, yo te quiero...

—Levántate, Ellen —dijo Hollie, intentando ayudarla a que lo hiciera, pero ésta le asestó un golpe para alejarla.

—¡Déjame! ¡No vayas de santa ahora! Travis por favor, escúchame.

—Te quiero fuera de mi hotel.

Giré sobre mis talones y me marché. Necesitaba estar lejos de la traidora de Ellen, de esos que se hacían llamar mi familia que tanto me recordaban a la persona que más había querido en la vida, mi padre, y que no dudaron en abandonarme cuando todo se puso complicado, también necesitaba estar lejos de los empleados, de esos que solo me querían por el interés, y aunque necesitaba sentir a Hollie cerca... ella me hacía asquerosamente débil y no quería eso.

Llegué a mi casa y al cerrar la puerta, alguien interpuso su pie.

—No voy a dejarte solo —dijo Hollie—. Me da igual lo que me digas, lo que me hagas, me da igual. No voy a abandonarte. Nunca.

No pude evitar llorar por más tiempo. Necesitaba desahogarme.

Hollie se acercó dudosa a mí, y finalmente, me abrazó. Suspiré. Me sentía tal como odiaba sentirme, pero que en el momento que lo experimentaba, me hacía sentir el mayor éxtasis que había sentido jamás.

En ese momento sentí algo nuevo. Algo extraño.

Sentí que mi tranquilidad y mi felicidad ya no era la soledad.

Era Hollie. La amaba. Amaba irremediabilmente a Hollie Wadlow. Su simple compañía era algo que me hacía sentir vulnerable, sí, pero también seguro. A su lado sentía que todo lo que nos rodeada se disipaba, que solo existíamos ella y yo, y era una sensación exquisita.

Ella conseguía encenderme hasta rabiar. En muchos sentidos. Ella me hacía sentir más vivo que nunca y era algo que no podía dejar escapar. Ella era toda esa vida que había dejado escapar estos años atrás. Ella era todo. Ella era mi amor, mi odio, mis ganas de mandarlo todo a la mierda, y mis ganas de sentirme más feliz que nunca.

No era capaz de pintar algo que no tuviera que ver con ella. Era mi inspiración a la hora de amar, y también de pintar. Hollie había sido un total huracán en mi vida, que a su paso había descolocado mi jodido orden y había dejado un caos mucho más vivo.

Ella era todo y por fin yo sentía que podía entregarme por completo a alguien.

Ella lucharía conmigo contra mí.

Capítulo 31

Hollie

Le besé. Enredé mis piernas en su cintura, mis manos perdidas entre su cabello. Él me besaba con ímpetu, su lengua erraba por mi boca de una forma tan exquisita que solo con eso me hacía sentir en éxtasis.

Travis posó sus manos sobre mi trasero y lo impulsó para cogerme mejor. Después cerró la puerta con su pie, y continuamos besándonos de manera apasionada. Mis manos cambiaron de posición, esa vez para atrapar su rostro y no permitir por nada en el mundo que nuestros labios dejaran de hacer contacto. Era la mejor forma de comunicarnos.

Apoyó mi espalda en la pared y yo apreté mi agarre con mis piernas. Él, sin separar su boca de la mía, se deshizo de mi blusa y me dejó en sujetador. Sus labios entonces se desconectaron de los míos, y comenzó a acariciarme con ellos por todo el cuello, después por las clavículas, mientras yo jadeaba y agarraba su cabello.

Me permití deshacerle de su camisa. Su cuerpo era pura magia. Nunca antes había visto a un hombre tan perfecto como él, sus músculos trabajados, su piel suave y tersa me hacía enloquecer.

Era el hombre más hermoso del mundo y era mío.

Dejó mis pies en el suelo y continuó besándome. No quería separarme ni si quiera unos milímetros de él, quería que nos

fundiéramos, quería sentirlo más mío que nunca y quería sentirme más suya que nunca.

Nuestros labios se separaron y él agarró mi rostro con ternura. Me miró por instantes, como si estuviera asombrado porque estuviéramos así. Su sola mirada me hacía sentir la persona más valiosa del mundo. Él me trataba como si lo fuera, y en ese instante me miraba de igual forma.

—Te amo, Hollie. Te amo, y quiero que aunque muchas veces te haga sentir lo contrario, nunca lo olvides. Te amo en mis días buenos y en mis días malos, siéntelo siempre en mi mirada cuando no sea tan valiente para decírtelo con palabras como ahora —dijo él.

Pasó su labio inferior por mi mejilla y sentí la necesidad de volver a atraparlo entre mis labios, ésta vez con el ímpetu que yo condicionaba e imponía.

Nos movimos a paso lento por toda la habitación hasta llegar a la cama, donde él delicadamente me tumbó y después se puso sobre mí. Siguió besándome, sentir la calidez de su cuerpo era la sensación más exquisita del universo.

Se deshizo de mi demás ropa y yo con su ayuda conseguí lo mismo. Agarrándome del pelo, seguía su camino de besos por todo mi cuerpo y yo enredé de nuevo mis piernas entre él, sintiéndolo más mío que nunca.

Estaba dispuesta a todo por él.

Estaba dispuesta a luchar lo que hiciera falta por sentirle así al caer todas las noches. Estaba dispuesta a todo por solo experimentar el placer de amarlo.

Estaba dispuesta a luchar con él contra sí mismo.

15 de Agosto de 2016

Capi estaba mejor, aunque continuaba algo débil. Él nunca se

estaba quieto, y aquellos días prefería estar tumbado en el sofá. Sorpresivamente Travis nos había acogido a ambos en su casa, aunque el pobre no dejaba de estornudar.

El mismo Travis se había encargado del bienestar de Capi. Esos días había ido un veterinario a examinarlo y corroborar su mejoría.

Ellen se había ido del hotel. Me era inevitable no sentirme mal por ella, incluso culpable. Pero ella había excedido los límites. Podía haber hecho cualquier cosa si ella quería hacerme saber que su amenaza iba en serio; pero tocar a Capi para mí era imperdonable.

Besé su cabeza y él comenzó a lamer mis dedos. Sonreí. Deseaba que mejorara del todo y volver a verlo como siempre.

—Eres un perro muy, muy fuerte —le dije.

Escuché una risilla a mi espalda y giré mi cabeza para observar a Travis entrar al salón.

—¿También hablas con él?

Se sentó en el sillón, frente a nosotros. Estaba de buen humor, y eso me hacía muy feliz.

—Si no hablara con él me hubiera vuelto loca en este hotel —contesté—. Sobre todo al principio.

—¿Cuánto tiempo llevas con él?

Me quedé pensativa por varios segundos y me incorporé.

—Puede que tres o cuatro meses, pero le quiero como si hubiera estado con él toda la vida.

Travis sonrió con ternura y con un ademán me instó en sentarme sobre su regazo.

—He de admitirte que no me gustan los perros —dijo.

—No te gusta nada.

—Está bien, no me gusta nada ni nadie. Pero en especial no me gustan los perros, soy bastante...

Se interrumpió a sí mismo con un estornudo.

—Alérgico —continué.

Ambos reímos.

—Sí, pero acepto que él esté aquí contigo. Habilitaré alguna habitación para él, también quizá deberíamos acondicionar parte del jardín para que pueda correr, jugar, y hacer sus necesidades. No quiero ni imaginar el disgusto que te llevarías si se cayera por el acantilado.

—¡Ni lo digas!

—Ya. Déjamelo a mí. No le volverá a pasar nada malo.

Asentí en silencio y le abracé. Posé mi cabeza sobre su hombro y él comenzó a acariciar mi cabello con dulzura. Minutos después agarró mi mentón y vinculamos nuestras miradas.

—No dejo de pensar en Ellen... ¿Tú estás segura...?

—Créeme que lo estoy. ¿Por qué no dejas de pensar en ella? ¿Por qué para ti es tan importante?

—Ella siempre ha estado para mí. Siempre he sabido que no es perfecta, pero le tenía cariño...

—¿Vas a perdonarla?

—No. Sé que ella intentaba alejarte de mí cuando te lo dijo. No puedo perdonarle eso. Yo te quiero, de verdad, yo... yo te quiero.

Agarré su rostro con mis manos y cerré los ojos, suspirando.

—Y yo lo sé —contesté—. Y quiero que tú también lo tengas seguro siempre.

—Y... entonces, ¿qué vas a hacer?—pregunté.

—¿Respecto a Ellen? —cuestionó. Yo asentí mientras pasaba la yema de mis dedos por sus labios—. No quiero tenerla en el hotel. Ni a ella ni a mi familia. Me incomodan, no me hacen sentir bien en el único sitio que considero mi lugar. Asaltan mi intimidad.

—No asaltan nada —respondí con una risilla. Él simplemente frunció el ceño—. Son tu familia, y aunque sé que la muerte de tu padre te marcó muchísimo, ellos también son parte de ti. Es lo que te queda de él. No tienes por qué alejarte de ellos.

—Siento que estando solo, lejos de ellos, no siento ese gran vacío en mi familia —contestó haciendo un pequeño mohín con sus labios—. Cuando les veo siento que ellos han superado algo que para mí, es imposible.

—No lo es.

Él tenía una madre, un hermano, incluso una cuñada y una sobrina que estaban dispuestos a brindarle todo el amor del mundo, yo en cambio no tenía nada, no tenía a nadie que velara por mí y me dolía que él no supiera apreciarlo.

—Pero...

—Yo perdí a mis padres muy pequeña y aunque a esa edad no entiendes muchas de las cosas que ocurren a tu alrededor, es difícil sobrellevar que un día para otro tu padres no estén contigo y tengas que vivir en una casa de personas mayores. Yo lo superé, yo los perdí a ellos y también perdí a mi abuela y es difícil, pero se puede. Estamos hechos para sentir dolor y para recuperarnos. Sí se puede.

Travis se apenó por mis palabras y acarició mi mejilla para mostrarme su afecto, cosa que agradecí enormemente y le abracé con fuerza.

—Ahora estamos juntos —musitó él en mi oído—, y no voy a permitir que nada más te haga daño. Ya ha sido bastante.

—Intenta al menos ser más amable con ellos... por favor —pedí mirándole con sinceridad a los ojos.

Él mientras me echó el cabello hacia atrás, con cara de disgusto.

—Lo haré por ti.

Sonreí, y aunque él no lo hizo, ni si quiera mostró un ápice de simpatía, supe que ese paso le había hecho sentir mejor.

23 de Agosto de 2016

Estaba en la floristería, trabajando. En realidad, estar allí junto a mi amigo no lo consideraba trabajar. Era agradable estar allí y me gustaba mucho. Solo esperaba que en octubre, cuando empezara mis estudios de técnico en gestión de alojamientos turísticos pudiera compaginarlo con la floristería.

—Eso es muy, muy fuerte —dijo Will mientras le echaba agua con un dispersor a las flores—. Esa vieja es una bruja, está mejor fuera del hotel y de vuestra vida.

Había decidido contarle todo.

—Sí, pero... es que no me acostumbro que los cambios aquí sean tan rápidos —comenté apoyándome en el mostrador—. Aquí no llevo mucho tiempo y todo ha cambiado rotundamente. Es... agotador. Lo de Ellen me ha dolido mucho. No quiero ni imaginar a Travis...

—Es entretenido —rectificó—. El hombre más atractivo del mundo es tu novio, es famoso, un artista de los pies a la cabeza, te cuida, vives en un maravilloso hotel... y todo eso con diecinueve años. La vida te ha compensado bien.

—Sí... Travis tiene todo eso que dices pero tampoco es alguien fácil de llevar —suspiré recordando la noche de su cumpleaños, hacía unas semanas, hecho que no le había contado a Will—. Bueno, ¿tú no tenías que irte?

—Sí, sí, ya he terminado esto por lo que me voy —dijo rápidamente mientras echaba algunas gotas más de agua a las flores—. ¿De verdad quieres quedarte sola? Podemos posponerlo.

—¡No! —exclamé con afabilidad. Salí del mostrador y toqué su hombro—. Tu marido te está esperando para intentar tener a ese bebé. Eso es lo más importante.

—Estoy muy nervioso —confesó y me cogió de las manos para corroborar son su baja temperatura lo que acababa de decir—. Tengo el presentimiento de que van a volver a denegárnoslo.

—Pues no, eh, porque si es así iré yo misma a quejarme. Ya tengo el vestido que me pondré en su bautizo así que no, no pueden denegártelo de nuevo.

—Gracias, Hollie —dijo tras sonreír—. Eres la mejor amiga que he tenido jamás.

—Venga, no desperdicies sentimentalismo aquí que te hace falta para la cita —bromeé empujándole hacia la puerta. Estaba tan nervioso que ni si quiera quería irse.

—De paso te ingresaré tu sueldo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, sin prisa.

Entré de nuevo a la floristería y arreglé un florero que Will había atropellado a su paso nervioso. Debía ser complicado para ellos que le pusieran tantas trabas en la adopción, pues ellos seguro que podrían ofrecerle el amor incondicional más verdadero que muchas otras parejas.

—¡Buenos días, Hollie!

Fruncí el ceño ante esa conocida voz. Giré sobre mis talones y frente a mí estaba Mark. Hacía más o menos un mes desde que se había marchado, pero se veía muy cambiado.

—¡Mark! —exclamé con ilusión.

Salí del mostrador y nos abrazamos. Tras separarnos le observé por varios segundos, atónita.

—¿Cuánto tiempo ha pasado para ti? Para mí solo un mes —

bromeé.

Mark rio.

—Supongo que ha sido esta felicidad la que me ha cambiado tanto —dijo—. He venido a visitar a mis padres, y no quería irme sin saludarte.

—Gracias —respondí—. ¿Qué tal te va?

—Mejor de lo que nunca pude imaginar. El grupo es muy profesional y valoran mi trabajo como nunca nadie ha hecho antes.

—Es genial. Sabía que lo conseguirías.

—¿Y tú? ¿Qué tal estás tú? —preguntó.

—Yo también estoy muy bien. ¡Y Capi! Capi está enorme.

Opté por no contarle lo acontecido últimamente.

—Espero que la próxima vez que venga pueda verlo —respondió y asentí—. Y... ¿con el señor Redmond? ¿Sigues con... él?

—Sí. Parte de mi felicidad es por eso. ¿Sabes que voy a empezar a estudiar? Eso también me hace muy feliz. Voy a hacer un curso a distancia de técnico en gestión de alojamientos turísticos.

—Yo también me alegro por ti.

Tras hablar un par de cosas más, Mark me avisó de que tenía que irse. Aún no contaba con coche propio y dependía de un autobús para marcharse.

Cuando se fue me adentré en el pequeño almacén de la floristería. Revisé que Will hubiera dejado todos los ramos preparados ya que irían a recogerlos, y yo tampoco tenía tanta maña para hacerlo tan bien como él.

Entonces, unos gritos provenientes de la calle me hicieron desconcentrarme y salí corriendo para ver de qué se trataba.

Y cuando lo vi, me quedé de piedra.

Capítulo 32

Hollie

Travis y Mark se estaban peleando en la puerta de la floristería.

—¡Parad! —bramé asustada mientras ellos seguían enzarzados—.
¡Travis, por favor! ¡Suéltale!

La sangre que brotaba no sé de quién, o quizá de ambos, caía al suelo y me alertaba. Intentaba servir de ayuda para separarles pero si lo hacía posiblemente la que peor saliera parada sería yo, por lo que solo gritaba una y otra vez que se separaran y dejaran de montar el espectáculo.

Sí, yo, la reina de la persuasión.

Cuando vi aparecer al hombre visiblemente capaz de interponerse entre ellos, lo vi como si fuera un ángel. Un ángel llamado Jon.

—¡Basta ya! —vociferó él interfiriendo.

Tras varios forcejeos consiguió atrapar el brazo de Travis y tiró atrás para alejarlo de Mark. Ahí fue cuando descubrí que si bien ambos tenían sangre en sus rostros, Mark estaba considerablemente peor.

—¡Suéltame! —gritó Travis intentando zafarse del agarre de Jon, y, aunque en momentos parecía que iba a conseguirlo, Jon empleó toda su fuerza.

—¡Travis, por favor! —pedí al borde de un ataque de nervios—.
Mark, vete y cúrate. Lo siento tanto.

La indiferencia con la que Mark me miró me dolió. No dijo nada, solo giró sobre sus talones para marcharse, pero cedía a tropezarse. Estaba mareado y desorientado.

—Ve con él —le pedí a Jon agarrando el otro brazo de Travis—. Yo me ocuparé de Travis.

—¿Estás segura? —preguntó con sus ojos azules abiertos de par en par. Se le notaba muy nervioso.

—¡Cómo no va a estar segura, imbécil! —vociferó Travis.

Jon volvió su vista a mí para que fuera yo quien contestara, pero otro vahído de Mark me hicieron asentir rápidamente y Jon fue en su auxilio.

Yo arrastré a Travis a la floristería, y después cambié el cartel a cerrado y cerré la puerta.

—¡¿En qué estabas pensando?! —grité muy enfadada.

Travis se limitaba a tocarse el labio y a hacer leves muecas de dolor.

—¡Dime qué ha pasado aquí!

Se acercó agresivamente a mí y me gritó en la cara. Yo me quedé quieta, pero su feroz impulso me espantó.

—Solo quería saludarme.

Travis se quedó por segundos callado, intimidándome con esa profunda mirada, y después, de una propulsión violenta, tiró los objetos que había sobre el mostrador al suelo.

—¡No te creo! —gritó histérico.

Me dio la espalda y comenzó a tirar cada cosa se encontraba a su paso.

Intenté tranquilizarme, necesitaba respirar y tener en claro que Travis estaba sufriendo uno de esos ataques provocados por su

enfermedad. Yo podía paliarle, yo podía, solamente necesitaba calmarme yo antes.

—¿Qué si no iba a estar haciendo, Travis? —pregunté con la voz temblorosa. Su espalda estaba contraída, todo él estaba tan tenso que asustaba—. Por favor, deja que te vea lo que tienes, voy a curarte...

—¡Te estabas viendo con él a escondidas!

Me acerqué a paso temeroso a él, toqué su hombro para intentar calmarle, pero él se giró forzosamente a mí y me encerró entre sus brazos y la pared.

—Travis, debemos curarte eso... —murmuré viendo cómo seguía emanando sangre de su labio inferior y de una de sus cejas.

—¡Calla! ¡Calla! —gritó golpeando la pared con sus puños cerrados. Sentí el impacto justamente a mi lado y me hizo temblar.

—Travis por favor...

—¡Calla-maldita-sea! —gritó intercalando fuertes golpes a la pared a mi alrededor que provocó que comenzara a sollozar. Nunca había visto a Travis así y realmente me asustaba mucho. Travis escondió su rostro en mi pecho y yo estaba tan tensa y estremecida que no era capaz de moverme. Me sentía fatal por comenzar a temer qué podía hacerme.

—Lo siento, Hollie, lo siento de verdad —añadió más calmado, liberándome del agarre y acariciando mi cabello—. Lo siento, sabes que te quiero, lo siento.

Me alejé lo pude de él. De un momento a otro dejé de llorar, dejé de sentir miedo. En ese momento todo se disipó y comencé a sentir pena. En ese momento descubrí, de verdad, que él no estaba bien.

Y mi amor no podría cambiarlo.

Me sentí insignificante. Fue como un golpe en el corazón.

—Vete —dije, no podía mirarle a la cara—. Vete, por favor.

Necesito estar sola.

—No voy a irme, no me pidas eso. No puedo dejarte sola.

Seguía sin ser él, seguía sin ser mi Travis, y yo no quería pasar ni un minuto más a su lado. Aunque le amara, ¿no era normal que sintiera miedo cuando él estaba así?

—¡Vete! —grité agitada.

Travis se sobresaltó y retrocedió varios pasos para dejarme en completa libertad. Estaba conmocionado.

—Hollie...

—Ahora soy yo la que necesita que te vayas.

Él se mantuvo en silencio por varios segundos.

—Voy a irme —respondió—. Pero vuelve al hotel, por favor, te lo suplico. Necesito que hablemos de esto, será cuando quieras pero necesito que vuelvas. Por favor.

—Sí, pero vete. Ahora vete —repetí.

Él, inundado por la desesperación, asintió. Con sumo esfuerzo giró sobre sus talones para marcharse, y tras abrir la puerta, volvió su vista a mí. Parecía que todas las intenciones de sucumbir a mis peticiones se habían disipado.

—Por favor —añadí, y Travis se marchó.

Cuando me quedé totalmente sola, deslicé mi cuerpo por la pared y comencé a llorar.

Prometí ayudarle y no abandonarle, pero por más que me esforzaba en comprenderlo, que él se curara no solo era cosa mía. Travis también tenía que cooperar. No podíamos luchar solos. Esa enfermedad era fuerte. Era mucho más fuerte que Travis y yo. Y estaba comenzando a ganarnos las batallas.

Travis

24 de Agosto de 2016

Amanecía y yo lo observaba sentado en el sillón del despacho. Hollie llegó al día anterior, antes de lo que pensaba, pero no quiso hablar conmigo. El hecho de que simplemente volviera me hacía sentir algo más tranquilo, aunque de todas formas no había podido dormir en toda la noche.

Ella descansaba en su habitación, y tampoco quería agobiarla.

Estaba arrepentido hasta explotar. Yo sabía que nunca golpearía a Hollie, pero quería que ella también lo supiera. Verme tan al límite con ella me había hecho sentir el peor hombre del mundo.

Pero yo me entendía. Entendía que el simple hecho de que Mark hubiera estado con ella a solas podría haber ocasionado un problema para nuestra relación y que ella tenía que haber hecho lo posible para evitarlo.

Seguía enfureciéndome cada vez que recordaba que ella había dado lugar a eso, pero intentaba tranquilizarme porque cuando ella quisiera hablar conmigo, no quería volver a asustarla.

Me cansé de esperar y me levanté del sillón dispuesto a hablar con ella. Necesitaba escuchar su voz y necesitaba saber que nada había cambiado entre nosotros. La necesitaba.

Cada minuto sin ella quemaba hasta amenazar con dejarme sin piel.

Bajé en el ascensor y cuando llegué a su planta bajé. Me acerqué y toqué la puerta de su habitación. Ya comenzaba a picarme la nariz. Esperé un par de minutos para que ella abriera, pero no lo hizo, por lo que me atreví a abrir la puerta yo.

Hollie estaba tirada en la cama, tapada por las sábanas, y podía escuchar sus sollozos que me rompían el alma.

Corriendo me posicioné a un costado de la cama, hincué mis

rodillas al suelo y deslicé la sábana para poder ver su rostro.

Hollie, al notarlo, escondió su cara entre las almohadas mientras continuaba llorando. Me devastaba esa situación, y me devastaba más el saber que el causante de su malestar era yo.

—Hollie, por favor... —rogué mientras ella seguía sin mostrarme su rostro—. Quiero ver tu cara.

—No, no.

Sentía cómo mi corazón se retorció y apenas me dejaba respirar.

—Necesito ver esos ojos que tienes... —añadí acariciando su rostro.

Ella por un momento dejó de sollozar, y despegó su rostro de la almohada para mostrármelos.

Sus preciosos ojos grises estaban hinchados de tanto llorar, apenas podía abrirlos y sus mejillas estaban húmedas. Enjuagué sus lágrimas con mis dedos, aunque ella se mostraba recelosa.

—No, por favor... no me hagas esto...

Ella lucía tan triste que me rompía en mil pedazos.

—Travis... yo...

No quería que dijera algo que me enloqueciera de dolor, por lo que la interrumpí:

—Lo siento mucho. Te juro que lo siento...

—Siempre lo sientes... pero vuelves a repetirlo.

—Hablas como si pudieras controlarlo.

—Si quisieras podrías hacerlo.

Suspiré y apoyé mi frente en la suya, acaricié su cabello y conecté mi mirada con la suya para decirle con la mayor sinceridad lo que tenía miedo de pronunciar, lo que me atemorizaba hacer pero lo que

necesitaba si quería que Hollie siguiera conmigo:

—Vamos al médico, Hollie. Quiero curarme.

Capítulo 33

Hollie

26 de Agosto de 2016

Travis apretaba mi mano con fuerza. Necesitaba todo mi apoyo y amor para sobrellevar el momento. Estaba segura que eso para él era difícil, pero era fuerte y acabaría lo que había empezado.

Llevábamos cerca de cinco minutos esperando en la sala para entrar a ver al médico. Travis no dejaba de menear una de sus piernas y era porque estaba consumido por los nervios.

—Me encantaría saber qué está pasando ahora mismo por tu cabeza —dije con voz socarrona, apoyando mi cabeza sobre su hombro.

Él estaba tenso, pero aun así pasó su brazo por mi espalda y me atrajo más a él.

—Temo que me encierren, Hollie —confesó con la voz temblorosa. Nunca le había visto así. Estaba realmente afectado.

Me incorporé y atrapé su rostro entre mis manos. Estaba helado y sus ojos transmitían algo que ni si quiera sería capaz de describir, pero que me rompía por completo.

—No estás para que te encierren —contesté con la sonrisa más sincera que pude—. Y aunque quisieran, no lo permitiría. Te raptaría y huiríamos juntos muy lejos.

—¿Por qué no hacemos eso ya?

—Porque todo lo que va a venir a partir de ahora va a ser mucho

mejor —murmuré colocando su cabello—. No sé muy bien cómo va esto, pero estoy segura de que juntos lo llevaremos bien.

—¿Me abrazas? —preguntó, y yo, muerta de ternura, le estreché entre mis brazos como si fuera un niño pequeño. Apoyé mi cabeza sobre la suya, su rostro estaba justamente en mi pecho y podía sentir su agitada respiración.

—Eres muy valiente —musité—. Y por eso te quiero.

—Señor Redmond, es su turno —avisó la secretaria.

Ambos nos incorporamos y nos miramos. Le convidé a una sonrisa de ánimo, y él decidió levantarse.

—Vamos, ¿no? —preguntó tendiéndome la mano. Sonreí y la agarré, después nos dirigimos a la consulta y Travis cerró la puerta a nuestro paso.

—Oh, señor Redmond, qué alegría verle —saludó el médico con afabilidad. Se levantó y le tendió la mano a Travis, después a mí—. Tomen asiento.

—Gracias.

—Bueno, he de confesarle que cuando me dijo que estaba dispuesto a volver me sorprendió bastante.

Al parecer, Travis en un principio aceptó venir obligado por su familia, pero todos los miedos e inseguridades le hicieron no volver jamás.

—Ahora quiero curarme. Lo necesito —respondió y después me miró a mí. Le sonreí—. Dígame lo que tengo que hacer y lo haré.

—Ya está haciendo lo más importante, que es querer curarse. Es el paso más complicado. Si usted de verdad desea esto, todo está hecho —dijo el médico y agarré la mano con fuerza de Travis. Sus palabras me hacían sentir feliz.

—Lo deseo, de verdad.

—Lo primordial es tomar la medicación que le recetaré, eso servirá para calmarle en situaciones que usted se note más tenso de lo común, agobiado, irritado—. Reímos al escuchar la última palabra. El doctor también lo hizo—. Calmará las agitaciones severas y los pensamientos delirantes.

—Si la toma cada vez que se irrite, sufrirá una sobredosis — bromeé y Travis sonrió.

—¿Usted está dispuesto a tomarse las pastillas? —preguntó. Travis se quedó en silencio, y después tragó saliva—. No debemos olvidar que son pastillas fuertes. Desde la primera dosis sentirá una mejora, pero no puede dejar de tomarlas porque eso le sentará aún peor.

—¿Son de por vida? —pregunté con interés, dándole un mayor margen a Travis para responder.

—No obligatoriamente, pero no debemos olvidar que el trastorno que el señor Redmond sufre puede tender a hacerse crónico. Las terapias, que es lo siguiente a lo que tiene que estar dispuesto, le ayudará a saber en qué grado del trastorno paranoide se sitúa usted.

—¿Terapias? —pregunté de nuevo. Quería informarnos de lo máximo posible.

—Con un psicólogo. Las pastillas ayudan a paliar cualquier extraña sensación pero eso no es suficiente. Un especialista le servirá para quitarse la venda que impone el trastorno paranoide y ver que las personas que les rodean no planean nada contra él ni tienen intereses turbios.

—¿Qué dices, Travis? —pregunté mirándole.

Él hizo lo propio, parecía transmitirme con sus ojos el deseo de marcharse, estaba algo arrepentido. Pero también me transmitían esperanza. Él sabía que todo eso era por nosotros, por un futuro mejor y más certero.

—Sí —contestó al fin sin despegar su mirada de mí—. Estoy

dispuesto a todo lo que usted dice.

—Fantástico.

Travis

1 de Septiembre de 2016

El tacto de la arena en nuestros pies se hizo presente y Hollie ya comenzaba a reír sabiendo donde estábamos. Ella estaba con una venda en los ojos, pero el tacto de la arena, el olor a humedad y el leve sonido de las olas le avisaba que el sitio especial al que la había llevado era la playa.

—Travis... por favor —pidió entre risillas mientras yo la seguía guiando.

Aún quedaban unos pasos para llegar a la pequeña velada romántica que le había preparado.

El doctor Reeve tenía razón cuando dijo que las pastillas me harían sentir mejor en la primera dosis. Había sentido una leve mejoría desde que comencé a tomarlas, no habían pasado muchos días pero además la cita con el psicólogo Meyer también me había ayudado. Y todo era gracias a Hollie.

—Llegamos.

Deslicé mis dedos para deshacer del precioso rostro de Hollie la venda. La cogí de la mano y observé con una sonrisa su cara de sorpresa.

Estábamos frente a una pequeña mesa de madera, repleta de comida y flores, rodeado por cómodos cojines y con una gran sombrilla. En uno de los costados se situaba una gran bola del mundo que puse en segundo plano para que primeramente ella no le tomara importancia.

—Esto es... —murmuró sorprendida. Después pegó un pequeño

grito de emoción que me provocó una mueca de desagrado, y después enredo sus brazos en mi cuello y sus piernas en mi cintura—. Te quiero, Travis, eres tan... genial.

—Espero que sigas pensando eso después de que te diga que tengo ciertos pensamientos obscenos que planean hacerte el amor aquí.

—Ahora te quiero más que nunca.

—Y yo a ti.

Avanzamos por la playa hasta llegar a los cojines, donde costosamente me senté y la mantuve sentada sobre mí.

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca —habló mientras acariciaba mi cabello—. No quiero perderte nunca, Travis, enloquecería si eso pasara.

—Basta con las bromas —dije divertido. Ella soltó una carcajada y la abracé—. No hablemos de quién enloquecería más si perdiera al otro...

—Bueno, dejemos de hablar de eso, ahora solo importa este momento, tú y yo, nosotros, esa comida que seguro no has preparado tú no, sino Sengua...

—Chica lista —bromeé y ella bajó a horcajadas para situarse a mi lado. Cogió una de las cerezas que había y se la comió.

—Esto parece propio sacado de uno de tus cuadros —comentó aún con la boca llena.

Reí, y pasé la yema de mis dedos por la comisura de sus labios porque estaba manchada. Después lamí el dedo y ella se ruborizó.

—¿Tú crees? —pregunté y asintió—. La verdad que no estaría nada mal.

Observé el lugar. Después la miré a ella. Esa imagen no quería que se me borrara nunca.

La comida se produjo rozando la perfección. Comimos, bebimos,

reímos, nos dimos de comer al otro, nos manchamos de nata, nos limpiamos con nuestras lenguas y no pudo ir mejor.

La noche ya había caído y yo estaba sentado en la arena, con las piernas extendidas, y Hollie tumbada con la cabeza sobre ellas. Acariciaba su cabello y en alguna ocasión golpeaba su frente alegando que era muy grande, pues sabía que eso hacía que se molestara.

—¿Puedes hacerme un favor? —pregunté admirando el mar, al igual que ella.

—Prueba a pedirlo —contestó algo chisposa. El vino le sentaba bastante mal.

—Está bien —dije tras reír—. Lo haré yo, pero tienes que dejar que me levante.

—No, no te vayas...

Sonreí y agaché mi rostro para besar delicadamente sus labios.

—Voy a tardar un segundo, Hollie —gruñí y me levanté.

Me acerqué bajo su observación al gran globo terráqueo y lo cogí, transportándolo hasta donde estábamos y lo situé ahí. Hollie se sentó con las piernas cruzadas, admirándolo. Yo me senté frente a ella, de modo que el globo estaba entre ambos.

—Guau, parece de dimensiones reales —comentó sorprendida. Fue a hacerlo girar con uno de sus dedos, pero yo la detuve rápidamente.

—Esto es así, Hollie. Es algo más importante de lo que piensas. Voy a hacerlo girar, y el punto que escojas, será donde salgamos de vuelo en unos días.

—¿Qué?

—Quiero viajar contigo. Quiero que todo el mundo me recuerde a ti, y por un lado hay que empezar. Este globo será nuestro guía.

—Travis...

—Por favor, Hollie. Yo lo quiero así, y verás que a ti también te gustará.

—No lo dudo, no es eso... solo... que esto es demasiado. Travis, eres alguien espectacular, sé que puedes permitírtelo pero yo...

—Todo lo mío es tuyo por mucho que no quieras aceptarlo. Eres lo más importante en mi vida y quiero hacerte feliz, para hacerme feliz a mí. Tómalo como un acto egoísta.

—Pero no lo eres.

—Pon el jodido dedo —dije y Hollie comenzó a reír—. ¿Preparada?

Ella sonrió, e hice girar con la mayor fuerza el globo.

Instantes después, Hollie posicionó su dedo sobre él e hizo que dejara de girar. Ella, antes de mirar el sitio que había señalado, me miró con una risilla nerviosa. La animé a que me dijera qué sitio había escogido, y lo miró.

—Grecia —dijo al fin.

Después hizo un ademán para que me acercara y lo viera. Así hice.

—A ver, Grecia. Un sitio precioso acompañado con una mujer preciosa

Era realmente bella, sin duda, la mujer más bella del mundo.

—Es un buen sitio para empezar, ¿no? —susurró con sus ojitos brillantes.

—Te quiero.

—Y yo.

Enredó sus manos en mi cuello y nos besamos. Después, a horcajadas, volvió a situarse encima de mí y comenzó a besar mi

cuello, mis hombros, mientras yo masajeara su espalda con deseo.

Con rapidez me levanté y la cargué, comenzando a correr al mar. Hollie comenzó a gritar y a zafarse, pero yo no se lo permitía. Mis pies tocaron el agua, que aunque fría, era agradable, cosa que me impulsó a sumergir nuestros cuerpos en el mar.

—¡No! —gritó riéndose, aferrándose a mí.

Yo reía a carcajadas mientras aprovechaba que ella estaba sostenida a mí para entrar más al mar.

—¿Me odias, Hollie Wadlow? —pregunté entre risas. Ella golpeó mi pecho divertida, mientras seguía riendo.

—¡No podría odiar a la persona que me hace la mujer más feliz del mundo! —exclamó abriendo sus manos—. ¡Te amo, Travis Redmond!

Hollie

11 de Septiembre de 2016

Salíamos a Grecia al día siguiente; Travis había alquilado un jet privado y viajaríamos en él. Estaríamos allí una semana, ya que al venir Dalton tenía asuntos importantes que comentarle y Travis me aseguraba que sería sobre una nueva exposición.

Estaba muy, muy nerviosa. Sengua me ayudaba a meter mis objetos personales en las maletas mientras Travis estaba en su despacho “inspirado”.

Anteriormente había hablado con Aylen por Skype, le había contado sobre el viaje y lo enormemente feliz que me sentía. Todo iba tan bien que me asustaba.

Al parecer su madre estaba medio convenciéndose sobre dejarla venir. Travis y Charles se habían comprometido en traerla sana y salva y devolverla de igual manera, y las ganas que teníamos nosotras

de estar juntas parecía ablandarle el corazón a la señora Stapleton.

La puerta de nuestra habitación crujió y Sengua se dirigió a abrirla; se trataba de James que jadeaba y su rostro lucía espantado.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó Sengua acariciando la mejilla de su marido. Yo me levanté y los observé ceñuda alejada.

—Tengo que hablar con el señor, ¿está en su despacho? —Su tono era frío y serio.

Sengua estaba descolocada, pero asintió y James sin decir nada más, se adentró al despacho con Travis.

—¿Qué le pasa? —cuestioné preocupada.

Ella seguía mirando la puerta, donde ya no estaba su marido. Se le veía muy desconcertada.

—Nada bueno —murmuró conmovida.

De repente la puerta del despacho se abrió y ambos salieron con suma rapidez. Travis me miró, estaba extraño, él me asustó más si cabía. Sus labios eran una fina línea, y su rostro un tanto inexpresivo.

—Quédate aquí, por favor, Hollie —pidió acercándose a mí, enredó sus manos en mi rostro turbado y añadió—: todo está bien.

Y con esas palabras, dejándome sobrecogida, se marchó.

En ese momento supe que no es que algo no fuera bien, si no que algo iba terriblemente mal. Haciendo caso omiso a sus peticiones, corrí escaleras abajo para descubrir qué ocurría. No podía quedarme quieta, no con ese nudo en el estómago que sus extraños comportamientos me habían causado.

Cuando llegué a la recepción, lo primero que vi fue a Travis de espaldas, mirando a la puerta, con una gran agitación. Miré donde se dirigía su vista, y la vi.

—Travis —dijo la mujer en el umbral de la puerta con una media sonrisa. Travis se mantuvo en silencio mientras yo estaba segura de

que él no sabía de mi presencia, pues estaba varios pasos tras él—. Tenemos que hablar de muchas cosas importantes. Tenemos que hablar de nosotros.

—Alizze.

Escuchar ese nombre de sus labios me avisó todo lo que había, estaba e iba a ocurrir.

Me agarré de la barandilla, sintiendo como todo me daba vueltas. Pero aún no sabía lo peor.

—Tenemos que hablar... de ella —balbuceó.

Entonces desapareció, y segundos después, acompañándola, portaba una niña pequeña en sus brazos.

Capítulo 34

Hollie

Estaba observando el acantilado fijamente, viendo cómo llovía. Estaba preocupada y muy nerviosa. Travis, Alizze y... esa niña, llevaban en su habitación bastante rato, hablando. Alizze necesitaba privacidad y eso significaba que yo no podía estar delante en aquella conversación.

Todo iba tan bien... y ahora los nervios no me dejaban respirar eficazmente. Todo en cuestión de segundos se había desmoronado con su presencia, pero aún todo me descolocaba más al no saber qué estaba ocurriendo unas cuantas plantas más arriba.

Esa niña debía ser su hija. No había nada que me lo confirmara, solo mi miedo a que así lo fuera. ¿Qué tendrían que hablar de ella sino? Travis estaba igual de conmocionado que yo, incluso más que todos. ¿Qué mierda quería Alizze, llegando un año después de haberle abandonado y de no haberle dado ni una señal de vida? ¿Por qué había irrumpido así, presentándose con esa niña?

La indecisión de lo que estaba por llegar era lo que más en vilo me tenía. El no saber qué iba a ocurrir. El no saber qué estaba ocurriendo. El no saber nada, simplemente que había comenzado a llover.

Necesitaba saber cómo estaba Travis, porque si yo me encontraba de esa manera, no quería imaginarme él. La mujer con la que se casó y lo abandonó le estaba reclamando más de un año después de todo eso.

Quería borrar el rostro de Alizze de mi cabeza; quería borrar ese cabello castaño, esos ojos azules eléctrico y esos labios pintados de

labial rosa. Quería olvidarlo porque así podría engañarme de que ella no había vuelto.

Por el contrario, agradecía no haber visto a esa niña. Sentía odio por ambas, y aunque era un sentimiento muy feo para una niña pequeña, yo no podía hacer nada para evitarlo. Ellas significaban una vil amenaza para mi felicidad, y por eso lo único que podía sentir era asco, y ganas de que nunca hubieran existido.

Pero, ¿qué culpa podía tener la niña? Estaba claro que todo radicaba en la mujer que le había dado la vida. Y por desgracia, ella debía pagar también los desaciertos de Alizze.

—Tienes que comer algo —habló James entrando a la cocina—. No has tocado el plato.

—Ya se lo he dicho yo antes —respondió Sengua.

—¿Sabes algo? —pregunté.

James negó con la cabeza y después tomó asiento frente a mí.

—No tienes por qué preocuparte, a todos nos ha pillado de improviso su aparición... pero ahora que todo va bien... nada puede fastidiarlo. Confía en mí.

—Ahora que todo va bien, es el mejor momento para que se tuerzan las cosas —contesté.

—El señor te ama, Hollie. Y contra eso, ni Alizze, ni esa niña, puede hacer nada.

—Tengo miedo James, miedo de perderle... de...

—Es normal, todos en la vida hemos sentido alguna vez miedo y no es malo sentirnos así, eso significa que algo nos importa de verdad. ¿No hay nada más bonito que sentir que tu alma se divide en el momento en que conoces a esa persona? —Miró de reojo a Sengua, que sonrió tímidamente.

—Hollie —habló Travis desde el umbral de la puerta y yo corrí a

abrazarle. Él me correspondió, y comenzó a acariciar mi cabello con ternura—. Tranquila, todo está bien.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

No terminaba de creerle.

—Tranquila —dijo—. Hara, ¿puedes prepararle cualquier cuarto a Alizze y a la... niña?

—Sí, señor. ¿Alguno en particular?

—Menos en el que estuvo Hollie, cualquiera estará bien — contestó y Sengua salió de la cocina—. ¿Subimos y hablamos?

Asentí y de la mano, nos dirigimos al ascensor para subir. Su tacto estaba helado, se le notaba algo afligido aún pero yo estaba algo más tranquila. Sentirle cerca de mí después de tantas horas de incertidumbre me hacía sentir que todo no iba tan mal.

Entramos a la habitación y un perfume desconocido para mis fosas nasales lo inundó, percatándome de que ese aroma dulzón y pesado era de Alizze.

—¿Qué habéis hablado? —pregunté con la voz temblorosa. Travis me miró con ternura, hizo un ademán para que me acercara más a él y así hice.

—Hollie... —dijo y después, sin mirarme directamente a los ojos, suspiró—. Vamos a ir mañana a Grecia, nada ha cambiado.

Esboqué una media sonrisa, aunque también tenía ganas de llorar. Era una situación complicada que me había conseguido superar.

—¿Y ella... ellas? —tartamudeé. Él acarició mi cabello y comenzó a jugar como siempre hacía, pero sin mirarme a los ojos.

—Quiero desconectar esta semana de todo, Hollie. Quiero que... solo seamos tú y yo. Quiero que este asunto lo dejes en mis manos, yo... haré lo conveniente. Pero no quiero tratar de ellas esta semana.

Esta semana es nuestra.

—Sí. Pero... la niña, ¿es...?

—Ella... —murmuró, frunció su ceño y volvió a desviar la mirada —, ella dice que sí.

Puse todos mis esfuerzos en no llorar. Necesitaba hacerlo fervientemente, pero tenía que aguantarme. Me sentía amenazada por su repentina aparición. Sentía que la felicidad que habíamos sentido por fin aquellos últimos días estaba desestabilizándose.

—No, por favor, no —rogó empujando mi mentón para que no bajara la mirada, percatándose de mis ganas de llorar—. Yo te quiero, Hollie, te quiero, te quiero.

—¿Y eso es suficiente para

Travis acarició mi mejilla y se deshizo de la humedad de esta mientras yo me deleitaba de su tacto. Después, atrayéndome más a sí, puso su otra mano en mi cadera e impulsando mi mentón, acercó nuestros labios y nos fundimos en un profundo beso.

Las lágrimas seguían fluyendo, pero sentía como tomaba de nuevo el control de mi cuerpo, cómo no me costaba tanto respirar. Mi pulsación se fue ralentizando con los segundos, y tras separar nuestros labios, Travis me abrazó, agarrándome con fuerza.

12 de Septiembre de 2016

Llegamos a Santorini y tras cambiarnos de ropa, decidimos comenzar la gira visitando un sitio arqueológico y algunas playas exóticas.

Alquilamos un coche, y nuestra primera parada fue en el sitio arqueológico de Akrotiri. Era uno de los asentamientos más importantes de la Edad de Bronce minoica del mar Egeo, y nos transportó a los tiempos antiguos. La ciudad estaba llena de ruinas. Algunas de las ruinas estaban muy bien conservadas.

El sitio era hermoso, imponía muchísimo más verlo en persona que en cualquier mejor foto. Ambos paseamos dados de la mano, contemplando el lugar, disfrutando cada uno de la compañía del otro y viendo como anochecía.

Yo estaba feliz, pero no tanto como había estado pensando desde el momento en el que Travis me dio ese globo terráqueo para decidir nuestro destino. Si bien no habíamos hablado de Alizze en todo el viaje –aunque yo en una ocasión quise sacárselo– ella estaba presente entre nosotros.

Sentir el tacto de su piel, me hacía sentir protegida y me hacía creer que Alizze no era un impedimento tan fuerte como para separarnos, pero sí era algo difícil y complicado de superar, más cuando la acompañaba una niña que decía ser hija de Travis.

Me abrumaba en cierta forma la manera en la que Travis lo estaba llevando. Parecía sereno, y digo parecía porque sus ojos, a veces, cuando le pillaba distraído, transmitían algo más distinto a lo que decía con palabras. Él, aunque no quisiera decirlo, estaba preocupado y era lo más normal. No me quería imaginar el caos que Travis debía sentir en su interior.

—No me gusta cuando te quedas tanto rato callada —habló él mirándome. Sonreí y besé sus labios castamente mientras continuábamos caminando bajo el fuerte sol del verano griego, dirigiéndonos a la playa roja.

—Solo pensaba, simplemente.

Él me ofreció una media sonrisa que pronto desapareció.

—¿En qué pensabas?

—En lo bonito e irreal que es para mí que estemos aquí, juntos. De la mano —contesté y él me estrechó entre sus brazos—. Es algo que no quiero que acabe nunca.

—Yo tampoco, Hollie... —respondió y besó mi cabello—. Ahora, ¿por qué no te hecho una foto aquí? Seguro que queda preciosa.

Ya habíamos llegado a la playa roja. El acceso a la playa no había sido fácil. La vista desde la cima era muy excéntrica: una enorme colina roja con la playa abajo, la arena roja, y el agua azul. Era alucinante.

—¡Sí! —exclamé separándome de él y peinando con mis dedos mi cabello—. Pero después una contigo.

—Sí, sí —Rió por lo bajo. Después sacó su cámara y me enfocó—. Muévete un poco más a la derecha para que la foto sea más estética.

Hice lo que me había pedido, me moví varios pasos y sonreí, sintiendo cómo el flash me cegaba por completo.

—¡Ahora juntos!

Travis rio. Después miró a sus costados, observando a los demás turistas, y se encogió de hombros.

—Nos robarán la cámara —murmuró tapándose un costado de su boca con el soslayo de su mano. Blanqueé los ojos de forma divertida y miré a mí alrededor.

—¡Perdone! ¿Podrían echarnos una foto? —le pregunté a una pareja mayor.

Le arrebaté la cámara a Travis y le expliqué cómo funcionaba. Menos mal que hablaba inglés. Después, agarrando a la fuerza a Travis, lo arrastré hasta el mismo sitio donde yo me había hecho la foto y le abracé.

—¡Listo! —exclamó el hombre. Travis y yo se lo agradecemos y después se marcharon, por lo que nosotros continuamos nuestro camino.

La caminata a la playa nos llevó alrededor de diez minutos. Había un bar en el extremo de la playa donde tumbamos en la zona rocosa para disfrutar de aquella playa exótica.

13 de Septiembre de 2016

Nos levantamos muy temprano. Queríamos aprovechar el tiempo al máximo y no dejarnos por ver nada.

Santorini es un complejo de islas volcánicas. En nuestro segundo día decidimos hacer un tour para visitar las otras islas. El barco partió del puerto de Athinios.

La primera parada de la embarcación fue en un pequeño muelle, en la isla de Nea Kameni. La caminata al volcán era fácil y nos llevó alrededor de una hora. El guía explicó curiosidades sobre las erupciones volcánicas y la formación y cultura de Santorini. Se sentía el calor sulfuroso de los orificios de vapor subterráneos. Desde el volcán pudimos ver las otras islas que formaban Santorini y las vistas eran impresionantes.

La segunda parada del barco fue en las aguas termales, muy cerca de la primera parada. Después de pasar tanto calor en el volcán el guía nos permitió saltar al agua, con el único inconveniente de que nos quedamos cubiertos de barro. El guía nos explicó que el agua era de color rojo-anaranjado debido al fierro. Fue una experiencia distinta y divertida.

La tercera parada de la embarcación fue en la isla Therasia. La isla era muy tranquila. Fue allí donde comimos en uno de los muchos restaurantes frente al mar.

La parada final y última de la excursión fue Oia, en la parte norte de la isla principal de Thira. A partir de ahí tuvimos dos opciones para llegar al pueblo: subir las escaleras a pie, o montar un burro. Mientras caminaba sobre él Travis no dejó de grabarme ni un segundo mientras se reía.

Oia era pintoresca y hermosa. Ese pueblecito contaba con todo tipo de alojamiento, lo que me recordaba bastante al lugar de donde veníamos.

Por la noche volvimos a Fira. Esa noche Travis desapareció por un

rato de la habitación del hotel donde nos hospedábamos, y tras ducharme, vi que sobre la cama había un vestido con una nota.

«Quiero que a las ocho estés lista y preciosa con este vestido en la recepción.»

Agarré el vestido y su tacto era finísimo y delicado, como esos vestidos que cuestan más que una casa y que nunca había pensado que pudiera llegar a ponérmelo.

Viendo ese vestido, supuse que a lo que me iba a invitar era algo importante. Era largo, de un color rosa clarito, con un elegante y alargado escote y una espalda descubierta, pero bordado con detalles simulando la plata.

Cuando llegó la hora bajé a la recepción tal como Travis me había indicado, y ahí estaba él. Una sonrisa se apoderó de mis labios al verle ahí, bien peinado, con la barba muy bien recortada, con los ojos brillantes y con un traje negro lustrosísimo junto a una camisa blanca y una corbata de color borgoña que deslumbraba a cualquiera.

Cuando pisé la recepción, él me ofreció su mano y yo caminé hasta cogerla. Una vez juntos, Travis me hizo girar sobre mi eje y después posó sus manos sobre mi cadera, para mirarme fijamente a los ojos.

—Estás preciosa.

La verdad que en ese justo momento yo estaba planteándome varias maneras de escapar de esa cita que Travis había preparado y secuestrarlo en la cama hasta el día siguiente.

—Hmm. Me irritas, Travis. ¿Te estás riendo de mí? Vas a provocar que me suba a la habitación y me cambie de ropa —dije en tono de burla y Travis comenzó a reír mientras caminábamos de la mano hasta la puerta del hotel.

—Eres terriblemente tonta —respondió entre risas—. Lo eres demasiado.

Pero eso último no pude contestárselo porque lo que se postró ante mis ojos una vez salimos del hotel, me dejó sin habla. Había una brillantísima limusina negra esperando en la puerta, las cuales se conectaban mediante una larga y pulcra alfombra roja.

Con la boca apocadamente abierta, le miré. Él me llevaba observando todo el rato con una gran sonrisa, mostrándome sus perfectos dientes y sus grandes hoyuelos en las mejillas.

—Esto...

—Eh, Hollie, tranquila —habló comenzando a andar—. Nuestro transporte está en la calle de enfrente.

—Ah.

Estaba avergonzada por pensar que Travis podía haber montado todo eso para nosotros. Cuando llegamos a la limusina, y cuando yo estaba dispuesta a cruzar la carretera, un hombre de unos cuarenta años abrió la puerta final de la limusina.

—Señores Redmond, buenas noches. Espero no haberles hecho esperar —comentó ofreciéndonos la entrada a la limusina.

Muy nerviosa, y seguramente ruborizada, miré a Travis, que hizo un ademán de agradecimiento al hombre y me invitó a entrar.

—¿Quién es realmente el más tonto de los dos? —pregunté con una risilla nerviosa mientras entraba a la limusina y después lo hizo Travis. El sitio por dentro era gigantesco, mucho más que la casa de mis abuelos. Realmente lo duplicaba. En tamaño y en pulcritud.

—Creo que lo sigues siendo tú... —contestó mientras la limusina arrancaba.

Le saqué la lengua de modo infantil y él atrapó mi mentón entre sus manos, para después conectar nuestras miradas y acariciar mi mejilla con su mano libre.

—No quiero que olvides nunca estos momentos. No quiero que te olvides nunca de mí —añadió murmurando con la mayor sinceridad

que nadie me había mostrado jamás.

Sonreí.

—Nunca voy a olvidar nada que tenga que ver contigo. Además, siempre habrá momentos nuevos que almacenar juntos.

Iba a rebotar de felicidad. Travis me seguía acariciando la mejilla, observándome con detenimiento, con una mirada que me hacía sentir la mujer más especial del mundo.

—Quiero darte algo —Soltó su agarre y comenzó a buscar algo en los bolsillos de su chaqueta.

—Travis, creo que... ha sido suficiente.

Sabía que para Travis no costaba ningún esfuerzo gastar todo ese dinero, pero a mí me hacía sentir mal. No quería que nadie pensara que yo estaba con él por eso.

Pero eso también era una constante tontería. ¿Quién no estaría con Travis, sin prestar atención al apellido que tuviese? Él era verdaderamente especial, y eso ni la mayor suma de dinero podría igualar el valor que él ya tenía de por sí.

—Necesito que lo aceptes —dijo con una cajita de terciopelo roja entre las manos.

Segundos después, captando mi total atención, la abrió, y ante mí se presentó un precioso colgante de oro que relucía con intensidad. Travis lo sacó de la cajita y me dejó ver el extraño símbolo que tenía, era una esplendorosa circunferencia rellena de miles de segmentos conectados entre sí y enmarañados.

—Travis...

Él me pidió silencio, y después colocó el colgante en mi cuello.

—Hollie —dijo cogiéndome de la mano y admirando cómo me quedaba la pieza que me acababa de regalar—. Has sido todo lo que he necesitado siempre. Has arrasado con mi tristeza; has consumido

mi desgana y has abrasado mi impaciencia. Has hecho temblar todos mis miedos. Contigo he aprendido la lección más importante de mi vida, y es que se necesitan desastres para que todo vuelva a estar en orden. Yo voy a agradecértelo toda la vida.

Sonreí ante sus palabras, pero su mirada transmitía algo tan melancólico... que me hacía sentir un hacinamiento de sentimientos contradictorios.

—Te amo —susurré—. Y te amaré siempre, Travis.

Capítulo 35

Hollie

14 de Septiembre de 2016

Travis y yo volvimos a despertamos muy temprano para no desperdiciar ni un momento del día. La noche anterior había sido increíble, y la verdad que en ese momento tenía una gran resaca porque había bebido considerablemente, al contrario de Travis, que, como estaba con su medicación, apenas había bebido un par de copas.

Nos sentamos en una de las mesas de la terraza de *Select Café*, un sitio alucinante con unas vistas asombrosas.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —pregunté mientras bebía de mi infusión. La cabeza me iba a reventar, y cuando hacía algún mohín, Travis se reía.

—Museo Arqueológico de Thira.

Le observé mientras él leía una guía turística. Travis suponía tanto para mí... que asustaba. Si en un tiempo relativamente corto había conseguido ser tanto para mi vida, ¿qué podría pasar al cabo de un tiempo? Me sentía desquiciadamente enamorada de él y en una situación de dependencia importante y también peligrosa, pero confiaba en nuestra relación y en nuestro amor mutuo.

—Date prisa, Hollie, acábate todo. Hoy va a ser un día largo.

Pocos minutos después ya habíamos terminado con todo el desayuno y cogimos un taxi rumbo al Museo Arqueológico de Thira. Una vez llegamos, como Travis llevaba haciendo todo el viaje, comenzó a fotografiarme y yo también a él, y, en algunas ocasiones,

conseguía robarle la cámara y dársela a alguien para que nos fotografiara juntos .

El museo era muy pequeño pero bastante interesante. Había cerámicas, preciosas pinturas de los murales de Akrotiri, y una estatua de oro de cabra.

Todo lo que restaba de tarde estuvimos en Fira, haciendo un tour de cata de vinos y bodegas. Travis estaba maravillado.

Después volvimos al hotel para descansar y ducharnos, pues esa misma noche íbamos a visitar una galería de arte.

Para esa noche especial –aunque todas lo eran–, escogí uno de mis vestidos más elegantes: se trataba de uno color negro, largo, de falda caída, con un fajín dorado con adornos y con un escote en pico bordado de la misma forma.

Travis estaba más hermoso si cabe que la noche anterior. Se puso un traje negro ceñido con camisa blanca y pajarita negra, que le quedaba muy bien. Invitaba a babear a cualquier chica que deseara desprenderle de esa ropa y ver su tonificado cuerpo y su delicada piel.

Esa noche fue espectacular. La galería de arte no fue lo mejor de mi vida, pero tampoco me aburrió como me esperaba. La compañía de mi Travis, de su sonrisa cada vez que le gustaba algo me hacía el momento más agradable aún.

Cuando llegamos al hotel estábamos exhaustos, pero no dormimos. Explicaría todo diciendo que a la mañana siguiente, Travis y yo invertimos varios minutos en buscar la ropa del día anterior, pues ni sabíamos dónde nos habíamos desprendido de ellas.

15 de Septiembre de 2016

Ese día fuimos a Immerivigli, un pequeño pueblo que estaba a dos kilómetros de Fira. Había un monte conocido como Scaros pudimos ver las ruinas de un antiguo castillo. El monte constituía un balcón

natural para ver una de las puestas de sol más bellas del mundo. Aquel atardecer fue mágico. Las fotografías fueron magníficas.

Sin embargo Travis se veía alicaído esa noche. Yo intuía que le ocurría algo, y sabía con qué tenía que ver, pero no quería sacar el tema, él así lo había pedido y mi deber era respetarle.

Después fuimos hasta Firostofani, que estaba muy cerca de Immerivigli. Tenía antiguo monasterio bizantino. Después fuimos a Ia, donde había terrazas y restaurantes que se encontraban literalmente *colgados* sobre el mar. Y para finalizar el día fuimos a Pyrgos, un pueblo fortificado situado a gran altura. Desde lo alto del monte Exo Gonia podía observarse todo el pueblo de Pyrgos que descendía de forma impresionante por la ladera hasta el mar.

17 de Septiembre de 2016

El día anterior habíamos visitado el puerto de Armeni, al cual habíamos llegado por una estrecha carretera. Allí había un lugar ideal para degustar los excelentes pescados al carbón o pulpo a la brasa; todo junto a un buen vino blanco seco o un vinsanto, especialidades de Santorini.

A la mañana del penúltimo día en Grecia, me levanté sola en la cama, pero pronto descubrí a Travis en el balcón de la ventana bebiendo un café caliente.

Me levanté enredada en la sábana y toqué el cristal para llamar su atención. Cuando giró su cabeza, sonrió levemente y entró a la habitación.

—Buenos días —dije con voz socarrona y besé sus labios—. ¿Nos duchamos juntos?

—Yo ya me he duchado.

Sonreí débilmente. Cesamos el abrazo y él entró en la habitación.

—¿A qué hora te has despertado? —pregunté observando

detenidamente sus movimientos. Se movía por toda la habitación, sin sentido, nervioso, agitado.

—Hace un buen rato.

—¿Te has tomado tus...? —cuestioné, pero antes de terminar de formular la pregunta, él asintió deliberadamente—. Está bien, yo voy a la ducha.

Besé enternecidamente sus labios y me metí en el cuarto de baño para ducharme.

Tras hacerlo, hicimos una excursión en vela. Fue muy entretenido. Ese día pasó en un abrir y cerrar de ojos, como pasaba todo en esa semana.

Cuando volvimos al hotel Travis estuvo pegado al portátil y al teléfono constantemente. Cada vez que sonaba intentaba alejarse lo más que podía de mí para que no escuchara nada.

Ese día vi algo que había estado observando toda la semana, pero que no había sido capaz de ver plenamente. Travis estaba nervioso, notablemente alterado, constantemente tenía la mirada perdida y restregaba su rostro con las manos más de lo normal.

La tarde estuvo algo más animada visitando los lugares que no habíamos tenido oportunidad de ver antes, pero tuvimos que llevar pronto al hotel y cenar en la habitación. El jet salía por la mañana temprano y no podíamos retrasarnos ni un minuto.

El personal del hotel, tras cenar, entró a la habitación para limpiar todo y Travis y yo aprovechamos ese momento para dar una vuelta por las cercanías del hotel. El sitio de noche era incluso más lustroso que de día.

—¡Esto es maravilloso! —exclamé ensimismada.

Había muchas personas circulando por el sitio, estaba muy concurrido y era agradable estar ahí.

—Sí, es muy bonito.

Su mirada seguía perdida, y si no fuera porque íbamos dado de la mano, sentiría que ese paseo lo estaba dando sola.

—Es rarísimo pensar que mañana, en cuestión de horas, volveremos al hotel y que parecerá que nada de esto ha pasado — comenté.

—Lo peor es que sí ha pasado.

Arrugué la frente, no entendía esas palabras con seguramente doble sentido. Me frené en seco, obligándole a hacerlo a él también, y él, tras suspirar, me miró.

—¿Tienes miedo de cómo estén las cosas allí? —pregunté con tono afable y el más comprensible que podía. Él asintió, aunque no muy convencido—. Podríamos quedarnos aquí, a vivir juntos, para siempre. ¿No estaría bien? Sería repetir esta mágica semana toda la vida, e incluso podríamos ir viajando de lado a lado. Yo siempre me he considerado una ciudadana del mundo.

—Hollie... —me interrumpió, serio.

Borré la sonrisa que hablar de eso me había provocado y me quedé circunspecta, casi igual que él. Él tiró un poco de mi mano y nos sentamos en un banco, dónde él dejó de agarrarme.

—¿Sí... ?—Él apoyó sus codos en sus rodillas y encerró su rostro entre las manos. Despeinó su cabello, suspiró, volvió a despeinarlo y así hizo un buen rato—. Travis, dime qué ocurre, dime qué te has estado callando todos estos días.

—A ver, Hollie... ha sido... la mejor semana de mi vida —musitó sin mirarme, clavando su vista al frente y sin dejar de restregar cada dos por tres su rostro—. Voy a recordar este viaje como... como el momento en el que fui feliz contigo y... también lo recordaré como el momento en el que te dejé marchar.

Me quedé sobria, sin saber cómo reaccionar. Apenas le había entendido. Me comencé a sentir muy nerviosa.

—Travis no... no te entiendo —tartamudeé. No me salían las palabras—. No te entiendo... de verdad.

Travis me miró por primera vez, y sentía como la lástima desbordaba su mirada. Después, tras negar levemente con su cabeza, arrugó su frente y volvió a esconder su rostro entre las manos.

—Voy a darte la contraseña de una cuenta bancaria para que puedas empezar la vida que tanto has ansiado —respondió tragando continuamente saliva—. Quiero que vivas, Hollie, y quiero que seas feliz.

—¿Pero qué estás hablando? —pregunté levantándose violentamente del banco—. ¿Qué quieres decirme con todo esto? ¿Me... me estás dejando?

—Hollie, tengo una hija —dijo él levantándose también, con la voz deliberadamente alzada—. Tengo una responsabilidad... y tengo que cumplirla.

—¡Pero eso no tiene nada que ver en nuestra relación! —vociferé. Mis sienes dolían por la tirantez—. Puedes cuidar a tu hija, yo puedo ayudarte a hacerlo...

—¡Pero no es justo! —gritó interrumpiéndome—. Ni para ti ni para ellas. ¡No es justo! Tienes diecinueve años, Hollie. Tienes toda una vida por delante para pasarla metida en un hotel con una niña que no es tuya y que ya tiene madre. ¿Crees que sería capaz de alejar a Alizze de su hija? ¡Eso también es injusto para ellas! Ellas son mi deber. Me he perdido todo lo que la niña lleva de vida, y ahora no puedo pretender que sea Alizze quien lo haga.

—No serías el primero que comparte a su hijo. Hay miles de parejas divorciadas que se hacen cargo de sus hijos...

—¡Pero no es el caso!

—¿Entonces qué pasa? —grité—. ¡Me estás ocultando algo!

Travis volvió a sentarse. Estaba tan agitado que pensé que entraría

en crisis. Se mantuvo en silencio por varios segundos, y pensé algo. No podía ser aquel el motivo por el que quería alejarse de mí, pero quería hacerle reaccionar.

—Ya lo entiendo todo... Sigues enamorado de ella.

Los ojos de Travis brillaban.

—¡Contéstame! —añadí, cogiéndole de la camiseta para zarandearle—. Dime que es eso y ábreme los ojos de una maldita vez.

Por un momento todo se mantuvo en silencio, cauto. Mi corazón comenzó a vibrar, expectante de la explosión que iba a ocurrir segundos después.

—¡Sí, Hollie, es eso! ¡Estoy confundido!

Sentí cómo me flaquearon las piernas. Cómo el corazón dejó de latir por segundos. Cómo toda la tensión se acumulaba en mi cabeza y amenazaba con estallar. Sentí hasta la más mínima extremidad de mi cuerpo temblar. Le miré con rabia a los ojos. Él estaba quieto, mirándome con unos ojos totalmente derrotados.

Me había engañado. Me había mentido. Se habían reído de mí. No me quería ni imaginar el goce de Alizze sabiendo que Travis lo único que había hecho en ese viaje era jugar conmigo, aclararse las ideas.

Y ella había ganado.

Desde que Alizze había vuelto yo había sentido que ella sobraba. Pero acababa de descubrir que la que sobraba, siempre había sido yo.

Travis intentó tocarme, quería que reaccionara. Y lo hice. Golpeé su mano para que no se atreviera a hacerlo. Inhalé el máximo aire que pude y contesté:

—Me atormentaste con el deber de no abandonarte nunca, y ahora lo haces tú.

—Hollie.

—Cállate. No quiero escuchar tu voz —le interrumpí—. Tenías

razón. Todo el mundo hiere, todo el mundo abandona. Pero yo no preferiría que me traicionaras. Preferiría verte muerto.

Travis comenzó a llorar. Era la primera vez que lo veía haciéndolo, y lejos de lo que había llegado a pensar, no me dio pena. Solo rabia.

—No quiero volver a verte en mi vida —continué—. Me arrepiento tanto, me arrepiento tanto de todo lo que he hecho desde que te conocí. Te odio. Te odio con toda mi alma.

Y tras decir esas palabras, comencé a andar en dirección al hotel. Quería huir, quería desde ese momento dejar de verlo para siempre, pero estaba en una situación que era prácticamente imposible. Comencé a sollozar descontroladamente, pero también quitaba con rabia las lágrimas de mis mejillas hasta rasparme la piel.

Llegué al hotel y subí corriendo las escaleras hasta encerrarme en la habitación. Me tiré a la cama con desesperación, sintiendo mi cabeza explotar, y también mi estómago. Hundí mi rostro en la almohada, y con los puños cerrados, comencé a golpear el colchón con rabia.

—¡Hijo de puta!

Era lo único que podía articular mientras golpeaba el colchón. También gritaba, pero intentaba morder la almohada para que nadie me escuchara.

Sentía mi corazón desquebrajarse pedazo por pedazo. Sentía un dolor indescriptible, y también insufrible. Sentía que no podía soportarlo más. Dolía, y lo hacía de forma tan intensa que apenas me dejaba respirar. Ya no podía apenas pensar. Ni recordar lo que había pasado. Aún no era capaz de asimilarlo; de digerirlo.

Me puse bocarriba sobre la cama, notando cómo las lágrimas rodaban por mis mejillas hasta la zona de mis orejas, sin poder apenas mover un solo músculo de mi rostro. Sentía la tristeza, el odio, el furor, la rabia, la desesperación...

No sabría qué justas palabras utilizar para describir cómo me sentía. Todo dentro de mí era un caos que terminaría conmigo. No me salían palabras inteligentes ni metafóricas, solo me salía el dolor envuelto en lágrimas. Mi corazón se rompía un poco más cada vez que recordaba lo que había perdido. Lo que suponían esas palabras.

Lo había perdido todo; *otra vez*.

La vida, el destino, las circunstancias me habían dado de nuevo la espalda. Me habían dejado sola otra vez.

Realmente estaba hecha mierda. Estaba comenzando a enloquecer. No quería pensar qué sería de mí a partir de ese momento, si ya en el mismo instante que todo había ocurrido, me sentía fatal. Sentía cómo mi cabeza iba a explotar. Y mis dolores de corazón. En realidad, todo dolía. ¿Cómo dejar de pensarlo? Me hubiera gustado que mis pensamientos estuvieran tranquilos por unos segundos. Me hubiera gustado que mi cabeza hubiera podido parar de reproducir todo lo que había dicho y los momentos que habíamos compartido. No quería ver o escuchar aquellas mentiras; aquella *basura*. Quería que todo desapareciera.

Quería dormir y despertar un año atrás en mi cama, escuchando los gritos de tío Shepard y el abuelo. Necesitaba sentir ese hogar, aunque no fuera lo mejor del mundo. Necesitaba sentirme parte de algún sitio, me repudiaba sentirme tan sola. Tan indefensa. Tan vulnerable.

Tan... *rota*.

Capítulo 36

Hollie

18 de Septiembre de 2016

Arrastraba con esfuerzo las maletas por el asfalto. No tenía rumbo, estaba en un país que no conocía y no sabía dónde ir.

Había madrugado mucho. En realidad no había dormido en toda la noche, pensando lo mismo. En las primeras horas de la madrugada había estado llorando desconsolada, mientras observaba la puerta de la habitación esperando que Travis apareciera por le ay me dijera que todo había sido una broma de mal gusto. Después había dejado de llorar, y seguía esperándole para continuar gritándole. Sin embargo, cuando solo faltaban minutos para el amanecer, había enjugado todas mis lágrimas y me había obligado a no llorar nunca más. Él no se lo merecía. Después de todo lo que yo había pasado él no merecía que llorara por su engaño.

Así que había decidido escaparme del hotel y alejarme de una vez por todas de Travis. No había sido la opción más inteligente dadas las circunstancias, pero sí la más digna y yo no estaba dispuesta a continuar cerca de él.

No podía dejar de recriminarme lo tonta que había sido. Seguía sin entender nada, pero optaba por pensar que él simplemente me había utilizado. Nunca había olvidado a Alizze. Yo solo era un pasatiempo; una cosa con lo que él se sentía mejor.

Todo dolía mucho. Física y mentalmente. Estaba agotada. Pero necesitaba marcharme de allí. Deambulé por bastante tiempo por Santorini hasta que encontré un taxi.

—Al aeropuerto, por favor...

—*Me synchoreíte* —contestó—. ¿*Aerodrómio*?

—Sí. Al *aerodrómio*.

El taxista arrancó.

Mientras llegábamos al aeropuerto, y aunque me impedía hacerlo, no podía dejar de pensar en todo lo que había ocurrido. Apreté mi mandíbula con rabia, maldiciendo todos los errores que había cometido y más el peor, el primero: llegar al hotel de Travis Redmond.

Por un momento creí ver la luz, una clara salida a todo. ¿Y si yo llamaba a tío Shepard y al abuelo, le contaba el lío en el que me había visto envuelta y me ayudaban? Eso conllevaría a volver con ellos, pero nada era equiparable al infierno que vivía en ese preciso momento...

Cuando la tentación se apoderó de mis dedos, quise llamarlos. Era lo único que podía hacer; volver a mi inicio, al punto de partida de mierda, ya que en el momento que me encontraba, apestaba aún más. Pero cuando fui a hacerlo, el móvil vibró y... se trataba de una llamada de Travis.

Lloré. Le odiaba, odiaba estar así por él, no se lo merecía, pero el amor tan profundo que sentía sí. No podía hacer nada contra mis propios instintos. Lo más justo para mí era permitirme liberarme entre lágrimas. Era lo único que realmente me quedaba.

Dejé el móvil sonar hasta que de pronto, paró. Pero instantes después volvió a hacerlo, y después, y más... hasta que decidí rechazar la última llamada que entraba.

Travis me había dejado y él tenía que aceptar las consecuencias que eso tenía.

Para siempre.

Sentía la vista del señor en el retrovisor, que parecía sufrir

viéndome así. Era normal, lo único que podía provocarle a la gente era pena.

El teléfono vibró y se trataba de todos los mensajes que había recibido mientras había estado distraída.

[18/9 12:41] Travis: Hola Hollie. Sé que no puedo pedirte nada, pero me gustaría saber dónde estás. Un encargado irá por ti y viajarás sola en el avión si lo deseas. Pero dime dónde estás, por favor. Cógeme el teléfono.

[18/9 12:44] Travis: Por favor llámame. Habla conmigo, necesito saber que estás bien.

[18/9 12:46] Travis: ¡Estoy desesperado, Hollie! Necesito saber algo de ti, por favor. Necesito saber que estás bien. Me importas, por favor, contéstame, llámame, coge mis llamadas... sin ti no me voy a ir de aquí.

[18/9 12:49] Travis: Coge el teléfono, maldita sea. CÓGELO.

[18/9 12:54] Travis: Sé que soy un capullo, que me odias, pero no hagas esto, por favor.

Las llamadas no dejaban de entrar al teléfono y decidí apagarlo. Ojalá hubiera resultado tan fácil apagarme por dentro y no sentir todo el desastre de mi interior.

Tras cuatro horas de vuelo, al fin había llegado a Liverpool. El viaje había sido horrible. Lo que menos quería era realizar el ejercicio de la introspección, y el avión era un lugar perfecto para hacerlo.

Cogí un taxi hasta llegar a un hotel económico. Necesitaba descansar, y era lo único que se me había ocurrido. Una vez en la habitación llamaría a Will y le explicaría todo lo que había ocurrido. Sobre todo quería saber cómo estaba Capi, pues lo había dejado a su cargo.

Entré a la habitación y dejé mis maletas a un lado. Tenía el

estómago revuelto. Apenas había comido y tanto ajetreo me había provocado náuseas. Me tumbé en la cama un rato; pero tuve que correr al wáter a vomitar. Sentí alivio.

Empapé mi rostro con agua y observé mi reflejo en el espejo. No me había percatado de qué mal me veía hasta ese momento. Me daba pena a mí misma. No podía dejar de pensar en lo patética que era.

Fijé mi vista en aquel colgante que aún continuaba llevando alrededor de mi cuello. Aunque quería olvidar las palabras que Travis había empleado cuando me lo dio, era imposible. Aquellas mentiras seguían resonando en mi cabeza como una cutre canción pegadiza.

Arranqué la joya de mi cuello y la tiré al retrete mientras me permitía llorar. Ojalá fuera tan fácil desprenderse de todo como lo es con las cosas materiales.

Una vez asentada en aquella habitación, conecté mi teléfono y volví a ver todas esas infinitas llamadas de Travis. ¿Qué esperaba? ¿Qué le contestara inmediatamente y acatará sus órdenes como él siempre quería?

No, basta.

Marqué el teléfono de Will y segundos después me contestó:

—¡Hola, guapa! ¿Cómo estás? ¿Cuánto os falta para llegar? Capi y yo te echamos de menos.

Me mantuve en silencio por unos instantes, mordiendo mis nudillos para no llorar. Sería la primera vez que lo diría en voz alta.

—Estoy en un hotel de Liverpool —respondí—. Travis y yo... Travis me ha dejado.

—¿Qué? —Su voz sonaba incrédula.

—Sigue enamorado de Alizze —Fue imposible intentar no llorar por más tiempo—. Sigue enamorado de ella.

—Hollie, cariño...

—No pasa nada, no hace falta que digas nada, Will. Te llamo porque no sé qué hacer. Difícilmente me ha alcanzado el dinero para el viaje, el hotel... estoy perdida. Necesito tu consejo.

—¿Mi consejo?

—Sí.

—Mi consejo es que vuelvas —contestó—. Que vuelvas a nuestra casa. Aquí estamos nosotros, tus amigos, y Capi. Él te necesita.

—No quiero volver, no quiero volver a verle.

—¿Pretendes huir? —preguntó—. ¿Crees que lo mejor es encerrarte en un hotel por culpa de ese malnacido, que no sabe ni lo que quiere?

—No es tan fácil...

—Aquí tienes a personas que te quieren, y tienes un trabajo. Te fuiste de tu casa buscando justamente esto, y ahora que lo tienes, ¿lo vas a dejar atrás por una persona como él?

—Me duele, Will —sollocé—. Me duele mucho.

Él guardó silencio por un rato.

—Dame el nombre del hotel, Hollie. Voy a buscarte.

Y no me di cuenta que me había convencido hasta que me vi contestándole sin ninguna objeción.

Travis

Llegué a mi hotel por la noche. Había intentado que Hollie recapacitara y cogiera el avión privado que había dispuesto para ella, pero no cogía mis llamadas. No quería saber nada mí. Y era entendible, joder. Claro que lo era. Pero tenía que intentarlo.

Hollie sabía apañárselas sola. Nada malo le iba a ocurrir, sin

embargo, tenía una inmensa sensación de angustia. No saber dónde estaba, si estaba bien, con quién... era algo que me golpeaba el alma.

—¿Ha venido? —pregunté a Hara. Dejé las maletas sobre el suelo, y ella corrió y me abrazó llorando.

Les había llamado y les había puesto al tanto de todo.

—No —sollozó contra mi hombro—. ¿Por qué? ¿Por qué todo tiene que ser tan difícil para ella? ¿Por qué siempre las malas personas tienen que salirse con la suya?

—Lo siento—dije con la mirada clavada en el suelo—. Sé que todo esto es por mi culpa.

—No, niño... —contestó frunciendo el ceño—. La culpa es de la señora Alizze, si realmente esa niña fuera su hija, nunca la hubiera separado de usted.

—Estando en Grecia me llegaron los resultados de la prueba de paternidad que pedí —le conté cogiéndole la mano y guiándola para sentarnos en el sofá—. Dieron positivo.

—Pobre Hollie... —murmuró alzando su rostro, mirando el techo, para que las lágrimas no volvieran a caer.

—Lo siento. Todo es mi culpa.

—No se martirice —dijo con tono afable, posando su mano sobre mi muslo con ternura—. Pero sé que detrás de que esa sea su hija, hay algo más. Sé que usted no se alejaría de Hollie simplemente porque tiene una hija con otra persona. Me rehúso a pensar que el amor que siente por ella sea tan frágil para que solo eso sea capaz de romperlo.

Suspiré. No podía seguir con la coraza de que nada de eso me afectaba, porque era justamente lo contrario.

Me dolía más que a nadie esa situación. Había perdido a la mujer que amaba con todo mi corazón, lo había perdido todo, y ella había salido tan herida que sentía aún más dolor por ello.

—En fin —murmuré—. ¿Dónde está Alizze?

—En su casa.

Asentí con la cabeza, y tras esbozar a una media sonrisa me levanté del sofá y comencé a subir por la escalera. Necesitaba liberar de alguna forma la tensión, no podía estar quieto, cualquier minuto con ausencia de movimiento me hacía pensar más y torturarme de la misma manera. Iba a enloquecer. Más aún.

Lo que más dolía sin duda, era que Hollie pensara que yo no la amaba. Lo hacía como nunca, con todas mis fuerzas, con toda mi vida, pero lo más importante de todo, era ella. Ella importaba mucho más que mis sentimientos, y mi deber era protegerla y estando con ella, fallaba a mis propios principios.

Entré a mi casa y escuché ruido en mi despacho, por lo que llegué hasta él y la vi sentada en mi sillón, observando uno de los tantos cuadros que había pintado de Hollie.

—Pensaba que habías dejado de pintar mujeres —habló con una sonrisa cínica. Ingresé en el despacho y cerré la puerta a mi paso.

—Ya has conseguido lo que querías —respondí y extendí mi brazo—. Ahora cumple tu parte.

—¿La verdad? —preguntó con voz socarrona mientras se levantaba del sillón—. Pensé que no serías capaz de dejarla, pero veo que puse demasiadas expectativas del amor que le tendrías.

—Alizze...

Ella paseaba por la habitación, pavoneándose. Disfrutaba, su mirada y su pérfida sonrisa me lo decían.

—Esa cría es fuerte, puedo ver su aura y auguro que no tardará mucho en olvidarte. Ya sabes, es una chica joven y a esa edad cualquier corazón roto se sana con facilidad.

—Deja de hablar de ella como si la conocieras.

—Bueno, a estas alturas sabía algo importante de ella que tú desconocías —dijo insidiosamente y abrió uno de los cajones del armario. Tras hurgar unos instantes, lo sacó—. ¿Has visto a tu hija?

—A ver, Alizze...

Ella sonrió falazmente. Tras extender su brazo, lo retiró y lo escondió detrás de su cuerpo cuando quise cogerlo. Odiaba esa faceta de Alizze, odiaba lo calculadora, fría y jugadora que podía llegar a resultar.

—¿Has tenido la decencia de ver a tu hija, sí o no?

—¡No!

Ya estaba harto de ella.

—Ni si quiera me has preguntado cómo se llama... —replicó apretando sus dientes con rabia.

Despeiné mi cabello y resoplé con exasperación. Estaba al límite, pero debía controlarme. Debía hacerlo por Hollie, yo había cambiado gracias a ella, su amor y su esfuerzo, y si no me calmaba, significaba para mí traicionarla.

—Cómo se llama... —mascullé.

Ashley volvió a sonreír y se sentó en el sofá de cuero de la habitación.

—Ven, siéntate conmigo, te daré lo que quieres pero antes quiero tener mi primera conversación contigo estando de nuevo juntos —dijo palpando el sitio de su lado. Ella estaba jugando conmigo, y le divertía saber que tenía que ceder si quería mantener a Hollie al margen.

Accedí y me senté a su lado.

—Se llama Baylee —añadió con una extraña afabilidad. Después, acortó la distancia que nos separaba y sentí una gran repulsión por su cercanía—. Sabes que siempre me han gustado los nombres raritos.

—Sí.

—Muchas noches desde que me enteré que iba a ser niña, me replanteé llamarla Nyla —murmuró con la voz ronca, mirando al frente—. ¿Te acuerdas de ella?

—Alizze...

—Yo me sigo acordando de ella, aunque con Baylee me resulta más llevadero —prosiguió sin ni si quiera prestarme atención. Después se tensó y se levantó, comenzando a caminar sin rumbo por la habitación—. ¿Si no tuviera esto... no hubieras vuelto conmigo, verdad?

—Para qué te voy a mentir, Alizze.

—¿¡Por qué!? —vociferó modulando una cara de horror—. ¿¡Puedes dejar de mirarme como si fuera la mala del cuento!?

—Alizze, yo ya no te amo —dije levantándome, con el tono más sereno posible—. Lo nuestro terminó el día que decidiste pedirme el divorcio.

—Ahí terminó mi paciencia, no mi amor. Yo solo quiero recuperar lo que es mío y de Baylee. Merecemos ser felices, yo con la persona que amo y ella con su papá. Me lo debes Travis, después de todo me lo debes —Una lágrima cayó de su alevosa mirada azul—. Estás mejor conmigo que con ella, solo plantéate una cosa, ¿ella hubiera aguantado todo lo que aguanté yo? ¿Lo hubiera hecho?

—Ella no solo me soportó, sino que me ayudó a superarlo. Y eso dice mucho más de ella que de ti.

—¿A ella le hablaste de Nyla? —Cambió de tema totalmente. Yo suspiré exasperado, restregando mi rostro con las palmas de mis manos. No se podía mantener una conversación con Alizze sin tener que sucumbir a su terreno—. ¿Le hablaste de que por tu culpa la aborté? ¿Ella te hubiera perdonado eso?

—Tú tampoco lo hiciste.

—Pero aquí estoy de nuevo, contigo. Intentando que las cosas vuelvan a ir bien.

—Pero es demasiado tarde, Alizze —respondí tras un largo suspiro—. Aunque ya tienes lo que querías. Por favor, dámelo. Yo he cumplido mi parte. Cumple la tuya si de verdad quieres que... estemos juntos.

Ella observó mis ojos fijamente y tras asentir, me lo entregó.

—Algún día volverás a sentir por mí lo que sentiste.

Después masculló algo que no logré entender y se marchó.

Con el periódico en la mano, me senté en mi sillón y lo desplegué para leerlo mejor.

SE BUSCA

*Su nombre es Hollie Wadlow, nació en Aberdeen, Escocia. Se le acusa de robo de vehículo con violencia. El hecho ocurrió el 26 de Marzo de 2016 en esa misma ciudad y desde entonces no se ha vuelto a saber nada de ella. Tiene 19 años y conduce el vehículo robado Flying Spur color mostaza con matrícula *** **.**

Aquí se adjunta la foto más reciente que se conserva de ella. Si alguien la ha visto, por favor, que contacte con el siguiente número de teléfono:

**** **** ****

Capítulo 37

Hollie

23 de Septiembre de 2016

Junto a Will y Marco había estado mirando toda aquella mañana pisos baratos en alquiler que permitieran mascotas. La pareja pensaba que mis prisas por independizarme eran porque estaba incómoda con ellos en su casa, pero no era para nada cierto, y así se lo había repetido incansables veces. Necesitaba estar sola, relajada, poniendo mis ideas en orden. Necesitaba aquello para avanzar.

—¿Estarás bien? Siento que es muy precipitado... —insistió Will.

Les admiraba profundamente. Se amaban y se respetaban. Aunque las complicaciones de la adopción les provocaban algunas peleas, sabían arreglarlas y superarlas.

Asentí con la cabeza esbozando un intento de sonrisa amable. La verdad que ni yo misma sabía si las prisas que había tomado a la hora de alquilar ese piso eran buenas. Era uno pequeño, en un tranquilo bloque más o menos en el centro de lugar, estaba cerca de la floristería, y estaba a muy buen precio, más cuando el que lo alquilaba era muy amigo de ellos y me había hecho el enorme favor de dejar instalarme en el preciso momento en el que me había enseñado el piso.

—Ya te lo he dicho, todo está bien. Creo que ya era hora de que me independizara —comenté mirando el sitio—. Creo que lo

necesitaba.

—El piso grande, lo que es grande, no es... —dijo Marco con una risilla amable. Yo le correspondí y golpeé su brazo.

—Ni cogemos tres personas, pero para ti y Capi bastará. Las reuniones de amigos tendrán que ser siempre en casa —respondió Will y reímos.

—¿Abrazo grupal? —pregunté con rostro de pena exagerada y tras reír, los dos me estrecharon entre sus brazos y me estrujaron—. No sé qué haría sin vosotros.

—Pues vivir, porque eres toda una luchadora desde que naciste —contestó Will y le sonreí.

—Bueno, debemos irnos. Si quieres cualquier cosa, no dudes en llamarnos —habló Marco, y tras asentir, los acompañé a la puerta y se fueron.

La cerré tras su desaparición y me quedé contemplando el sitio donde iba a vivir. Siempre había deseado independizarme, siempre había soñado con vivir sola en un piso sin las obligaciones que suponía vivir con el abuelo y tío Shepard. Y bueno, para qué mentir, estaba un poco animada por haberlo conseguido, pero Travis seguía en mi cabeza, y aún peor, en mi alma.

Desde que supuse que Travis sabía que estaba allí, él había dejado de llamarme. Por un lado lo agradecía, no quería sentir la tentación de escuchar su voz, su respiración... porque eso sería un acto doloroso y masoquista. No obstante eso también me hacía extrañarlo y odiarlo más, pues confirmaba todas esas palabras que me había dicho la última noche en Grecia...

Había perdido la batalla, una más, pero no me importaba sumarla a mi larga lista. Debía intentar mirar hacia delante, y aunque no pasaba por mi mejor momento, me repondría.

El piso era bonito y estaba muy bien decorado. Nada más entrar, había un escueto pasillo que daba al salón, donde había en principio

una mesa de comedor de cristal rodeándole cuatro sillas de metal blancas, a la derecha, encajado en el hueco del pasillo, estaba la cocina, con tonos naranjas, combinando con la alfombra que cubría el espacio de suelo que ocupaba ese pseudocomedor. Más al fondo estaba ya una pequeña mesa de té blanca, con un sofá del mismo color y cojines naranjas, acompañado por una moderna mecedora. Paralelamente a la mesa del comedor había unas pequeñas escaleras que daban a la parte de arriba, viniendo a ser un simple espacio donde había una cama, que a simple vista parecía cómoda.

El sitio era acogedor y alegre, todo lo que necesitaba. Si bien el naranja no era de mis colores favoritos, comenzaría a serlo desde ese día.

A Capi parecía encantarle, porque ya estaba comenzando a inspeccionar la casa y meneaba alegremente su cola.

Me senté en el sofá y encendí la televisión. Pocos segundos me bastaron para aburrirme, hacía tanto tiempo que no utilizaba una que le había perdido el gusto. Así que agarré el teléfono y comencé a husmear cosas, hasta que mi oportuno masoquismo apareció. Comencé a leer viejas conversaciones con Travis, y ver las fotos que le había echado en Grecia. Sentir que todo eso lo había vivido apenas días, era una sensación completamente insólita. Sentía que eso había pasado hacía mucho tiempo, y el sentimiento de tristeza lo sentía tan intenso que parecía que llevaba en mí toda la vida.

Cuando comencé a llorar, tiré el móvil a mi costado. No podía torturarme más. Tenía que ser inteligente y no echar sal a la herida aunque a veces parezca que hacerlo provoca una mejoría, por muy irónico que resulte. El dolor me hacía sentir viva, me hacía sentir que mis sentimientos eran reales y eso para mí, era bonito. Yo había dado todo, sí, había perdido, pero me había ayudado a aprender y era con lo que tenía que quedarme... aunque hubiera preferido que nada hubiera pasado.

Me levanté y observé el piso. Capi ya dormía sobre su cesta plácidamente. En aquel momento sentí que la soledad pesaba; pero

tenía que ser fuerte. Me acostumbraría.

Sin embargo en aquel momento decidí salir y despejarme. Pensé en pasear a Capi, pero él estaba tan tranquilo que opté por irme sola. El pobre no había parado quieto todo el día con la mudanza y necesitaba descansar... él que podía.

Agarré las llaves y salí de allí. Necesitaba aire fresco, y, al salir a la calle, recordé que justamente al otro lado de la manzana había un bar que parecía tranquilo.

Minutos después llegué a él. Entré y efectivamente había muy poca gente. Me acerqué a la barra y pedí algo de beber con el mayor alcohol posible. Había escuchado que hacerlo te hacía sentir mejor, y aliviaba el dolor.

No me demoró mucho tiempo beberme la botella entera. Y justamente detrás del último trago, había comenzado a llorar. Pedí otra más, mi cuerpo lo pedía a pesar de que el amargo sabor me revolvía el estómago. Aun así, continué.

—Parece que no he sido la única con un mal día —dijo una voz femenina muy conocida para mí. Cuando giré mi rostro, vi a Theda tomando asiento en el taburete de al lado—. Vaya, ¿todo eso has bebido?

—¿Qué te importa?

—Sé por qué estás así... —respondió bebiendo de su cerveza delicadamente—. Me he enterado de la llegada de Alizze.

—¿Tú también quieres reírte de mí? —pregunté, sintiendo cómo las palabras se enredaban en mi boca—. Adelante. Ya no duele.

—No —contestó honestamente, conectando sus claros ojos con los míos—. No puedo reírme de la persona que más puede comprenderme en estos momentos. Yo también estaba muy enamorada de Travis, aunque seguramente lo dudes. La única manera que tenía para que él me *amara* era... complaciéndole en todo.

—Nunca me interesó vuestra *relación*.

—Pues le amaba, Hollie. Le amaba. Él me ayudó a sanar mis heridas sin quererlo; con ese mal carácter y esa constante cara de enfadado con todo el mundo. Pero le perdí. Y le perdí por tu culpa —habló, bebiendo de su cerveza—. Pero creo que mi derrota fue más honesta que la tuya. Siempre fuiste una buena contrincante. Estuviste a la altura.

—¿Gracias?

Theda rió. Y sin querer, yo también lo hice.

—Lo siento —continuó arrugando su frente—. Creo que fui una pésima rival, intenté jugar sucio y de todas formas, ganaste. Pero él te quería y eso era un pequeño premio de consolación para mí.

—A Alizze también la quiere...

—No lo sé. Créeme que incluso llego a dudar, aunque me confunde que hayan vuelto. Posiblemente haya sido por la hija. Él estuvo muy enamorado de ella, pero... pero llegaste tú.

—No sé si quieres animarme o hundirme más —dije con algunas lágrimas escapando por mis ojos—. Aún no... no soy capaz de hablar de él... con la entereza que lo haces tú.

—Tiempo al tiempo, Hollie. Eres muy guapa y muy joven. Encontrarás a alguien.

—Pero yo lo quiero a él —susurré.

Theda se mostró comprensiva.

—Brindemos —dijo tras acariciarme la mano y alzó su cerveza—. Brindemos por los corazones rotos.

—Por nuestros corazones.

Ambas brindamos y bebimos. Segundos después, ella dijo:

—Venga, voy a acompañarte.

—No hace falta —balbuceé.

Cuando fui a levantarme un fuerte mareo me sacudió. Sentí un gran pinchazo en el estómago y me sentí tan débil que las piernas me flaquearon y estuve a punto de caer. Sin embargo, Theda fue rápida y logró sostenerme.

—¿Decías...? —preguntó divertida y entonces accedí.

Me sentía muy débil, extremadamente mal. Mi estómago dolía, pero no con un dolor normal, sino con pinchazos que me hacían estremecer y revolverme del dolor.

Cuando, costosamente, llegamos al piso Theda me ayudó a subir las escaleras y me ayudó a echarme a la cama. Veía el techo borroso y la sensación de mareo no cesaba. Capi subió con nosotras pero fui incapaz de acariciarle por el tremendo malestar que sentía.

—Voy a ayudarte con los zapatos —se ofreció ella y comenzó a deshacerse de mis botas. Cuando terminó con la primera, ésta se le escurrió de las manos, cayendo al suelo, y provocando un estruendo horrible—. Dios mío, Hollie... estás... estás sangrando.

Travis

Los días me resultaban largos, pero infinitamente más las noches. En ese momento estaba hundido en una de ellas. Desde que Alizze había llegado era incapaz de dormir con ella, por lo que optaba por dormir en otra habitación. En la de Hollie.

No podía dejar de darle vueltas al mismo tema. Me preocupaba todo: cómo estaría, cómo se sentiría, dónde estaría... la incertidumbre de no saber nada de ella me mataba por dentro. Yo estaba destrozado, pero llegados a ese punto, cómo me sentía yo era lo de menos.

Me incorporé y subí a mi despacho. Con la tenue luz de la lamparilla, me senté en el sillón y encendí el ordenador. Indagué en todos los nuevos correos que me habían llegado, y cuando desvié un

poco la mirada vi la cámara de fotos en una esquina del escritorio. Dudé en agarrarla, pero finalmente lo hice. No había visto esas fotos, solo tenía el recuerdo vivo en mi mente, pero necesitaba rememorarlos. Al fin y al cabo, mi afán por hacerlas era para eso mismo; para recordar los momentos en los que fui feliz.

Extraje la tarjeta de memoria y la introduje en mi ordenador. Pocos segundos pasaron hasta que la carpeta apareció en el escritorio y la cliqué. Ahí se desplegaron las miles de fotos que había tomado en Grecia.

Hollie era realmente hermosa. Lo era posando, pero más resultaba siéndolo cuando la pillaba de improviso, o como esa foto en la que la fotografié dormida o recién levantada, sin peinar ni si quiera maquillar. Esas eran las mejores fotos.

Llegué y me detuve en el ridículo selfie al que tanto me resistí en la cena, pero que en ese momento agradecía haber accedido. Hollie lucía hermosa, podía oler aun el aroma que desprendía, podía sentir sus labios justamente en la yema de mis dedos mientras rozaba la inerte pantalla del ordenador; sus profundos ojos, de un gris tan iluminador que cegaba, su sonrisa, sus mejillas... toda ella. Y yo era un mero espectador, mirándola de reojo con la única sonrisa sincera que Hollie era capaz de hacerme sacar a relucir.

Iba a ser duro poder olvidarla. Poder olvidar que la había amado hasta morir, iba a ser más duro aún que ella me había correspondido y que habíamos sido tan felices juntos.

Y sin darme cuenta, sentí mis ojos humedecerse. Continué viendo las fotos, hasta que llegué a un vídeo, del cual no recordaba hasta el momento. Se trataba de la visita a Oia, donde ella caminaba sobre un burro. Sin dudarlo dos veces, decidí darle al play y torturarme al escuchar su voz.

—¡Hace unos ruidos muy raros! —gritaba ella—. ¡Creo que me va a tirar! ¡Travis, bájame, por favor!

Yo reía.

—*Tú sueñas igual que él.*

—*¡Tonto!*

Decidí detenerlo. En aquel momento me arrepentí de haber cedido tan pronto a las amenazas de Alizze y no haber luchado más por ella. Pero... no podía ponerla en peligro. No quería que porque la loca de Alizze quisiera volver conmigo, ella tuviera que pagar el precio de tener que volver con su familia o incluso entrar a la cárcel por ese falso robo con violencia.

Abrí el cajón del escritorio y volví a coger el periódico. Hollie no volvería a ser herida por esos monstruos, deberían pasar por encima de mi cadáver. Aunque fuera desde la distancia, yo iba a seguir cuidando y protegiendo a Hollie.

Apagué el ordenador y salí del despacho. Los ojos me picoseaban y sentía que el sueño había invadido al fin mi cuerpo. Sentía cómo la mirada de Hollie seguía clavada en mi cabeza, pero no me miraba como en el vídeo. Me miraba con odio, rencor y asco, y lo único que era capaz de escuchar eran sus palabras de aborrecimiento.

Escuché un leve ruido en el dormitorio y decidí ver qué pasaba, aunque cuando ingresé, todo estaba en silencio y oscuridad, excepto la cuna del bebé, de la cual se escuchaban unos cuantos quejidos infantiles. Me acerqué a paso lento para no despertar a nadie, y, por primera vez, fui capaz de mirar a Baylee a los ojos.

Ella estaba despierta, y me regaló una sonrisa. Su cabello era oscuro, más que el de Alizze, y sus ojos, aunque azules, también diferían muchos a los de ella. Tenía unos grandes mofletes, y la típica hendidura de sus muñecas resultaba apetecible de pellizcar. Seguí observándola hasta que los ojos de Baylee se achinaron y avisaba que iba a comenzar a llorar. Comenzó a agitar sus piernecitas, también sus brazos, y soltó un sollozo, pero antes de que lo repitiera, la cogí y la posé en mi pecho.

—Eh..., no llores —murmuré.

Intentaba mecerla, pero nunca lo había hecho. La removí para verla a la cara, y ya no tenía rostro de querer llorar. Al contrario, volvía a sonreír.

Era la primera vez que la cogía. La primera vez que cogía a Baylee... a mi hija. Y una sensación extraña se apropió de mí. Era complicado de expresar, era hasta complicado asimilar que lo sentía, pero a la par de eso... también era bonito. Era algo que nunca había sentido jamás y es que... aunque hubiera pasado el tiempo, aunque no la hubiera visto nacer, aunque no amara, incluso aunque odiara a la mujer que le había dado la vida... Baylee era un trozo de mí. Baylee era mi hija y... desde que la había cogido por primera vez, ya había sentido que comenzaba a quererla.

Capítulo 38

Travis

24 de Septiembre de 2016

El señor Meyer tenía muchos diplomas, se notaba que era bueno en lo suyo. La pared estaba repleta de gratificaciones y el dinero que costaba cada cita con él, afirmaba mis sospechas.

Había accedido a volver al psicólogo no porque mis ganas fueran como la de la última vez que venía acompañado de Hollie, sino porque Hara y James habían logrado convencerme.

De todas formas, sentía que sería la última vez que le visitaría.

Era por la mañana temprano, por lo que no había podido ver a Baylee. Esa noche, cuando la había cogido y mecido hasta que volvió a caer en los brazos de Morfeo, había despertado algo en mí. Extrañamente me sentía menos vacío, aunque aún seguía sintiéndome incompleto. Por un momento, tras ver su sonrisa, había pensado que quizá las cosas debían ser así. Mi responsabilidad era mayormente mi hija, yo sabía a la perfección cuán importante es un padre y no podía negarme a darle ese privilegio a ella. Yo la querría, la cuidaría y la protegería, igual que a Hollie. Eran dos sensaciones completamente diferentes pero algo las unía.

Hollie estaría bien sin mí. Alizze ya me lo había dicho. Ella no tardaría en olvidarme, y no porque ella no me quisiera realmente, porque yo no dudaba de eso ni un segundo, sino porque aunque me doliera que ella pudiera amar a otro hombre, repudiaba pensarlo solamente, ella merecía ser feliz. Y conmigo no lograría serlo.

—Buenos días —saludó afablemente el señor Meyer al entrar a la

consulta. Yo me levanté y nos tendimos la mano—. ¿Hoy viene solo?

—Sí —respondí tras un largo suspiro. El doctor Meyer frunció el ceño y tomó asiento, colocando sus finas gafas sobre el puente de su nariz.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó abriendo uno de los cajones y sacando papel y bolígrafo.

—Eh, no... —contesté rápidamente, arrugando mi frente—. ¿Hoy podría ser la cita más corta? Tengo asuntos que atender.

—Claro —respondió con cierto recelo—. ¿Va todo bien de verdad, Travis?

Me mantuve en silencio varios segundos. ¿Y si le mentía? Sería más rápido, y más fácil. Sin embargo, cuando fui a hablar, sentí que sería fallar a Hollie. Si estaba allí era porque quería recuperarme, y mintiéndole no serviría para nada.

—Hollie y yo ya no estamos juntos —Negué levemente con la cabeza, sintiendo cómo mi boca volvía a researse por expresar esa maldita oración. El señor Meyer abrió sus ojos con sorpresa, y también su boca apocadamente.

—Oh, vaya... —murmuró ceñudo, mirando hacia abajo—. ¿Y usted cómo está? ¿Cómo se siente?

—Estoy y siento, que creo que no está nada mal.

—Y dígame... ¿el motivo de la pelea, cuál es? ¿Ha tenido sospechas desmentidas por ella? ¿Ha tenido... dudas?

—No, no ha sido eso.

—¿Se sigue tomando las pastillas? —cuestionó comenzando a apuntar cosas en la libreta. Cuando levantó su vista a mí, afirmé con la cabeza y continuó escribiendo—. Sé que esta pregunta puede molestarle, pero necesito hacérsela, más padeciendo el trastorno que usted tiene.

—Adelante...

—¿Siente deseos de vengarse? ¿De ella, de Hollie? ¿De hacerle...?

—¡No! No, no, no, no —exclamé nervioso, levantándome instintivamente de la silla y comenzando a caminar por la consulta—. ¿Cómo voy a querer hacerle daño? ¡Nunca! ¡Yo la quiero!

—Cálmese, solo era por seguridad. Sé que usted no la dañaría nunca, pero debe seguir tomándose las pastillas. Siéntese, por favor.

—Lo sigo haciendo —siseé volviendo a tomar asiento.

Los nervios se me habían crispado en cuestión de segundos. Estaba tenso e incómodo. ¿Cómo podía preguntar eso? Yo era incapaz de hacerle algo malo a Hollie, no, yo era incapaz.

—Está bien, le creo, claro. Ya le digo, era por seguridad, muchas personas con trastornos de su misma índole sienten deseos de vengarse por la ruptura de su pareja. Pero usted está en una clara mejoría respecto a eso, y me contenta.

—¿Usted cree que si no siguiera con el tratamiento, sería capaz de...?

—No lo sé, pero los celos son el mayor enemigo que uno puede tener. La celopatía es una enfermedad; no es una muestra de amor.

Asentí con la cabeza, algo consternado por lo que acababa de decir.

Llegué al hotel y lo primero que hice fue ir a la habitación donde estaba Baylee, para verla. Ella estaba en su cuna, jugueteando con un muñeco mientras que Ellen la observaba desde la mecedora de al lado.

Sí, cuando llegué de Grecia, me encontré con que Alizze había traído de vuelta a Ellen porque aseguraba que Hara y los demás se

negaban a servirle. No me agradó, menos al pensar cómo podría sentarle eso a Hollie, pero no me quedó de otra. Quería tener las cosas lo más tranquilas posibles, y solo me limitaba a ignorarla.

—Hola, Baylee... —dije asomándome a la cuna y ella rió, haciendo que yo sonriera.

—Es preciosa, ¿verdad? Se parece mucho a ti.

Alcé una de mis cejas, indiferente. Era evidente que la niña apenas se parecía a mí, cosa que me hacía desconfiar, pero estaba seguro sobre mi paternidad porque había sido un doctor de confianza quien había hecho la prueba de ADN.

Pasé la yema de mis dedos por el rostro de Baylee, y en un rápido movimiento, lo agarró y lo llevó hasta su boca. Entonces decidí cargarla y el aroma tan dulce que desprendía me hizo estremecer. Era una sensación tan cálida, tan tenue y dulce, que sentía que si merecía seguir adelante por alguna razón, esa era ella.

—Voy a llevármela —dije.

—Vale.

Tras dedicarle una fugaz mirada, asentí y salí de la habitación. Cuando entré en el salón, mi teléfono comenzó a vibrar y mientras que con un brazo sostenía a Baylee, con el otro cogí el teléfono, con la ayuda del hombro.

—Dime, Dalton.

—¿Qué tal, amigo? Llamo para ofrecerte una cosa.

—Uf, a ver... ¿qué quieres ahora? —pregunté.

—Estoy organizando otra exposición —dijo—, y como hace tanto que no participas en una, he pensado que estaría bien que fueras. Sería en Merseyside, está muy cerca de tu hotel.

—Cerca está, pero creo que no me pillas en mi mejor momento.

—Sé lo de Alizze —comentó.

—Entonces lo entenderás.

—Lo que entiendo es que necesitas salir, y despejarte. El arte es tu pasión. ¿No crees que te vendría bien? No te llevaría mucho tiempo. Sería suficiente con que estuvieras un par de horas.

—No lo sé... —mascullé.

—Piénsalo, pero espero que sí. Sabes que te vendrá bien. Necesito tu confirmación como muy tarde, pasado mañana.

—Vale, la tendrás. Adiós.

Colgué y dejé el teléfono sobre la mesa. Agarré a Baylee con las dos manos y comencé a jugar con ella, escuchándola reír tiernamente.

Alizze entró y puso cara de sorpresa al ver la escena. Después sonrió al verme con la niña. A paso lento y dubitativo se acercó hasta nosotros y besó la frente de Baylee.

—No sabes la alegría que me da veros así

Hice una mueca con mis labios en un intento de sonrisa que pareció agradarle a Baylee, pues comenzó a reír.

—¿Te estás riendo de mí? —le pregunté poniéndola erguida, cogiéndola de las axilas y mirándola con el ceño fruncido. Ella comenzó a reír más.

—Le gustan las muecas —comentó riendo—. También le encantan las ardillas y las cosas brillantes.

—En eso último se parece a ti.

—Claro —masculló Alizze intentádoselo tomar a broma.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —cuestioné paseando por la habitación aún con Baylee en brazos. Ella asintió—. ¿Cuánto hace que no expones tus cuadros en una galería de arte?

—Un tiempo —Se limitó a contestar.

Giré sobre mis talones y la observé detenidamente.

—¿Cuánto exactamente?

—Pues... mmm... no sé...

—¿Desde que nos separamos? —pregunté con una sonrisa llena de malicia como las suyas. La aparente sonrisa de alegría desapareció de su rostro y frunció sus labios.

—Puede ser —siseó—, más o menos. Pero quiero volver a hacerlo.

Asentí con la cabeza con una media sonrisa llena de perfidia. Ya entendía realmente mejor las cosas.

Ya conocía uno más de los motivos retorcidos por los que Alizze había vuelto a mi vida tan repentinamente.

Hollie

No recordaba que la cama fuera tan incómoda. Me removí y me coloqué de costado, pero entonces algo enganchado en el brazo me provocó un leve dolor y me incorporé de inmediato, como si acabara de tener una pesadilla.

Entonces descubrí que no estaba en mi cama, ni en mi habitación. Ni si quiera en mi casa. Estaba en una habitación de hospital, y ceñuda inspeccioné el sitio.

Se escuchaba el típico murmullo fuera, en los pasillos, y todo aquí estaba milimétricamente pulcro. Yo estaba enganchada a una de las vías y por el tirón, había conseguido hacerme sangrar un poco.

Escuché la respiración entrecortada en la habitación, y dirigí mi vista a una de las esquinas, donde sorprendentemente estaba Theda, en una pose muy elegante y señorial, durmiendo sobre un sillón. Sus esbeltas piernas estaban cruzadas, mientras que su rostro reposaba de forma angelical sobre su brazo.

—Theda... —murmuré con la boca reseca—. ¡Theda! —añadí más alto para que me escuchara, provocándome un enorme dolor de cabeza y obligándome a sujetármela con mis brazos.

Ella se despertó con un pequeño quejido, pero rápidamente se incorporó y se acercó hasta mí.

—¿Qué tal estás? —preguntó con voz ronca y los ojos entreabiertos. No tardó ni cinco segundos en hurgar en su bolso y sacar el espejo para mirarse.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Te ha pasado algo?

—Eres tú quien está en la camilla... —dijo rodando los ojos. Yo imité su movimiento.

—¿Por qué estás... aquí? ¿Conmigo?

Me alegraba haberme despertado y encontrar a alguien conocido, no sabía cómo hubiera sido todo de raro al verme en esa condición sola, pero que fuera ella, me asombraba un poco. Incluso llevaba la misma ropa del día anterior, demostrándome que había pasado toda la noche junto a mí.

—No soy tan mala como para dejarte sola en una situación... así —respondió con la vista perdida, después empleó una sonrisa que no me pareció muy convincente—. Voy a avisar al médico que estás despierta, no tardo.

Theda salió de la habitación y me quedé sola. ¿Me habría caído estando ebria? ¿Habría bebido demasiado? ¡Qué vergüenza! No quería parecer una borracha, no era un hábito en mí hacerlo, pero se me había ido de las manos y tenía que controlarme en esas situaciones. Si no hubiera sido por Theda...

Parecía que los verdaderos enemigos no eran los del principio.

Si me hubieran contado que a esas alturas yo estaría con Theda, sin joderme su compañía, incluso agradeciéndola y aborreciendo a Ellen no me lo hubiera creído. En absoluto.

Instantes después Jon, vestido de médico, apareció por la puerta y me otorgó una agradable sonrisa. Se acercó a mí con jovialidad y se posicionó a mi lado.

—¿Qué tal estás? —preguntó amablemente.

Segundos después se percató de la poca y casi inexistente sangre que tenía en el brazo y abrió su bata para coger un pequeño algodón y secarlo.

—Confundida —contesté tras un largo suspiro y con el ceño fruncido—. ¿Qué me ha pasado, Jon?

—¿Quieres que avise a Travis?

Negué con la cabeza despavorida, y él se mostró contrariado.

—Por favor, no —supliqué—. Él ya no tiene nada que ver en mi vida.

Se quedó varios segundos pensativo.

—De acuerdo... —dijo algo anonadado—. Mmm... no me gusta dar este tipo de noticias, menos a gente que conozco pero... de acuerdo —añadió algo afligido. Yo me limitaba a mirarle expectante. Estaba nerviosa. ¿Tenía una enfermedad? ¿Tenían que quitarme algún órgano?

—Di lo que sea, por favor —rogué comenzando a rozar la histeria. Jon asintió y acercó un pequeño taburete a la orilla de la cama y se sentó.

—Hollie, no suelo tener mucho tacto... —murmuró nervioso y apurado. Mi vista comenzó a nublarse, estaba muy, muy nerviosa.

—Por favor.

—Has sufrido un aborto, Hollie

Tenía que haber escuchado mal. ¿Un aborto? Mi primera impresión fue echar hacia atrás mi cabeza, después negar confundida, fruncir el ceño, y quedarme en estado de shock.

—Pero eso... eso es imposible —mascullé sin digerir esa noticia. ¿Cómo podía haber abortado... sin haberme enterado de que estaba embarazada? No, eso tenía que ser una broma, una de muy mal gusto pero una al fin y al cabo.

—Llevas días sin comer demasiado por lo que he notado, estás delicada y con anemia, y quizá... el alcohol que ingeriste ayer fue muy perjudicial para el feto, por lo que te provocó ese sangrado y...

—Pero Jon, yo no estaba embarazada.

—Sí lo estabas, Hollie —contestó conmovido—. De un mes... quizá dos.

Tapé mi boca con ambas manos y lloré más. Aún seguía sin asimilar nada, pero intentaba hacer memoria y sí era cierto que la menstruación hacía tiempo que me debía haber bajado y... esos mareos... esos vómitos...

En ese momento sí comencé a sollozar. Era lo que menos me esperaba, pero era doloroso. Era doloroso pensar que había una vida dentro de mí, una vida creada por mí y por Travis, y que yo la había destruido. ¿Cómo había sido tan egoísta de no haberme dado cuenta? Yo siempre había llevado las cuentas... y... y por mi culpa, la pequeña vida de mi interior había pagado las consecuencias. Lloré más, removiéndome todos los sentimientos por dentro, y toqué y apreté mi vientre con fuerza. Todo lo que quería, y todo lo que había podido llegar a querer más que a nada, lo había perdido.

Jon agarró mi mano y la apretó con fuerza. Giré mi rostro a él, y vi cómo sus ojos estaban levemente brillantes por cómo me veía. Yo no podía dejar de llorar, el sentimiento de culpabilidad era horrible, y sin pensarlo, reclamé un abrazo, el cual Jon me lo dio sin dudarlo.

—Todo es mi culpa —gimoteé en su hombro.

—No, no lo es. Las cosas vienen como vienen, estoy seguro de que si lo hubieras sabido no hubiera ocurrido esto. No te martirices.

—Pero debí haberme dado cuenta...

—¿Quieres que avise a Travis? —insistió.

—No, por favor —repetí con seguridad—. Y por favor... no se lo digas a nadie. Por favor.

6 de Octubre de 2016

Los días a partir de ese fueron a peor. Me sentía vacía, y era irónico ese sentimiento cuando nunca había sentido a la criatura dentro de mí, pero después de saberlo, se me hacía horrible no sentirme mal y culpable.

Decidí callarme, y Jon y Theda me hicieron el mismo favor. Ellos tampoco dirían nada.

Theda, en esos días tras el alta, se había tomado la molestia de visitarme y me entretenía enseñándome revistas de moda. También me había servido para conocerla más. Me había contado sobre su pasado, y me arrepentí de cada mala palabra que le dediqué en mis pensamientos. Theda estuvo a punto de casarse hacía unos años, con un hombre que la maltrataba. La última paliza la había llevado a estar ingresada en el hospital, y ella había huido por miedo. Se había refugiado en el pueblo; al igual que yo. Se refugió de Travis; al igual que yo.

—Los corazones rotos estás destinados a unir sus trozos para volver a formar un corazón completo —me había dicho.

También me habló sobre su trabajo; llevaba una pequeña empresa de cáterin en el pueblo.

Will y Marco también habían estado muy pendientes de mí, pero no les conté nada para no arruinar sus planes. Pocos días después se habían marchado al extranjero por unas semanas para intentar suerte en otro sitio para adoptar.

Capi también había sido un gran apoyo en mi recuperación. Él me conocía tanto como yo a él, y sabía perfectamente cuando yo me

sentía mal y necesitaba apoyo.

Cuando me había recuperado físicamente había quedado a cargo de la floristería, y en agradecimiento, Will me dijo que todas las ganancias serían para mí. En principio me avergonzó y me negué, pero Will y Marco insistieron argumentando que si no fuera por mí, el negocio permanecería cerrado y perderían más ventas.

Aquel día, cuando salí de mi piso, al girarme, choqué contra una corpulenta figura que me sorprendió mucho más al ver su rostro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Jon con ojeras marcadas, vestido aún de hospital.

—Vivo aquí... —contesté señalando la puerta de mi casa—. ¿Y tú?

—Vivo aquí —repitió señalando la puerta contigua a la mía—. Vaya sorpresa.

—Sí.

Ambos sonreímos.

—Una grata sorpresa —agregó introduciendo las llaves en la cerradura de su casa y abriendo la puerta—. Tenemos que ver quién llegó primero para saber quién tiene que hacerle la fiesta de bienvenida a quién.

Reí por lo bajo y nos despedimos, se notaba que él estaba cansado, seguramente había estado de guardia, y yo tenía que abrir la floristería.

A media mañana, en la hora de descanso, decidí cerrar la tienda e ir a una cafetería cercana a desayunar algo. Tenía el cuerpo revuelto, y debía alimentarme bien para no hacer crecer esa anemia que Jon me había diagnosticado días atrás.

Entré a la cafetería y me acerqué a la barra, donde me atendió una agradable y bella chica, de seguramente más o menos mi edad, y le pedí una leche manchada para llevar.

—Hollie.

Giré mi rostro en su dirección, viendo, después de esos días, de nuevo a la persona que más odiaba y amaba a la vez.

Y suspiré.

Capítulo 39

Hollie

Sentía tremendas ganas de llorar. Pero no podía hacerlo, no podía sentirme débil ante él. Ante nadie. Él amaba a otra persona y yo tenía que salir digna de la derrota. Era lo que me tocaba.

—Aquí tiene —dijo la camarera.

Volteé a verla y le sonreí tenuemente, agarré el café y le pagué. Instantes después, suspiré, y armándome de valor, giré sobre mis talones y me marché de la cafetería tras contestar a Travis:

—Buenos tardes.

Una vez fuera, sí me permití expulsar unas cuantas lágrimas. Seguí andando hacia delante, intentando hacer que no pasaba cuando lo que realmente pasaba, era todo. No podía mirarle a la cara, no después de todo, y menos después de lo de nuestro hijo. Ambos teníamos la culpa, los dos lo habíamos descuidado, alguno de los dos tuvo que percatarse en su momento de lo extraño de mis síntomas repentinos sin embargo, ambos éramos demasiado egoístas para mirar por otra persona que no fuéramos nosotros mismos.

Además, él ya tenía una hija con la que ser feliz. Era devastador recordar eso. Era devastador pensar que, de un día para otro yo pasé de tenerlo a todo a no tener nada y él, en cambio, pasó de tener una pareja para tener una familia. Él no estaba solo, él no tenía que cambiar su vida tan repentinamente.

Él debía ser feliz. Él debía disfrutar de la compañía de Alizze, recordando viejos tiempos y sin perder más tiempo, él debía disfrutar de su hija, él la vería crecer, él la vería comenzar a hablar, a andar,

escucharía su primer papá y yo en cambio... solo tenía el amargo recuerdo de haber tenido a mi hijo dentro de mí y de haberlo perdido antes de saber de él.

Se me revolvió el estómago de tanto pensar en Travis y tiré el café a la papelera por donde pasaba. Apreté mis puños por un mero ataque de rabia, sentía cómo mi cuerpo se contraía y tenía ganas de gritar. ¿Cómo ni si quiera se le había ocurrido hablarme? Escuchar su voz, verle... todo me hacía sentir aun peor. Quería asimilar que Travis no existía, era menos doloroso pensar que todo había sido un sueño y en ese momento, ya tenía que enfrentarme a la gélida realidad.

Debía seguir adelante.

Aquella noche hablé con Aylen por Skype a través del móvil. Me contó cómo le iba, y que había conocido a un chico, un tal Bram. Cuando llevábamos dos horas hablando, el timbre sonó, y Capi comenzó a ladrar. La avisé de que la tenía que dejar y colgué, dirigiéndome a la puerta para posteriormente abrirla.

—He decidido hacerte yo la fiesta de bienvenida —dijo Jon con un poco de vergüenza y yo reí—. Solo si te parece bien. La verdad que siento ser tan precipitado, pero... tenía la noche libre y dije, ¿por qué no?

Llevaba una gran bolsa repleta de comida.

—Claro, ¿por qué no? —pregunté con una risilla mientras le hacía paso para que entrase—. Todavía sigo sorprendida de que vivas en un zulo como son estos pisos siendo médico.

—Solo acabo de empezar —comentó dejando las bolsas sobre la encimera de la minúscula cocina y sacando todo su contenido. Yo le observaba desde el pasillo, pues, si entraba en ella, rebosaríamos—. ¿Puedo...? —añadió refiriéndose a si podía quitarse su chaqueta vaquera. Asentí con una sonrisa y cuando se desprendió de ella, la dejé sobre el sofá.

—Estás en tu casa.

—Pues casi —comentó divertido y se acercó a la mesa del comedor con una gran pizza y bolas de patata—. Espero que te guste la pizza, no sabía qué comprar y pensé que la pizza le gusta a todo el mundo.

—Estabas en toda la razón —contesté y tomamos asiento—. ¿Qué tal están tus padres?

—Bien, aunque mi madre está preocupada por ti. No deberías seguir actuando así con ellos, creo que son de los menos culpables de ese hotel.

—Ya, tienes razón —siseé mirando hacia otro lado—. ¿No le has dicho nada de...?

—No —negó rápidamente—. Puedes confiar en mí.

Comenzamos a hablar de cosas triviales mientras cenábamos. Jon era una persona inteligente y sabía hablar muy bien, era simpático y gracioso. La conversación fluía con gusto y no hubo un momento en el que me aburriera en el rato que estuvimos juntos.

Alrededor de que llevara unas cuantas horas —eran las doce de la noche, aproximadamente—, mi teléfono sonó y me disculpé imaginando que sería Will y Marco. Cuando vi el nombre que reflejaba la pantalla del móvil, me inmovilicé.

Se trataba de Travis, que insistía e insistía sin ánimo a darme que pensar que se había equivocado. Segundos después paró de sonar y volví a acercarme a la mesa junto a Jon.

—¿Todo bien? —preguntó éste.

—Todo genial —mentí con una sonrisa forzada. Entonces, el móvil volvió a sonar.

Y volvía a ser Travis.

—Cógelo, no te preocupes, yo mientras recogeré todo esto.

Dudé varios segundos sobre qué hacer, pero llegué a la conclusión de que no podía seguir así. Quizá, si aceptaba su llamada, me diría lo que quisiera y me dejaría en paz de una vez.

Así que lo hice.

—Me...lo...has...cogido —balbuceó.

—¿Estás bien?

—¿Sigues... preocu... preocu... por mi?

Rodé los ojos.

—Estás borracho —afirmé y él soltó una carcajada. Entonces escuché el tráfico a su espalda y supuse que estaba en la calle—. ¿Con quién estás? ¿Estás solo?

—Estoy solo... *desd euq eno estoy...contigo...* —. Sus palabras salían sin procesar de su boca, pero me bastó para entender lo que acababa de decir—. A ver, no sé... donde... estoy. Creo... creo que he bebido... algo más de la cuenta...

—Me estás asustando. Por favor, dime que no estás cerca del acantilado ni en la carretera, ni con el coche —dije con la voz temblorosa—. Dime qué ves a tu alrededor.

Me asomé por casualidad a la ventana y Travis estaba en frente, sentado en el bordillo de la acera. Sonrió y agitó una de sus manos, saludándome.

—Te veo a ti —respondió—. Te veo a ti.

—Quédate quieto —dije separándome de la ventana pero sin despegar la vista de ésta. Cogí los zapatos más cercanos y me los puse—. No te muevas.

Y colgué.

—¿Todo bien? —preguntó Jon.

Me limité a asentir.

—Debo hacer una cosa en la floristería que se me ha olvidado —
Me dirigí rápidamente a la puerta, echándole de una forma muy descarada y que no se merecía para nada.

—¿Sola? ¿A estas horas?

—Estaré bien, no te preocupes —contesté con la puerta ya abierta y los dos fuera—. Espero verte pronto —añadí, y corrí escaleras abajo.

Cuando llegué a la planta baja, corrí aún más hasta la puerta principal y cuando abrí, todo el frío de la noche se caló por mi cuerpo, pero un escalofrío más grande recorrió mi cuerpo al ver que ya no estaba ahí. Miré a ambos costados y, yendo en dirección a la izquierda, le vi dando tumbos.

—¡Travis! —exclamé corriendo hasta él.

Travis se giró con el ceño fruncido, y, cuando me vio, sonrió. Me posicioné justamente frente a él, separándonos algún que otro metro, y aunque yo no sonreía, me aliviaba ver que estaba bien.

Aunqueapestaba a alcohol.

—Hollie —habló y, sin darme cuenta, ya estaba entre sus brazos.

Solté una bocanada de aire con nervios, pero también con relajación. Sentirme de nuevo rodeada en sus cálidos brazos era una sensación que no recordaba con exactitud. Era tan gloriosa, tan gratificante... que me dolía que estuviera mal.

—Te amo —murmuró en mi oído, provocando que su aliento cargado a alcohol me golpeará. Sin embargo lo dijo con tanta sinceridad que en cuestión de segundos mi vista se había nublado.

—Estás borracho. Voy a llevarte al hotel.

—No, no, no, no, no, no —repitió con autoridad, pero con un rostro totalmente desencajado, algo infantil—. Quiero... hablar contigo.

—Travis...

—¡No! —exclamó moviéndose tan ligeramente que parecía que en cualquier momento iba a ceder a caerse—. Me niego a que me odies.

—No te odio —contesté, intentando tirar de su brazo para llevarlo hasta el coche—. Es lo que querías, ¿no? Pues ahora te llevo al hotel.

—¡Que no, Hollie! —bramó resistiéndose y zafándose de mi agarre—. Me niego... a que tú pienses... que... no te amo.

—Por favor, basta —le supliqué—. Estoy comenzando a asimilarlo, y aunque me cuesta aceptar que quieres a Alizze, así me lo pones más difícil.

—Yo te quiero a ti.

—Vuelves a estar confundido porque estás borracho.

Negó con la cabeza.

—Nunca lo he estado. No estoy dispuesto... a que tú pienses que todo esto es tan fácil como... como que he dejado de amarte, o que nunca lo he hecho. Creo que mis sentimientos no se merecen eso.

—¿Y los míos sí? ¿Acaso yo me merezco todo esto?

—¡No! —gritó, y comenzó a despeinar su cabello—. Odiarme por una mentira es una traición a lo que sentimos.

—¿No puedes dejarlo simplemente estar? ¿Por qué no lo dejas ya?

—Porque no puedo soportar la idea de haberte perdido —respondió—. Porque aunque mañana todo siga igual, encerrado en el hotel con alguien a quien no quiero, quiero sentir que he tenido la total libertad de decirte que te amo una vez más.

—Con esto no arreglas nada.

—Lo sé —murmuró con la voz ronca, aproximándose a mí, manteniéndome retenida por sus manos agarradas en mi rostro—. Sé que no podemos volver a estar juntos. Pero no quiero que me olvides

nunca. Quiero que sepas que nunca he dejado de protegerte.

—¿Protegerme? —Expulsé una carcajada cínica—. ¿Cómo me proteges, si eres tú quien más me hace daño?

—Nunca he querido herirte.

Me zafé de su agarre.

—Pero es lo que has hecho desde que me conociste. Me abandonaste, hiciste conmigo lo que temías que hiciera yo. Ahora tienes que seguir adelante con ello, al igual que intento hacerlo yo.

—Es muy difícil para mí.

Parecía que su ebriedad se había disipado repentinamente.

—Voy a llevarte al hotel —dije.

Travis

Hollie me ayudó a entrar en el coche tras haber subido rápidamente a su piso a calzarse mejor y ponerse algo para abrigarse. Tras colocarme el cinturón, Hollie corrió hasta la zona del piloto y entró. Luego soltó un largo suspiro e introdujo las llaves.

—Tu cinturón —murmuré con una sutil sonrisa.

Hollie arrancó y nos mantuvimos en silencio por varios minutos. Yo había bebido más de la cuenta, estaba claro. El sentir su rechazo esa mañana me había obligado a hacerlo. No quería que me odiara, no podía sentir que eso era así. Como había dicho, me negaba rotundamente a que las cosas fueran tan fáciles para ella con pensar que la había engañado todo ese tiempo.

Estaba borracho, pero aun así podía distinguir que la chaqueta vaquera que se había puesto, era de hombre. Verla con esa prenda puesta me había puesto de un mal humor que me costaba camuflar, pero debía hacerlo. Me hervían los celos. No podía ni imaginarme que Hollie podía conocer a otros hombres. Sin embargo no podía

hacer nada, desgraciadamente, no podía hacer absolutamente nada.

Hollie condujo callada durante el trayecto. No había casi nadie en la calle. Instantes después aparcó escasos metros antes de pisar territorio del hotel.

—No deberías beber —dijo con las manos aun sujetando el volante, con la vista al frente—. Puede provocar consecuencias irreparables y dolorosas de las que puedes llegar a arrepentirte toda tu vida.

—Nunca voy a poder arrepentirme de haber podido tocarte una vez más —confesé.

Ya tenía todo el tiempo del mundo para sentirme desgraciado por pensar que Hollie tenía a otro hombre en su vida. En ese preciso momento, solo quería sentir su compañía.

—Por favor, Travis, no me vuelvas a buscar —dijo, provocándome un fuerte dolor en el pecho—. No voy a estar para ti otra vez.

El dolor era implacable a pesar de que mis demás sentidos estuvieran nublados por el alcohol. Esa sensación de vacío existencial no se calmaría ni con el mayor de los sedantes.

Su odio infinito me hacía sentir tan vacío que dudaba mucho que fuera capaz de soportarlo por mucho más. Por eso hice algo que no pensé hacer, y fue porque el alcohol y mi desesperación me empujaron a ello:

—Antes quiero contarte algo, algo que no sabes y debes saber.

Hollie me miró expectante. No dijo nada, pero aceptó escucharme.

—Tu tío y tu abuelo te buscan —dije—. Te acusan de haber robado su coche con violencia.

—¿Qué?

Estaba atónita.

—Alizze me dijo que si no volvía con ella se encargaría de

facilitarles tu paradero. Si te encuentran... joder. No quiero ni imaginarte que acabes en la cárcel por esos desgraciados.

—No puede ser...

Asentí.

—Me separé de ti para protegerte.

—Me encontrarán igualmente. Podríamos habernos quedado en Grecia, o qué se yo. Pero...

—¿Y mi hija?

Hollie derramó una fina lágrima, y por unos segundos pareció que no estaba allí, dentro de aquel coche. Acarició su vientre y pestañeó varias veces.

—Gracias por avisarme —dijo finalmente.

—Te prometo que no te pasará nada.

—No me prometas nada. No hace falta. Anda, bájate del coche. Es tarde.

Me dolía aquella indiferencia. ¿Por qué seguía tratándome así, si le había contado la verdad?

—Hollie... —murmuré con un nudo en la garganta—. Necesito unos segundos más contigo. Por favor.

El silencio nos envolvió y por primera vez en esos días, me sentí en paz.

—Te quiero, Hollie —añadí minutos después—. Y te quiero ahora más que nunca.

Hollie me miró con dolor, rompiendo a llorar instantes después. Sentía las consecuencias pero necesitaba decírselo una vez más, no importaba si me rechazaba o simplemente se callaba. Solo necesitaba que lo supiera, que supiera que si mi corazón seguía latiendo, era excepcionalmente por ella.

—Yo también te quiero.

Decirlo y sentirlo la hería. Pero a mí me hacía feliz. Atrapé sus húmedas mejillas con mis manos, sentirla tan cerca de mí era algo que aunque borracho, me hacía sentir la persona más viva del mundo.

Con lentitud acerqué mis labios a los suyos. A escasos centímetros de distancia, sintiendo ya su agitada respiración, Hollie cerró los ojos, provocando que nuestros labios se unieran una vez más, probable y dolorosamente la última. No fue un beso apasionado, ni tampoco de amor. Fue un beso de necesidad, de desesperación, de dos personas que se amaban pero no podían luchar más para estar juntas.

Era un beso de desilusión, de rendición, de dolor. Nuestros labios rozándose una vez más ya no sabían a felicidad, más que nada porque era ilusionar a nuestros tristes corazones que no podían soportar más, sabía a un sufrimiento mezclado no solo con el sabor de sus lágrimas, sino de las mías también.

Capítulo 40

Travis

7 de Octubre de 2016

No había dormido nada en toda la noche. Mi cabeza dolía mucho, y mi garganta estaba continuamente reseca. Esperaba que al menos para el día siguiente estuviera mejor, porque era la exposición.

—¡Qué alegría verte, cariño! —exclamó mi madre nada más bajar del coche. Scott y Eris la siguieron y se acercaron a mí, enredándome maternalmente entre sus brazos—. No pensé que fuera cierto cuando Scott me dijo que querías que viniéramos.

Sí, era cierto. Sentía la gran necesidad de estar junto a ellos, sentía que el hotel era cada vez menos mío, me sentía muy desamparado y encerrarme solo hacía más eterno mi hastío.

Por eso había decidido invitarlos a pasar unos días allí, de nuevo. Y que estuvieran presentes en la galería de arte.

—Emily no ha podido venir por asuntos de trabajo —comentó Scott estrechándonos las manos.

Sonreí entendiéndolo.

—Entonces... ¿Dónde está Hollie? —preguntó mi madre enhebrando su brazo al mío, en un tono de voz apenas audible mientras nos dirigíamos al interior del hotel.

—Está en un piso en el centro.

Sabía a la perfección que mi madre desearía saber todo lo que había ocurrido, pero aún no era tan valiente para hablar de eso sin sentirme conmovido.

La noche anterior, haber estado con ella esos minutos... me había hecho sentir feliz, pero la resaca, y también me refiero a la emocional, me arrasaba y me hacía sentir que la cabeza me terminaría por explotar.

—¡Buenos días, querida suegra! —exclamó con falsedad Alizze, bajando las escaleras con un leve contoneo de cadera.

Louise alzó una de sus cejas mostrando desagrado, que pronto camufló en una sonrisa tan artificial como la de Alizze.

Cuando ella llegó a la recepción se abrazaron, pero de una forma tensa y rigurosa. Recordaba los momentos en los que ellas incluso se iban de compras juntas, se apreciaban mucho, además, mi madre por un momento entendió el motivo del divorcio. De hecho, era el mismo que el suyo al decidir alejarse de mí. No obstante, tras comprobar que yo era capaz de cambiar, y que lo había hecho gracias a Hollie, todo ese amor hacia Alizze se había transformado en asco por ser la culpable de haberme alejado de Hollie.

—Tío Travis, súbeme... —exigió Eris a mis pies mientras yo intentaba escuchar la conversación que ellas mantenían, pero se me hacía imposible. Me agaché y cargué a Eris, que comenzó a besarme la cara y a agobiarme.

—Eris, me duele la cabeza, por favor, para.

—No te dolería tanto si no hubieras llegado borracho —comentó Ashley desgajándose de la conversación que mantenía con mi madre. Louise miró hacia atrás para observarme y frunció el ceño—. Sí, me prometió que él bañaría a Baylee y, sin embargo, llegó a altas horas de la noche. Quién sabe dónde estuvo metido.

—No te interesa.

Alizze no contestó nada, solo sonrió. Era su manera de cortar la conversación, mostrando indiferencia. Se despidió y se marchó.

—¿Dónde estuviste? —me preguntó mi madre mientras nos dirigíamos los cuatro al ascensor—. ¿Borracho? ¿No harías ninguna locura, no?

—A medias —siseé—. Perseguí a Hollie por la mañana para descubrir dónde estaba viviendo. Después sí es cierto que bebí más de la cuenta y... y acabé sin querer ahí, en su casa.

—Travis pero... si la sigues queriendo, ¿qué significa todo esto? ¿Por qué estáis separados? ¿Por qué estás con Alizze? Sé lo importante que es una hija, pero también sé lo importante que es estar con la persona que amas y puedes combinar ambas cosas —comentó Scott.

Asentí levemente. Cuando llegamos a mi casa les dirigí hasta el despacho para mostrarles el verdadero motivo.

—Esto... esto es deplorable —Fue lo que salió de la boca de mi madre al ver la hoja de periódico—. Esto es una extorsión, ella no tiene derecho a meterse en vuestra vida. No voy a permitirlo.

—Mamá, por favor —pedí caminando por la habitación—. Ya todo es demasiado difícil. Intento guardar la compostura.

—Pero no vas a poder guardarla durante toda la vida junto a ella. ¡Eso es un castigo que no mereces!

—Pero Baylee no lo es...

—Ahora lo entiendo todo. Lo haces por... por la niña.

—Por Baylee y por Hollie. Son lo más importante de mi vida y no quiero que nada malo les ocurra y creo, que lo que estoy haciendo es la mejor forma para impedir que pase.

—Pero es injusto —dijo Scott.

—Y doloroso —murmuré—. Pero tengo que intentarlo por ellas.

Hollie

8 de Octubre de 2016

Alguien llamó a la puerta y dejé de jugar con Capi para abrir. Era una mujer, la cual llevaba una carta entre sus manos.

—¿Hollie Wadlow? —preguntó.

—Sí, soy yo.

La mujer me dio la carta y me pidió que firmara un resguardo confirmando que la había recibido. Segundos después se fue y me senté en el sofá para abrirla. Capi no tardó en correr hasta a mí y mordisqueó el sobre.

Era una invitación para asistir a una Galería de Arte ese mismo día, en Merseyside, a las siete y media de la tarde. Uno de los artistas que acudirían era Travis Redmond, y supe que aquella invitación me había llegado gracias a él.

¿Por qué hacía eso? ¿Es que acaso no le había quedado bastante claro lo que le había pedido el día anterior?

Sin embargo, pese a todo, no podía odiarle. Él se había alejado de mí pensando que eso sería lo mejor para mí. Nunca podría haber pensado que mi abuelo y tío Shepard me estaban buscando, y menos de aquella forma tan ruin. Sí, yo me había llevado el coche del abuelo, pero nunca había empleado violencia para hacerlo.

¿Qué debía hacer? Después de todo, mis sentimientos eran los mismos. Le quería. Y ahora sabía que él también me seguía queriendo a mí. Sin embargo, él mantenía su postura sobre seguir con Alizze, por su hija.

Tenía que olvidarle, y él tenía que olvidarme a mí. Era lo mejor para ambos para salir adelante. No podíamos ser felices si seguíamos encadenados a nuestros recuerdos en común.

Le olvidaría... pero no empezaría a intentarlo aquel día. Quería disfrutar de él de la manera en la que solo podía en aquel momento: disfrutando de su arte.

Llegué a Merseyside en autobús. Después de enterarme que me estaban buscando por robar el coche del abuelo, no podía pasearme deliberadamente con él. Anduve por varios minutos hasta que llegué al lugar donde se estaba celebrando aquella exposición. Llegaba un poco tarde, pero no pasaría nada. Solo me daría una vuelta y volvería.

Entré al sitio. Todo era lustroso, y elegante. Había bastante gente, pero tampoco terminaba de ser agobiante. Los colores que habían empleado en la decoración eran muy claros y destacaban fácilmente las obras de los artistas.

Ojeé todos los cuadros con los que me iba topando hasta que llegué al final del pasillo, donde había una obra de la cual no podía apartar la vista.

Era yo. Era mi espalda..., eran mis cicatrices.

Se me encogió el corazón. Junto a la obra había un pequeño cuadro en el que le atribuía la autoría a Travis Redmond, y señalaba el título de la obra: *La belleza del dolor*.

Sentí una especie de liberación. Por primera vez en mucho tiempo mi cuerpo se mostró tranquilo, templado, sosegado. Una leve sonrisa brotó de mis labios y no pude desviar la vista del cuadro hasta que alguien tras de mí habló:

—Has venido.

Giré sobre mis talones y ahí estaba Travis Redmond.

—Me has invitado.

Él sonrió y se acercó poco a poco a mí.

—Estás preciosa —dijo, y sonreí débilmente—. Seguro que te ha

gustado el cuadro.

No pude evitar reír. Travis nunca preguntaría si había gustado su arte. Él sabía a la perfección que a todo el mundo le fascinaba.

Él también rio.

—Sí —contesté en voz baja, evitando llorar. Fue en aquel momento cuando más dolió nuestra separación—. Gracias por haberme pintado en uno de tus cuadros.

Él acertó más nuestra distancia y murmuró:

—Nunca dejaré de pintarte.

—¿Cuándo lo hiciste? —pregunté, intentando guardar la compostura.

Travis comenzó a pasear por el lugar, instándome a que yo hiciera lo mismo.

—Cuando supe que te amaba —contestó, y después me miró—. Descubrí que tus cicatrices no eran tan distintas a las mía, y fue cuando me enamoré de ti.

Me mantuve en silencio por varios segundos. No podía llorar, no podía llorar... Eso era lo que me repetía mientras vinculaba mi mirada con la suya. Travis estaba emocionado.

—Travis, ¿cuándo nuestros caminos dejarán de coincidir? Tenemos que aceptar la realidad.

—Hollie...

No quería escucharme, pero tenía que hacerlo. Yo lo había hecho cuando él me lo había pedido.

—Tenemos que ser valientes —continué, conmovida—. Decidimos no estar juntos, y ahora no podemos quedarnos a medias. Nos estamos hiriendo.

—No puedo saber que estás cerca y no verte —dijo—. No soy

capaz.

—No sé qué hacer...

—Vete —me interrumpió, sus ojos llenándose de lágrimas—. No quiero herirte, te juro que no quiero seguir lastimándote. Puede que lo mejor sea que te vayas de aquí. Que seas feliz de una vez por todas. Yo no puedo dejarte ir si continuo viéndote. Lo siento, soy egoísta. Vete, aléjate de este lugar. Sé feliz. Yo lo seré teniendo la certeza de que tu vivirás plenamente tu vida.

Tenía un gran nudo en la garganta. Apenas podía respirar. Si hablaba, estaba segura de que rompería a llorar. Me destrozaba el alma verle así.

¿Cómo despedirte del amor de tu vida?

El Travis Redmond del que me había enamorado locamente estaba frente a mí en ese momento, casi rogándome que me marchara.

Era doloroso, pero quizá era lo mejor.

10 de Octubre de 2016

Cuando llegué a la floristería aún quedaban unos minutos para que tuviera que abrirla, y como de pasada vi un mercadillo benéfico —el cual había organizado Jon—, decidí escabullirme unos momentos y visitarlo. La verdad que necesitaba la mente despejada lo máximo posible, sentía que con lo ocurrido los días anteriores había retrocedido varios pasos, pero habían sido necesarios. No sabía a la perfección si sentir que Travis me amaba me consolaba o me provocaba un sentimiento más lacerante aún. Para mí comenzaba ser más fácil odiarle, sentir que todo lo que había vivido ese tiempo atrás había sido falso y que tarde o temprano, lo mejor para mí era darme cuenta.

Sentir sin embargo que, quizá las cosas no eran tan fáciles como simplemente odiarle, me hacía todo un poco más difícil. Todo lo que

había sentido junto a Travis había sido real, y en ese momento más que nunca. Sentí como mis sentimientos se desnudaban al completo, y también los suyos.

Ingresé en el mercadillo y comencé a ojear los objetos y las cosas que había expuestas. Según había leído en los carteles del principio, todo había sido donado y todo el dinero recaudado iría para los necesitados del tercer mundo. Todo eso solo podía venir de un corazón humilde y bondadoso como era el de Jon.

—Hollie —dijo una fría y cortante voz femenina a mi espalda. Cuando me giré, descubrí que se trataba de Alizze.

La observé por segundos, de arriba abajo, viendo cómo lucía esas caras prendas y esos altos tacones un día cualquiera. Yo entendía por qué en su momento Travis estuvo tan enamorado de ella, incluso para llegar a casarse. Y también llegaba a entender que quizá, no era tan difícil que volviera a hacerlo.

—Tengo prisa —respondí.

Fui a pasar por su costado para marcharme pero ella agarró mi brazo con fuerza, haciéndome sentir como cada una de las uñas postizas que tenía se me clavaban en la piel.

—Igual que sacas tiempo para hablar con Travis, haz lo mismo conmigo. No soy estúpida, Hollie. Conozco a las mujeres como tú.

Me zafé de su agarre con salvajismo.

—Y yo también a las de tu clase.

—Sé que fuiste a la dichosa Galería de Arte —continuó sin hacer caso a mis palabras. Parecía solo ser capaz de escuchar lo que salía de su boca—. Sé que no tienes escrúpulos, que no te importa acostarte con él y que por la noche duerma con otra, pero te digo ya que yo no soy esa clase de mujeres que lo permite.

—Tú eres de esa clase de mujeres que hace lo mismo.

Su rostro se descompuso y liberó sus ojos de las gafas,

acercándose más a mí, intentando intimidarme. Lo consiguió en cierta parte, pero me mantuve impassible.

—Si vuelves a buscar a Travis, o a dejar que él te encuentre, te juro, te juro por lo más valioso que poseo que es mi hija, que lo alejo de ella y que no vuelve a verla nunca más.

—Ya lo hiciste una vez.

—Y soy capaz de repetirlo si no haces caso a mis palabras —dijo con insidia. Su voz, todo lo que salía por su boca, parecía veneno. Ella parecía veneno—. Olvídate de él, o Travis tendrá que olvidarse de Baylee.

Y tras escupir esas palabras, volvió a colocarse sus gafas de sol y se alejó de mí, saludando alegremente a las mujeres que pasaban por su lado.

¿Cómo podía ni si quiera pensar en alejar de nuevo a Travis de su hija? ¿De...? Me repudiaba incluso repetir el nombre en mi cabeza. No quería saber nada de ella, ni su nombre, ni su rostro, nada. Era bastante doloroso saber que simplemente existía.

Deambulé por el mercadillo, rememorando una y otra vez las palabras de Alizze. No sabía bien si Travis volvería a querer verme, no sabía nada de sus intenciones, pero yo sabía que no podía permitir que por mi culpa esa niña se alejara de su padre. Yo ya le había alejado de un hijo, del mío, yo lo había destruido y no podía permitir que él pasara por eso de nuevo aunque ni si quiera conociera la existencia de nuestro bebé.

Llegué hasta la floristería y la abrí, pasando el resto de la mañana trabajando.

Cuando salí anduve por la calle en dirección a mi casa. El día había sido eternamente largo. Opté por tomar una calle que nunca había transitado, no obstante, lo hice. Y me maldije toda la vida por ello.

En uno de los establecimientos estaba Travis en compañía de su

familia, y con una hermosa bebé sobre su regazo. Las lágrimas no tardaron en aparecer, joder, estaba demasiado sensible. Travis agarró a la niña y la posicionó frente a él, comenzando a hacer mohines simpáticos y provocando que la niña riera.

Fue, posiblemente, el momento más duro de todos. Afirmar que él sin mí estaba bien, que para él había una esperanza llamada Baylee para dedicarle su vida en cuerpo y alma y ser feliz. Travis conseguiría ser feliz sin mí, y yo no. Yo sentía que cada vez era más duro hacerlo sin él, y sin la vida que había comenzado a crecer en mi interior, que era lo único que me había quedado de nuestro amor.

Él tenía una familia, y yo no tenía nada. Y si bien yo no maldecía que él lo tuviera, sí me perturbaba el sentirme tan sola. Todo a mí alrededor seguía adelante, todo excepto yo. Yo me había quedado estancada en una parálisis temporal de la que nunca podría escapar.

Cuando Travis giró en mi dirección, corrí con ímpetu hasta llegar a la puerta del bloque de pisos donde residía. Saqué la llave con las manos temblorosas y la introduje, y, acto después, seguí al mismo acelerado ritmo hasta llegar a mi casa.

Tiré el bolso al sofá y corrí las pocas escaleras que tenía y me tumbé de golpe en la cama, escondiendo mi rostro. Capi no tardó en subir tras de mí y besó con ternura toda mi cara. Me hizo sonreír, y me hizo no sentirme tan sola. Su compañía era más valiosa que la de muchos seres humanos.

Travis se había alejado de mí en un heroico amor a su hija, y yo tenía que cerciorarme de que eso seguía así por el heroico amor a él. Se merecía ser feliz, se merecía estar con ella. Él se merecía todo lo bueno que la vida pudiera brindarle.

13 de Octubre de 2016

El timbre de la puerta sonó y me dirigí hasta ella, encontrándome a Jon. ¿Y esas visitas tan continuas, qué significaban?

—¿Molesto?

—No —respondí rascándome la nuca y dejándole paso hasta el interior de mi casa.

—Solo... solo me pasaba para saber qué tal estás...

—Estoy igual que esta mañana —dije con una sonrisilla y él soltó una bocanada de aire.

—Te molesto, ¿verdad? —preguntó con celeridad, y sin darme tiempo a responder, se dirigió a la puerta dispuesto a irse.

—No, Jon, no lo haces. Solo que... no estoy acostumbrada últimamente a que alguien se preocupe tanto por mí. Solo Capi.

—No quiero resultarte pesado.

—No lo haces —Tomé asiento y le invité a hacer lo mismo—. Bueno, ¿solo mi estado de ánimo te trae por aquí? Porque vivimos muy lejos para que solo te haya traído hasta aquí eso.

—Es en serio, me preocupo por ti —contestó y posó su mano sobre la mía.

Mi cuerpo se irguió y yo misma me tensé, pero fruncí los labios en un intento de sonrisa para que él no se diera cuenta.

—Gracias.

Pasamos un rato juntos, hablando y riendo. Todo fue entretenido hasta que el ambiente se tornó tenso cuando Jon acercó su rostro al mío y consiguió besarme, aunque instantes después, me separé de él.

—Jon... Esto no está bien.

—¿Por qué no iba a estarlo? —murmuró dejando sus gruesas manos entre mi cuello.

—Porque yo quiero a Travis.

Me levanté y me posicioné de espaldas a él intentando ocultar mi

rostro de molestia al haberse atrevido a hacer eso.

—Y yo lo sé... —habló justamente detrás de mí—. Y te puedo ayudar a olvidar todo lo que has pasado. Me gustas, y estoy dispuesto a luchar para hacerte feliz —añadió reposando sus manos en mis hombros y me hizo girar para colocarme frente a él.

—Jon...

—Shhh... —musitó posando su dedo sobre mis labios—. Déjame intentarlo. Tú también mereces ser feliz.

Miré sus ojos, sorprendiéndome de su azul oscuro intenso, que me transmitían nada más que tranquilidad. Era un buen hombre, era amable, simpático, cariñoso, atento, inteligente, gracioso, atractivo... era lo que cualquier chica soñaría con tener, no obstante, para mí, le faltaba el rasgo más importante de todos: llamarse Travis Redmond.

Pero aun así me permití pensar por décimas de segundos. Travis tenía una familia, él no estaba solo y él llegaría a aprender a estar plenamente feliz sin mí. Yo necesitaba a alguien que me ayudara a hacer lo mismo, a seguir adelante, a volver a tener un motivo por el cual sonreír, y quizá... quizá Jon era esa pequeña oportunidad y esperanza que la vida volvía a ofrecerme.

Sonreí levemente y Jon lo tomó como una afirmativa, lo cual no estaba muy lejos de la realidad, pero todo era más confuso para mí. Mi mente me animaba a intentarlo, me lo merecía, pero mi corazón me repudiaba y me gritaba que no podía utilizar a una persona para olvidar a otra, porque podría salir herida y yo no quería eso.

Pero un corazón herido, no tiende a razones cuando de sanarse de cualquier forma se trata.

Jon agarró con sutileza mi mentón y plasmó de nuevo sus labios sobre los míos. Cerré los ojos, intenté que todo fluyera, no mentiré diciendo que fue una sensación desagradable porque no lo fue, pero sí que llegué a sentirme sucia y traidora.

Aunque, a final de cuentas, yo no sabía qué hacía Travis todas esas

noches en la misma casa que Alizze...

El timbre volvió a sonar de forma insistente y algo violenta. Despegué mis labios de los de Jon ceñuda, algo extrañada por quién podía tratarse.

—No hagas caso —murmuró con voz socarrona, hundiendo sus dedos entre mi cabello para volver a besarme, pero el timbre se hizo más insistente y tedioso.

—Voy a abrir.

Me dirigí a la puerta y la abrí de golpe una vez ahí.

—Vaya, vaya, a quién tenemos aquí...

Me quedé petrificada.

—Tío Shepard —Fue lo único que fui capaz de pronunciar ante tal colapso mental.

Capítulo 41

Hollie

Me quedé paralizada por instantes ante la última persona que esperaba ver detrás de la puerta. No podía ser. Debía ser un sueño. Tenía que serlo.

—Ya habrá tiempo para una cálida bienvenida —habló él haciéndose paso, chocando su hombro contra el mío y provocando que me moviera ligeramente por el impulso.

—¿Quién eres? —preguntó Jon.

Ya incluso se me había olvidado que estaba allí. Giré sobre mis talones, con un gran nudo en la garganta y con escalofríos que atacaban mi cuerpo momentáneamente.

—En otra ocasión nos presentaremos, debo hablar mucho con Hollie —dijo tío Shepard sentándose acomodadamente en el sofá.

Jon me miró confundido, pero yo no era capaz de expresarle nada. Seguía procesando la realidad.

La realidad en la que me habían encontrado.

—Y ahora, vete —añadió con voz menos amable que la anterior.

Jon se acercó a mí y frunció su ceño en busca de una respuesta que yo no podía darle.

—Nos veremos más tarde... —tartamudeé al ver cómo tío Shepard me hacía señas para que le echara.

De todas formas, aunque quería que mi voz sonara segura, para

nada salió así. Jon asintió confundido, y apretó mi mano ligeramente para transmitirme su afecto. Segundos después optó por irse y maldije que lo hiciera.

Me sentí perdida.

—Bueno, bueno... —Tío Shepard dejó sus rudas manos en mis hombros y los masajeó con vigor, haciéndome daño—. Llevábamos mucho tiempo sin verte.

—¿Qué quieres?

Él sonrió con malicia, dejando a relucir sus blanquecinos dientes. Después giró sobre sus talones y comenzó a inspeccionar el sitio.

—Nos volvemos a Aberdeen —contestó pasando la palma de su mano por todos los objetos con superficie—. Lo siento por irrumpir en tu nueva vida pero me haces falta. Después te dejaré libre de nuevo para que continúes tu vida de... ¿puta? Sí, debes dedicarte a eso. Esa ropa no se paga con cualquier sueldo.

—¿Me quieres meter en la cárcel?

Él se carcajeó sonoramente.

—No, para nada. Solo quería encontrarte. Coge un par de cosas y nos vamos.

Capi comenzó a ladrar y tío Shepard lo observó.

—Veo que te juntas con los de tu especie, un perro para una perra como tú.

Intentó acercarse a él pero me interpuse.

—No voy a ir contigo a ningún lado. No puedes obligarme. Vete de mi casa.

Tío Shepard enfureció súbitamente.

—¿Qué? —preguntó. Él esperaba que me contradijera, como siempre había hecho—. ¿Qué has dicho, pequeña Hollie?

Sin embargo aquella vez no fue así.

—Que te vayas.

Sin apenas darme cuenta, él tiró una lámpara de la mesa, provocando un desagradable ruido. En aquel momento mi cabeza volvió al pasado, comenzó a doler, y me sentí más aterrada que nunca. Sin pensarlo dos veces corrí a una esquina de la habitación, sentándome en el suelo, haciéndome un ovillo.

Aquella posición tan sumisa era la que siempre adoptaba cuando él iba a hacerme daño.

—Levántate y vamos. No voy a repetírtelo más.

—¡No! —grité, escondiendo mi cabeza. Escuché unos fuertes pasos acercándose a mí y después escuché a Capi gritar. Levanté rápidamente la vista y vi que tío Shepard iba a propinarme una severa patada, pero Capi se había interpuesto—. ¡Hijo de puta!

Me levanté y abracé a Capi. Él estaba bien, solo que algo condolido. Me posicioné frente a él, protegiéndolo con mi cuerpo y le observé con rabia.

—Te odio —dije, apretando los dientes—. No sabes cuánto te odio.

—Vámonos si no quieres que mate a tu perro.

Finalmente accedí. Lo hice porque sabía que sería capaz de hacerlo. Agarré un par de cosas bajo su vigilancia y me arrebató el teléfono móvil. Le rogué que me dejara hablar con Jon para pedirle que cuidara de Capi, y si me lo permitía, yo no opondría ninguna resistencia en el viaje. Sorprendentemente me permitió dejar una nota bajo su puerta junto a las llaves de mi casa, pidiéndole que le cuidara.

14 de Octubre de 2016

El sol calentaba el ambiente y aún más dentro del coche.

Llevábamos horas ahí metidos, y todo ese tiempo había estado sin hablar.

Si sentía que las cosas no podían ir a peor, la vida me recordaba que siempre se podía ir a peor.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó tío Shepard mirándome fugazmente por el retrovisor delantero.

Aparté la mirada y la fije en el paisaje que corría ante mis ojos. ¿Cómo podía ser tan cínico de preguntarme eso? Él no había cambiado, y si lo había hecho, había sido a peor.

—¿No es obvio? ¿Y tú? ¿Tú cómo me has encontrado?

—Hace unas semanas recibí el aviso de que habías aterrizado de un viaje Grecia- Liverpool. Pensé que sería más fácil encontrarte pero... opté de hacerlo de otra manera.

—¿Cuál?

—¿Qué más te da? Ya hemos llegado.

Tío Shepard aparcó frente a la casa donde me había criado. Estaba mucho más descuidada. Parecía que habían pasado años desde que no estaba ahí. A pesar de que el coche dejó de moverse, tío Shepard no quitó el seguro para salir de ahí. Se giró a mí y suspiró de forma ronca.

—El abuelo se está muriendo —comentó con frialdad. Tanta que en principio me rehusé a pensar que era verdad, pero, ¿por qué tenía que mentirme?—. Parece que el cascarrabias está esperando a verte. Llevamos mucho tiempo buscándote.

—¿Y qué quiere de mí a estas alturas?

—Remendarse, supongo. El caso es que estás aquí por mi interés y no por el suyo. No me hubiera molestado tanto en buscarte solo porque el viejo se arrepiente de cómo te ha tratado.

—¿Él se arrepiente?

No respondió. Salimos del vehículo y no pude sentirme más extraña y más fuera de lugar aún. Ese ya no era mi sitio, en absoluto. Me quedé quieta por segundos, repitiéndome mentalmente lo desgraciada que había sido por volar a Liverpool sin ni si quiera pensar que era una vía libre para que ellos pudieran dar conmigo.

—¿Podré ver a Aylen? —cuestioné cuando tío Shepard sacó las maletas del maletero.

—No vas a salir de esta puta casa —advirtió con un tono duro de voz, agarrándome del brazo con fuerza y tirando de él para llegar hasta la casa.

En el trayecto él miraba a sus costados para que nadie se cerciorara de lo que ocurría, y entonces entendí que esa situación era más importante de lo que parecía.

Yo no estaba allí por voluntad propia y él iba a encerrarme en la casa.

Entramos a la casa y cerró de un portazo para después tirar mis maletas a un lado con desprecio. Adelantó varios pasos, y, presa del miedo, deshice mis pasos con rapidez dispuesta a marcharme, pero la puerta estaba cerrada con llave y tío Shepard logró atraparme y acorralarme entre sus brazos y la pared.

—¡No vas a volver a irte! ¿Me escuchas? ¡Nunca! —gritó justamente frente a mi rostro. Cerré los ojos de la impresión y él presionó sus dedos en mi mentón, provocando un ligero dolor—. Ve a hablar con tu abuelo, a ver si se muere de una vez por todas —añadió soltándome con desprecio, provocando que mi espalda colisionara con la pared.

Cuando se alejó de mí, corrí escaleras arriba y entré en la habitación del abuelo, donde le vi de mala gana tirado en la cama, con un rostro semejante al marfil y los labios amorotonados.

—Abu... abuelo —tartamudeé una vez estuve en el umbral de la puerta.

Éste entreabrió los ojos con esfuerzo, y comenzó a agitarse. Me acerqué rápidamente a él para que parara, pues ya estaba fatigado, y conseguí erguirlo sentado en la cama. Estaba helado.

—Hol... —susurró tras soltar una costosa bocanada de aire. Parecía que le faltaba, por lo que corrí hasta la ventana y la abrí.

—¿Qué te pasa, abuelo? ¿Qué te duele? ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Por qué no vamos al hospital?

—Ya... ya no duele... nada —susurró entre grandes bocanadas de aire—. Ya he... estado, en el hospital... he pedido el alta... voluntaria yo...

—Abuelo...

Daba mucha impresión verle así, tan mal, tan... al borde de la muerte.

—Tienes que... dejarme, hablar. Tengo que... explicarte... todo.

—¿El qué, abuelo?

—Coge la silla y... siéntate —murmuró y así lo hice—. Lo he visto... a mi hijo, a... tu padre... él... oh... él me odia... y tú... también lo haces —comenzó entre intervalos ya que la tos le impedía continuar con fluidez—. Y... ahora me arrepiento... de todo... lo que te he hecho... de todo... lo que te... he privado. No me deja... dormir por las noches y siento... que tampoco... me dejará... morir... en paz.

—No te martirices, ya todo ha pasado —dije mientras lloraba.

Era cierto, yo le odiaba. Igual que a tío Shepard, pero verle así de frágil, no me permitía echarle todas las cosas en cara. Ni si quiera era capaz de darle la razón en todo lo que decía, pero la llevaba. Solo asentía con pena, por las condiciones en las que estaba.

—Tus padres... cuando... murieron, nos dejaron... toda tu herencia... hasta que... cumplieras tu mayoría... ahora ese dinero es tuyo... igual que todo el mío y el de tu abuela... sé que todo lo

malo... no se compensa... con dinero... pero... es lo que puedo ofrecerte para compensar...la vida de verdadera mierda que te he dado...

—No hace falta, abuelo, solo quiero que comprendas el por qué me marché. Y el por qué no quiero estar aquí nunca más.

—Ni deberás estarlo... vende la casa...

—¿Y tío Shepard...?

—Esa no debe... ser... tu preocu...

—Bueno, basta ya la cháchara, vamos a comer algo Hollie —dijo tío Shepard irrumpiendo en la habitación.

Clavé mi mirada en el abuelo, que negaba con la cabeza, sin embargo, tío Shepard agarró mi brazo y tiró de él con fuerza hasta bajar a la planta baja y obligarme a tomar asiento en el comedor.

Él me sirvió un plato lleno de mierda y se sentó frente a mí, divertido.

—Dime qué te ha dicho —Sentía las náuseas en lo más profundo de mis entrañas—. Te va a dejar toda la herencia, ¿verdad?

—No hemos hablado de eso. Dime, ¿ese es el interés que tienes en mí?

—Vaya, chica lista —contestó—. Aunque no te lo haya dicho, todo esto y más van a pasar a ser tuyo, pero... por poco tiempo. Si quieres que desaparezca de tu vida, dámelo todo.

—Si el abuelo quisiera que lo tuvieras tú, te lo heredaría a ti —gruñí con rabia.

¿Todo eso, todo lo que había hecho, era por dinero?

—¿Ves? ¡Te ha dicho algo! —vociferó golpeando la mesa, provocando que todo chirriara y se levantó con violencia.

Me tensé al verlo tan alterado, estaba al límite, no recordaba que él

fuera de esa forma tan radical. Nunca me había tratado bien, pero tampoco lo había hecho tan mal. Agarró mi cabello con furia y empujó mi cabeza para acercarme al plato con heces.

—¡Habla! —gritó.

—¡Sí, me lo ha dicho! —exclamé—. ¡Y no vas a ver nada del dinero de nuestra familia!

El rostro de tío Shepard se descompuso y entonces, hundió mi rostro en las heces del plato. El olor y la densidad me provocaron náuseas, y me impedía respirar. Intentaba forcejear, pero parecía imposible que me soltara.

Cuando sentí que iba a desfallecer, me soltó con desprecio y me dejó caer al suelo. Tosí con violencia y restregué mi rostro con las mangas del jersey, vomitando posteriormente.

—¡No me das miedo!

Tío Shepard fue a abalanzarse de nuevo a mí, pero corrí y logré llegar hasta las escaleras y subirlas con rapidez hasta llegar a la habitación del abuelo.

Cuando ingresé, lo descubrí. Descubrí cómo el abuelo yacía de la misma postura que yo lo había dejado, con los ojos cerrados de forma relajada, y cómo su cuerpo no mostraba ni un ápice de vida.

Tapé mi rostro de la impresión. Nunca había visto a un muerto, y era algo totalmente desolador y desagradable. Tío Shepard llegó y se posicionó ante mi espalda, y tras una infame sonrisa, pronunció:

—Por fin.

Travis

Baylee prácticamente babeaba mi cara y reía por hacerlo. Estaba tumbado sobre el césped del hotel, y ella estaba mantenida justamente en mi pecho. El sol irradiaba calor y era una temperatura realmente

agradable para estar en el exterior pese al mes en el que nos encontrábamos.

—Baylee, ¿Cuándo vas a decirme papá? —le pregunté y la niña emitió un sonido que me hizo sonreír.

Me incorporé y la acurruqué en mi pecho, donde noté como ella se acomodaba y se relajaba.

—Travis —habló Sarah a mi espalda. Yo me giré —. Mi hijo, Jon, no sé si te acuerdas de él, ha venido y quiere verte.

—¿A mí? —pregunté levantándome aún con Baylee a cuestas. Ella asintió—. ¿Para qué?

—No sé, no me ha dicho nada, solo le noto muy preocupado. No le molestaría si no fuera una urgencia, se lo aseguro.

—¿Dónde está?

Sarah cogió a Baylee.

—En la recepción.

Asentí y me dirigí a la recepción donde, efectivamente, estaba Jon.

—Buenos días Travis, espero no haberle molestado —dijo Jon estrechándonos las manos—. Realmente no sé si estoy haciendo bien pero estoy preocupado por... Hollie.

—¿Hollie? ¿Qué pasa con ella? —pregunté tensándome al momento.

De primeras no entendí por qué Jon iba a estar preocupado por ella, ¿tanto se conocían? Eso me aturdía un poco pero lo más importante para mí en ese momento, era saber qué ocurría.

—Ayer un hombre de unos cuarenta años llegó a su casa y ella no estaba muy cómoda, es más, estaba... nerviosa. Nerviosa y asustada. Luego ella me pidió que cuidara de Capi.

—¿Qué hombre? ¿Dónde está ahora ella?

—No lo sé Travis, el caso es... es que desde entonces ella no está en su piso.

Recibí la noticia como un balde de agua fría. Mi cuerpo se tensó, sentía la tirantez presente en todo mi cuerpo, y entonces supe lo que estaba ocurriendo.

Y, por ende, debía viajar en ese preciso momento a Aberdeen.

—Gracias... gracias por avisarme —tartamudeé aún sin poder asimilar todo, y me dirigí con agilidad hasta las escaleras.

—¡Travis! —Me llamó y giré sobre mis talones—. Acudo a ti porque sé que aquí nadie la conoce mejor que tú, pero créeme que no está bien lo que haces con ella. Déjala en paz, la has hecho sufrir demasiado, la has hecho sentirse culpable por algo que... la menos responsable es ella.

—¿A qué te estás refiriendo?

—A que ella no está sola, y no vas a poder jugar más con ella a tu antojo. Sé que ella te ama, pero yo estoy dispuesto a hacer que te olvide. Solo quiero una guerra limpia, Travis.

Apreté mis puños con rabia, sintiendo cómo la sangre dejaba de correr con fluidez por mis nudillos, y sentí la gran necesidad de estamparlos en su cara. Pero necesitaba relajarme, porque ante todo estaba ella, y ella estaba en problemas.

Y me necesitaba.

Capítulo 42

Hollie

15 de Octubre de 2016

Miré a mí alrededor y el ambiente no podría ser más caliginoso. El cura oficiaba el entierro del abuelo con rostro conmovido, más que por la pérdida del abuelo, por la ausencia de personas en él. Desde que el abuelo había expirado su último suspiro, nadie se había conmovido tanto como para acongojarse en su entierro. Solo estábamos tío Shepard y yo, vestidos de luto en su despedida de la vida.

Aquella situación me hizo replantearme muchas más cosas de las que había podido imaginar jamás: el abuelo era un hombre solitario, arisco, machista, cerrado en sus cosas, poco hablador y de más descalificativos que opté por suprimir ya que se suponía que en el entierro de las personas solo se podía hablar bien de ellas. El abuelo no era la clase de persona que desearías conocer, pero verse tan solo en su propio entierro, era triste, muy triste, contando aún más que una de las dos personas que lo presenciábamos deseaba acabar con ese acto para hablar del testamento y yo, estaba ahí por obligación, aunque en el fondo, agradecí estar ahí. Él era mi abuelo, él era el padre de mi padre, a pesar de todo llevaba mi sangre y merecía que por lo menos mis ojos lloraran por su pérdida.

Apenas le presté atención a las palabras vacías del cura. Estaba absorta en mis pensamientos, no había dormido nada esa noche, me la había pasado llorando, había sido muy duro para mí ver al abuelo muerto y también era duro para mí notarme tan sola en el mundo, incluso mucho peor, con el tío Shepard.

La muerte tan de cerca asustaba a cualquiera. El último recuerdo que yo tenía del abuelo fue ese día en el que decidí escapar, y para mí esa había sido la verdadera despedida. A pesar de todo, me costó marcharme de allí, aquella era mi casa aunque no la considerara mi hogar, con diecinueve años y nada de dinero el bolsillo. No obstante, ni si quiera había pasado un año, aunque estaba cerca. Todo ese tiempo parecía haber sido décadas para el interior de mi cuerpo, todo había pasado en tan poco tiempo...

Cuando quise darme cuenta, el cura ya había abandonado el cementerio y el abuelo ya estaba enterrado. Tragué saliva, si bien no era tan doloroso como la muerte de mi abuela, me conmovía, y sentía cómo las nuevas lágrimas que aparecían por mis ojos dejaban un desagradable escozor a su paso.

—No fue tan mal hombre —murmuró tío Shepard con los brazos extendidos hacia su espalda, mirando la situación con asco.

—Yo acabo de darme cuenta que no lo era tanto como otros —siseé con mi vista clavada en la tierra que albergaba el cuerpo del abuelo.

Era increíble pensar que él se encontraba ahí abajo, debajo de esas capas de tierra y musgo, y que nunca más saldría de ahí. Era difícil de asimilar.

—¿Nunca te han dicho que el trato que tenemos con las personas que odiamos, no nos define como malas o buenas personas?

—¿Y por qué tú me odias a mí? —cuestioné permitiéndome mirarle con cierto reproche. Yo en muchos momentos pensé que ellos me odiaban, pero nunca habían tenido el coraje de afirmármelo.

Hasta ese mismo momento.

—Los malos no son siempre los mismos —habló comenzando a caminar, alejándose de la tumba del abuelo. Antes de seguirle, me santigüé y dejé la rosa sobre la tumba—. Existen los villanos pero también los antihéroes.

Aunque el significado con el que pronunciaba esas palabras estaba muy lejos al que yo pensaba, me recordó a Travis. En más de una ocasión, al principio, yo me había limitado a tacharle de malo con todo lo que me hizo. Incluso llegué a odiarle, y por eso no me calificaba como mala persona. Y él tampoco lo era a pesar de todo.

Me *irritaba* pensar que las palabras de tío Shepard contenían parte de verdad.

—¿Sabías que tu madre, antes de quedarse con tu... padre, estuvo dudosa entre él y yo? —añadió y su confesión me sorprendió. Fui incapaz de articular una respuesta, simplemente amplí mis ojos desorbitadamente mientras continuábamos andando—. Ellos se enamoraron, fue un flechazo total. Pero cuando él nos presentó... una rápida conexión nos unió. Me volví loco por ella. Hacíamos escapadas a espaldas de Henry, fueron los momentos más felices de mi vida. Era incapaz de ver el trasfondo real de la situación, y es que estaba siendo el amante de la novia de mi hermano.

—Yo no...

—Ni yo tampoco sabía ciertas cosas —masculló dejando su vista en un punto inconcluso del paisaje—. Pero entonces, llegaste tú. De un día para otro, todo cambió cuando se enteró de que estaba embarazada y rápidamente se casaron. En ese momento, todo cambió radicalmente. Beth comenzó a repudiarme, le asqueaba todo de mí, mi hermano era incapaz de mirarme a los ojos y todos me odiaron.

—Ella le contó que...

Tío Shepard se detuvo frente a la puerta de la casa e introdujo las llaves en la cerradura para abrirla. Instantes después entramos y él cerró.

—Nos separaste tú, Hollie —habló con voz fría y seca. Avanzó por el pasillo hasta que llegó al salón y se frenó—. Pero no porque tu nacimiento consolidara el amor de ambos.

—Por eso me odias...

—Hollie, claro que yo te odio —espetó hurgando entre los cajones del salón, dándome la espalda—. Te odio porque tú eres el fruto de un amor frustrado. Porque eres la mayor muestra de amor que yo pude ofrecerle a Beth, eres el único pedazo que queda de nuestro amor fortuito y ella... ella decidió entregárselo a Henry. Como hizo con todo —añadió tendiéndome un documento antiguo.

Sus palabras me confundieron, me flaquearon las piernas y provocaron un temblor en mis manos que me dificultó agarrar el papel. Desdoblé el delicado documento, hasta que la respuesta a todo su revoltijo de confesiones se hizo lúcida para mí.

—Te odio porque a pesar de ser mi hija, ella decidió que él fuera tu padre —agregó—. Por eso te pido, que si tienes algo de bondad en tu cuerpo, que si estás dispuesta a remendar los errores que ellos cometieron, me cedas la fortuna. Hazlo por tu verdadero padre.

Mi vista se nubló, aunque se quedó clavada en las miles de palabras que contenían el documento de la prueba de paternidad de hacía años que certificaban que Shepard Wadlow era mi padre.

El timbre de la puerta sonó y tío... Shepard, se marchó a abrir. Yo opté por sentarme, no era capaz de mantenerme de pie por más tiempo. No podía digerir tanta relevante información. Iba a acabar colapsando.

Shepard entró de nuevo al salón junto a un hombre mayor que él, con anchas dimensiones y escasez de pelo.

—Buenos días —saludó con tono serio mientras tomaba asiento en una de las sillas del comedor. Shepard se acercó a mí, me arrebató el documento y me obligó a sentarme frente al hombre—. Estamos aquí para la lectura del testamento del señor Wadlow.

Shepard tomó también asiento y mi estómago se revolvió. Todo era confuso, era como estar viviendo una realidad que no era la de verdad. Necesitaba despertar en mi piso, y sentir que nada de eso había ocurrido.

—Todo el dinero que los difuntos padres de la señorita Wadlow poseen quedan a su nombre, así como todo el dinero metálico del señor Wadlow y la única propiedad que éste posee, esta casa, también pasan a la única heredera, usted, señorita Hollie Wadlow —explicó tras la lectura técnica de los testamentos.

—Bueno, ella quiere ceder toda su herencia a Shepard Wadlow, yo mismo —apuntó él con una sonrisa llena de perfidia.

¿Cómo podía ser así... mi padre? ¿Cómo podía solo pensar en el dinero tras la muerte de su propio padre y después de esa confesión?

El timbre comenzó a sonar, pero Shepard hizo un ademán para que lo omitiéramos y siguiéramos con el trámite.

Aunque el timbre no dejó de sonar.

—¿Está segura, señorita Wadlow? Hablamos de una alta suma de dinero. Una muy alta... —insistió el abogado.

Estaba claro que no estaba segura, de hecho, no quería hacerlo. Y no precisamente por mí, era injusto que todo eso acabara en sus manos. Shepard apretó sus dedos con aspereza alrededor de mi muslo para que me atreviera a hablar, aunque solamente asentí.

En ese momento el timbre cesó, pero un gran estruendo lo continuó, provocando que los tres nos sobresaltáramos.

E instantes después, Travis, junto a Charles, Aylen y la señora Stapleton, irrumpieron en el salón.

El rostro de Shepard se descompuso, en cambio, una sonrisa desesperada afloró de mis labios y me levanté rápidamente para atrapar a Travis entre mis brazos. Le necesitaba, era la única persona a la que necesitaba abrazar en ese momento. Travis me atrajo más para sí, rodeando mi tremulante cuerpo con la firmeza de sus brazos.

—¿Pero quién cojones sois y por qué entráis de esa forma a mi casa? —bramó Shepard con desprecio. El abogado se levantó de la silla y se colocó frente a nosotros.

—Bueno, aún no es su casa —le corrigió el abogado—. Señor Redmond.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó él aún sosteniéndome con sus brazos. Yo solo me limité a encerrar mi rostro en su pecho, el cual estaba agitado.

—Estábamos en la lectura del testamento del señor Wadlow —contestó el abogado.

Sentí una cálida mano sobre mi hombro, que pronto descubrí que correspondía a Aylene. Entonces, en un rápido movimiento, me separé de Travis y me abracé a ella.

—¡Hollie, firma ya! —gritó Shepard agarrándome del brazo y tirando de él, pero en cuestión de segundos, el puño de Travis ya había hecho contacto con su rostro y estaba sobre el suelo.

Travis

Con mi ayuda y mi protección, Hollie aceptó la herencia que le correspondía a pesar de las amenazas de su tío y se encontraba en la parte de arriba, junto a Aylene, recogiendo sus pertenencias para marcharnos ya de allí. El abogado ya había abandonado el domicilio, mientras que su tío estaba sentado en el sofá con un pañuelo taponando su nariz para terminar con la sangre que había provocado por el golpe que emanaba de ella.

—No me extraña que Hollie huyera —murmuró Charles con su brazo apoyado sobre la barandilla de la escalera.

—Me siento culpable por haber permitido que esto volviera a ocurrir —dije sin despegar la vista de la figura del hombre.

Charles golpeó con afabilidad mi hombro y segundos después, Hollie y Aylene bajaron la escalera con la pequeña maleta que ella sostenía.

—¿Nos vamos? —preguntó Charles una vez ellas llegaron a la

planta.

Hollie asintió levemente, pero antes, mirándome y transmitiéndome tranquilidad con sus ojos, dejó la maleta sobre el suelo y se acercó a donde estaba su tío.

—Me voy —dijo. Él ni se inmutó al escuchar su voz—. Solo... solo quiero decirte que... si me llegué a maldecir por tenerte como tío, no quiero que te imagines como lo hago sabiendo que eres mi padre.

Y tras añadir ese inciso, Hollie giró sobre sus talones y corrió hasta abrazarse a mí. Yo acepté su tacto, ella estaba realmente triste y desconsolada. No entendía bien la situación, yo pensaba que sus padres estaban muertos, pero algo me decía que ella también pensaba que su progenitor estaba muerto instantes atrás.

Entramos al coche y tras pasar por la casa de Aylen y recoger sus pertenencias —pues ella se iría con nosotros para pasar unos días con Hollie—, salimos de allí.

Charles comenzó a conducir, mientras que Aylen estaba en el asiento del copiloto y nosotros estábamos en la parte de atrás. La cabeza de Hollie estaba apoyada en mi hombro, mientras que mi mano estaba metida en su despeinado cabello y lo acariciaba.

—Gracias por venir —murmuró ella y la miré con una media sonrisa. Me agradaba sentirla tan cerca, tan mía sin... serlo—. No sé qué hubiera sido de mí sin ti.

—Lo mismo digo.

Ella alzó su rostro y nos miramos fijamente, transmitiéndonos con la mirada todo lo que no éramos capaces de pronunciar.

—Esto... esto no te supondrá un problema con Alizze ¿no?

—Eso ya no me importa.

—Pero...

—Shh... —murmuré atrapando sus hinchadas mejillas entre mis manos—. Todo está bien, Hollie.

—¿Cómo has sabido encontrarme?

—Porque estamos destinados a estar juntos.

Su rostro se endureció, incluso se amargó por segundos. Yo sentía la necesidad de decírselo, si lo que acababa de ocurrir era una desgracia, al menos podría servir para cesar la amenaza que Alizze me había impuesto e intentarlo de nuevo con ella. Pero su rostro me asustó.

—Travis... yo... —tartamudeó—. Creo que... que debes saberlo.

—¿El qué?

—Que... he comenzado algo con Jon.

Capítulo 43

Travis

Tras un largo trayecto, por fin llegamos al hotel. El ambiente tan denso en un pequeño coche había sido tan palpable que me había llegado a asfixiar. Desde que Hollie había afirmado haber empezado algo con Jon, mis ganas de volver a escucharla más se habían esfumado. No estaba en condición de recriminarle nada, pero eso no me gustaba en absoluto. Si bien, yo estaba con Alizze, era lógico que no era por amor. Entre nosotros dos ya había surgido y también se había disipado ese sentimiento, por lo que una posible reconciliación era una posibilidad completamente nula.

Sin embargo Hollie sí estaba abierta a cualquier nueva relación, y para mí sorpresa, esa terrible desgracia había llegado demasiado deprisa. Si alguna vez me había imaginado que ese momento debía llegar, no lo esperaba tan pronto y de esa forma tan brusca, aunque debí haberlo imaginado antes...

Nada más Charles aparcar, Hollie bufó. No le agradaba la idea de que tanto ella como Aylen pasaran la noche allí, pero era lo necesario para cerciorarme de que iban a estar a salvo.

Ese hombre era un patán, y estaba claro que haría lo que fuera por el dinero que Hollie poseía en ese momento. Por eso había decidido que ellas pasarían la noche en el hotel hasta que al día siguiente pudiera poner todo en orden y bajo mi control, de tal forma estar seguro que Shepard no viajaría de nuevo hasta allí en busca de Hollie.

Los cuatros bajamos del vehículo y como imanes Hollie y Aylen unieron sus manos. Por nuestra parte, Charles y yo nos dirigimos al maletero y agarramos las cosas de ambas.

—¿Estás bien? —preguntó Charles con timidez.

Suspiré pesadamente, blanqueando también los ojos. Estaba claro que él había escuchado todo y se refería a cómo había digerido la noticia que Hollie me había otorgado. Cerré el maletero de un notable estruendo y caminé en dirección a la puerta de mi hotel.

—Creo que ha hecho lo que cualquiera haría —me limité a decir mientras caminábamos.

Charles asintió levemente mientras ordenaba su largo cabello.

—Si le sirve de consuelo, creo que lo hace por despecho —respondió con cautela.

Charles me conocía, y era consciente de que no me gustaba en absoluto que se entrometieran en mis asuntos, pero yo a esas alturas sabía que lo decía para hacerme sentir mejor.

—Por despecho o no, ella está con él.

La sola idea de pensar que otro hombre podría hacer lo mismo que nosotros habíamos hecho juntos me horripilaba... me hacía estremecer.

Entramos al hotel y Hara ya mantenía a Hollie entre sus brazos, mientras James intentaba hablar con Aylen y ella simplemente reía y negaba con la cabeza.

—Ella es Aylen —dijo Hollie una vez separada del cuerpo de Hara —, es sorda, James, así que no intentes hacer que te responda.

—YO SOY SENGOUGAHARA —exclamó Hara haciendo grandes y bruscos gestos con sus brazos.

Hollie rio levemente mientras negaba con la cabeza, cosa que provocó que mi corazón se acelerara. Después rodeó la espalda de su amiga con afecto.

—Ella no es Sarah, Sengua. Ella no escucha ni con esas —aclaró Hollie con una media sonrisa.

Estaba más relajada y eso, a pesar de todo, me hacía sentir un poco mejor.

Cuando alcé la vista para un plano mejor de la situación, vi a Ellen junto a Alizze, apartadas de nosotros, con rostros agrios y descompuestos. Dejé la maleta sobre el suelo y me acerqué a ellas, agarrando del brazo a Alizze y llevándomela de allí para hablar.

—¿Qué hace aquí? —preguntó muy molesta mientras yo cerraba la puerta de la sala a la que habíamos entrado.

—Esto te lo has buscado tú, Alizze. Si hubieras cumplido tu palabra y no le hubieras dado el paradero de Hollie a su familia, esto no pasaría...

—Espera, ¿qué? ¿En serio piensas que yo he hecho eso? —cuestionó contrariada, arrugando su frente con estupefacción—. Créeme que soy la que menos quería que su familia la encontrara, por dios, porque...

—Porque si no, no tendrías con qué amenazarme. —concluí con gesto duro.

Alizze desvió su vista y efectuó una extraña mueca con sus labios.

—Yo no he sido, Travis —murmuró—. Pero, ¿ahora qué? ¿Ella va a volver? ¿Esperas que viva bajo el mismo techo que ella? ¿Qué Baylee...?

—No metas a Baylee en esto, por favor.

—Sí la meto porque la concierne. Travis, si Hollie vuelve, Baylee y yo nos marcharemos, no te molestaremos más y no sabrás nunca más de nosotras.

Sus palabras, pronunciadas con rapidez e indiferencia, en su superficie daban a entender que iban con total banalidad, pero yo sabía que Alizze era demasiado retorcida y que cada cosa que decía, la había analizado palabra por palabra en su cabeza.

Sin más, ella había vuelto a amenazarme.

Sabía que todo lo que estaba haciendo podía usarlo a mi favor para pelear por la custodia de Baylee. Pero, ¿quién era yo para hacer eso? No podía separarla de su madre por mi egoísmo. Tenía que mirar por ella.

—No digas eso —dije, haciendo breves pausas entre cada palabra para que lo entendiera mejor—. No voy a permitir que vuelvas a alejar a Baylee de mí.

—Lo entiendo, pero si no la quieres lejos, también tienes que mantenerme a mí cerca. Y yo no voy a permitir que me veáis la cara de estúpida.

—Entre Hollie y yo se ha acabado todo —pronuncié. La expulsión de esa oración de lo más profundo de mí, arrolló miles de sentimientos. Me quemaba la garganta y sentía un gran nudo retorcido en el estómago. Desvié la mirada, intentando guardar la compostura. Aquello era doloroso, saberlo y pensarlo lo era, pero decirlo en voz alta y asumirlo, era mucho peor—. Entiende, por favor, que solo quiero protegerla como quiero proteger a nuestra hija. Permíteme que lo haga, Hollie y su amiga solo pasará esta noche aquí para que pueda poner todo en orden. Entiéndeme, por favor.

Alizze torció su gesto, y se cruzó de brazos en posición erguida. Tras rezongar, comenzó a asentir levemente con la cabeza.

—Prométeme que no habrá nada entre vosotros, prométemelo con el corazón en la mano Travis, porque demasiado doloroso es saber que amas a otra persona para aumentar el sufrimiento sabiendo que sigues viéndote con ella.

—Ella ya me ha olvidado —respondí—. Hollie está con otra persona. Te prometo que solo quiero protegerla, que no habrá nada más.

—La protegerás en calidad de amistad —dijo ella con una tranquilidad fingida—. Prométemelo.

—Te... te lo prometo.

—No puedo creerte —espetó—. No puedo.

—¿Qué puedo hacer para que me creas

Sabía que Alizze no pronunciaba nada en vano y que era capaz de volver a alejar a Baylee de mí. Y no podía permitir eso, no podía perder a la persona que contribuía a que la mitad de mi corazón siguiera latiendo.

Y tras segundos de silencio, Alizze pronunció:

—Casémonos de nuevo.

Hollie

Había hablado con Jon por teléfono y me había dicho que tanto él como Capi se encontraban bien. Me preocupada éste último; lo último que había vivido con él había sido esa patada que le había proporcionado Shepard. Pero Jon me aseguraba que se encontraba totalmente bien.

Los vería al día siguiente.

La oscura noche ya se había cernido sobre el sitio y todo estaba con un ambiente más lóbrego. Debería ser de madrugada, en cambio, yo estaba sentada en una de las mesas de la cocina bebiendo café. Todos estaban durmiendo, o al menos deberían, mientras que todo lo ocurrido me atormentaba la cabeza y no me dejaba conciliar el sueño.

La muerte del abuelo y la soledad de su entierro habían hecho mella en mí, me había hecho replantearme los límites de la vida y la soledad de las personas. Realmente, yo tenía miedo de acabar así.

Por otra parte, la noticia de que Shepard era mi padre, se me había quedado atascada en la garganta y no podía terminar de digerirla. De todas formas, y pese a que los recuerdos que tenía de mis padres eran vagos e inconclusos, yo seguía sintiendo mi huerfanidad. Mis padres, Henry y Beth Wadlow estaban muertos y no había nada más. Así lo sentía mi corazón y así lo seguiría sintiendo toda mi vida.

Esa noticia, lo único que había cambiado en mí, era el odio que sentía hacia Shepard, que había acrecentado desmesuradamente: que tu tío te odiara y te tratara mal era una situación complicada y dolorosa, pero que lo hiciera tu propio padre, lo era aún más. Él nunca me había querido y si lo hubiera hecho de verdad en algún momento de su vida, a la muerte de mis padres se hubiera hecho cargo de mí. Sin embargo, lo único que recibí de él año tras año fue un castigo sellado en mi espalda.

Por otra parte, Travis también taladraba mi cabeza. Y posiblemente era el motivo de más peso por el que yo me encontraba sentada en la cocina, bebiendo café y desvelada. Saber que él dormía unas cuantas plantas más arriba de mi habitación con otra mujer, me angustiaba. Saber que a escasos metros de él estaba su hija, me angustiaba aún más.

También me cuestionaba sobre lo de Jon, ¿estaba haciendo bien? ¿La estaba cagando aún más? Sabía que intentando algo con él Travis se mantendría más alejado y la posibilidad de que Alizze se llevara a la niña lejos de él de nuevo, era escasa. No podía impedir que aquella niña tuviera un buen padre tal como me había pasado a mí.

Todo, a pesar de lo que ocurriese o lo que pareciese, seguía girando entorno a él. Él siempre estaría en mis decisiones, más si la niña estaba metida en todo eso. Yo le había alejado de la forma más cruel de nuestro hijo, y no podía permitir que la perdiera a ella. No podía ser tan egoísta, a pesar de que mi felicidad dependiera de ello.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Travis con voz ronca, entrando en el restaurante.

Observé detenidamente cada uno de sus movimientos hasta que tomó asiento frente a mí.

—No puedo dormir —murmuré y fui a beber más de la taza de café, pero Travis interpuso su mano y me lo impidió.

—Normal... —contestó observando todas las tazas de café de sobre la mesa.

—¿Y tú? ¿Qué te pasa? —pregunté.

—Llevo varios días sin dormir.

Asentí levemente con la cabeza.

—No quiero pasar más noches aquí, por favor —pedí con un tono débil y apenas audible—. Créeme que para mí..., esto es difícil. Saber que estás ahí arriba con... ellas...

—¿Qué es difícil para ti? —preguntó con estupefacción, frunciendo su ceño—. Te recuerdo que eres tú quien ha empezado algo con otra persona.

Blanqueé los ojos y abrí apocadamente la boca para contestarle, en cambio, no me salieron las palabras en el momento.

—¿Y qué tiene de malo? Fuiste tú quién me dejó.

—¡Que cada vez te alejas más de mí! —exclamó despeinando su cabello con brusquedad—. Siento que cada paso que damos, es para alejarnos más el uno del otro. Siento que vamos en distinta dirección a pesar de que nos seguimos mirando.

—¡Es que eso es lo que justamente está pasando! —Me levanté velozmente de la silla y me posicioné frente a él—. ¿Y sabes cuando comenzamos a alejarnos? En el momento que tú me dejaste. No me culpes todo a mí porque fuiste tú quién se rindió antes.

Travis relajó sus hombros.

—¡Por ti, por lo que siempre he mirado desde que te conocí! ¡Por ti! Porque no quería que ocurriera exactamente esto, que tuvieras que volver a ver a esos desgraciados que comparten tu sangre.

—¿Y de qué ha servido?

Él guardó silencio y no pude evitar continuar:

—Me rompiste para protegerme, y de igual forma he acabado comiendo mierda en la casa en la que sufrí tanto. ¿De qué te ha servido alejarte de mí? ¿De qué? Solo me has herido más.

—Sé que todo es mi culpa —murmuró—. No estoy acostumbrado a amar a alguien más que a mí mismo. Todo esto es nuevo para mí.

—Amas a tu hija.

—Y también te amo a ti —contestó—. Te he fallado, lo sé. Me he equivocado. ¿Pero qué puedo hacer ya? Tengo que vivir con mis decisiones toda la vida.

Nunca le había visto tan triste.

—Déjala —musité, vinculando su melancólica mirada con la mía—. Mereces ser feliz, y con ella nunca lo serás.

—Se llevará a mi hija si lo hago.

Contenía las ganas de llorar, y eso me rompía en mil pedazos.

—Pelea por su custodia, es lo que tuviste que hacer desde el principio.

Despeinó su cabello, nervioso. Se movió varios metros en silencio, y después contestó:

—Baylee no merece que la aleje de su madre. No puedo fastidiar su vida para hacer de la mía algo mejor. Es el karma, Hollie. Me merezco esto por todo el daño que he ocasionado en mi vida.

—No te lo mereces.

—En cambio tú te mereces ser feliz —murmuró, y fue cuando comenzó a liberarse, a llorar—. ¿Eres feliz con él?

—No lo sé. Aún es pronto.

Travis asintió. Intentaba disimular sus lágrimas inútilmente.

—Ojalá lo consiga —susurró—. Ojalá consiga hacerte feliz tal como yo nunca fui capaz.

—Fui feliz contigo.

—No lo suficiente —contestó—. Y lo sé.

Nos quedamos en silencio, esquivándonos las miradas. Fui feliz con él. Fui plenamente feliz en Grecia. Nunca lo había sido tanto hasta que me enamoré de él. Él me enseñó tantas cosas... al igual que yo le enseñé a él. Frente a mí había una persona nueva. Travis Redmond era una persona mejor de la que era. Y tenía que conformarme con simplemente haberle ayudado a conseguirlo.

Travis se sentó y escondió su rostro entre las manos.

—Quiere que nos casemos —masculló.

—¿Qué? —exclamé horrorizada—. No, Travis, no lo hagas. ¡No puedes hacerlo! No pienso permitir que firmes tu infelicidad eterna...

—Hollie, solo quiero vuestro bien. Solo quiero que tú y Baylee seáis felices, y yo pueda verlo. Y esa es la única forma. A estas alturas, el que menos me importa soy yo, por favor, entiende mi decisión.

—Travis...

—Entiéndelo, Hollie. Entiende que es la única forma para que yo pueda seguir latiendo —murmuró, y le abracé. Él acarició mi cabello con dulzura, mientras también lo besaba con cierta aflicción.

—Cada vez nos alejamos más —susurré—. Y tengo miedo a que llegue el momento en el que dejemos de mirarnos.

—Yo también tengo miedo Hollie..., pero te amo más de todo el que pueda llegar a sentir.

Capítulo 44

Hollie

1 de Noviembre de 2016

Los días, por suerte o por desgracia, pasaron. Mi incipiente relación con Jon continuó también hacia delante, igual que el pensamiento de Travis sobre su boda. Apenas nos vimos un par de veces por casualidad en la calle, donde solo nos habíamos ofrecido leves sonrisas que habían conseguido romper aún más mi alma. Sentir cómo los días pasaban sin luto a nuestros sentimientos y que nuestras vidas cada vez se encaminaban más en sentido contrario dolía terriblemente.

Aylen seguía conmigo, había alargado su estadía y yo lo agradecía, aunque la cama era demasiado pequeña para dos, y sobre todo para alguien que tendía a moverse muchísimo como lo hacía ella. Y cuando Capi decidía acompañarnos... siempre acabábamos alguno en el suelo.

De todas formas, a pesar de lo corrompido que se encontraba ya mi corazón, siempre intentaba tener una sonrisa para todo el mundo, más cuando oficialmente tenía que hacerme cargo de una floristería cuyos dueños seguían luchando por la custodia de un niño.

A punto de cerrar la floristería, un hombre entró y me pidió el ramo de flores que había encargado con anterioridad. Lo busqué y se

lo entregué, y se comportó de una manera muy amable que consiguió sacarme una sonrisa cuando desplegó una flor del ramo y me la regaló.

Después cerré la floristería y me encaminé a la cafetería donde había quedado con Jon para comer. Mentiría si dijera que lo que tenía con Jon era un castigo: él era atento, romántico, simpático... era un muy buen chico que tenía miles de cualidades que regalarme. Y eso, sumándole a la imposibilidad de volver a estar con Travis, me ayudaba a que todo fluyera con mayor facilidad.

En el trayecto a la cafetería me vi obligada a girarme varias veces. Me sentía muy observada y en ocasiones escuchaba pasos justamente tras de mí y, cuando me giraba, éstos cesaban y desaparecían. No era la primera vez que me ocurría en esos días, pero opté por callarme y no alertar a nadie por simple obsesiones mías.

Entré a la cafetería y Jon ya estaba ahí, sentado, leyendo algo en su teléfono móvil y con las bebidas y comida ya preparada para ambos.

—Hola —saludé con una sonrisa.

Jon de momento bloqueó su teléfono, se levantó, y plasmó un casto beso en mis labios.

—¿Qué tal el día?

—Bien, aunque no me gusta dejar tanto rato a Aylen sola —respondí y comenzamos a comer.

Estaba realmente hambrienta, y todo lo que había sobre la mesa se veía apetitoso.

—Creo que sola... no está —comentó entre risillas.

Alcé mi vista y la clavé en él. Luego negué con la cabeza levemente y sonreí.

—¿En serio han vuelto a verse?

—Sí —afirmó con jovialidad—. Desde que han aprendido a

comunicarse por notitas, no se separan.

Sonreí mientras continuaba comiendo. Nos referíamos a Charles y Aylen, ellos, aunque de primeras Charles no dejaba de hablar y Aylen no entendía nada de lo que decía, comprendieron que el lenguaje escrito era lo suyo, y, cuando yo estaba trabajando o con Jon, Charles no dudaba en hacerle compañía.

De nuevo me volví a sentir vigilada y observé mi alrededor para ver si encontraba algo, pero no había nadie prestándome la más mínima atención además de Jon, que me miraba intrigado.

—¿Ocurre algo? —preguntó con preocupación.

Antes de decir nada, sonreí tenuemente y negué con la cabeza.

—Tonterías mías.

Aquella noche decidimos salir a tomar algo. Escogieron el bar al que yo fui la primera vez que salí con Travis, y recordar aquellos momentos me provocó angustia. Sin embargo intenté despejar mi mente y pasar una buena velada.

—*Tengo miedo* —expresó Aylen frente al espejo.

Estábamos en el baño. Rodé los ojos y puse mis manos sobre sus hombros en un acto afectuoso.

—*No debes tenerlo...* —respondí—. *¿Qué tiene de malo que Charles te haya confesado que le gustas? Él a ti también, lo sabes, lo sé. El universo lo sabe.*

—*Pero no es tan fácil* —Sus ojos brillaban—. *Él se merece algo mejor que yo, y yo algo más... como yo. Él se merece a alguien que pueda escuchar sus problemas, sus alegrías, y se merece poder escuchar un te amo de la boca de su amada y yo...*

—*Tú puedes darle el sentimiento más puro y bonito que cualquier persona pueda ofrecerle. Él está aprendiendo esta lengua, solo tienes*

que darle tiempo igual que me lo diste a mí. Si él siente algo por ti, y tú por él, no hay nada más que decir.

—No puedo ofrecerle más de lo que soy.

—Vamos a salir ahí fuera y vas a decirle todo esto a Charles, a ver qué opina.

Salimos del aseo y llegamos hasta Jon y Charles. Ellos ya estaban en la puerta del bar para irnos. Empujé a Aylen hacia él y los dejamos salir los primeros. Jon y yo caminamos pocos pasos atrás.

—A él le gusta ella —comentó Jon mirándome con media sonrisilla.

—Y ella se está pillando por él —contesté observando cómo los pasos de Aylen eran alocados por su nerviosismo. Mientras estaba absorta en ellos, la mano de Jon rozó la mía, buscando mi tacto y, segundos después, entrelazó sus dedos con los míos.

—Y yo ya estoy pillado por ti.

Mi cuerpo se tensó al momento al escucharle. Vale, teníamos algo más que una amistad a pesar de que mis sentimientos eran puramente de eso, de cariño de amigo. Cualquier acto en tono amoroso me incomodaba porque a mí solo me agradaba escuchar cosas así por parte de Travis, pero debía de terminar de asumir que eso nunca volvería a suceder.

—Me gustaría saber qué piensas tú de todo esto —añadió parándose en la acera y provocando que yo también lo hiciera. Yo me limité a mirarlo con el resto neutro—. Sé que me aceptas, pero... no sé nada más. Y me gustaría saber si hay algo dentro de ti que está cambiando a Travis por mí.

Obviamente, nada dentro de mí había cambiado, solo que todo lo veía con diferente punto de vista, uno más caótico y triste.

—Vamos avanzando —murmuré con la voz entrecortada.

Jon sonrió, y sentí que eso le había bastado para seguir adelante.

Apretó mi mano con delicadeza e impulsándome hacia él, me besó como nunca antes le había permitido.

Travis

2 de Noviembre de 2016

—¡Joder!

Me incorporé inmediatamente, notando como el sudor frío se deslizaba por mi espalda y dejaba a su rastro un leve escalofrío. Alcé mis manos para observarlas, las cuales temblaban con violencia y estaban limpias, haciéndome ver que todo había sido un sueño.

Jadeé por varios minutos mientras intentaba controlar mi tasa de respiración. Me levanté del sofá y sentía cómo las piernas me flaqueaban, estaba aturdido, confundido con lo que era mi verdadera realidad.

Me dirigí hacia el cuarto de baño y me deshice de la ropa, entrando en el torrencial de agua fría que previamente había encendido. Necesitaba volver a la realidad del todo. El helor me congeló todo el cuerpo, sentía cómo cada terminación nerviosa de mi piel tremolaba por el contacto.

Cuando terminé decidí vestirme a pesar de que era temprano, y salir a tomar el fresco de la mañana afuera. Necesitaba desconectar de mi subconsciente.

Necesitaba desconectar de mí mismo.

Anduve por el terreno del hotel hasta que no pude más. Entré al hotel de nuevo y todo aún estaba en calma, excepto yo. Dentro de mí, muy en mi interior, se batallaban dos personalidades contradictorias y amenazaba por ganar la que hacía tiempo que no me visitaba. Tragué saliva, una, dos, tres veces. Pero nada detenía que mi pulso volviera a dispararse...

—*Eres preciosa, Hollie.*

—*Tócame Jon, necesito que tu tacto borre todas sus huellas...*

Y cuando menos me quise dar cuenta, mi puño ya se había estampado contra una de las ventanas del hotel y los pequeños trozos de vidrio yacían por el suelo, aunque algunos estaban incrustados en mi piel.

—¡Travis! —gritó mi madre corriendo hacia mí—. Oh, dios, ¿qué te ha ocurrido...?

—Déjame, por favor...

Necesitaba soledad, de nuevo realmente la necesitaba.

—Travis, hijo mío, estás sangrando, deja que te cure eso...

—No puedes sanarme, mamá —murmuré girando lentamente a ella—. Ya nadie puede.

—Hijo... —musitó comenzando a llorar, y, acto seguido, me envolvió entre sus brazos—. Todo está bien, cariño, pero debes desahogarte, debes expulsar todo el dolor que llevas dentro, después te sentirás más aliviado y todo dolerá menos...

—No es el dolor, soy yo, mamá.

Mientras lloraba, mi madre me agarró de la mano que mantenía ilesa y me condujo a la cocina. Me sentó en una de las sillas mientras ella cogía el botiquín para curarme. Yo mientras en su ausencia sentía como todo dentro de mí se revolvía y dejaba de saber qué estaba bien y qué estaba mal. Los límites se veían difuminados.

Había aceptado casarme con Alizze por Hollie y Baylee. Había aceptado conducir mi vida al fracaso y a la miseria por ellas, en cambio... en cambio Hollie ya me había olvidado y ese algo que había empezado con Jon, se había hecho algo más grande. Tan grande que amenazaba con acabar con mi cordura.

Al menos la que me quedaba.

Me había visto en la obligación de perseguirla a cada sitio que iba.

Mis instintos me obligaban a hacerlo. Y gracias a ello había descubierto que Hollie era una santa mentirosa de mierda, porque ella ya me había olvidado a pesar de todo lo que me había dicho.

—Aquí estoy, cariño —dijo mi madre sentándose frente a mí y comenzando a curar mi puño—. Esto... esto es por Hollie, ¿verdad?

—Es por la traición. Por el terrible escozor que deja a su paso.

—Ella no te ha traicionado Travis, por favor no pienses así —sollozó mientras no levantaba la vista de la herida—. Dime que te estás tomando las pastillas, por favor.

—Sí.

Y le mentí. Y hacía tiempo que una mentira no me gratificaba tanto. Al fin y al cabo, todos lo hacían. Todos traicionaban. Nadie me quería. Y nadie llegaría a hacerlo... jamás.

17 de Noviembre de 2016

Dejé de dormir. Las siguientes semanas dejé de hacerlo porque las pesadillas que me atacaban me agotaban más y más. Lo mejor era permanecer despierto siempre y no tentar a la oscuridad.

Esas semanas continué espionando a Hollie, y aunque ella comenzaba a sospechar, no me importaba. No me paraba. Me comenzaba a hacer adicto al dolor, siempre que fuera ella quien me lo provocara.

Cada día que la veía, más avanzaba su relación con Jon. Y más me obsesionaba con esa idea. Con mis pesadillas.

Pasaba las horas muertas frente al gran globo terráqueo, girándolo y deteniéndolo con mis dedos en cualquier sitio, el cual apuntaba en una hoja por orden que iba apareciendo.

Sentía poco a poco cómo mi esencia se marchitaba. Sentía poco a poco como dejaba de ser yo. De nuevo.

Ver a Baylee ya no me instaba tanto consuelo como anteriormente. Además, ella se asustaba cada vez que me veía.

Alizze apenas pasaba tiempo en el hotel, desaparecía por horas y cada vez que coincidíamos, discutíamos. Cada vez la soportaba menos, cada vez soportaba menos a todo el mundo.

Hacía unos días que Sarah se había despedido del hotel. Al parecer, en más de una ocasión me había escuchado maldecir a su hijo y para ella no era plato de buen gusto. Pues bien, me la sudaba infinitamente.

Me había acostumbrado a la oscuridad de mi despacho, solo salía de ahí cuando sabía que Hollie saldría de trabajar de la floristería.

En escasas situaciones permitía cicatrizar mis puños, pues frecuentemente me encontraba golpeando las paredes o cualquier otra cosa. Todos habían comenzado a irritarme de nuevo, parecían no darse cuenta de cómo todo se iba rompiendo interior y exteriormente en mí.

Alguien tocó la puerta del despacho y me limité a guardar silencio en la oscuridad de la habitación.

—Hijo... —habló mi madre entrando en la habitación con un par de documentos entre sus manos—. Oh dios mío... —añadió con las lágrimas de nuevo en sus mejillas—. Estás pálido, esas ojeras... Travis...

—¿Qué quieres?

Louise se enjugó las lágrimas en un elegante movimiento y prendió la luz de la sala.

—He estado vigilando a Alizze en estas semanas —habló acercándose lentamente al escritorio mientras yo la observaba con el ceño fruncido—. He tenido grandes sospechas sobre que se estaba viendo con otro hombre, pero no quería infundir esa idea en tu cabeza antes de estar segura.

—Me da igual lo que haga ella.

—Cuando descubrí con quién se veía, comencé a sacar similitudes. Similitudes con Baylee, y pensé que me había obsesionado porque le veía tanto parecido... por lo que decidí hacer una prueba de paternidad, Travis.

—¿Qué has hecho qué?

—Aquí tengo los resultados, Travis. No los he abierto, creo que demasiado me he inmiscuido ya. Creo que... esto te concierne exclusivamente a ti —Me tendió los documentos.

Dudé por segundos, y aunque en lo más profundo de mi corazón quería que ella estuviera equivocada, lo acepté. A pesar de todo, Baylee era lo más bondadoso que había sido capaz de crear y me horripilaba la idea de que Louise tuviera razón. Abrí el sobre, saqué el documento, y cuando lo desdoblé, lo leí.

Enfrascándome de otra verdad avasalladora.

Capítulo 45

Hollie

20 de Noviembre de 2016

Aylen y yo bajamos al mismo tiempo del coche y cuando nos reunimos, caminamos hacia la puerta de la casa de Will y Marco. Ellos habían llegado hacía unas pocas horas, siendo una mera casualidad –o al menos eso me habían dicho ellos– que ese mismo día se tratara de mi cumpleaños número veinte.

Ese día me había levantado feliz, quería recibir sin ninguna muestra de falsedad aquellas felicitaciones por parte de la gente que me rodeaba. Mentiría si no dijera que durante todo el día había esperado alguna muestra por parte de Travis, me conformaba con un simple mensaje de texto. Pero eso nunca había llegado. Ya era por la noche, por lo que las pocas esperanzas que me quedaban cada vez se esfumaban más.

Una vez posicionadas en la puerta de la casa de mis amigos, tocamos al timbre. Segundos después Will nos abrió la puerta con una gran sonrisa y nos dejó pasar. Observé cómo su estética casa estaba recubierta de miles de accesorios de fiesta de cumpleaños y gente dentro que me recibieron nada más verme con un gran y sonoro *cumpleaños feliz*.

Sonreí con amplitud y emoción, realmente esa era la primera fiesta de cumpleaños que recibía en toda mi vida. Si bien mi abuela siempre lo había intentado, su edad y ocupaciones le habían prohibido hacerme poco más que una deliciosa tarta y algún buen regalo.

Todos se abalanzaron sobre mí y comenzaron a besarme y abrazarme. Se encontraban Sengua, James, Charles, Theda, Sarah y su marido junto a Jon además de los obvios que eran Will, Marco y Aylen.

—Qué mayor te nos haces —comentó Sengua pellizcando mi mejilla, provocando que yo ejecutara un extraño mohín—. Ay...

—¿Te ocurre algo? —pregunté ante aquel suspiro.

El extraño rostro que tenía lo convirtió rápidamente en una tenue sonrisa.

—Que estás preciosa.

—¿Me la prestas? —preguntó Jon con una media sonrisa llena de simpatía.

Sengua asintió con gusto y se separó de nosotros. Yo a la perfección sabía que Jon tenía que haber visto con la fiesta al menos un setenta por ciento, por lo que le abracé con afabilidad.

—Gracias.

—A ti, por aparecer en mi vida —contestó él y besó castamente mis labios.

Después nos acercamos a todos y comenzamos a servirnos comida y bebida para dar comienzo a la pequeña fiesta que me habían preparado.

—¡La hora de los regalos! —exclamó Theda con un paquete envuelto de tela elegante rosa entre sus manos—. Toma, este es el mío, querida.

Sonreí y cuando lo cogí, la abracé con amabilidad.

—Gracias —dije apoyando el paquete sobre la mesa y comencé a abrirlo.

Instantes después descubrí que se trataba de una americana preciosa de color rosa palo, muy, muy elegante. Totalmente de Theda.

Después le siguieron Sengua y James, que me regalaron un bonito par de pendientes, Sarah y su marido me regalaron una gran lámpara de pie pues sabían que Jon había destrozado la mía en un gracioso tropezón días atrás; Aylen me regaló un precioso anillo grande y portentoso, de los que sabía que me gustaban a mí, y Charles una blusa blanca que había elegido gracias a Aylen. Por su parte Will y Marco me regalaron un gran pack de miles de accesorios de maquillaje.

—Bueno, aquí va el mío... —habló Jon entregándome un sobre blanco. Lo agarré dudosa, no sabía para nada qué contendría aquel sobre.

Con los dedos algo temblorosos por la emoción del momento, deslicé la solapa y saqué el contenido del sobre. Se trataba de dos pasajes... de vuelo. Con destino a Sídney.

—¿Y bien...? —añadió nervioso.

Yo era incapaz de reaccionar, mi vista se había quedado clavada en aquellos dos pasajes de vuelo con ese destino tan alejado y cuyo vuelo salía en poco más de dos semanas. Ante mi silencio incómodo, Will pronunció algo para que todos se dispersaran y nos dejaran intimidad a Jon y a mí.

—Jon... —murmuré frunciendo el ceño—. ¿Esto... qué significa...?

—Me han ofrecido allí un trabajo, y quiero que vengas conmigo —respondió sin apartar sus grandes ojos de mí—. Hollie, quiero que me acompañes en esa experiencia pero si no te termina de agradar, podemos volver. Solo...

—Pero... ¿no crees que es demasiado pronto?

Sabía que toda esa situación era mi culpa, yo había provocado que

Jon se creara esas ideas tan magnificadas respecto a nuestra relación.

—Yo... yo pienso que cuando hay amor de por medio, el tiempo no existe —contestó y agarró mi mentón para que nuestras miradas se conectaran—. Y yo estoy enamorado de ti, Hollie. De verdad lo estoy.

Aún con su tacto, suspiré pesadamente, intentando digerir todo. El rostro de Jon mostraba algo de desilusión, podía ver en sus ojos cómo pensaba que si la propuesta se tratara de Travis, no dudaría ni un momento. Y tenía razón, y ambos éramos conscientes de eso, pero yo no había mentido a nadie.

—Yo... tengo que pensármelo, Jon —murmuré avergonzada—. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro. Tienes todo lo que queda hasta el viaje, Hollie, aceptaré un sí hasta un minuto antes de que salga el vuelo.

—Gracias —respondí y él acarició mi mejilla.

—¡La tarta! —exclamó Will tras apagar las luces repentinamente.

Jon me agarró de la mano y nos dirigimos hacia el recorrido de luz que provocaba la llama de las velas de la tarta. Will dejó la tarta sobre la mesa y todos comenzaron a cantar de nuevo el cumpleaños feliz.

—¡Pide un deseo, niña! —exclamó con jovialidad Sengua y, tras cerrar los ojos, un solo, concreto y preciso pensamiento apareció en mi mente.

«Que Travis sea feliz»

Y soplé las velas notando cómo mi pecho se encogía. Todos aplaudieron y Aylen pasó su brazo sobre mi hombro para atraerme a ella con afabilidad, como si hubiera sido capaz de escuchar mi deseo.

Marco prendió la música y todo se volvió ritmo en la sala. Todos comenzaron a bailar animosamente y, como casualidad del destino, al sonar el timbre, solo fui yo quien lo percibió. Con paso dubitativo, esquivando toda la decoración de la fiesta y a las personas que

bailaban, llegué hasta la puerta y la abrí.

Y nunca antes un deseo había sido tan efectivo como aquel.

—Tra... Travis —tartamudeé sintiendo cómo mi pecho se inflamaba de emoción.

Travis se mostró serio, no cambió su rictus en ningún momento, su fina línea recta formada con los labios se mantenía perenne. Su cabello volvía a estar largo, con los rizos rubios que caían por su frente, sus ojos verdes penetrantes y su barba considerablemente espesa.

—Feliz cumpleaños.

Travis se agachó y agarró una caja mediana del suelo, tendiéndomela instantes después.

—No debiste...

—Acéptala —me interrumpió, e hice lo que me pedía.

—¿Qué mierda haces aquí, Travis? —preguntó Jon justamente a mi espalda con un tono frío y distante.

Le miré incómoda, pero él no parecía reparar en mí, ya que sus ojos con las pupilas profundamente dilatadas solo tenían un objetivo: Travis.

—¡Oh! A ver, ¿no estaba invitado a la fiesta? —preguntó Travis con arrogancia—. Ya me extrañaba no haber recibido la invitación.

Él avanzó decidido y entró en la casa, donde todo el júbilo de antes se había disipado. Cerré la puerta a mi espalda esperando que pudiera ocurrir una catástrofe.

—Travis, lo mejor será que te vayas —habló Jon con un gesto tenso y la voz muy distante, como nunca antes lo había visto—. Evidentemente, no estabas invitado a la fiesta.

—Bueno... —Rió sarcásticamente Travis por lo bajo—. A ver... eso deberá decidirlo ella, ¿verdad, Hollie?

En cuanto me nombró, la vista de todos se clavó en mí, y por inercia comencé a tambalearme levemente. Me encontraba en una esquina, con la caja aún entre mis brazos, sintiéndome objetivo de muchas perplejas miradas.

—Deja de ser egoísta por un momento en tu vida. Si tanto quieres a Hollie piensa por ella. Ahora, vete —ordenó Jon, dedicándome una frígida mirada llena de decepción ante mi fulminante silencio.

—¿Y tú qué mierda sabes? —preguntó Travis con la mandíbula tensa y las pupilas dilatadas, acercándose peligrosamente a Jon.

Rápidamente dejé la caja sobre el suelo y me acerqué a ellos para impedir lo que fuera que Travis estaba pensando.

—No hay nada más certero que lo que ven los propios ojos, Travis —respondió él sin achantarse por la poca distancia que quedaban entre sus cuerpos.

—Tú no sabes nada de nosotros —escupió Travis tras tragar saliva—. Tú siempre serás el gilipollas que quiso que Hollie me olvidara pero que sin embargo nunca lo consiguió.

Travis dijo aquello sonriendo. Su soberbia me inquietaba hasta a mí, por lo que sentí que era el momento de dar por finalizada la conversación. No obstante un rápido movimiento de Jon me hizo sobresaltarme pues, en cuestión de segundos, su puño se había estampado en el rostro de Travis.

Éste, por el impacto, giró su cabeza, pero con una risilla ronca, se lo devolvió y ambos comenzaron a enzarzarse en una pelea que comenzó a demoler todo el salón.

—¡Mi casa, estúpidos, mi casa! —gritó Will histérico. Su desconsuelo por la casa se mezcló entre todos los gritos de susto de los demás, pero los que supieron reaccionar fueron Charles junto a Marco, agarrando cada cual a uno de ellos.

—Vamos, vámonos —le dijo Charles agarrando con fuerza el brazo de Travis, tirando de su cuerpo hacia la puerta.

La mirada de Travis mientras se dejaba arrastrar por Charles en ningún momento ocasionó con la mía, hasta el punto de que ambos desaparecieron del salón.

Me quedé mirando por segundos la puerta que ellos habían dejado abierta tras salir, con el cuerpo lleno de extrañas sensaciones. A mi espalda se escuchaba el llanto nervioso de Sarah y de los demás, pero yo solo tenía algo en la mente y era que, realmente, la persona que había irrumpido en mi cumpleaños, no era Travis. No era él y yo estaba segura.

Unos delgados brazos atraparon mis hombros y Aylen terminó por encerrarme en sus cálidos brazos, pero no lloré, ni si quiera tuve las ganas. Me permití estar unos instantes así, entre sus brazos, sintiéndome protegida, para digerir todo lo que había ocurrido.

—¿Cuánto tiempo hace que no se toma las pastillas? —pregunté una vez me separé de Aylen, dirigiéndome a James y Sengua.

Ambos se miraron indecisos, después miraron a Jon, que estaba sentado en la mesa mientras su madre examinaba cuán daño le había ocasionado Travis.

Al percatarse de que mi pregunta había rebotado hasta él, alejó en un sutil movimiento a su madre y se incorporó en el suelo. Su camisa lucía totalmente arrugada y desarreglada, su cabello estaba desprolijo y había sangre en su rostro que no sabía bien de donde podía provenir.

—Los ha echado, Hollie —dijo por fin, con un rostro totalmente neutro. Los miré y asintieron con cierto pesar—. Los despidió hace unos días tras enterarse de que... de que...

—De que la niña Baylee no era su hija —finalizó Sengua carcomida por los nervios—. Él se puso como loco, lanzó cosas por las escaleras, hasta la cuna, niña, él estaba encolerizado y nos ordenó que nos fuéramos para siempre todos de allí. Hasta a la señora Louise.

Me quedé perpleja. No podía dejar de pensar que todo lo que estaban hablando era mentira. No podía asimilar que todo eso había pasado hacía cuestión de días y yo me enteraba en ese preciso momento.

—Llegó a golpear a Alizze —prosiguió Jon—. Ha perdido el juicio, Hollie. No hay nada que hacer. Necesita que lo encierren.

—¿Y por qué no me lo dijisteis antes? —pregunté en un hilo de voz, pues sentía cómo todo el malestar se atascaba en mi garganta y no me dejaba pronunciar una palabra más alta que la anterior.

Todos, tras escucharme, agacharon la cabeza. Todos los sabían, todos menos Aylen, Will y Marco, que estaban tan aturridos como yo.

Sentí la verdadera traición recorrer cada terminación nerviosa de mi piel. Sentía toda la rabia acumulada al sentirme engañada, y sobre todo sentirme engañada con algo donde Travis tenía que ver.

—Porque pensamos que de haberlo sabido seguro que hubieras ido a estar con él —confesó Jon.

—Y es lo que voy a hacer.

Jon estrechó su brazo para agarrarme, pero fui más rápida al coger mi bolso y al salir de la casa de Will y Marco.

—¡Hollie! —bramó mientras yo entraba en el coche con agilidad—. Hollie, por favor, vamos a hablar detenidamente, él está mal, puede hacerte algo —agregó justamente en la ventana de mi costado, apoyando los brazos en ella.

Negué con la cabeza pausadamente mientras pensaba y tenía la certeza de que Travis nunca sería capaz de hacerme nada malo. Instantes después, arranqué, y en un salvaje movimiento Jon golpeó la ventanilla y me dejó continuar, dejándolo golpeando al aire de la rabia atrás.

Capítulo 46

Hollie

Entré al hotel por la puerta trasera que conectaba con la cocina, gracias a un juego de llaves que Sengua siempre guardaba sobre el canalón. Una vez pisé el interior, la oscuridad se cernió sobre mí. Todo lucía tan tétrico, abandonado y el ambiente estaba tan cargado que no parecía el mismo hotel en el que yo había estado viviendo todo ese tiempo atrás.

Avancé por la cocina hasta que llegué a la recepción, sorprendiendo a Charles mientras bajaba las escaleras con agilidad.

—¿Qué haces aquí? —preguntó casi en un murmullo. Parecía que el ruido en aquel hotel era un sacrilegio.

Anduve con prisa hasta él, colocándome a orillas de la escalera.

—Quiero verle.

—¿Sola? —Charles se mostró asustado—. No creo que sea lo mejor, está muy alterado...

—¿Y por qué le dejas solo?

Agachó la cabeza y miró al suelo.

—Porque él así lo quiere —contestó.

Sentí intensos pinchazos en mi corazón.

—No voy a abandonarle. No así.

Corrí subiendo las escaleras, y sin darme cuenta llegué a la última planta, donde estaba su casa. Ni si quiera estaba fatigada; solo nerviosa. Me atreví a entrar a la habitación sin ni si quiera tocar, protegiéndome en el silencio.

Todo estaba a oscuras. Mi estómago se redujo, y sentí que en cualquier momento me caería por un gran precipicio, siendo arrastrada por un denso abismo. Avancé hasta que la luz de la luna me mostró la figura de Travis apoyada sobre la barra americana que tenía, dándome justamente la espalda. Llegué hasta él, pero tropecé con algo e hice un estruendoso ruido, que conllevó a que Travis girara sobre sus talones y me viera. Me erguí tremulante, intentando captar en el brillo de su mirada qué intenciones tenía en ese momento conmigo.

Se quedó callado, estático; observándome mientras portaba una botella de whisky en una de sus manos. Me arriesgué a alargar el brazo y encendí la luz, encontrándome con el rostro agotado de un hombre cansado, más despeinado aún, con unas grandes ojeras y con sangre alrededor de su labio.

Cuando fui a hablar, el movimiento rápido de Travis al dejar la botella de whisky sobre la barra y envolverme entre sus brazos me hizo enmudecer. Solté una gran bocanada de aire mientras recibía con gusto sus brazos, y sentía cómo la desesperación de su tacto calaba por mi piel.

Travis acariciaba atormentado mi cabello, mientras emitía jadeos incontrolados. Yo me limité a posar mis manos en su cuello, dejando un pequeño rastro de cosquillas para que se calmara.

Desprendía un fuerte olor a alcohol, y el aliento de su respiración era tan denso que me dejaba entrever que había bebido más de la cuenta, aunque si bien cuando había estado en casa de Will no iba del todo sobrio, en ese momento lo estaba menos al beberse casi una botella de whisky de trago.

—¿Cómo estás? —pregunté en un susurro, atrapando su gélido

rostro entre mis temblorosas manos.

Travis tragó saliva y después esbozo una derrotada sonrisa.

—Mejor que nunca... —Batallaba con esfuerzo mantener sus ojos abiertos. Su rostro mostraba vulnerabilidad, fragilidad, debilidad, tanto que me hacía temer que en cualquier momento pudiera acabar por romperse.

—Vamos a la ducha, Travis. —

Lejos de sublevarse, él asintió y dejó que tomara su mano para guiarle hasta el cuarto de baño. Una vez llegamos, Travis tomó asiento en el inodoro con la tapadera cerrada. Yo preparé la ducha, llevé una muda nueva de ropa y cuando volví, él estaba casi dormido.

—Vamos...

Cuando ya estaba con el dorso al descubierto, se incorporó de pie con más estabilidad y comencé a desabrochar sus pantalones, sintiéndome estúpida por notar cómo mis mejillas comenzaban a arder. Tras deshacerme de ellos, decidí que la situación sería menos incómoda si él se mantenía con sus bóxer puestos, por eso, una vez solo vestía con esa prenda, le dirigí a que se colocara bajo el torrencial de agua. De primeras contrajo una mueca de horror, pero después se acostumbró y su rostro se relajó mientras que yo le observaba.

En un ágil movimiento, Travis atrapó mi brazo y me introdujo junto a él al agua que caía de la alcachofa. Ambos nos miramos y soltamos unas pequeñas risillas mientras sentía cómo el agua calaba mi ropa. Aprovechando las gotas de agua que caían por su rostro, pasé la yema de mis dedos por la herida de su labio y me deshice de la sangre seca que había ahí.

Una vez estuvo más espabilado, corté el chorro de agua y le envolví en una toalla para que se secara y cuando fui a agarrar otra para mí, Travis me cogió de la muñeca y me presionó contra sí, rodeándonos a ambos la misma toalla.

—Gracias —murmuró colocando su frente pegada a la mía—. Gracias por no abandonarme tú también.

—Lo siento mucho, Travis, de verdad... —contesté mientras echaba hacia atrás el cabello que se deslizaba por su frente.

La noche pasó y ninguno de los dos dormimos. Después de haber estado en la ducha, Travis se vistió y yo también me cambié de ropa con una larga camiseta de él para no mantenerme empapada. Después Travis comenzó a narrarme todo lo que le había ocurrido, me contó cómo Louise había descubierto el engaño, y sorprendentemente, las confesiones de Alizze tras ser descubierta: el verdadero padre de Baylee se trataba de Zack, ese pintor frustrado que tuve la ocasión de conocer en la galería que se dio lugar en el hotel, y que su vuelta se vinculaba con su poca aparición mediática tras su ruptura, pues desde que Alizze y Travis se habían divorciado, ella no había conseguido exponer ni una vez. Al parecer, y al percatarse de que Travis estaba luchando contra su enfermedad, decidió volver.

—Te dije que las personas llevan en un ADN la traición —dijo Travis con su cabeza apoyada entre mis piernas, mientras yo acariciaba su rizado cabello.

—No sé cómo tomarme lo que ellos me han hecho al ocultarme todo esto...

—La mierda de ser traicionado no es que solamente dejas de confiar en las personas, sino que comienzas a dudar de ti, dudas si puedes confiar en ti mismo, en tu juicio, en tus emociones —me explicó—. Te traicionan y llegas a pensar que quizá la culpa es tuya por haber estado demasiado ciego. Empiezas a resentirte, empiezas a cerrarte cada vez más y más, hasta que las mejores partes de ti mismo se amargan. Te preguntas el por qué, el porqué de ese reacio comportamiento cuando tú le has dado todo lo contrario, y entonces haces clic y descubres que tus intenciones no tiene por qué ser las mismas que de los demás. Entonces aprendes a que nadie sea capaz

de sorprenderte, ni de herirte, ni de desconcertarte. Y cuando ese momento llega, sientes que es muy triste, pero también sientes que es lo mejor.

Suspiré pesadamente mientras seguía acariciando su cabello. Realmente, sus palabras contenían la mayor verdad que nunca antes había escuchado, y por un momento, sentí que comprendía esa parte de Travis que tanto había llegado a odiar.

21 de Noviembre de 2016

—Tienes que comer —le dije mientras notaba cómo solamente jugaba con el desayuno—. Sé que no soy una experta cocinera, pero creo que me no es horrible.

—No es eso —Rió por lo bajo—. Solo que... tengo miedo.

Dejé el cubierto sobre la mesa para atenderle totalmente, aunque creía pensar en lo que se refería. Todo seguía siendo caótico, aunque ambos nos hubiéramos encerrado en el hotel. Ahí fuera tenía asuntos pendientes. Debía ir a la floristería, atender a Aylen, a Capi, hablar con Jon..., el cual seguramente me debería odiar.

Todas esas horas juntos, yo me había dado cuenta que Travis volvía a ser el de antes, ese cariñoso en ocasiones pero con quien debías guardar el aire, pues cualquier extraña palabra podía hacerle cambiar. Inclusive, había un rasgo muy marcado en él que no había notado nunca tanto: miedo, temor. A la perfección intuía que el tema de Baylee le había dolido mucho, realmente él la había empezado a querer como una hija y él había dado tanto por ella... habíamos sufrido tanto por esa difícil decisión, que a mí también me descolocaba un poco que todo fuera de esa forma.

—Tengo que ir a trabajar —dije—. ¿Te has tomado la pastilla?

—Aún no.

—De acuerdo, voy a buscarla, no tardo.

Fue fácil encontrarla, Travis era alguien de manías fijas y siempre las guardaba en el mismo sitio. Cogí una y llené un vaso de agua para después dárselo. Una vez volví al salón, se la entregué y Travis se la tomó.

—¿Vas a volver? —preguntó tímido, susurrando.

—Claro.

Travis sonrió. Por inercia, como si estuviéramos conectados, ambos nos acercamos y sin pensarlo, enredamos nuestras manos en los respectivos cuellos del otro y fundimos nuestros labios en un beso cargado de desesperación y ansias. Sentirle tan cerca de mí, tan indefenso, tan mío, era una sensación que me apretaba el alma hasta dejarme sin respirar. Nunca había sentido tanta conexión con una persona, sentía cómo cualquier cosa que afligiera a Travis también me dolía a mí, podía sentir cada emoción suya en mi propia carne, era una especie de simbiosis que lograba darme la vida.

—Te quiero... —murmuró.

—Yo te amo.

Observé su caótica y turbia mirada verde.

—No te vayas, por favor... —pidió él justamente en mis labios—. Por favor. No quiero volver a cambiar.

—No vas a hacerlo, porque lates, Travis. Sigues latiendo.

Apreté sus manos con afecto y con mucho, mucho esfuerzo, agarré mi bolso y salí de la habitación. Entré al ascensor y le di al botón de la primera planta. Me dolía la cabeza. Aunque delante de Travis quería mostrarme segura, tenía miedo. No de él; si no de la situación. Travis no estaba bien, y me dolía profundamente darme cuenta de ello.

Las puertas del ascensor se abrieron con lentitud y me quedé paralizada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. Tú no deberías estar aquí.

Pero yo no podía contestarle. Me había quedado inmobilizada. Ni si quiera podía pensar. Lo que había frente a mí era la imagen más descabellada que había visto en mi vida.

Mientras tanto Ellen seguía esperando mi respuesta. Agitó la peluca castaña de pelo corto que llevaba puesta y avanzó un par de pasos.

Ellen no era Ellen. Ellen era... yo.

—Ellen... —murmuré al fin—. Ellen...

—Yo no soy Ellen. Soy Hollie —contestó sonriendo—. Soy Hollie Wadlow.

Me quedé sin respiración por varios segundos. Ellen acababa de perder la cabeza. Era una copia mía: mi cabello, mis ojos..., mi ropa. Llevaba mi ropa. Aquella ropa que tiempo atrás me habían robado.

—Ellen, no estás bien...

—¡No me llames así! —exclamó, sobresaltándose—. Soy Hollie.

—Vale, Hollie —dije, y suspiré—. Deberías...

—Quiero ver a Travis —me interrumpió—. Él me necesita. Tú no deberías estar aquí, solo conseguirás irritarle más. Él solo me necesita a mí... me lo ha dicho.

—Ellen... Hollie —me corregí, nerviosa—. Vamos a tu habitación. Él está allí esperándote.

Estaba fuera de sí, y eso me daba mucho miedo. Ellen era peligrosa, me lo había demostrado en más de una ocasión. Tenía que encerrarla y pedir ayuda. Ella no parecía estar fingiendo; había perdido la cordura de verdad.

La agarré de la mano y entramos al ascensor. El trayecto a la primera planta permanecimos en silencio, solo ella tarareaba una canción que nunca había escuchado. La puerta del ascensor se abrió y nos dirigimos a mi antigua habitación. Si ella quería que la tratara

como Hollie Wadlow, lo haría.

Abrí la puerta y la dejé entrar primero. Ella no opuso resistencia, y antes de cerrar la puerta para mantenerla ahí dentro, me percaté de cómo ella se observaba en uno de los espejos. Comenzó a llorar con rabia, y cuando fui a cerrar, ella reaccionó antes que yo. Corrió hasta mí y me agarró del cuello.

—¡Te odio! —gritó—. ¡Has destrozado mi vida!

Intenté zafarme con salvajismo de su agarre hasta que finalmente lo conseguí. Cuando estuvimos separadas no hui, ya que ella se detuvo y no volvió a acercarse a mí. Sin embargo comenzó a restregar su rostro con desesperación mientras gritaba.

—¡Maldigo el momento en el que te dejé entrar al hotel! ¡Te maldigo a ti!

Ella lloraba, lloraba con rabia, con ira, con frustración.

—¡Me maldigo a mí por no ser lo suficiente para él! —añadió—. ¡Me odio!

—No elegimos de quién nos enamoramos —contesté—. No tienes por qué odiarte. Eres una buena mujer.

—¿Mejor que tú? —cuestionó—. ¿Mejor que Louise?

Me quedé pasmada.

—¿Louise?

—Ella me quitó a Terrance, y tú me has quitado a Travis.

Y entonces, mirando atentamente su lúgubre mirada, entendí todo. Entendí que Ellen no estaba enamorada de Travis; estaba enamorada de su padre. En alguna ocasión había visto alguna fotografía de él, y el parecido con Travis era considerable.

Ellen había perdido la cabeza por culpa del amor obsesivo que sentía por Terrance Redmond.

—Lo siento —Tragué saliva—. De verdad que lo siento. No te mereces el dolor que se siente al ser rechazado. Sé cómo te sientes.

—¿Tú qué sabrás? —cuestionó—. Él te ama.

—Lo olvidarás. Superarás todo esto. Eres fuerte, y lo superarás igual que superaste la muerte de tu hija, y de tu marido.

—Gabriella era lo único que me quedaba de Terrance —susurró—. Y ella también se fue.

—¿Era su hija?

Ellen asintió con la cabeza.

—Él me amaba, lo sé —dijo con la mirada perdida—. Pero él pensaba que amaba a Louise. Sé que a Travis le ocurre lo mismo.

Ellen sacó una pistola y me apuntó. Su pulso apenas temblaba.

—No voy a permitir que su confusión le aleje de mí. No otra vez...

Y disparó.

Capítulo 47

Hollie

28 de Noviembre de 2016

Ellen Murray fue diagnosticada con TAB el veintinueve de enero de 1981, a la edad de 21 años. Estuvo internada en Tindal Centre, en la ciudad de Aylesbury durante un año y dos meses. Allí conoció a Terrance Redmond, quién por una crisis, fue hospitalizado durante tres meses.

El señor Redmond sufría TPP.

Ellen y Terrance se conocieron en el hospital psiquiátrico y encajaron perfectamente. Eran dos almas rotas e incomprendidas, que solo buscaban la aprobación de otra persona.

Se enamoraron. O al menos Ellen Murray sí lo hizo. Su estadía en aquel hospital pasó de ser desesperante a convertirse en toda una luna de miel; pero sin una boda como precedente. Nunca la hubo, aunque ella en un momento comenzó a fantasear que sí.

El señor Redmond solo la utilizó para aliviar el dolor de aquella abrumadora soledad. Nunca confiaría en ella, posiblemente nunca llegara a confiar en nadie.

Cuando él salió de aquel hospital, Ellen entendió que todas las visitas que él le había prometido, todos los besos, todos aquellos encuentros fortuitos... nunca se llevarían a cabo.

Todo había sido mentira.

No volvería a verlo nunca más, y a causa de esto, ella no volvería a ser la misma.

La había destrozado.

Pero hubo algo bello detrás de aquel amor lleno de sombras; siete meses después del alta del señor Terrance nació Gabriella Murray y, con ello y la mejoría de Ellen, al fin pudo salir de aquel lugar.

Ellen fue feliz en un pueblecito de Norfolk. Le dio una infancia feliz a su hija, y conoció al que sería su marido por mucho tiempo y el que se haría cargo de su amada bebé.

Pero diecisiete años después ocurrió la peor desgracia de todas: Gabriella fue atropellada y tras dos días agonizantes en el hospital, murió.

Ellen enloqueció por el dolor. Todo lo que había construido por y para su hija, se vino abajo tras su fallecimiento. Nada le importaba; solo comenzó a vivir por y para el luto.

Tras meses cavando ella misma el pozo en el que poco a poco iba hundiéndose, encontró el motivo que la haría seguir adelante: encontrar a Terrance Redmond.

Le buscó por bastante tiempo, hasta que descubrió que vivía en su propio hotel. Viajó hasta un pequeño pueblo de la costa de Merseyside y se reencontró con él. Terrance Redmond estaba casado con Louise y tenían dos bellos hijos: Travis y Scott.

Después de todo el dolor que aquel hombre le había causado, Ellen se sorprendió a sí misma percatándose de que no lo odiaba; justamente al contrario. Continuaba amándole.

Tras enterarse de todo lo ocurrido, Terrance le ofreció un trabajo en el próspero Hotel Redmond a su marido, el cual tiempo después falleció, por lo que fue Ellen quien comenzó a trabajar en él.

La continuación de aquella historia ya la conocía. Ellen había querido a Travis como un hijo, hasta que él se había hecho lo suficientemente mayor como para enamorarse de él como un hombre.

El cariño que me había ofrecido al principio fue real, hasta que

comenzó a pensar que yo era un impedimento en su relación sentimental con Travis.

Aquella rotunda negación a perderle la había llevado a perder contundentemente la cabeza, a disfrazarse torpemente de mí y a intentar matarme con un disparo al corazón.

Pero no lo había conseguido.

Seguía viva, y todo se lo debía a Charles. Él me había salvado de aquella mortal bala. Ésta había impactado contra su hombro, pero para aquel día él ya estaba fuera del hospital y Ellen había vuelto a Tindal Centre.

Travis había esquivado forzosamente aquella información. No podía entender cómo Ellen lo había tenido engañado durante tanto tiempo, y volvía a mostrarse hermético. No quería hablar sobre ello, pero sabía que le había causado especialmente dolor.

Aquella mañana volví al trabajo, y me cité con Jon allí. Estaba muy preocupado por mí y le debía una explicación. Le hablé sobre Ellen, pero viéndome sana y salva, no pareció importarle demasiado. Él quería tratar otro tema.

—No pensaba que fueras tan débil como para caer de nuevo en la trampa de alguien que te ha herido tanto —dijo, enfadado.

—Le quiero —contesté, y él fue incapaz de mirarme a los ojos—. Y él me necesita.

—Vuestra relación es desastrosa. El amor no es eso. Lo que Travis te ofrece no es lo que mereces.

—Pero es lo que me hace feliz.

Le dolía escuchar aquello, pero no podía obviarlo más. Necesitaba saberlo, él necesitaba abrir los ojos y era mi deber que lo hiciera porque era la culpable de todo.

—Fui injusta contigo —continué—. Te utilicé. Fuiste tan bueno conmigo, me hiciste sentir tan bien que quise aferrarme a ti para no

dejarme caer al abismo del dolor que me había provocado Travis cuando me dejó. Te pido que me perdones. De verdad que lo siento con toda mi alma.

La crueldad de mis palabras me dolían hasta a mí por pronunciarlas, pero debía ser directa. No podía hacerle creer que lo que había ocurrido había sido un simple paréntesis que en nada influía entre nosotros, porque sí lo hacía, y mucho. ¿Quién no ha cometido nunca locuras por amor? Y en mi defensa diré, que estaba terriblemente enamorada de Travis, y no podía luchar contra mis más primarios instintos, que radicaban en estar junto a él, más cuando en aquel momento, nada volvía a separarnos.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó con la voz acongojada mientras agachaba su vista al suelo.

Su dolor me estremecía, por lo que sostuve su mentón y lo obligué a mirarle, intentando transmitirle mi más sincero arrepentimiento.

—Mi sitio está junto a él, y ahora más porque me necesita.

Jon enmudeció y sólo pude distinguir cómo sus ojos comenzaban a centellear.

—Sé que esto que te voy a decir no te servirá de nada —aclaré mi garganta para no permitirme llorar y hacer todo más difícil—, pero si yo supiera cómo olvidar a Travis, solo lo hubiera conseguido contigo.

Jon asintió débilmente con su cabeza, mientras se negaba a mantener un contacto visual directo conmigo.

—Perdón —volví a decir.

Pasé la yema de mi dedo pulgar por la parte superior de su ceja, pues tenía un pequeño golpe, seguramente de Travis. Jon agarró mi mano y comenzó a acariciarla con levedad.

—Siempre voy a estar para ti —musitó—. A pesar de que pueda resultar el típico gilipollas que intenta que la chica olvide al amor de su vida. Hay personas que estamos condenados a no ser el

protagonista de la historia.

Sonreí tenuemente y Jon besó mis labios una última vez más, y aunque me incomodó, acepté su tacto por varios segundos. Después, tras separar nuestros labios, sin mirarme una vez más, Jon se fue.

Llegué al hotel tras estar en la floristería y que Will me diera permiso para volver. Volví a ingresar por la parte trasera de la cocina, la verdad que la oscuridad del sitio me hacía sentir escalofríos y muy insegura, pero a la vez sentía que no tenía que temerle a nada, al fin y al cabo, solo se trataba de oscuridad, y esa era la que menos miedo me causaba.

La oscuridad que más me atemorizaba era la que Travis transmitía con su mirada.

Entré a la recepción, y cuando fui a subir las escaleras para encontrarme con Travis, la puerta principal crujió y a mitad de éstas, me giré con lentitud.

Descubriendo la figura de Travis de entre la oscuridad, con una posición y rictus que me avisaban que no todo iba tan bien como lo había dejado.

—¿Dónde estabas? —preguntó con una sonrisa nerviosa, bajando de nuevo las escaleras hasta colocarse a escasos metros de mí.

Me limité a mirarla fijamente a los ojos, buscando algo en su mirada que me explicara que todo era producto de mí imaginación, y que ella no tenía nada que ver con lo que mi mente creía, procesaba y asimilaba.

Hollie recorrió la poca distancia que nos separaba y quiso agarrar mi mano, pero rápidamente me zafé de su intento de agarre con un violento movimiento.

—Si quieres a Jon, ¿qué haces aquí? —pregunté apretando mis

puños con fuerza, intentando aguardar la contención.

Hollie frunció su ceño e hizo un extraño mohín con sus labios.

—No sé a qué te refieres...

Su negativa me hizo enfurecer más, pero tenía que controlarme, sentía que debía hacerlo porque no podía dejarme llevar como en más de una ocasión había soñado.

—¡Te he perseguido! —grité con todo el cuerpo en tensión. Hollie retrocedió varios pasos por el impacto—. ¡Llevo haciéndolo bastantes semanas! ¿Crees que soy estúpido, Hollie? ¿En serio lo crees?

—¿Que me has estado persiguiendo? —cuestionó horrorizada—. ¿Por qué?

—¡Qué más da! —exclamé comenzando a moverme por toda la recepción, reteniendo mis impulsos—. Te he visto. Te he visto hoy con él, he visto lo bien que estabas y lo bien que has recibido sus besos. ¿Cómo has sido capaz?

—Estás descontextualizando, Travis. Debes calmarte.

—¡A la puta mierda, Hollie! —Observé cómo Hollie luchaba por mantener la compostura—. Tú eres como todos los demás, pero con la única diferencia de que todo esto a mí termina por destruirme, joder Hollie, ¿tanto te costaba ser sincera conmigo?

—Lo he sido siempre, ¡Travis! ¿Por qué estaría aquí si quisiera a Jon, como dices? ¡Por favor, no te dejes arrastrar! Quítate la venda de los ojos y razona. ¡Yo solo te quiero a ti!

—Mientes... —afirmé sintiendo como cada músculo de mi cuerpo se contraía—. Tú también me mientes.

—Travis, no —murmuró agarrándome del rostro y obligando que la mirara directamente—. No dejes de latir, por favor.

Mi respiración cada vez se hizo más agitada y sentía que en cualquier momento el aire dejaría de llegar a mis pulmones, sentía el

helor inexistente impregnarse en mi piel pero también sentía una alta temperatura dentro de mí que me obligaba a jadear para mantenerme en pie.

—Relájate, por favor —añadió ayudándome a llegar hasta el sofá y me sentó, hincando ella sus rodillas sobre el suelo para mantenerse cerca de mí—. Estamos juntos y no pienso abandonarte nunca.

Sentía un debate emocional en mi interior pero que era incapaz de verbalizar. Yo creía a Hollie, pero era inhábil para terminar de hacerlo. Era complicado.

Su rostro cerca de mí, rogándome que la creyera, con sus maravillosos ojos grises centelleantes me obligaban a sentir que ella era incapaz de mentirme, que ella me amaba, que estaba ahí, conmigo, y que no me dejaría nunca.

—Vamos arriba —agregó cogiéndome de la mano con delicadeza y dirigiéndonos al ascensor—. ¿Estás más tranquilo?

Asentí levemente con la cabeza e ingresamos en el ascensor. Hollie mantenía mi mano agarrada, mientras que con su dedo pulgar se dedicaba a acariciarme. Cuando llegamos a la planta nuestro tacto se cesó y yo tomé la iniciativa a la hora de entrar a la habitación, prosiguiéndome ella y siendo quien cerró la puerta.

—Travis... —habló cuando yo estaba dispuesto a encerrarme en el despacho. Sin embargo, giré sobre mis talones ante su tenue voz—. Yo te quiero. Sigo queriéndote igual, o incluso más que antes. Sigo dispuesta a ayudarte, aunque hayamos sufrido un pequeño retroceso, pero debes poner de tu parte al igual que yo pondré de la mía. Si no, no conseguiremos nada.

Sus palabras provocaron que la comisura de mis labios se elevara levemente y sintiera cómo mi corazón comenzaba a reaccionar. Alargué mi brazo y, con una media sonrisa, ella lo aceptó y se acercó a mí.

—Lo siento. Esta vez quiero que todo salga bien... Ven..., quiero

enseñarte una cosa.

Capítulo 48

Travis

Hollie aceptó y entramos a la habitación. Ella se quedó en el umbral de la puerta observando cómo hurgaba entre el gran armario e instantes después, saqué de éste el globo terráqueo que usamos cuando decidimos ir a Grecia.

—¿Quieres que veamos a ver qué sale? —pregunté con él entre mis brazos.

Ella asintió animosamente y tomamos asiento en el suelo. Dejé el globo en él, y con las piernas extendidas, Hollie se colocó entre ellas y comencé a hacerlo girar hasta, que instantes después, ella posicionó su dedo, cesando el giro.

—Rusia —dijimos al unísono observando detenidamente la zona que ella había elegido.

—Es la tercera vez que sale —comenté y ella entreabrió su boca apocadamente.

Asentí antes de que dijera nada y abrí el globo terráqueo, enseñándole su contenido; era una gran hoja con todos los sitios que me habían salido tiempo atrás anotados. Hollie agarró el papel y comenzó a ver todos los sitios que estaban anotados con estupefacción. Yo mantenía una media sonrisa al ver cuán de asombrada se encontraba.

—¿Esto lo has hecho mientras...?

—Sí —contesté.

Hollie dobló de nuevo el papel y en un rápido movimiento, giró,

de modo que ahora sus piernas estaban sobre mis muslos y su rostro frente a mí. Con lentitud pasó sus brazos sobre mis hombros y unió nuestros labios en un tierno y pausado beso, que me hizo volver a sentir el exquisito sabor de la felicidad.

Pasé mis manos por su espalda con suma delicadeza, mientras nuestras lenguas seguían entrelazadas y sin ningún deseo de separarse. Hollie en un par de ocasiones tiraba de mi labio inferior con pasión, e, instantes después en un ágil movimiento se despojó de su camiseta y me dejó con su precioso torso expuesto.

—¿De verdad quieres? —pregunté con la voz entrecortada, sintiéndome un total estúpido por preguntarle aquella tontería, pero no quería que ella hiciera algo de lo que pudiera arrepentirse.

Ella esbozó una media sonrisa, y después mordió su labio inferior, provocando que lamiera sus labios en un acto rápido.

—¿Crees que estoy dispuesta a resistirme más a ti?

Sin pensarlo un segundo más, rodeé su cuello con pasión y volví a fundir nuestros labios, esa vez en un beso más ardiente, lleno de desesperación y necesidad. Hollie me ayudó a quitarme mi camiseta y mis manos caminaron sin censura por todo su delicado cuerpo. Su tacto era algo irresistible para mí, por lo que decidí sentirlo con mis labios y comencé a besar cada parte del cuerpo de Hollie.

De mi Hollie.

—Quiero hacer esto en todas las partes del mundo —murmuró con voz ronca, provocando que una risa emanara de mi garganta y conseguí contagiársela—. Y en Rusia por lo menos tres veces.

—Muy por lo bajo hablaste —contesté y continuamos riendo.

Agarré su mentón con celeridad y nuestras miradas se conectaron, sintiendo una vez más cómo la mirada de Hollie era en el único lugar donde yo veía esperanzas en mí. Su mirada me retrataba de una diferente forma a la que yo me veía en otros lados. Veía a alguien feliz, alguien dispuesto a todo por la mujer que tenía en frente de ella.

Ese era el Travis que deseaba con fuerza que se quedara, porque el sentimiento más desgarrador que había sentido nunca era sentirme la persona que más podía distanciarnos...

Era nuestro mayor enemigo, era la oscuridad que a veces pretendía apagar la luz que juntos irradiábamos, y yo no podía luchar solo contra mí. Necesitaba de su ayuda, la única debilidad que compartía con la oscuridad.

Era Hollie, y siempre sería Hollie.

29 de Noviembre de 2016

Abrí los ojos con urgencia, consiguiendo reprimir el grito que tenía encajado en la garganta. Mi pulso era agitado, sentía como el sudor se desplegaba por mi cuerpo al erguirme.

Giré hacia mi costado, esperando sentir la calidez del cuerpo de Hollie sin embargo solo quedaban las pequeñas arrugas y la pequeña hendidura en la almohada que comprobaba que lo que había pasado no era producto de un sueño.

Tragué saliva intentando guardar la calma. Solo había sido una pesadilla más que no debía temer más porque Hollie estaba a mi lado.

Hollie estaba a mi lado, era lo que más repetía mi cabeza en esas situaciones...

Me vestí con unos pantalones de deporte y salí de la habitación confuso, extrañando el hecho de que Hollie no estuviera en la cama, junto a mí. Entré en el salón, pero escucharla hablar me provocó que no hiciera ningún ruido.

—No seas estúpido... —Rió por lo bajo—. Sí, él está dormido... pero no tardará en levantarse. Voy a hacerle el desayuno... Sí... te dejo, ¿vale? Te quiero.

—¿Hollie?

Se giró con agilidad y sonrió ampliamente, dispuesta a acercarse a mí y a besarme, pero me aparté.

—¿Cómo has dormido? —preguntó algo confusa por mi repentino movimiento.

—Dame el teléfono —ordené con rudeza—. Dame el puto teléfono...

—¿El teléfono? ¿Por qué? Estaba hablando con Will.

—¡Dame el puto teléfono! —bramé esa vez, agarrando la muñeca de Hollie y quitándole el teléfono.

Instantes después ella se zafó del agarre y se cogió la muñeca con la otra mano, con gesto de desconcierto y dolor.

—Me has hecho daño.

—A ver, ¿crees que vas a distraerme con lo de anoche? —grité sintiendo el furor pasear por mi cuerpo.

Pasé por su costado con cólera para no tenerla frente a mí, aborrecía a Hollie cada vez que ella intentaba también engañarme.

—No voy a permitirte que me hables así, Travis. Mira el móvil si es lo que quieres y comprueba que estaba hablando con Will.

Ella se mostraba segura.

—¿¡Me tomas por estúpido!? —vociferé y en un acto reflejo, estrellé el teléfono sobre la pared, dejando un gran estruendo a su paso, provocando que Hollie tapara sus oídos por el impacto—. ¡Estoy seguro de que lo que vi ayer...! ¡Estás conmigo por pena!

—¡Estás delirando! —gritó con imponentia, encarándose férreamente a mí—. ¡Deja de ver cosas estúpidas donde no las hay!

—¡Las veo porque las hay, el problema es que tú quieres esconderlas!

—Sé que te cuesta, Travis —Empleó un tono más calmado—, pero

debes luchar contra ti mismo en estas situaciones. Dime, ayer no te tomaste la pastilla, ¿verdad?

Vinculé nuestras miradas mostrándome irritado, con el ceño fruncido.

—Las he visto escupidas en la basura, esas son las que te han obligado a tomarte, ¿verdad?

No le iba a contestar.

—¿Por qué Jon...?

Hollie apretó sus párpados con fuerza, después tragó saliva y mordió su labio inferior.

—Porque él me ayudó —contestó con la voz áspera—. Él estuvo cuando tú no estuviste.

—¿Quieres culparme a mí el que te hayas tirado a otro en cuestión de días de dejarlo?

—¡No me he acostado con él!

—¿Y por qué debería creerte?

—¡Porque nunca te he mentado!

—¡Sí lo has hecho! —vociferé con la mandíbula tensa, escupiendo esas furiosas palabras frente contra frente.

La mirada de Hollie me vaticinó el mayor desastre que podría cubrirnos, y tras segundos en silencio, gritó:

—¡ÉL ME AYUDÓ CUANDO PERDÍ A NUESTRO HIJO!

Mis hombros, que estaban rígidos por la violencia de la situación, al escuchar esa vigorosa confesión se deslizaron hacia abajo. Enmudecí por segundos. Los ojos de Hollie centelleaban pero no mostraba ningún signo de llanto cosa que agradecía, lo que menos necesitaba era una maldita escena dramática.

—Vuelves a mentir —mascullé con rabia, sintiéndolo así de verdad. Giré sobre mis talones y le di la espalda, no quería ver sus ojos y que volviera a creermé una de sus palabras—. Pretendías hacerme creer lo mismo que Alizze.

—Estás mal, Travis —dijo—. He llegado tarde para salvarte.

Eso me encrespó el cuerpo, sentí la rabia fluir por mi sangre, sentí cómo mis puños se cerraban y cómo mis músculos se contraían por la resistencia que intentaba imponer a mis impulsos...

Todas esas pesadillas volvían a mis pensamientos, todas esas noches en vela pensando en ella, en cómo debía retozar junto a Jon... se hicieron más verídicas que nunca dentro de mí... la rabia, la traición, el palpitante e hiriente dolor que sentía justamente en mis sienes sintiendo que Hollie quería a Jon, que había estado con él, que por eso había echado a perder lo nuestro... me obligaron a de improviso, agarrar el filoso cuchillo que descansaba sobre la barra americana y en un violento movimiento giré, encarándome contra Hollie y... hundiéndolo en lo más profundo de su vientre.

Los ojos de Hollie se abrieron con ímpetu, al igual que sus labios, dejando escapar unos graves quejidos de lo más profundo de su garganta.

Sentí entonces la sangre fluir por mis manos, aún agarradas al cuchillo que yacía dentro de Hollie, sintiendo el tacto más real que nunca...

Y más placentero y estimulante que en cualquiera de las anteriores pesadillas.

Capítulo 49

Travis

Abrí los ojos con desesperación, provocando que la imagen ante mí se tornara borrosa. Necesitaba respirar y lo intentaba, juro que lo intentaba, pero el oxígeno no me alimentaba.

Necesitaba saber qué había ocurrido. Lo había hecho, y había disfrutado. No sabía con precisión qué me resultaba más difícil de asimilar.

—¡Travis!

Me vi catapultado por la confusión.

Sentí un dolor terrible en mi mano, sintiendo como la sangre resbalaba por mi piel pero no era la de Hollie, era la mía propia, el cual era el resultado de haber mantenido apretada la filosa hoja entre mis dedos.

Impactado, sintiéndome aturdido por la realidad, confundido por la duda existencial de dónde me encontraba: si estaba en la total realidad o si seguía soñando, solté el cuchillo al suelo, el cual cayó junto al charco de sangre que había formado y me giré, descubriendo a Hollie, sin ningún tipo de herida, pero con un rostro descompuesto y asustado.

Mis manos temblaban, en realidad, todo mi cuerpo lo hacía. Estaba

agitado. Si intentaba parar de moverme, mi cuerpo colapsaría. Observé mis manos manchadas de sangre y, sin ser capaz de mirarla a ella, murmuré:

—Vete por favor —Comencé a llorar, no sabía muy bien por qué —. Te lo suplico. Déjame.

—¿Estás bien? —preguntó. Intentó tocarme, pero me aparté rápidamente, tapando mi cara—. Me estás asustando.

—Vete, aléjate de mí —Hiné mis rodillas al suelo, suplicándole —. Vete, por favor. Vete, vete, vete, vete...

—¿Qué está sucediéndote? ¿Qué está mal?

—¡Yo! —exclamé, manchando todo mi rostro y mi cuerpo con mi propia sangre—. ¡Yo estoy mal! ¡Necesito que te vayas!

Mientras repetía las mismas palabras una y otra vez comencé a golpear todo lo que estaba a mi alcance. Comencé a lanzar cualquier objeto que captaba mi atención, y ella comenzó a gritar realmente histérica.

—¡Para, Travis! ¡Nos vas a herir!

—Soy un monstruo —No podía dejar de mirar mi propia sangre—. Me he convertido en un monstruo.

Siempre lo había sido.

—No lo eres.

La observé y ella estaba cubierta de sangre. Agarré mi cabeza con mis manos y comencé a gritar, intentando alejar aquellos deseos de mi imaginación.

—¡Vete! ¡Me estás atormentando! ¡Necesito que te alejes de mí!

—No quiero irme...

—¡Vete o si no acabaré haciendo algo de lo que me arrepentiré!

Lancé la botella de alcohol. No le dio, pero faltó muy poco.

—Si necesitas estar solo, voy a dejarte solo. Estoy en la parte de...

—¿No entiendes lo que te digo? ¡Desaparece!

—¿Por qué me estás pidiendo eso?

—Si de verdad me amas vete para siempre.

Con el rostro agudizado por el dolor, Hollie agarró su bolso sin apartar la vista de mí, y giró sobre sus talones dispuesta a irse. Cuando llegó a la puerta y la entreabrió, volvió a virarse a mí.

—¿Para siempre?

—Para siempre.

Hollie

30 de Noviembre de 2016

Amaba a Travis. Lo hacía con toda mi alma. Pero aquel ya no era Travis. Entendí que él no me dejaría ayudarlo nunca más. La parte que me había enamorado de Travis había muerto asfixiado por la oscuridad de su alma.

Llegué a mi casa y me encerré bajo las sábanas, llorando. Necesitaba expulsar todo el dolor, luego ducharme y seguir adelante. Travis me daba miedo. No podía seguir con él. Lo estaba abandonando; estaba haciendo justamente lo que prometí que no haría, pero no podía más. Por primera vez me había sentido en peligro junto a él.

Capi se acurrucó a mi lado y dormimos hasta el día siguiente. Muy temprano comencé a empacar todas mis cosas para marcharme. No sabía dónde iría, pero necesitaba retroceder, volver al principio. Las únicas diferencias era que ahora estaba desolada por el dolor, pero

tenía medios para no tener que depender de nadie. Y no estaba sola.

Tras varios viajes del apartamento hasta el coche, cogí a Capi y cerré la puerta. Había sido el primer sitio que había conseguido gracias a mi esfuerzo, pero era hora de abandonarlo. No conseguiría avanzar si continuaba allí.

—¿Hollie?

Giré sobre mis talones ante la voz de Jon, el cual se encontraba en la puerta de su casa, observándome atentamente.

—Hola.

—¿Dónde vas...? —preguntó.

—Me voy, necesito irme de aquí. No puedo continuar en este sitio. No puedo respirar aquí. Travis me ha pedido que me marche y es lo que voy a hacer. Me acabo de dar cuenta que es lo que necesito. Tenías razón. No podemos estar juntos.

Él estaba extraño. Me miraba con estupefacción, como si lo que estuviera diciendo fuera ilógico.

—Hollie, deb...

—No digas nada. De verdad que necesito marcharme, no intentes convencerme de hacer otra cosa.

Se mantuvo callado por unos segundos.

—Vente conmigo. Mi propuesta sigue en pie.

Un par de lágrimas se resbalaron por mis mejillas.

—No puedo. No quiero volver a herirte. No es lo justo. Necesito estar sola...

—Puedo ayudarte... yo puedo hacerte feliz. Lejos de aquí.

Le miré directamente a los ojos y suspiré.

—Pero no ahora.

Jon se mostró comprensivo, y me pidió un abrazo. Lo acepté y cuando fui rodeada entre sus brazos, sentí consuelo. Todo iría mejor. Su calor corporal me lo transmitía sin necesidad de emplear ninguna otra palabra.

En agradecimiento a todo lo que había hecho por mí me ofrecí a llevarle al aeropuerto. Yo no llevaba rumbo, y no me importaba hacerlo. Jon aceptó y una hora después nos montamos en el vehículo rumbo al aeropuerto de Liverpool.

Por el camino hablamos bastante, y me hizo sentir bien. Las sonrisas que él me sacó fueron verdaderas, y por primera vez me sentí cómoda sin ataduras.

Prometimos volver a vernos, y si aún continuábamos solos, intentar algo de nuevo.

Llegamos al aeropuerto y estacioné en frente. Salimos del coche para que Capi correteara un poco y tomamos un café al aire libre. Pocos minutos antes de tener que irse, Jon se volvió a mostrar raro.

—Jon, ¿estás bien?

Pareció que mi voz le había hecho despertar de la ensoñación, pues sus amplios ojos azules se enfocaron en mí de forma que parecía que iban a desorbitar.

No obstante, continuó callado por varios minutos.

—Vas a llegar tarde —añadí, levantándome del banco y agarrando a Capi—. Yo voy a irme ya. Espero que todo te vaya bien y que... ¿Jon?

—Hollie... —murmuró con mucho esfuerzo.

Fijó su mirada en la mía, transmitiéndome una gran confusión. Fruncí mi ceño en busca de alguna respuesta articulada, pues cada vez todo era más confuso.

—¿Qué pasa?

—Cuando... cuando ocurrió lo de tu familia, cuando ese hombre te llevó con él... —Carraspeó su garganta—, yo hablé con Travis para que él solucionara lo que yo me percaté que no iba bien.

Asentí levemente con la cabeza, no hilando en ese momento a qué se referían esas repentinas palabras.

—Le pedí una guerra limpia —añadió, esa vez sin permitir que nuestros ojos hicieran el menor contacto. Estaba como... avergonzado—. Y he fallado a mi palabra.

—¿Jon...?

—Hollie, yo te quiero. Pero no te quiero así, mintiéndote. Ocultándote algo tan importante. Arrebatándote la posibilidad de elegir. Sé que irte es lo mejor para ti pero debes irte sabiendo esto.

—No... te... entiendo...

—Travis llegó en la madrugada al hospital. Ha sufrido un accidente —masculló con mucha vergüenza. Después, tiró levemente de su cabello ennegrecido y continuó—: él está muy grave, Hollie. Está terriblemente mal... está muriéndose.

—¿Qué? —pregunté con una voz quebrada, producto del nudo enorme que se había formado en mi garganta—. Tú... tú no estás diciendo la verdad, ¿cierto?

—Hollie, elige. Es tu momento. Irte y dejar todo atrás... o...

Tapé mi rostro y sollocé, sabiendo que cada palabra formulada por Jon en ese instante, era cierta. No mentía. Travis estaba mal. Travis había sufrido un accidente y... estaba grave. Muy grave.

Pero, ¿cómo? ¿Qué había pasado?

La cabeza comenzó a dolerme con intensidad. La vista incluso se me nubló.

Pensaba que conocía el dolor de verdad. Pensaba que perder a Travis era lo peor que podía pasarme en la vida, pero no conocía que

había un grado peor: que a él le ocurriera algo malo.

—Adiós.

Jon asintió levemente con la cabeza, permitiendo que un par de lágrimas corrieran por sus mejillas, y tras eso, volví al coche y me marché.

Tras el largo recorrido de vuelta, dejé a Capi en casa de Will y Marco y me dirigí al hospital rozando la histeria. Corrí por los pasillos hasta que llegué a la planta donde me habían comunicado que él se encontraba. Recorrí el pasillo con suma celeridad y desesperación, chocando a mi paso con varios sanitarios pero sin importarme demasiado.

Supe que había llegado cuando divisé a Scott y Emily en la sala de espera, junto a Sengua y James, todos con rostros decaídos y ojos agotados.

—¡Hollie! —gritó Sengua al verme, corriendo hasta mí y abrazándome con ímpetu.

—¿Qué ha pasado? —pregunté sollozando contra su hombro desconsoladamente. Sengua acarició mi cabello con ternura, pero sin conseguir que mi dolor se paliara.

—Debes relajarte —pidió Scott con voz ronca una vez me separé de ella.

—¿Cómo está? —rogué entre sollozos.

Scott no pudo reprimir las lágrimas y también comenzó a llorar, pero en su caso, Emily estaba ahí para abrazarle con afabilidad.

—Quiero verle —añadí.

—Louise está dentro —contestó James tras aclarar su garganta.

—¡Alguien va a decirme qué le ocurre! —bramé gesticulando salvajemente, harta de la situación que tenía frente a mis ojos. Cuatro

personas que no eran capaces de decirme lo que me había mantenido en vilo durante tantas horas.

Sentía que el corazón iba a explotarme.

—Hollie... —murmuró Scott.

—Scott... ¿Qué pasa? No me pongas más nerviosa, te lo suplico...
—Mi labio inferior comenzó a temblarme y el corazón se me iba a salir del pecho.

—Travis... ha sufrido un accidente de coche... está grave. Muy grave. Han tenido que... inducirle al coma para no agravar la situación en su cabeza.

Sus palabras me destrozaron por dentro, provocándome que rompiera a llorar sin ningún tipo de control. Los quejidos que emanaban de mi garganta dejaban un profundo dolor a su paso, estaba desesperada, quería morirme en ese preciso momento si las palabras de Scott eran verídicas.

James me atrajo a sí y me apretó con fuerza a su pecho. Yo solo sollozaba, no podía contener las ganas de explotar ni un segundo más. En más de una ocasión golpeé el pecho de James llevada por la desesperación, sin parar de preguntar qué estaba tan mal para que las cosas fueran de esa horrible manera.

—Buenas tardes —intervino un médico pasando por nuestro lado, aproximándose a la puerta que daba a la habitación de Travis.

—Buenas tardes, doctor —contestó Scott.

—Vengo a hacer la revisión —dijo el médico y Scott asintió, dándole permiso para que ingresara en la habitación de Travis. Antes de que la puerta se cerrara, Louise salió envuelta en llanto, con los ojos enrojecidos y las mejillas irritadas.

Se reunió junto a nosotros, pero no articuló ninguna palabra. Ella se limitó a cruzar sus brazos y a clavar su vista en algún lugar de la sala.

—¿Cómo lo ha visto? —preguntó Sengua con miedo a hacerlo por cómo podía reaccionar Louise.

—Mal —contestó con amargura—. ¿Cómo va a estar? Si está en coma, si está... muriéndose.

—Mamá...

—Es la verdad —le interrumpió tensando su rostro—. Mi hijo se está muriendo... y... —añadió rompiendo a llorar, consumida por la agonía.

Scott se acercó rápidamente a ella y la abrazó, acunando su cuerpo entre sus brazos y dejando sólo de ella un terrible llanto.

Las lágrimas comenzaron a aparecer de nuevo por mis irritados ojos, sentí que las piernas me flaqueaban y tuve que sentarme a tuestas si no quería caer al suelo. Sus palabras me habían perturbado.

Anteriormente había estado decidida a verle, pero en ese momento tenía ciertas dudas de hacerlo. Temía con todo el corazón qué me depararía aquello, me aterrorizaba ver a Travis mal, verle sufrir y aceptar que aunque le llamara... él no despertaría.

Minutos después, media hora quizá, el doctor volvió a salir de la habitación con rostro neutro, comunicándonos después que no había ni mejora ni empeoramiento en su sistema.

En esa media hora, Sengua me había contado que Travis había sufrido un accidente, que al parecer su coche se había despeñado en una curva muy peligrosa... y que llevaba una alta tasa de alcohol en su cuerpo.

Si yo no me hubiera marchado...

—¿Podemos entrar? —preguntó Louise sujeta para tener estabilidad por su otro hijo.

El doctor asintió con afecto y desapareció.

Louise fue decidida a volver a entrar a la habitación, y aunque yo

quería verle, no podía hacer nada contra ella. Era su hijo, a pesar de que la agonía me consumiera y me torturara. Por ello, asumiendo que tendría que esperar un poco más, volví a tomar asiento.

—Mamá, creo que sería conveniente que pasara Hollie esta vez — opinó Scott con un tono leve de voz, provocando que Louise frunciera el ceño y después depositara su vista en mí.

Estuvo un par de segundos en silencio, pero después asintió sutilmente mientras tomaba asiento.

—Gracias —musité suspirando, intentando guardar las lágrimas en ese momento y no volver a romper a llorar.

Louise volvió a asentir con algo de recelo, pero no me importó, por lo que agarré la manija de la puerta y la giré para entrar.

—¡Oh, dios mío! ¡Menos mal que estás aquí! —gritó Charles irrumpiendo en la sala.

Giré mi rostro levemente y descubrí que se refería a mí. Asentí y cuando estuve dispuesta a entrar, su tacto volvió a impedírmelo.

—He encontrado esto en el hotel —agregó ceñudo, mostrándome una hoja doblada—. Creo... creo que es de Travis.

—¡Quiero leerlo! —vociferó Louise intentando agarrarla, pero Charles se zafó.

—Es para Hollie, señora —aclaró Charles y me entregó la hoja rápidamente—. Creo... creo que es... una... nota de...

—¡No! ¡No, no, no, y no! —bramó ella con dolor, desvaneciéndose por completo, necesitando la ayuda de Scott y James para sostenerla.

Ante el caos de la situación, la desesperación de Louise por agarrar la carta, ingresé con rapidez en la habitación de Travis y cerré la puerta a mi paso, suspirando pesadamente, con el pulso a punto de hacerme estallar y la respiración incontrolada.

Miré mis dedos tremulantes que contenían entre ellos esa hoja que portaba mi nombre y que tanta conjetura dolorosa nos había hecho crear.

—No puede ser —rogué y apreté los ojos con fuerza.

Dubitativa, giré sobre mis talones para encontrarme la escena más dolorosa de mi vida.

Cuando le vi sentí cómo todo lo que me rodeaba perdió color. Cómo el resto del mundo enmudeció, cómo la vida acababa de perder el sentido por completo.

Travis estaba sobre la cama, con el rostro perturbablemente blanco, pareciendo que su piel se había transformado en una fina capa de marfil. Su cabello estaba despeinado, los rizos que solían caer por su frente estaban ahí, intactos, pero también tenía unas grandes ojeras, junto a varias gasas en su cabeza.

El ritmo de sus pulsaciones era lento, pero era lo único que tenía de él. Seguía latiendo y..., seguía habiendo esperanza mientras lo hiciera.

Solté un pequeño sollozo pero después, como si hubiera estado presa del miedo y al fin hubiera podido zafarme, me senté con rapidez en el sillón que había colindando a la cama y agarré su gélida mano con fuerza.

—Travis... —murmuré con la voz rota, rompiendo de nuevo a llorar.

Hundí mi rostro en las sábanas que cubrían su cuerpo, intentando reprimir los quejidos pero resultándome una tarea imposible. Con los ojos escocidos e irritados, levanté la vista de nuevo a él, dejé la hoja a un lado y agarré sus mejillas con mis tremulantes dedos, buscando algún signo para tranquilizarme, para saber que eso era un estado pasajero y que Travis volvería a estar conmigo. Pero nada cambió. Nada en él se inmutó.

Lloré desconsoladamente con la mirada puesta en su rostro, aún

con mis manos posadas en sus mejillas, rogando que hiciera algo.

—Por favor, Travis... —sollocé apretando los ojos con fuerza—. Por favor... te lo suplico. Mírame, por favor...

No hubo respuesta, ni esa vez ni las siguientes que se lo rogué. Abrí los ojos y todo se mantuvo igual de sombrío.

Ansiaba ver su sonrisa, o simplemente me conformaba con ver esa misma fina línea que formaba con sus labios en ese momento con más vida. Ansiaba ver la mirada más preciosa del mundo. Ansiaba ver su verde líquido habilidoso, ese que podía transmitir cualquier sentimiento en cualquier momento. Ese que te envolvía y te hacía saber que nunca más podrías mirar otros ojos que no fueran los suyos.

Ansiaba escuchar que le irritaba, una vez más...

Pero a pesar de ansiar todas esas cosas... no tenía nada. Y entonces supe que si quería tener respuesta por su parte... tenía que leer esa carta que Charles me había entregado...

Capítulo 50

Hollie

«Querida Hollie.

Te ruego que me perdones, he sido demasiado egoísta, o quizá he pecado de no serlo. Joder, no estoy seguro. Solo busco que no me odies, y que no cargues con esta mierda toda la vida. Puede que ahora lo hagas, o puede que esto para ti suponga un gran alivio pero sé que lo nuestro desde el primer momento ha sido verdadero y recíproco, sé que me has amado hasta matar y a mí... a mí me ha tocado amar hasta morir.

Ahora pensarás que estoy loco, primero por haberte tratado así, por haber echado todo a la mierda... otra vez, y por haber hecho esto. Pero te juro, mi vida, que hago esto estando más lúcido que nunca.

Creo que para que entiendas todo, debo explicarte todo desde el principio. El día que te conocí... bueno, no desde ese principio.

La mierda empezó a rebosarme desde Grecia. Desde que tomé la jodida mala decisión de pensar que nuestra felicidad podía existir estando separados, pero sé que no, porque sé que nuestra felicidad depende el uno del otro y separados, es una utopía que no podemos alcanzar.

Bien, ahora que conoces que pienso lo mismo que tú, me odiarás aún más por haber tomado esta decisión.

Desde que volvimos de Grecia, comencé a perseguirte, Hollie. Comencé a obsesionarme, creo que si en algún momento fui egoísta, fue en ese. Solo entendía mi propia mierda, solo veía cuan jodido me

encontraba yo junto a una persona que no amaba y aprendiendo de sopetón a ser padre. Fui egoísta al no pararme a pensar y ver claramente la peor parte que sin duda te llevaste tú. Todo estaba bien, joder, todo lo estaba entre nosotros y por ende, conmigo mismo. Pero cuando se toman las decisiones, hay que tirar hacia delante con las consecuencias y sentía que podía aguantar antes estar separado de ti que soportar que tuvieras que volver al infierno en el que viviste por tantos años. Sin duda, Alizze supo llegar a donde debía y manipularme con lo máspreciado que tengo en la vida: tú.

Bien, ¿por dónde iba? Sí, te perseguí. El dolor y la rabia mezclada dentro de mí provocó que todo lo que me carcomía saliera a flote y me impidiera ver que aunque yo no era feliz, tenía algo por lo que seguir hacia delante, no estaba solo, aunque sí sin ti y créeme que eso para mí suponía algo peor que la soledad, por lo que al verte seguir con tu vida, verte con Jon, verte sonreír, ver cómo ese chico te regaló una flor del ramo que acababa de comprar en la floristería y que tú le sonreías, me hicieron enloquecer más. Me hicieron ver que yo te había entregado todo de mí, exclusivamente a ti, y que todo lo bello que en ti residía, podías ofrecérselo a cualquiera.

Yo sin ti no era el mismo pero tu virtud nunca te abandonaré.

Era doloroso.

Comencé a experimentar pesadillas. Horribles pesadillas en las que fantaseaba con matar a cualquiera que pudiera disfrutar de lo que yo un día había disfrutado de ti. Me cegué con esa idea. El paso de los días me fue otorgando una mayor visión sobre lo que me depararía: tú ibas hacia delante con tu relación con Jon, mientras que yo experimentaba un grave y lacerante retroceso en todos los avances que había conseguido contigo.

Las pesadillas continuaron, pero se transformaron en algo mucho peor. En algo que a mí me dolía mucho más que fantasear con acabar con cualquier amenaza que pudiera ceñirse sobre nosotros. Ya no me complacía pensar que acababa con ellos sino que mi cruel subconsciente descubrió una idea mejor con la que acabar esa

agonía: acabar contigo. Aguanté un par de noches esas pesadillas, pero después sentí que no podía más. No podía ni si quiera permitir verte morir ni en mis pesadillas, por lo que opté por no dormir. Me mantuve en vela por días, por semanas, y todo lo de Baylee ocurrió. Eso me destrozó, Hollie, te juro que me destrozó. A partir de ese momento todo fue aún más jodido y nada dentro de mí volvió a ser lo mismo.

Pero volviste. A pesar de que las circunstancias te invitaban a continuar tu vida sin mí, y posiblemente te ofrecían una condición mucho mejor: sin celos, sin cambios de humor, sin irritabilidad. Sin mí.

Sin embargo, volviste dispuesta a luchar de nuevo, sin conocer realmente a quién nos enfrentábamos. Yo tampoco lo supe hasta que le vi cara a cara cuando decidí volver a separarme de ti. Ya no pensaba acabar contigo solo en mis sueños, Hollie, también lo pensaba despierto. El doctor Meyer me avisó hace tiempo que esto podía ocurrir, pero nunca me creí capaz, hasta que descubrí que sí lo era y Hollie, antes de mí, estás tú. Siempre serás tú mi prioridad en la vida y por eso hago esto.

Por favor, te ruego que no te martirices. No quiero que sufras pensando que es tu culpa, no lo es. En estos momentos me siento más liberado que nunca. Sé que estarás a salvo, que seguirás adelante, que vivirás.

Vete, mi consejo es que te largues de aquí. Vete, y vete lejos. Aléjate de lo que te hace sufrir, aléjate de lo que no te ayuda a avanzar. Aléjate de mí recuerdo lo más que puedas, y si algún día me necesitas, busca lo que en tu cumpleaños te regalé. Es lo que te doy de mí, soy yo en estado puro.

Nunca olvides que te amo, y que esto no es tu culpa. Simplemente es por ti, porque suena egoísta pero prefiero que me pierdas a perderte yo a ti.

Gracias por darme el valor de amar. Gracias por hacerme de

nuevo latir.

Travis Redmond»

31 de Diciembre de 2016

La herida cerebral que el accidente le había ocasionado a Travis no sanaba. La presión intracraneana seguía siendo muy peligrosa y no podían despertarlo.

El doctor me había repetido en más de una ocasión debido a mi angustia que aquel estado era lo mejor para Travis. La clave de aquel coma era proteger su cerebro, reducir el flujo de la sangre y el metabolismo del cerebro. Así los vasos sanguíneos adelgazaban y disminuía la hinchazón y con eso, un potencial daño cerebral anexo.

Pero Travis no mejoraba. En alguna ocasión el doctor nos había querido decir con tacto que cada vez iba a peor, y que temían que aquel daño provocado en su cerebro era irreversible.

Sin embargo yo me negaba a perder la esperanza.

Lo que me había hecho enamorarme de aquel testarudo hombre había sido su complejo corazón, y mientras siguiera latiendo, yo seguiría junto a él, con la firme creencia de que mejoraría.

Aquel día prendí la música en su habitación. Empecé a bailarla frente a él, y también la cantaba.

—¿Te gusta la música?

La última vez que había hablado con el médico le había preguntado si Travis era consciente de lo que ocurría a su alrededor, y si podía escucharnos. A decir verdad, la respuesta del doctor fue bastante ambigua por lo que decidí asumir que sí, que Travis podía escuchar todo lo que yo quería decirle.

—He empezado a creer que el karma existe —añadí con una forzada sonrisa, intentando paliar las ganas de llorar que siempre

sentía cada vez que visitaba a Travis y eso suponía la mayor parte del día—. Y... he decidido cederle la casa a Shepard. Sé que tú no estás de acuerdo, lo sé... pero quizá... quizá por ese acto merezco algún regalo.... Y... Sé que suena a bobada pero, por intentarlo...

Reí por lo bajo imaginando la respuesta que Travis me hubiera dado ante esa locura.

Me quedé quieta, observándole justamente frente a él. Se encontraba mucho más delgado, más débil y cada día que pasaba, éramos conscientes que la probabilidad de que Travis volviera se hacía menos y menos probable.

Me acerqué lentamente hasta el sillón y tomé asiento, volviendo a coger su lánguida mano y besándola con ternura.

—Si de verdad me quieres, quédate —murmuré aún con su mano cogida, y acariciando con la que me quedaba libre su mejilla—. Estoy aquí, junto a ti. Necesito que vuelvas a mí.

Unos murmullos se hicieron presentes afuera de la habitación. Ceñuda, e inundada por la curiosidad, me levanté y apegué el oído a la puerta, reconociendo en seguida la voz...

—¡No vuelvas a repetirlo, Scott! —habló Louise con tono distante—. No voy a permitirte que vuelvas a repetirlo.

—Mamá, escúchame por un momento, por favor —pidió él—. ¿Tú crees que Travis buscaba esto cuando pensó en suicidarse? ¡Él quería morir!

—¡Pero su decisión no es la definitiva!

—¿Y por qué no? ¿Por qué? ¡Travis ya no está, mamá! —bramó él—. ¿Recuerdas la carta que dejó? ¿Qué decía, mamá? Él no quería amarrar a Hollie, él antepuso su bienestar al propio y nosotros estamos impidiendo que su voluntad se cumpla. Hemos atado a Hollie, a nosotros mismos también, a un cuerpo que dejó de ser Travis hace un mes.

—¡Calla! ¡No quiero escucharte!

—Mamá... a mí esto también me duele... Pero el médico está dispuesto a practicarle la eutanasia...

Reprimí un quejido tapándome la boca. Era muy fuerte la conversación que ambos mantenían y ni si quiera podía imaginarme cómo podían ni si quiera pensar que eso era la mejor salida.

Mi teléfono sonó y entonces, decidí que era momento de salir disparada de allí. Cogí el bolso y mientras hurgaba en él salí de la habitación, topándome con ambos con rostros descompuestos.

—¿Puedo pasar? —preguntó con voz ronca Louise.

Asentí con la cabeza y salí del pasillo a la vez que descolgué el teléfono.

—Hollie, ya hemos llegado —habló Will—. Ya he encontrado el regalo de Travis, ¿dónde quedamos para que te lo dé? Sigue sin abrir.

—Voy para allá.

Llevaba un mes esperando que ellos llegaran del viaje al que habían salido de nuevo por el tema de la adopción para al fin, reencontrarme con el pedazo de Travis en estado puro que él me había dejado.

No entendía nada.

Estaba sobre la cama de Travis, vestida con su ropa, embriagándome con su olor, mientras observaba el contenido de la caja de regalo que él me había dado y que tanta importancia atribuía.

Se trataba de otro globo terráqueo, un poco más pequeño que el que él tenía, pero mucho más detallado y bonito. Mis piernas rodeaban ese presente, intentando entender qué quería decirme Travis con eso.

Giré el globo pero a diferencia de las ocasiones anteriores, no lo

paré. No deseaba estar en ningún sitio que no fuera aquel, aunque él quisiera decirme que siguiera mi vida y viajara como él quería que hiciéramos...

—Quiero viajar contigo. Quiero que todo el mundo me recuerde a ti, y por un lado hay que empezar. Este globo será nuestro guía.

Las lágrimas comenzaron a surgir a borbotones al recordarlo. Quería parecer ser fuerte, pero realmente por dentro estaba destrozada. Ni yo misma me reconocía, yo era el resultado de una profunda tristeza y larga agonía... y sin Travis, así sería por mucho tiempo que pasase.

Eché la vista a un lado, fijando mi mirada en el otro globo terráqueo que descansaba sobre el suelo. Y entonces...

—¿Quieres que veamos a ver qué sale?

—Rusia —dijimos al unísono observando detenidamente la zona que ella había elegido.

—Es la tercera vez que sale.

Asintió antes de que dijera nada y abrió el globo terráqueo, enseñándome su contenido; era una gran hoja con todos los sitios que le habían salido tiempo atrás anotados.

Rápidamente busqué alguna abertura alrededor del nuevo globo terráqueo, pero no había nada.

No había nada más.

Lo miré por un largo rato, seguramente pasé horas observando aquel globo que, a diferencia de lo que había creído, no tenía ninguna respuesta que darme. Ni para aliviarme.

En un ataque de rabia y desesperación lo lancé al suelo y comencé a llorar.

Odiaba sentirme así. Nunca me había sentido tan sola, y eso que la mayor parte de mi vida lo había estado.

Desolada por la angustia, me levanté. Y lo vi. El globo estaba abierto en el suelo.

Deslicé mis dedos temblorosos por la junta y con un poco de insistencia cedió y se abrió, dejándome a la vista una pequeña y brillante llave. La agarré y la coloqué frente a mí, examinándola lo más minuciosamente que podía.

Y quizá fue simple casualidad, o que el karma me había obsequiado con lo máximo que podía ofrecerme: ese pedazo de Travis en estado puro.

Digo que quizá fue simple casualidad porque supe qué puerta abría aquella llave.

Y corrí.

Minutos después, aunque para mí parecieron años, me postré frente a la puerta que mantenía la esperanza que abriera. Se trataba del cuartillo que Travis utilizaba para guardar sus pinturas, al cual nunca había tenido la oportunidad de acceder. Con los dedos tremulantes, deslicé la llave por la cerradura, la cual crujió e instantes después... se abrió.

Suspiré pausadamente, y empujé la puerta para ver qué escondía aquel lugar.

Había una gran oscuridad y una densa nube de polvo, y me aturdieron un poco. Entonces encendí la luz y todo se derrumbó a mis pies.

La habitación, en efecto, se trataba del lugar donde Travis guardaba todas sus obras bajo llave. Pero no eran obras cualesquiera, eran retratos... míos.

Todos míos.

Algunos estaban a la vista, como uno donde yo me encontraba sumergida en la bañera; otro cuadro se trataba de mí mientras dormía, tres más eran de nuestra estadía en Grecia, y los demás estaban

tapados, por lo que con desesperación los descubrí y vi que se trataban también de mí.

Todos, sin excepción de ninguno, se trataban de mí. Era como una materialización de todos mis recuerdos. Sentía estar rodeada de ellos, rodeada de la esencia de Travis, lapidada por ellos pero también protegida.

Dilucidé algo también tapado al fondo de la habitación, que difería en la forma a todos los cuadros. Me acerqué con paso dubitativo, y cuando tiré del filo de la manta para ver de qué se trataba, me sorprendí al ver que era un ordenador portátil.

Primeramente me sentí reacia a escarbar en él, eso sin duda era propiedad de Travis, y a él no le gustaría saber que yo andaba husmeando sus cosas. No obstante, en seguida sentí las profundas ganas de hacerlo, al fin y al cabo, él me había dado un total permiso al convidarme a la llave.

Agarré el portátil y me senté sobre el suelo, rodeada aún por toda la maravilla que Travis era capaz de crear.

El ordenador se encontraba en unas condiciones espléndidas de hecho, parecía ser casi recién comprado. Abrí la tapa del ordenador y frente a mí, en la pantalla, comenzó a reproducir un vídeo de nuestro viaje a Grecia.

Comencé a reír mientras las lágrimas seguían deslizándose por mis mejillas. Aparté la vista y chasqueé con mi lengua, enjugándolas y sintiéndome una remota idiota.

Entonces, al terminar de reproducir el vídeo, un documento salió en la pantalla y captó mi atención.

La primera vez que lo leí no supe bien a qué se refería, pero en cuestión de ciertos minutos, lo descubrí.

REGISTRO GENERAL DE LA PROPIEDAD

Yo, Travis Redmond; Merseyside, mayor de edad, titular de la

célula N° 03*****, por medio del presente documento declaro:
Que cedo y traspaso en plena propiedad, perfecta e irrevocable a
Hollie Wadlow, Aberdeen, mayor de edad, todos los derechos y
acciones que me corresponden sobre este terreno con el N°
96***** ubicado en Merseyside.

Declaro que acepto la Cesión que se me hace en los términos
expuestos en este documento.

Capítulo 51

Hollie

18 de Agosto de 2017

Estaba acostada en la cama, escuchando cómo Aylen roncaba. Ella tenía una respiración fuerte, pero no dejaba de ser adorable en ella. Envidiaba que nada ni nadie fuera capaz de quitarle el sueño. Ella compartía mis nervios por lo que ocurriría ese día, sin embargo ahí estaba, durmiendo como un tronco, y yo no había pegado ojo en toda la noche.

Me percaté de cómo Sengua entraba en la habitación y comenzó a subir las persianas de forma inesperada, por lo que me sobresalté y terminé cayendo al suelo.

—Vamos, nenas, ¡despertaos! —exclamó.

—Auch —me quejé mientras me incorporaba y acaricié levemente mi cabeza por el golpe.

—¡Vamos, vamos! —repitió Sengua, esta vez meneando el cuerpo de Aylen para que ésta se despertara. Le costó un par de minutos, pero finalmente lo consiguió—. ¡Hoy es el gran día!

Era el día en el que el hotel iba a inaugurarse. Vendría mucha gente, y muchos de ellos, posibles clientes. A partir de ese día, el hotel Travis Redmond abría sus puertas para no volverlas a cerrar nunca más.

Había sido muy laborioso conseguirlo. Ese día cerraba el fin de casi ocho meses de intenso trabajo arreglando todos los desperfectos

del hotel, para reponer todo el decorado, pintar, amueblar... pero en ese momento, merecía la pena.

Merecía mayormente la pena, porque ese hotel era lo máspreciado que tenía. Después de descubrir que Travis lo había puesto a mi nombre, al día siguiente, en esas visitas diarias que le hacía, descubrí que ya no había rastro de él. Pensé primeramente lo peor, me hice la peor de las ideas, solo imaginarlo me dolió terriblemente... pero me comunicaron que la señora Louise Redmond había pedido un traslado de urgencia a un lugar confidencial.

Ese hecho había sucedido ocho meses atrás. Ocho dolorosos meses, uno más que el anterior, pero todo ese dolor que tenía dentro de mi pecho, fue el combustible para entregarme en cuerpo y alma para que lo poco que conservaba de Travis, fuera igual de bello que él.

El hotel era una clara representación suya: hermoso por dentro y por fuera, solo que estaba descuidado y abandonado y como yo conseguí en su día recomponer a Travis, me vi en la obligación de hacer lo mismo con él.

El hastío desconsuelo de no saber qué era de él, me tenía totalmente consumida. No sabía nada, Louise se había dedicado a no cogerme el teléfono en todo ese tiempo y yo imaginaba lo peor. No obstante, guardaba la esperanza de que al menos, Travis siguiera con vida, aunque sin mí, pero sí disfrutando de la suya.

Ese día me duché y me arreglé lo más rápido que jamás había imaginado que conseguiría. Ese día era especial, yo lo sentía dentro de mí y más que nunca, el hotel era Travis en estado puro.

Antes de lo acordado, la gente comenzó a llegar y a ocupar el jardín del hotel, el cual habíamos habilitado para la ocasión. En cuestión de una hora todo estaba lleno de gente como nunca antes lo había visto, ni si quiera en la galería que Travis celebró.

—Enhorabuena, este sitio ha quedado precioso —habló Dalton a mi espalda, sobresaltándome.

Sonreí genuinamente.

—Ha merecido la pena.

El tiempo no había curado nada. Eso era un asqueroso mito que se habían inventado para hacerse la vida más llevadera pero para nada era real. Yo era el vivo reflejo de ello.

Casi me eché a llorar, pero Dalton, apretando mi hombro con afabilidad, lo evitó.

—Venga, vamos a reunirnos con todos —dijo.

—Ahora te alcanzo.

Dalton accedió, por lo que se alejó para reunirse con los de más. Mucha de la gente que estaba allí era conocidos suyos.

Esos meses atrás me había esforzado en ese hotel, había dado cada minuto de mi vida para que saliera adelante. Siempre había soñado con que llegara el día que en ese momento vivía, no obstante, no me sentía como lo había fantaseado varias veces.

Le extrañaba más que nunca. Sentí que, más que acercarme a Travis, me había conseguido alejar más de él. La reforma del hotel había concluido, ¿y qué había cambiado? Nada. Mi vida se comenzaba a encontrar más vacía que nunca.

Me había obsesionado con el hotel y ya todo había terminado, haciéndome sentir vacía.

En aquella soledad comencé a llorar. Mi vida era un infierno y el hotel había sido el único atisbo de luz que había encontrado.

—*¡Ya es la hora!* —Se acercó Aylene articulando con nerviosismo—. *¡Vamos!*

Agarró mi brazo y tiró de él. En el recorrido hasta que llegamos donde se encontraban todos intenté enjugarme las lágrimas con la mano que me quedaba libre. Deseaba de verdad que no se notara que aquello no me hacía feliz. Aylene me colocó justamente en la entrada

del hotel donde Dalton se encontraba con dos copas de alguna bebida cara. Instantes después me ofreció una de ellas y la acepté, bebiendo de su fuerte contenido inmediatamente.

Todos los invitados comenzaron a rodearnos. Sentía mis pulsaciones a mil, sentía ganas de huir, y de no mirar hacia atrás. Yo sabía que no había nada que celebrar. Que aunque pensara que el hotel era el alma de Travis, él no estaba conmigo. Había abierto los ojos en ese momento y sentía ganas de desaparecer.

—Ha costado mucho esfuerzo, pero al fin estamos aquí —habló Dalton—. Después de tantos años, el hotel Travis Redmond vuelve a abrir sus puertas a la luz y todo gracias a la mejor mujer que el dueño al que le corresponde el nombre del hotel pudo encontrarse jamás. Travis, esto va por ti.

Él levantó su copa y todos hicimos lo propio.

Después, Dalton me miró para invitarme a hablar. Sentía un tremendo nudo en la garganta que apenas me dejaba balbucear, pero tenía que hacerlo. No podía estropear el trabajo en el que habíamos invertido tanto tiempo mucha gente.

—Gracias a todos por acompañarnos en este día tan especial. Si os soy sincera, no me he preparado ningún discurso y no sé qué decir —dije, y todos rieron gentilmente—. Pero yo soy así, soy impulsiva, a veces imprudente, pero creo que son esos aspectos de mi personalidad los que me han traído hasta aquí. Lo pasé fatal antes de llegar a este hotel. Todo era oscuridad en mi vida, y fue este siniestro hotel el que me otorgó la luz que necesitaba para continuar. Encontré mi hogar en el lugar que todo el mundo temía. Le debo todo a este hotel, porque encontré al amor de mi vida escondido tras sus paredes.

Guardé silencio por unos segundos. No quería llorar. Quería mostrarme fuerte. Inhalé y exhalé con profundidad antes de continuar:

—He reconstruido este hotel porque era la única forma de reconstruir mi alma. Lo he vuelto a abrir para no volver a cometer el

error que una vez cometió Travis. No podía esconderme en él para siempre. Y es placentero saber que lo he conseguido. Nos hemos dejado la piel por este sitio, y lo haría mil veces más. Este sitio es Travis, es el amor de mi vida. Y estoy muy orgullosa de haber llegado hasta aquí.

Todos aplaudieron y sonreí en agradecimiento. Dalton me entregó unas elegantes tijeras y tras unos segundos de expectación rasgué el cordel rojo que adornaba la puerta principal del hotel.

—Queda oficialmente abierto el hotel Travis Redmond.

Todos volvieron a aplaudir con euforia, y segundos después la música comenzó a sonar.

—¡A hacer sus reservas en el hotel! —exclamó Dalton con ánimo.

Sonreí y todos volvieron a sus asuntos: hablar, beber, comer, divertirse. Lo que yo debía de hacer también, pero lo que me encontraba incapaz.

Tras recibir unas cuantas *enhorabuenas*, conseguí escabullirme y entré en el hotel. Todo brillaba con más magnitud y, colocándome justamente en el centro de la sala, suspiré. Evocando todos los recuerdos. Embriagándome de la extraña sensación de la compañía de Travis.

Entonces comencé a llorar aún más. Ya nada me detenía. ¿Qué debía hacer a partir de aquello? ¿Qué merecía la pena hacer?

—¿Con quién debo hablar para quedarme en el hotel?

Las lágrimas se congelaron, al igual que todo mi cuerpo. Lo único que fui capaz de sentir fue cómo una descarga eléctrica sacudía toda mi columna vertebral.

Giré sobre mis talones con lentitud y descubrí que estaba soñando. Aquella no era la realidad.

Las ventanas estaban abiertas, las cortinas también. El lugar estaba iluminado en su totalidad, como nunca Travis había permitido que lo

estuviera. Sin embargo aquella sonrisa irreal lo alumbraba aún más; como nunca.

—Hollie.

Mis piernas flaquearon.

—No —murmuré.

Él sonrió de nuevo y se acercó varios pasos a mí. ¿Cómo podía incluso olerlo, si aquello no estaba sucediendo en realidad?

—Lo que has hecho es impresionante —comentó echando un breve vistazo al lugar—. Tú eres impresionante.

Él acortó más nuestra distancia y yo retrocedí varios pasos. Recordaba ese aroma dulzón con notas amaderadas de vainilla, y noté cómo aquella fragancia volvía a adherirse a mi piel.

Pero no era posible, él no estaba ahí. Yo estaba volviéndome loca. Acababa de perder toda la cordura que me quedaba. Sentí un pinchazo en el pecho y supe que eso tenía que acabar ahí. Estaba rebasando los límites de la cordura. Vi a gente que caminaba animosamente por nuestro lado y dudé sobre si ellos también eran reales.

Comencé a llorar más.

—Hollie, no llores. Por favor, no lo hagas.

Salí corriendo, porque necesitaba que él desapareciera. Necesitaba desaparecer yo también. Todo había terminado y mi cordura no había sido la excepción.

Llegué hasta el acantilado e intenté recobrar el sentido. La humedad, el sonido de las olas romperse, el aire acariciándome la piel me hizo sentir en calma. El murmullo del mar me susurraba cosas inteligibles pero me reconfortaba.

—¿No crees que es momento de dejar de huir? —preguntó a mi lado, observando el mar relajado que había frente a nosotros.

Le miré atónita. Estaba a mi lado.

Travis estaba a mi lado. De verdad.

¿Él estaba bien? ¿Y por qué llegaba en ese momento? ¿Por qué no lo había hecho antes? ¿Por qué había permitido que pasara esos meses así? ¿Por qué me había abandonado?

Necesitaba aclarar las ideas. Si bien había soñado muchas veces con volverle a ver, nunca pensé que eso pudiera hacerse realidad y verlo así, de pronto, me conmocionó.

—¿Dónde estabas? —bramé con rabia—. ¿Crees que puedes hacerme esto?

—Hollie, por favor, cálmate. Voy a explicarte todo lo que quieras siempre y cuando estés tranquila. Pero antes, por favor, concédeme algo.

—¿Qué quieres?

—Abrazame, por favor —susurró.

Comprendí que aquello era real. Conseguí entenderlo, y le abracé.

—Por qué me has hecho sufrir tanto... —lloriqueé en su pecho, golpeándole tenuemente.

Travis me abrazó con más fuerza y escondió su rostro en mi cuello.

—Lo siento, lo siento tanto.

—No sé cómo sentirme —sollocé—. Creo que me estoy volviendo loca. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Curándome.

—¿Por qué no me llamaste cuando despertaste?

—Porque cuando desperté supe que no estaba bien. Físicamente mejoré con rapidez, pero mi cabeza...

—¿Tu cabeza?

Travis sacudió su cabeza y sonrió débilmente.

—Estaba más loco que nunca. Me ingresé voluntariamente en un hospital psiquiátrico para curarme de verdad. Al principio de verdad pensé que nunca saldría de ahí, que nunca mejoraría y me pudriría en esa habitación acolchada. Pero tu recuerdo me mantuvo cuerdo, en la realidad. El dolor de tu ausencia fue lo que me hizo aferrarme a la poca cordura que poseía.

No dije nada, solo me limité a llorar.

—Nunca pensé que seguirías aquí —agregó.

—Pero, ¿cómo iba a irme?

—Fue lo que te pedí en la carta.

Al escucharle golpeé su mejilla con furor.

—¿Cómo pudiste ni si quiera haber planeado tu muerte? ¡No sabes cuánto he llegado a odiarte, Travis! ¡No lo sabes!

—Tienes toda la razón, pero estaba desesperado. Créeme, de verdad. Estaba cegado. Yo... yo solo quería lo mejor para ti.

—¿Y no te das cuenta que lo mejor para mí, siempre has sido tú?

Travis sonrió ampliamente ante mis palabras y sentí la necesidad de empujarlo, pero necesitaba preguntar más, más...

—Cuando mejoré contacté con Dalton —comentó y desvió la mirada por instantes—. ¿Sabes que este día ha sido lo que me ha dado fuerzas para recuperarme? Hollie, estaba dispuesto a vivir en el hospital, pero saber esto... me dio fuerza. Hizo lo que todos consideraron un *milagro*. He vivido por y para este momento.

—Yo también.

Travis volvió a envolverme entre sus brazos con fuerza. Tras separarnos, él siguió sosteniendo mi mentón y comenzamos a reír,

pero ambos teníamos los ojos llenos de lágrimas.

—Hollie... —murmuró cogiendo mi mano y con suma delicadeza la posó justamente en su pecho—. ¿Lo notas?

La armonía de su corazón.

—Tus latidos —respondí—. Aún late, Travis.

—Por ti, Hollie. Siempre latiré por ti.

FIN

Epílogo

Travis

Cuatro meses después...

Rusia, Moscú.

Hollie Wadlow.

Es increíble el impacto que solo una persona puede provocar en tu vida. Cómo el amor le otorga un asombroso poder, dónde tú solo puedes dejarte llevar.

Hollie Wadlow me cambió, me cambió en todos los sentidos en los que se puede cambiar a una persona. Me hizo alguien mejor, me hizo feliz. Consiguió salvarme del pozo dónde estaba sumergido, y aunque el peso de su espalda era vigoroso, nunca me soltó la mano.

Siempre estuvo allí.

Supo escuchar y entender mi profundo silencio. Cuando me miraba a los ojos y respetaba mi mudez, ella era capaz de escuchar cómo mi interior rogaba ayuda.

Y me ayudó.

Después de todo lo que había ocurrido, ella continuaba conmigo. Admiraba su valentía, su paciencia, su fuerza. Admiraba que fuera capaz de quererme, porque sabía que nunca sería una persona fácil de amar.

Aunque seguía con la medicación y las terapias, sabía que nunca dejaría de ser alguien complicado. Pero había aprendido, gracias a ella, que eso no me impedía amar, y menos, ser amado.

Ella era consciente de que nunca le podría dar una vida tranquila. Que nunca le podría prometer una calma infinita, ni una sonrisa gentil todas las mañanas. Nunca podría otorgarle la confianza plena, ni abrazos cariñosos cada minuto. Ella era consciente de que a veces mi cabeza fallaría, y que aunque fuera por décimas de segundo, mi corazón se recubriría por una coraza de hielo.

Pero sí podía comprometerme en algo.

Dicen que el corazón del hombre late una media de 2.800 millones de veces toda la vida. Y yo, con la seguridad más certera que había poseído en toda mi vida, podía prometer que cada latido de mi corazón llevaría su nombre.

—Entonces, ¿quieres casarte conmigo?

Desde abajo, con las rodillas hincadas en el suelo, podía ver el rostro emocionado de Hollie. Sus ojos brillaban, mientras que a mí me dolía el brazo por mantener la caja de terciopelo en alto, mostrándole el anillo.

Entonces ella, tapándose los labios, ocultando los sollozos que le provocaba mi petición, asintió repetidas veces. Tiró de mi brazo para que me incorporara, y me abrazó. Lo hizo con fuerza, con amor, con emoción. Entendí que le daba igual el anillo. Que esos días buscando el perfecto con desesperación no habían servido de nada. Le importaba yo. Y nunca me había hecho tan feliz saber que le importaba a alguien como sabía que le importaba a ella.

La agarré del mentón, y la obligué a que me mirara. Ella apenas podía mantener los ojos abiertos por las lágrimas.

—Dilo, Hollie Wadlow —le pedí—. Di en voz alta que quieres casarte conmigo. Quiero que toda la Plaza Roja de Moscú sepa que me vas a hacer el hombre más feliz del mundo.

Ella no vaciló al contestar.

—Sí quiero, Travis Redmond. Sí quiero casarme contigo. Quiero pasar el resto de mi vida a tu lado.

—Irritándome.

Ella rio, e hizo que riera yo también.

—Irritándote.

Y con lágrimas en nuestros ojos, con anhelo, con ansía, con desesperación, con necesidad y con amor, con más amor que nunca, nos besamos.

Y fue cuando entendí que el tiempo solo existía cuando estábamos juntos. En ese momento sabía mejor que nunca qué era lo que me había enamorado de ella. Estaba en su mirada. En la manera en la que sus ojos grises sonreían, en el cómo le pedía más oportunidades a la vida y ella se la daba, en la osadía con la que me observaban, en el caos que me proponía habitar.

Y allí, pese a todo, quise quedarme a vivir.

Proponiéndonos ser felices una vez más.

Y esa vez, nos salió bien.

AGRADECIMIENTOS

El gracias más grande es, sin duda, para mi familia. Ellos son las personas que siempre me apoyarán, y que siempre querrán lo mejor para mí. Mis padres y mi hermana fueron los testigos de los nervios que sentí cuando me propusieron publicar este libro, y fueron ellos los que me ayudaron a relajarme y a tomar la decisión más acertada. Si no hubiera sido por ellos, yo no estaría viviendo esta maravillosa experiencia.

En especial, gracias a mi hermana. Desde que empecé a escribir ha sido la primera persona que ha leído todos mis escritos, y fue la primera fan de Aún lates, Travis. Ella escuchaba mis ideas incluso antes de plasmarlas, y me apoyaba y me animaba desde el principio.

También quiero agradecer al apoyo a mi novio, Kiko. Nunca me han faltado palabras de ánimo por su parte, y me ha ayudado a crecer en muchos sentidos.

Por supuesto, gracias a la Editorial Coral por darme esta increíble oportunidad. Nunca pensé que conseguiría llegar hasta aquí con algo que consideraba un hobby, y gracias a vosotros, en especial a Verónica, he cumplido un sueño que ni sabía que tenía.

Cris, Vero, Steff... no me olvido de vosotras. Estáis

conmigo desde el principio, y no sé qué hubiera sido sin vuestros comentarios y opiniones. Siempre me habéis apoyado cuando más lo he necesitado, y en la distancia me habéis enseñado que se puede querer mucho a alguien sin necesidad de haberla visto nunca.

Y por último, y no menos importante, gracias a todas las personas que me han regalado su tiempo leyendo el libro. Aquellas que con su amor me han ayudado a que la historia creciera en wattpad, y a las personas que vendrán en un futuro. Gracias, porque todo esto no sería posible sin vosotros.

Ana Carpio



Ana Carpio Ramírez es una joven escritora nacida en 1998 en La Carolina, un pueblo de Jaén.

Su género favorito a la hora de escribir es el que ella define como romance dramático, aunque

para leer le encanta encontrar un buen libro de ciencia ficción o misterio. Es una gran amante

de los animales y las series, y muy curiosa por naturaleza.

De pequeña le gustaba imaginar historias junto a su hermana, también escritora, aunque

fueron creciendo y cultivaron sus historias de manera individual.

En 2011 creó un blog, donde subía pequeñas reflexiones y microrrelatos. En 2015, gracias a

una profesora suya, conoció la plataforma Wattpad. Se creó la cuenta para leer, pero pronto

comenzó a subir la que sería su ópera prima. A finales de 2016 escribió su libro *Aún lates,*

Travis, el cual ha logrado cautivar muchos corazones en la plataforma naranja, consiguiendo

que sus cifras asciendan a casi los 6 millones de leídos. En 2018 la publica bajo el sello de

Ediciones Coral.

